

NOTERNO

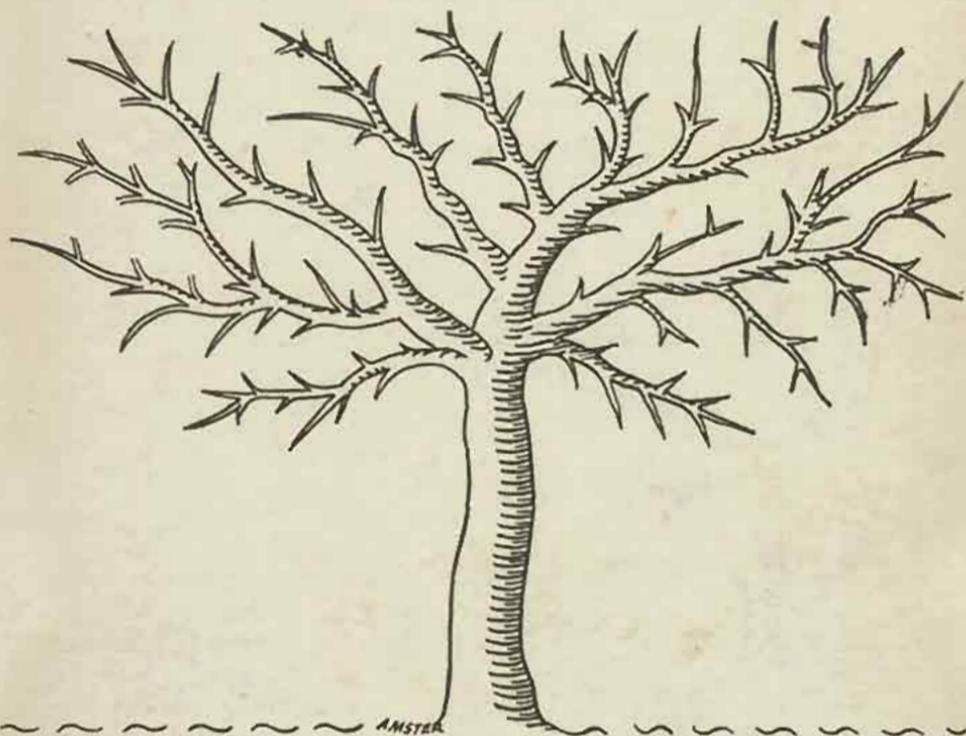
1969 / No. 19



МАРОСНО

INVIERNO

1969 / No. 19

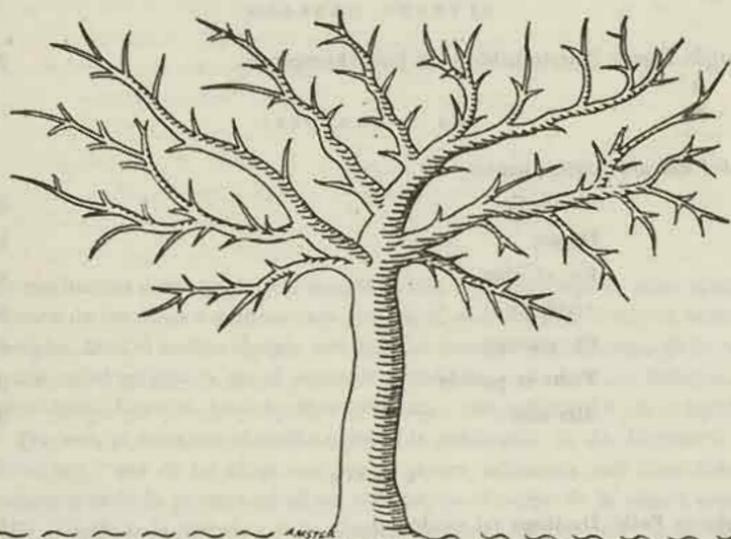


MAPOCHO

Biblioteca Nacional / Santiago

INVIERNO

1969 / No. 19



MAPOCHO

Fundador: Guillermo Feliú Cruz

Director: Roque Esteban Scarpa

Secretario de Redacción: Guillermo Blanco

Biblioteca Nacional / Santiago

SUMARIO

| | |
|---|----|
| <i>Armando González:</i> La concepción política de Spengler | 5 |
| <i>Adolfo Etchegaray Cruz:</i> Horacio y Miguel Angel Asturias | 31 |
| <i>Carlos Keller:</i> La consolidación del dominio español en Chile | 39 |

RETRATO HABLADO

| | |
|---|----|
| <i>Cristián Zegers:</i> Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre | 73 |
|---|----|

LOS NARRADORES

| | |
|--------------------------------------|----|
| <i>Isabel Edwards:</i> Siete cuentos | |
| Búsqueda | 85 |
| Honra | 88 |
| En el cine | 89 |
| Accidente | 90 |
| El maestro | 92 |
| Todo es posible | 95 |
| Alta mar | 98 |

POESIA

| | |
|---|-----|
| <i>Juvencio Valle:</i> Decálogo (al cuadrado) | 111 |
| Encuentro | 118 |

TEATRO

| | |
|---|-----|
| <i>Juan Guzmán Améstica:</i> "El Wurlitzer" | 119 |
|---|-----|

UNA VOZ EN EL TIEMPO

| | |
|--|-----|
| <i>Gabriela Mistral:</i> América: los caminos del espíritu | 177 |
| EL MUNDO EN EL LIBRO | 183 |
| EL LIBRO CHILENO | 197 |

Toda correspondencia con esta publicación debe ser dirigida a: Revista Mapocho, Biblioteca Nacional, Santiago, Chile

Suscripciones: Valor por cinco números, E° 20. Extranjero, 4 dólares.

Impreso en los talleres de la EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A., San Francisco 454, Santiago
Proyectó la edición MAURICIO AMSTER

Armando González

La concepción política de Spengler

En muchísimos de sus aspectos el mundo de hoy representa algo así como el polo opuesto de las ideas e instituciones que, en la esfera política, fueron caras a Spengler. Mas, al mismo tiempo, este mundo ofrece el cumplimiento de la evolución social anticipada por el pensador alemán con extraordinaria intuición y clarividencia histórica, para no decir profética, como hubiera sido de su agrado.

Por esto, al enterarse el medio siglo de la publicación de *La decadencia de Occidente*, "una de las obras maestras de mayor influencia, más discutidas y permanentes de la primera mitad del siglo xx, en el campo de la ciencia social, de la filosofía de la historia y de la filosofía alemana", al decir de P. G. Sorokin, resulta sobremedida provechoso y sugerente dar un vistazo a las concepciones fundamentales de Spengler. Lo ya cumplido de sus vaticinios nos obliga a tomar muy en serio el saldo de sus previsiones, a las cuales, en su propio esquema del devenir, todavía no les ha llegado su tiempo.

El ensayo que ofrecemos en estas páginas ha sido elaborado sobre los apuntes que nos sirvieron para dos conferencias dadas dentro del ciclo con el cual, en noviembre de 1968, la Biblioteca Nacional conmemoró el mencionado cincuentenario.

UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

La doctrina de Spengler es tan coherente, se halla de tal manera tratada en sus elementos, de tal modo éstos concurren a integrar un todo o unidad indisoluble, que no es posible explicar una de esas partes sin entregar una idea previa del conjunto.

Antes, pues, de hablar de "las ideas políticas" de Spengler, se hace necesaria una síntesis de su sistema global.

Se trata esencialmente de una "filosofía de la historia". Y a ninguna otra tal vez se aplicó jamás con mayor exactitud esta expresión de "filosofía de la historia" que a la concepción spengleriana, como lo vamos a ver.

Si entendemos por "filosofía" el conocimiento de las causas últimas y de la esencia o naturaleza profunda de las cosas, para Spengler la filosofía es un imposible, una quimera, no existe, porque esas causas y esa naturaleza no pueden ser conocidas. Spengler fue un escéptico o un agnóstico absoluto; o más bien, un subjetivista, un solipsista. Sólo percibimos fenómenos, apariencias.

Nuestras teorías de las diversas ciencias se resuelven, en última instancia, en intuiciones, indefinibles e indemostrables, como la fuerza, la energía, la materia, el infinito, etc. Carecemos de medios para cerciorarnos de que a nuestras sensaciones corresponda algo real, objetivo, exterior. Lo que denominamos "el espacio" no es más que una creación de nuestra experiencia íntima de la profundidad, en el tránsito del yo a la lejanía. Si el resultado de alejarnos de nuestro "yo" constituye el "espacio", el movimiento mismo con que nos alejamos crea el tiempo.

Ahora bien, él clasifica el conjunto de nuestro saber, en dos inmensos grupos: el de lo producido y el del producirse, que corresponden a la *naturaleza* y a la *historia*. La naturaleza o esfera de lo producido, nos es conocida por conceptos y relaciones de causa a efecto.

Pero como la naturaleza no es estática, sino móvil y fluyente, *no podemos formarnos conceptos sobre ella sin paralizarla en fragmentos inmóviles*. Por tanto obtenemos una imagen muerta de una realidad viva. O sea, logramos una imagen mecanicista del mundo, que creemos es el mundo. Ese saber es la *sistemática*.

El reino del *producirse* o de la *historia*, es el reino del movimiento, del *devenir*. Lo captamos o aprehendemos sólo por la *intuición*. Este saber de las intuiciones o de la historia lo denomina Spengler la *fisiognómica*.

No preguntemos a Spengler, pues, lo que él piensa del mundo, de Dios y de la naturaleza metafísica del hombre: no sabe nada, sencillamente lo ignora. La filosofía, en su contenido clásico y tradicional, ya agotó sus posibilidades. Su único tema hoy día posible es la *filosofía de la historia*.

¿Es una ciencia la historia? No, porque la ciencia sólo tiene por objeto la naturaleza, las *verdades* intemporales que conocemos por distinciones y análisis. Los

datos de la ciencia se repiten de continuo. Los de la historia —v. gr., la batalla de Ansterlitz, el descubrimiento de América—, jamás. La ciencia trabaja con *verdades* abstractas; la historia con *hechos*. Un hombre puede educarse para la ciencia. El historiador, en cambio, *nace*. Comprende y penetra las acciones humanas y los sucesos de un solo golpe, guiado por un instinto que no se aprende y que le proporciona *intuiciones*. En ello coinciden el político y el historiador. Todo esto se debe a que, en la teoría de Spengler, el suceder humano, vale decir, histórico, no representa un encadenamiento de causas y efectos, sino la realización o cumplimiento de una necesidad interna, que él denomina el *sino*, y que para cada cultura determina o decide el sentido y las particularidades de su evolución.

No hay, pues, *ciencia* de la historia, sino ciencias *preparatorias* de la historia: cronología, estadística, geografía, etnografía, arqueología, paleografía, etc.

La historia humana puede ser concebida en forma *lineal* o *cíclica*.

Dentro de la primera, se nos exhibe un proceso dotado de *unidad*, en el cual las diversas sociedades, épocas y civilizaciones se van sucediendo en una serie continua, heredando cada cual las conquistas obtenidas por sus predecesoras y legando, a su vez, a las venideras, ese acervo acumulativo, enriquecido por su propio aporte. Esa es, según Spengler, la concepción de la historia "a manera de una tenia que, incansablemente, va añadiendo época tras época". Dio origen a la división absurda de edad antigua, media, moderna y contemporánea; absurda porque sólo se adecuaba a la historia de Europa, dejando fuera o ignorando a los demás continentes; y, además, porque aquellos períodos eran arbitraria y desmesuradamente diversos en su duración: miles de años para la Antigüedad; un milenio para la Edad Media; poco más de tres siglos para la Moderna, y tiempo indefinido para la Contemporánea. ¿Nos sentimos los hombres de hoy contemporáneos de Robespierre o Napoleón? ¿Y qué nombre se asignará al período histórico dentro de diez siglos? Sistema *tolemaico* de la historia denominó Spengler a éste que gira en torno del pequeño mundo de quienes la escriben, y no de *el mundo*.

La otra forma de concebir la historia es la *cíclica*, según la cual no existe "la historia", sino varias "historias", no un proceso, sino *varios* procesos, todos independientes entre sí, pues ninguno heredó nada de otro anterior ni legó nada a uno posterior, y cada cual describió en su curriculum todas las etapas del desarrollo de una comunidad humana, por lo que todos ellos constituyen procesos globales, conclusos: *ciclos*, en una palabra.

Ya se habrá entendido que Spengler se coloca entre los adictos a la concepción *cíclica* de la historia, que él denomina *copernicana*. En su diálogo de la *República*, Platón nos dejó un esbozo de semejante sistema. Pero fue necesario llegar al siglo XVIII para que el filósofo napolitano Juan Bautista Vico, en su famosa *Ciencia Nueva*, trazara un cuadro completo de la historia universal distribuida en ciclos recurrentes, cuidadosa y metódicamente delimitados. En todo caso, la concepción cíclica de la historia halló en Spengler a su teorizante más erudito, más profundo, más vigoroso y a la vez más artista. Es de lamentar, sin embargo, que no reconociera su deuda con Vico, al que jamás menciona, lo que no ocurrió con otros de sus inspiradores como Maquiavelo, Goethe y Nietzsche.

Spengler denomina *culturas* a cada uno de los ciclos de la historia. ¿Cómo definiremos tales *culturas* según la concepción spengleriana? Son grupos humanos que pueden darse sucesiva o simultáneamente, formados por uno o varios pueblos, que exhiben un estilo propio y único de sentir, de pensar, de expresarse y vivir.

Si comparamos, por ejemplo, las culturas egipcia, griega y árabe, advertiremos que cada una de ellas es un *algo* tan auténtico, propio, exclusivo e intransferible, que no ha podido ser heredado de otra anterior ni transmitido a una posterior. Lo único que se hereda y puede ser común, según Spengler, es la técnica, esto es, la materialidad del hacer, el *recetario*.

¿Qué comprende y abarca lo propio y exclusivo de cada cultura? Sus concepciones religiosas, filosóficas y científicas; sus expresiones artísticas y literarias; sus instituciones jurídicas, su moral, sus costumbres y modo peculiar de vivir. Finalmente, su organización y formas —“estructuras”—, políticas y económicas.

Ahora bien, entre todos esos elementos se da, en el seno de la cultura respectiva, una íntima afinidad, trabazón o coherencia, pues recíprocamente se necesitan, se infieren, se explican. “Grupos de afinidades morfológicas” denomina Spengler a estos elementos coherentes ofrecidos por cada cultura. Y tal afinidad le permite concluir que, así como, dada una sola pieza anatómica, v. gr., el fémur de una jirafa, cabe reconstruir aproximadamente el ejemplar íntegro de su especie, de igual modo, partiendo de datos históricos fragmentarios, cabe inferir todo el cuadro de la cultura respectiva. Método fecundo *para la reconstrucción del pasado*.

Otra condición de las culturas nos permite *predecir nuestro propio futuro*. En efecto, todas ellas evolucionan obedeciendo a un determinismo inflexible y pasando por unas mismas etapas, que pudiéramos comparar a los diversos tramos de

la vida de cualquier organismo: infancia, juventud, madurez y senilidad. Luego mueren. Spengler denomina esas fases con los nombres alegóricos de primavera, verano, otoño e invierno. La duración total del ciclo es aproximadamente de mil años. A cada una de esas cuatro etapas corresponde un tipo de ideas e instituciones que es idéntico para todas las culturas. Spengler denomina "correspondientes" a los fenómenos históricos análogos producidos en las diversas culturas en la misma etapa de su evolución. Ahora bien, si la historia de las culturas ya desaparecidas nos ha revelado qué tipo de acontecimientos se producen sucesivamente en cada etapa de su ciclo, determinando el momento cultural preciso en que nos encontramos, nos resultará posible prever nuestro futuro.

Digamos que estas *culturas* de que habla Spengler son las culturas *superiores*, es decir, aquellas en que los conglomerados humanos se han elevado a un nivel creador que les confiere originalidad y estilo inconfundibles. Hasta ahora Spengler reconoce ocho culturas: egipcia, babilónica, india, china, greco-romana o apolínea, mágica o árabe, occidental o fáustica y mexicana. Nada impide que en el futuro surjan otras.

Antes de las culturas existió la *precultura* o cultura rudimentaria, primitiva, que duró muchos milenios y retrocede hasta hundirse en las sociedades puramente animales.

Al terminar la última etapa, el invierno o senectud de la cultura, ésta *muer*e. ¿Qué significa la *muer*te en una cultura? Que, perdido su dinamismo congénito, deja de evolucionar y cae en un estado de repetición monótona o anquilosamiento de prolongación indefinida. A esta etapa de la postcultura denomina Spengler "civilización". La China, la India y el mundo árabe nos ofrecen el espectáculo de ese detenimiento del proceso histórico, que se anquilosa o congela, y sume a la sociedad respectiva en una inmovilidad o sopor que puede ser asimilada a la muerte o a la condición de la prehistoria (o "cultura primitiva"). Entonces el tiempo pierde todo significado y diez años del ciclo de la cultura pueden ser más importantes que siglos de antes o después de ella.

Su análisis o su intuición llevó a Spengler a diagnosticar que nuestra cultura se halla en su fase final, en su *invierno*, próxima al anquilosamiento final. Por eso bautizó su libro con el título de *La decadencia de Occidente*, que constituye de por sí una especie de sacudida o alerta y no es ajeno al éxito sensacional de la obra.

Tal etiqueta no corresponde exactamente al contenido, que no habla sólo

de la "decadencia", sino del nacimiento, juventud, madurez y muerte de todas las culturas. Un título exacto habría sido "Morfología de las culturas", o "Morfología de la historia universal". Pero pocos lectores se habrían sentido atraídos por él y, además, no calzaba con la mentalidad de Spengler, que si era un erudito y un pensador, era también y en igual medida un artista y un consumado escritor.

LAS IDEAS POLITICAS

En su estudio o en su "morfología de las culturas", Spengler pasa revista a todos los elementos que las integran: religión, filosofía, ciencia, técnicas, derecho, moral, costumbres, literatura, arte, instituciones sociales, política, economía, etc., y las enfoca y caracteriza al través de la evolución de esos elementos, es decir, de las variaciones que experimentan en el curso de las cuatro etapas ya señaladas de cada cultura.

Tal vez a ningún elemento otorgue más importancia Spengler que al arte; sea por una preferencia o inclinación personal, sea por estimar que el arte expresa mejor que ninguna otra manifestación espiritual el sello, el alma o el estilo de cada cultura.

Però el presente ensayo se ha propuesto analizar uno de los aspectos de la cultura: la *política*.

De lo ya dicho se colige que, siendo el suyo un sistema determinista, en que las cosas ocurren de la sola manera en que pueden ocurrir y por sus pasos contados, obedeciendo a su sino, Spengler no debe tener un *ideario* o un *programa* político de su preferencia. El tiene que limitarse a exponer la marcha y evolución de las instituciones, ideas y sucesos políticos desde el comienzo al fin del proceso de las culturas, y de una manera fría, imparcial, objetiva; desde el punto de vista de un observador de otro planeta, diríamos. No siempre se sujeta a este lecho de Procasto, según más adelante veremos.

LA EVOLUCION SOCIOPOLITICA AL TRAVES DE LA CULTURA

He aquí cómo concibe el desenvolvimiento sociopolítico que es común a las diversas culturas.

Antes de iniciarse éstas, en el largo e insondable período de la *precultura*, no existe el Estado ni nada que se parezca a la *política*. Sólo tribus y jefes.

Dentro ya de la cultura, en su primera etapa domina el sistema feudal, caracterizado, como se sabe, por el hecho de que el propietario rural, por el hecho de serlo, se convierte en soberano político de su propiedad, pero sujeto a ciertos

vínculos de dependencia, más teóricos que efectivos, respecto de un señor, para el cual es su vasallo. Había en el feudalismo dos clases privilegiadas: nobles y sacerdotes, gracias a los cuales la vida política adquiría estructura orgánica.

La economía feudal se fundaba en los valores puros de la tierra. En torno de los mercados y fortalezas se apiñaban las viviendas de los siervos, que algún día se convertirían en ciudades.

Los señores, animados de ideales religioso-caballerescos, vivían en perpetuas guerras entre sí y solían cambiar de residencia entre sus diversos castillos, edificados en sitios con defensas naturales, a veces inaccesibles.

Cuando hacen crisis las formas patriarcales se derrumba lentamente el feudalismo y la autoridad del monarca se va haciendo más efectiva y extensa, hasta que se materializa la institución del Estado. Este se identifica en un comienzo con la nobleza; o sea, es un Estado de clase.

Pero en la lucha en que se han empeñado los monarcas para consolidar su autoridad, a expensas de la de los señores, solicitan la colaboración de una nueva clase, en formación: la burguesía. Gracias a ésta los valores de la ciudad están comenzando a primar sobre los del campo, y la importancia del dinero sobre la de la propiedad territorial.

En tal coyuntura los señores feudales, que ven amenazada su hegemonía, se rebelan contra el poder dinástico, pero son derrotados, y se instaura la monarquía absoluta.

Este fenómeno del alzamiento de los nobles contra el monarca, en los momentos en que éste procura consolidar la autoridad del Estado en desmedro de la anarquía feudal, ocurre en la misma etapa con todas las culturas, y es denominado por Spengler la *fronda*, universalizando el nombre aplicado en Francia al caso concreto de la rebelión que debió aplastar Mazarino en los comienzos del reinado de Luis XIV.

Restablecido el orden y consolidada la autoridad real, los nobles vuelven poco a poco a cobrar importancia en la corte y en la administración. Entonces es la burguesía la que se rebela, deseosa de arrebatar sus privilegios a la nobleza y al clero, y lograr ella la participación decisiva en la cosa pública. La Revolución Francesa puede ser considerada como el tipo de esta rebelión burguesa, que, al triunfar, destruye la vieja forma absolutista de la monarquía, e impone el sufragio universal, el parlamentarismo y el Estado democrático. Con ellos los poderes del dinero penetran en la estructura política y la dominan con resortes invisibles.

A poco andar comienza a hacerse presente, al través de los sindicatos y la calle, la cuarta clase, que es la masa inorgánica y cosmopolita. Ahora la política de la violencia domina y vence al dinero. Las formas constitucionales van desdi-

bujándose y, paralelamente al gobierno digamos legal, funciona el gobierno de hecho de la organización sindical.

Por este camino las formas políticas van tomando los caracteres de las épocas primitivas, y el caos social sólo puede ser conjurado con la aparición de los dictadores. Las naciones van ofreciendo el cuadro de agrupaciones humanas cada vez más informes, bajo la férula de gobiernos despóticos. Los caudillos subordinan la cosa pública a los intereses de su vida privada y familiar, y se empeñan en guerras recíprocas, en un afán de extender el propio dominio, situación que debe culminar en el imperio ecuménico. Napoleón es el primero de estos césares de la época postrera de la cultura, con los cuales se prepara el advenimiento de un imperio mundial.

Pero a los césares tampoco les es dado reposar tranquilos, pues deben continuar enfrentándose con los adversarios para dominar los cuales llegaron al poder: la masa, que protagoniza la *revolución mundial blanca*, en la terminología de Spengler, y los pueblos subdesarrollados de la periferia, que realizan la que él llama *revolución mundial de color*. Toynbee, que acepta este punto de vista spengleriano, denomina *proletariado interno* y *proletariado externo* a los sujetos de una y otra revolución, respectivamente.

Bajo el impacto de este doble asedio, sucumbe al fin el Estado cesarista y el orden político y social se deshace en el caos. Se va retornando a los estados primitivos de la humanidad, en que sociedades anquilosadas, que perdieron todo espíritu creador, caen en una rutina gris, marginadas del tiempo y de la historia. "Pueblos felaes", llama Spengler a esas colectividades posteriores a la cultura y a la historia, con voz tomada de la designación árabe del campesino egipcio, *felah*, labrador.

Insinuamos anteriormente que Spengler, hombre apasionado y poseído de vivas simpatías y antipatías políticas, aunque jamás actuó en este campo, al exponer un sistema que pretende reproducir fría y escuetamente un devenir ineluctable, en que todo ocurre de la sola manera que puede ocurrir, no logra disimular cuáles son las formas de su íntima predilección y cuáles las que entrañablemente rechaza. Lo palparemos ahora, al analizar, de acuerdo con sus puntos de vista, algunos de los elementos más importantes que hemos visto surgir en la evolución socio-política, más o menos esquemáticamente reseñada.

EL ESTADO

Para conocer de veras a un Estado, no es lo más importante su estructura legal, su constitución. Estados Unidos de Norteamérica y el Brasil son dos repúblicas

federales. ¡Y cuán diversos sus comportamientos políticos efectivos! Francia y Haití, dos repúblicas unitarias, y que hablan francés, por añadidura. ¿Cabe alguna comparación?

No existe un Estado "mejor, verdadero y justo" que haya sido *primeramente pensado* y luego *realizado*. Los Estados que tienen existencia real en la historia aparecen de pronto y varían permanentemente en forma insensible, aun cuando estén envueltos en el ropaje de una constitución escrita, rígida. Por eso Spengler llama al Estado *una unidad de existencia histórica*.

La tarea primera y fundamental del Estado mira al exterior y consiste en asegurarse el mejor y más sólido rango entre los demás Estados. Error de ideólogos ha sido asignar como tarea más importante del Estado la de realizar una determinada estructura y obtener determinados logros en el plano de la economía y la política doméstica de la nación, sin cuidarse de si ello le permite conservar la potencia militar que, haciendo la guerra, o mostrando su capacidad de hacerla en caso necesario, le asegure a dicho Estado el mantenimiento de su posición en el concierto de las naciones. En términos más breves: la política interior debe estar absolutamente subordinada a la política externa, porque de ella depende. La política interior sólo debe servir para mantener al Estado en *forma*, —en funcionamiento perfecto—, para cumplir su misión entre los demás Estados.

Esto lo comprende muy bien la nobleza, que tiene por ello una afinidad particular con el Estado, se identifica con él y con sus verdaderos fines.

Lo que interesa al Estado no es su forma política ideal, sino su *autoridad* efectiva, la que a la larga se nutre de la *confianza*, incluso de los extraños y adversarios, en su capacidad de acción, en su *eficacia*. Poco importa que el jefe efectivo se llame rey o ministro, que encabece un partido o no tenga relación alguna definible con el Estado, como fue el caso de Cecil Rhodes en Africa del Sur. Lo interesante e imprescindible es una minoría con instinto político, la que representa la tendencia histórica de un Estado y la lleva adelante, a veces en contradicción con la letra y aun el espíritu de la constitución. Y esa minoría tiene una cabeza, la que, sea como primer ministro, consejero real o jefe de partido, y bajo la máscara de la sumisión a un gran símbolo, perpetúa aún en los Estados más evolucionados, el régimen del soberano único de la monarquía primitiva.

Con este hecho *cósmico* va unido el de la *voluntad hereditaria*, que anhela garantizar la continuidad de una política con la permanencia de la sangre directora. En los mismos períodos revolucionarios surge esta voluntad de arraigarse en todo su vigor, en contradicción con los principios de la revolución misma.

Para cumplir su misión, el Estado no puede dejarse entabrar por principios morales ni por tratados. No reconoce otro deber que el imperativo supremo de tener éxito. Es una entidad viviente que, como cualquier vida, sólo busca adquirir validez por todos los medios a su alcance. Y cuando un pueblo renuncia al poder de la hora por un escrúpulo moral, podrá asegurarse una aureola en el mundo de los pensamientos y las verdades, pero en el mundo de los hechos ha sucumbido a otra fuerza vital que entendía mejor de realidades.

En el curso de la historia el Estado ve cruzarse sucesivamente en su camino a la comunidad eclesíástica con sus ideales religiosos; a los *hombres de negocios* con sus ideales de lucro, y a los *utopistas* con sus ideales sociales, cada uno de los cuales lucha por una abstracción. Pero en la realidad histórica en que debe moverse el Estado no hay ideales sino tan solo hechos. "Quien no comprenda esto, que escriba libros sobre política, pero que no haga política" (*Decadencia de Occidente*, t. IV, pág. 136).

Lo anterior nos permite comprender que para Spengler la guerra desempeña un papel fundamental en la historia, porque lo desempeña en el mundo de la vida, en general.

El vegetal está adherido a la tierra, inmóvil, y se nutre en estrecha solidaridad con el ambiente: suelo, agua, aire y sol. Más parece el *escenario* que el sujeto de esos procesos.

El mundo animal es de los herbívoros y de los carnívoros. Los herbívoros son mansos e inermes, pues se alimentan de vegetales que no pueden defenderse. Los carnívoros se alimentan de los herbívoros, por lo que su existencia consiste en matar y su vida es ofensiva, cruel, destructora.

La anatomía de herbívoros y carnívoros determina sus respectivos papeles de víctimas y victimarios. Los herbívoros son veloces y tienen el arte de escabullirse y ocultarse, y muy desarrollados el oído y el olfato, sentidos de la defensa. Con sus ojos orientados lateralmente, son incapaces de obtener una perspectiva. El que los ojos de los animales rapaces puedan fijarse en un solo punto les permite *fascinar* su presa y medir el campo de batalla. Los carnívoros tienen conciencia de su fuerza, y suelen vivir aislados, creándose zonas de su exclusiva dominación. Los herbívoros sustituyen el alma individual fuerte por el gran número, por el rebaño, por el común sentir y hacer en masa.

Traslademos esta psicología zoológica —expuesta por Spengler preferentemente en su obra *El hombre y la técnica*— al plano humano e histórico.

En un principio la guerra fue simple rapiña, y el comercio primitivo, unido a la política en su actitud conquistadora, se dio la mano con la piratería y el saqueo.

Hay pueblos *señoriales*, conquistadores, enamorados de la lucha contra los

hombres. Han abandonado a otros la lucha económica contra la naturaleza, para luego despojarlos y someterlos. Con la navegación surge la piratería; con la vida nómada, el bandillaje de las grandes vías comerciales; con la agricultura, la esclavización de los labradores por una nobleza guerrera.

Andando los tiempos la diplomacia, en cuanto sustituto de la guerra, exhibió y exhibe idénticas tácticas y la misma necesidad de ejércitos en retaguardia para dar peso a las operaciones. Todo intento de eludir la guerra sólo conduce a desviarla a otras esferas: en vez de actuar entre Estados lo hará entre comarcas, entre facciones o entre partidos.

Toda esta concepción del papel esencial y dominante de la fuerza y de la guerra en el destino humano y en la historia, ha sido preferentemente elaborada por pensadores alemanes, entre los cuales, retrocediendo en el tiempo, Spengler halló como inspiradores a von Bernhardt, a Nietzsche, a von Treitschke, a Moltke, a Clausewitz y a Embser, el cual ya en 1779 se preguntaba: "¿No es la guerra el resorte y, en cierto sentido, el único resorte de la grandeza humana?". Pero el gran patriarca de los belicistas fue el filósofo griego Heráclito, quien, en su estilo sentencioso, escribió: "Todo se produce por la discordia", y "La guerra es el origen de todas las cosas, a todas gobierna: a unos los hizo dioses, a otros hombres, a unos esclavos, a otros libres". Por algo Spengler eligió a Heráclito por materia de su tesis para doctorarse en filosofía. Además de su belicismo bebió también en él otra de las ideas cardinales para ambos: la del devenir universal.

La idea del Estado expuesta en *La decadencia de Occidente*, se completa con lo dicho por Spengler en sus ensayos *Prusianismo y socialismo* y *Nueva estructura del Estado alemán*.

¿Qué entiende nuestro autor por *prusianismo*? El sistema de gobierno implantado a partir del siglo XVII por los Hohenzollern, creadores del Estado prusiano. Caracterizose como un régimen providente y fuerte, altamente centralizado en lo político, administrativo y económico, y respaldado por un ejército de gran eficiencia. Allí la propiedad privada rural era una especie de feudo, sujeto a muy efectivas obligaciones respecto de la monarquía. La fortuna y el dinero debían servir a los intereses de la comunidad y no podían convertirse en los amos de la vida política y económica. En dos palabras, un tipo de socialismo de Estado.

Observa nuestro autor que así la llanura eslava en que se asentaron los Hohenzollern, como la Bretaña del futuro reino de Inglaterra, eran regiones inhóspitas e insalubres. Ambas habían sido colonizadas por pueblos con gran predominio de bajosajones. Sin embargo, esos grupos humanos étnicamente los mismos, en territorios análogos, generaron dos sistemas políticos y dos concepciones de la vida muy divergentes. ¿Por qué? El reino de Prusia estaba rodeado

de pueblos hostiles, de los cuales no era defendido por fronteras naturales. protectoras. En consecuencia, debió organizarse política y administrativamente, y disciplinarse psicológicamente de manera tal, que todo concurriera y se subordinara a la defensa de la nación. De aquí el espíritu militarista y de acendrado servicio público de sus hijos, y el socialismo de Estado de la monarquía.

Inglatera, en cambio, si debía afrontar parecidas dificultades derivadas de su suelo y de su clima, se veía en gran medida libre del asedio de los pueblos circundantes por su condición insular, que no hizo necesaria la creación de un Estado poderoso, y permitió que en sus habitantes se desarrollara un gran espíritu de independencia personal. La política inglesa fue la expresión de unas cuantas individualidades poderosas, que llevaron a la creación del sistema parlamentario.

En este paralelismo instituido por Spengler entre los destinos y las mentalidades de los pueblos inglés y prusiano —apenas esbozado en estas líneas— advertimos en germen toda la teoría del *desafío* y la *respuesta*, en torno de la cual haría girar Toynbee su concepción del desarrollo histórico. El ensayo *Prusianismo y socialismo* es de 1920. El primer volumen del *Estudio de la Historia* fue publicado en 1935, aunque Toynbee dice haber concebido su teoría por allá por 1911...

A nuestro siglo xx, por mandato de la evolución histórica, le corresponde por forma política la democracia, propia del *invierno* o período crepuscular de la cultura. Querámoslo o no, debemos vivir en régimen democrático.

Pero Spengler no ha podido disimular la complacencia que le inspiró esa monarquía de los Hohenzollern, autoritaria, austera, honesta, defendida y prestigiada hacia lo exterior por un ejército modelo, y religiosamente consagrada a procurar el bien del Estado y el de la comunidad, que se identifican.

Entonces ideó un esquema constitucional y administrativo, que él quisiera ver aplicado a su patria alemana, como un antídoto neutralizante de los vicios congénitos de la democracia. Propugna en el jefe del Estado autoridad omnímoda para designar y remover a voluntad sus ministros, que sólo responderán ante él. El parlamento, poco numeroso, sólo se reunirá dos veces al año para aprobar o desaprobar la cuenta rendida por el jefe del Estado de su gestión del año anterior, y los presupuestos del próximo ejercicio fiscal. Si el veredicto del parlamento es negativo, se lo disuelve y convoca a nueva elección; esto es, se acude directamente al pueblo en un plebiscito indirecto, para que se pronuncie sobre la actuación del jefe del Estado al designar a sus nuevos representantes. Todo funcionario, aun el profesional, debe recorrer íntegro el escalafón, desde los grados más bajos. Se lo admite a prueba, y si ésta es satisfactoria, a los cinco

años se lo contrata por otros cinco, y luego por diez, renovables automáticamente. Los sueldos de los grados superiores deben ser aproximadamente equivalentes a las rentas percibidas por los grandes industriales. "Así se rodea de brillo la soberanía en sus más elevados representantes". El espíritu apocado y subalterno en los funcionarios superiores ha solido ser la consecuencia de su falta de independencia económica.

Yo resumo esta receta política de Spengler, que él, a su vez, sólo nos ofrece en sus rasgos fundamentales, en su línea gruesa, diríamos, en su estudio *Nueva estructura del Estado alemán*, incluido como segundo capítulo de su obra *Seis ensayos*, del año 1926.

En todo caso, piénsese lo que se piense de este programa de circunstancia —ideado en los difíciles años iniciales de la república de Weimar, cuando acababa de pasar por la asonada comunizante de los *espartaquistas* y por uno de los procesos inflacionarios más extremos que recuerda la historia del mundo—, el juicio que de él nos formemos no tiene por qué afectar a la concepción realmente importante de Spengler, que es su filosofía de la historia, su teoría de las culturas como ciclos interdependientes, autónomos, pero que evolucionan de acuerdo con un patrón idéntico.

LAS CLASES SOCIALES

Sábase de sobra que este concepto es algo equívoco y elástico. Se pueden definir y delimitar las clases sociales desde el punto de vista del promedio de la renta, de la actividad profesional, etc. Dentro de su concepción grandiosa de las *culturas*, ciclos históricos de un milenio de duración, Spengler denomina *clases sociales* a grupos humanos con un mismo sentido de la vida, una misma ética, un comportamiento, maneras, aspiraciones y mentalidad comunes.

Las auténticas *clases* son la nobleza y el sacerdocio. Son eminentemente *simbólicas*, porque en su esencia encarnan y manifiestan aspectos o modos característicos del alma de la respectiva cultura.

Las clases no se forman deliberadamente —como los partidos o escuelas—, sino de manera espontánea, cuando de la masa social se destacan y aproximan ciertos individuos que, sin concertarse, llegan a integrar verdaderas unidades vivientes.

La nobleza no consiste en una suma de títulos y privilegios, sino en la *conciencia* de una *misión* directiva que la hace empuñar resueltamente el timón del mando, porque se siente la capacidad de hacerlo y porque concibe el ejercicio de ese mando como el instrumento para proteger y resguardar lo que más se ama: la familia, la estirpe, la propiedad. La nobleza supone antepasados que por largo tiempo se han mantenido en las cumbres de la historia. Y un compor-

tamiento, un señorío, una dignidad y la posesión de unas maneras que no entran a quienes las practican con máxima naturalidad, pero crean una distancia entre ellos y los demás, que aunque no sea comprendida, es por todos agudamente sentida.

Tal como la clase aldeana, la nobleza se arraiga en la tierra madre, es vegetativa, y tiende a identificarse con el Estado y sus fines, al velar por la nación en conjunto. Pero cuando el Estado, en un período avanzado de la cultura, pretende desligarse de las clases y confundirse con la nación misma, entonces la nobleza se rebela en contra suya: es la *fronda*, según quedó dicho.

Frente a la nobleza, el sacerdocio puede considerarse como la *anticlese*, pues ignora la familia y la vida privada, se aparta de la mujer y desprecia la maternidad. Representa la independencia del suelo, del tiempo y de la historia; simboliza el espacio, el idioma, la vida intelectual, la *conciencia*.

El noble, al contrario, simboliza la raza, la historia, la vida sexual, la *existencia*.

En la *moral del noble*, los buenos son los poderosos, los ricos, los valientes; y los malos los ineptos o impotentes, los frustrados, los cobardes. Acepta sencillamente los privilegios, pero se siente obligado por su código de la lealtad y del honor, fruto de la vida misma, no de una elaboración reflexiva.

En cambio, la *moral sacerdotal* sólo aprecia los actos deliberados, emanados de un sistema de principios. Ignora el honor. Por eso se halla fuera del mundo histórico. Es indiferente u hostil a la propiedad, la que interesa a la estirpe, más que al individuo. Entonces no es extraño que el sacerdote, en su inquina contra la propiedad, coincida con los filósofos adscritos a las utopías socialistas.

Spengler establece una clara y neta diferencia entre el sacerdote como individuo, sujeto de una convicción y de una misión religiosa, y la iglesia, *organización* instalada en el tiempo y en la historia, que no puede prescindir de la propiedad, la jerarquía y el poder, y en tal categoría suele ser la rival y enemiga del Estado. Cuando la iglesia lucha contra el Estado procede como una monarquía que lucha contra otra.

Los sacerdotes, individualmente y en cuanto movidos por un ideal religioso, ultraterreno, en especial los del bajo clero, son enemigos de la propiedad y revolucionarios, y a veces "rematan en demagogos y marxistas". "Todos los sistemas comunistas del Occidente tienen en realidad su origen en el pensamiento teológico y cristiano".

Con el respeto que nos merece Spengler, observaremos que su tipo del sacerdocio extraño a la familia y a la paternidad, que vive fuera del tiempo y de la historia y animado de una ética puramente idealista, sólo corresponde al cristianismo y no es el de las demás culturas. Ni siquiera en Israel se conoció ese

tipo humano, salvo que pensemos en los profetas y los esenios, que no eran precisamente sacerdotes. Ellos y los ascetas de la India son los antepasados espirituales del sacerdocio cristiano.

Partiendo de los *siervos* que cultivaban la tierra, llega a formarse la *clase aldeana*, que es la clase *productora* por excelencia. No sólo nos procura los productos de la tierra, sino que proporciona nuevos contingentes a las clases superiores, simbólicas, de la nobleza y el sacerdocio. En efecto, mucho de los miembros de la clase aldeana están continuamente ascendiendo a los estratos superiores e incorporándose a ellos. Por eso la considera Spengler "la raíz de la gran planta llamada cultura".

El campesino o aldeano vive como adherido a la tierra. Descubre y materializa en la *casa* la *expresión perfecta y simbólica de su nuevo sentimiento vital*. En edades anteriores, como cazador y pastor, había llevado una existencia errante.

El campesino es el hombre eterno, independientemente de toda cultura, anterior y posterior a ella. Resbalan sobre su epidermis todas las creencias, doctrinas y técnicas, sin que se inmute ni altere. Su ética verdadera reside allende la historia del espíritu. Su sola preocupación es hacer rendir la tierra en la medida necesaria a sus consumos familiares, sin ambiciones que vayan más allá de su existencia vegetal. El campesino carece de historia, está al margen de la historia.

La *burguesía* es hija de la contradicción fundamental existente entre la ciudad y el campo. La vida urbana procura el encanto de sentirse libre de esa servidumbre respecto de la tierra que constituye la vida del campesino.

La burguesía carece de un contenido simbólico específico y se define como oposición a la nobleza y el clero. Por eso la capacidad política directiva, el genio del estadista aparecen por excepción en la clase burguesa.

Los grandes y típicos problemas de la ciudad son el espíritu y el dinero. En la expresión *espíritu* quedan incluidas las artes, las letras y la ciencia. En *dinero* se incluyen los oficios, las industrias, el comercio y las finanzas.

Quienes ejercen todas estas actividades del espíritu o la economía, forman un partido sin unidad interna, pero que la adquiere transitoriamente para luchar por la libertad; es decir, por sacudir los grandes símbolos y los privilegios que de ellos se derivan, por emanciparse de la nobleza y el clero, dueños de tales privilegios. En esas luchas el espíritu lleva la voz cantante, pero, al fin de cuentas, el dinero acapara las ventajas.

Al trazar el esquema general de la evolución sociopolítica en el ciclo de la cultura, tal como la concibe Spengler, dejamos anotado que cuando hace crisis

el feudalismo y los monarcas procuran deshacerse de los nobles para instaurar el Estado fuerte, solicitan la colaboración de la naciente burguesía, con la cual vencen a los primeros, rebeldes en la *fronda*.

Andando el tiempo es la burguesía ya poderosa la que se rebela, anhelante de acaparar ella el Estado. La monarquía absoluta, que en esta coyuntura ha contado con la solidaridad de los nobles y del clero, es vencida por la dicha rebelión de los burgueses, cuyo tipo histórico más relevante se nos ofrece en la Revolución Francesa. Se abre la época de la democracia parlamentaria.

En el período actuante de la burguesía es cuando por primera vez los principios, las teorías, procuran *imponerse sobre los hechos*. Por lo mismo se otorga primacía a la política interior sobre la exterior, en el afán de conquistar y consolidar los *derechos*, pero con entero olvido de sí, otorgados tales derechos, el Estado conservará la fuerza suficiente para subsistir entre los demás Estados.

Infírese que la burguesía es la edad de oro del partido político.

La política, que en un principio fuera una actividad espontánea, simple lucha de facciones por el ejercicio del mando, ahora se torna reflexiva y se convierte en *teoría*. El partido odia a las viejas clases y les es tan superior en espíritu —en bagaje de principios, de conceptos sistematizados— como les es inferior en instinto, en sentido de las realidades. En el fondo no hay más que un partido, el de la burguesía liberal, que odia por igual a la aristocracia, al clero, a proletarios y campesinos. En un parlamento democrático es siempre insincera la posición de conservadores y proletarios. Unos y otros sólo anhelan romper el marco constitucional, el que sólo respetan exteriormente, por no haber otra manera de conseguir un éxito duradero en nuestro tiempo. Sólo la burguesía está en su elemento en el parlamento democrático.

El burgués aun pertenece a la edad de la cultura y, en cuanto pueblo —populus, demos—, engloba a las demás clases y gremios, que le quedan subordinados. De tal manera el burgués se ha identificado con el alma de la ciudad, que no puede desprenderse de ella; no puede vivir en el campo, y si materialmente se sumerge en él, lleva consigo el espíritu de la ciudad.

El anterior bosquejo nos exhibe una estructura natural de las clases, que constituye la armadura ósea en el ciclo de toda cultura.

Conviene repetir que los grupos profesionales —obreros, artifices, funcionarios, etc.— quedan al margen de la auténtica organización de clases. Se fundan en capacidades técnicas y su tradición no incluye ni moral ni tradiciones propias. Los militares, los jueces y los altos funcionarios forman clase, como

una prolongación de la nobleza. Por su parte, los sabios, los eruditos y los médicos son una prolongación o derivación del sacerdote.

En la época final de una cultura termina la historia de las dos clases primarias, la nobleza y el sacerdocio. Nada tienen que hacer en adelante.

Se vinculan inextricablemente con la concepción de las clases, en Spengler, sus ideas sobre el papel histórico del castillo, el templo, la ciudad y la "urbe mundial", que no tenemos tiempo de desarrollar en esta síntesis.

LA MASA Y LA REVOLUCION MUNDIAL BLANCA

Careciendo la burguesía de unidad interna, como no sea para la oposición, adolece de una debilidad constitucional. Por esto en las revoluciones que desencadena, ve infiltrarse en sus cuadros, acaparar la dirección y sacar las mayores ventajas a la masa, la cuarta clase, poseedora del dinamismo, la decisión y el arrojo que faltan a la burguesía.

Cuanto más desarrollada está una cultura, es decir, una sociedad en el período de la cultura, mayor es en ella la diferenciación interna. Lo mismo ocurre en los organismos biológicos, pues cuanto más se elevan en la escala orgánica, mayor complejidad exhiben en su estructura.

Hay menesteres que cualquiera es capaz de cumplir, pues suponen una técnica elemental o mínima. Pero hay otros de que sólo son capaces poquísimos en el mundo, como los realizados por un Leonardo, un Galileo, un Newton, un Beethoven, un Pasteur. Entre los más bajos y los más altos se da toda una gama que determina la estructura y la jerarquía social.

Ahora bien, la rebelión contra este orden de cosas natural e ineluctable, rebelión de los estratos humanos inferiores desde el punto de vista de la calidad de su quehacer, azuzada y estimulada por utopistas y agitadores, es lo que llama Spengler *la revolución mundial blanca*. Alude al hombre blanco, al sujeto de nuestra cultura occidental.

Trátase de la rebelión contra las jerarquías creadas por la misma cultura, fenómeno que siempre ocurre en el período de la declinación de ésta, y cuyos rasgos sobresalientes ha caracterizado con vigorosos trazos nuestro autor.

Pero no es la maldad de los técnicos y los gerentes la que ha reducido al gran número a la triste condición de un trabajo mecánico, monótono y despersonalizado. Es la máquina misma, cuyo funcionamiento al servicio de la economía exige unos pocos cerebros arriba y millares de manos abajo. Esta deplorable situación es explotada por los demagogos, que envenenan el alma de los trabajadores en vez de buscar un remedio racional al problema. Estos trabajadores podrían sublevarse y expulsar o matar a gerentes y técnicos: nada ganarían,

pues sería la muerte de ellos mismos, que ahora quedarían sin medio alguno de subsistir, pues no son capaces de realizar la labor superior de los dichos técnicos y gerentes.

En un principio la revolución dirigió sus fuegos contra los privilegios políticos y las distinciones sociales. Pero aproximadamente desde 1848 los enderezó contra los que poseen, así fueran empresarios o campesinos. Comenzó a prometer la dictadura del proletariado de las grandes ciudades. Desde entonces la palabra *obrero* fue idealizada por una aureola de bondad que impedía pensar acerca de su sentido y el alcance de su aplicación.

Se olvidó el hecho de que todos los hombres trabajan y que el trabajo realizado por el inventor, el organizador, el ingeniero, es de mayor importancia que el del obrero. Ya nadie se atreve a recordar la *cualidad* de un trabajo para medir su valor: sólo se lo mide por el tiempo en él consumido. Sin embargo, el trabajo espiritual *no puede* ser limitado por el tiempo, pues acosa a sus víctimas durante el descanso, en los viajes y en las noches de insomnio. Hace imposible librarse de la reflexión. Esto arroja mucha luz sobre la imagen demagógica del burgués holgazán y regalado.

Esta categoría del obrero sólo incluye al trabajador de fábrica y al minero. Nadie recuerda al campesino y los azares que le depararon los rigores y caprichos de la naturaleza, ni la vida de los artesanos pobres en las regiones de la gran industria, ni las tragedias de los que pescan en alta mar. Sólo el *obrero* logra ser compadecido y colocado allende todas las eventualidades. Se le convierte en santo, en el ídolo del tiempo. En cambio, cabe burlarse del campesino obeso y palurdo, del empleado público ocioso, del comerciante que trampea, para no hablar de los objetos predilectos del sarcasmo: el empresario y el banquero.

Mientras menos valgan personalmente los ejemplares del hombre-masa, más útiles resultan para la revolución, pues carecerán de escrúpulos para ejecutar cualesquier desmanes. Quien ama el trabajo, sabe algo y está orgulloso de su capacidad, no se siente proletario y es un estorbo para el movimiento revolucionario. Para convertir a un individuo en elemento de valor para la revolución, hay que desmoralizarlo y proletarizarlo antes. La superioridad personal, el éxito y la alegría por lo que se es capaz de realizar, son mirados como traición.

La meta de esta rebelión de la masa no es precisamente el mejoramiento de su condición, sino la *destrucción de nuestra economía* y del orden institucional que la sustenta.

De ahí la exigencia de salarios no justificados por el rendimiento de la empresa. Se prescinde del hecho de que la remuneración del trabajo de ejecución no es una magnitud independiente, sino el resultado de la totalidad orgánica del proceso industrial, totalidad que incluye el pensamiento por realizar, la

dirección y administración de la empresa, el suministro de las materias primas, la busca de mercados para colocar los productos, el cálculo de costos y utilidades, las reservas para reposición y ampliación de los equipos, etc.

El movimiento sindical saca el salario de la unidad del organismo industrial y lo convierte en *salario político*.

Gracias a esto, en casi todos los países democráticos ha surgido desde fines del siglo XIX, al lado del gobierno legal, un segundo gobierno ilegal de dirigentes sindicales, cuya tarea más importante ha sido la de obtener, con las armas de la agitación y de la huelga, los aumentos de los salarios obreros. Los poderes públicos se resignan y ceden, a cambio de la tranquilidad para gobernar.

Bajo el peso de estos salarios antieconómicos arrancados por la demagogia sindical y política, se están destruyendo las economías nacionales. Esa ha sido la causa principal de las crisis económicas de nuestro tiempo.

Por esa misma causa los salarios campesinos son hoy mucho más bajos que los de los obreros, siendo que hacia 1840 eran análogos. Ello es lo que ha producido la despoblación del campo. Al mismo tiempo, se ha reducido en número el empleo de la mano de obra, ya que no es posible, con salarios tan elevados, contratar tantos obreros. O sea, el fenómeno de la *desocupación*. A comienzos de 1933 registra Spengler "treinta millones de blancos sin trabajo".

Anota Spengler como un rasgo muy característico de la burguesía el que, pese a fundarse en los hechos esencialmente humanos de la jerarquía y de la propiedad, ha tolerado el ataque nihilista de que es objeto, lo ha comprendido, celebrado y aun secundado.

El gobernar, en cuanto función esencial del hombre de Estado, es obstruido y ridiculizado. Hay halagos para los agitadores profesionales, para los que entran en el proceso económico, perturban el orden y aun destruyen la propiedad. Si alguna vez los alcanza la defensa social, serán *mártires* de la libertad, mientras nadie tendrá una palabra de estímulo, gratitud o siquiera conmiseración para los oscuros defensores y mártires del Estado, para esos soldados o policías que, víctimas de su deber, caen heridos, mutilados o masacrados.

Dice Spengler que, con esta actitud, los burgueses preparan su propia tumba. Este suicidio de clase es la gran moda de nuestro tiempo. Les aplica el epíteto de *flagelantes*, nombre de una secta medieval de cristianos que se azotaban en reuniones públicas en penitencia por sus pecados.

EL IMPERIALISMO ECONOMICO Y LA REVOLUCION MUNDIAL DE COLOR

¿Cómo hace frente a esta sangría con que es succionada la economía capitalista? Incrementando desesperadamente sus ventas a los pueblos subdesarrollados

de ultramar. He aquí el proceso. Los grandes empresarios se ven presionados por los obreros en demanda de *salarios políticos*, y a su turno y para defenderse presionan a los respectivos Estados para que a toda costa obtengan mercados de salida a sus productos industriales. El imperialismo económico se ejercita en última instancia, pues, en beneficio de los obreros europeos y norteamericanos. O sea, las masas de estos pueblos superdesarrollados no viven de la industria en sí, sino del monopolio comercial ejercido por sus respectivos Estados sobre los países coloniales o semicoloniales.

Los obreros y campesinos de estos países han sido forzados, aun con las armas en la mano, a trabajar en la extracción de sus materias primas por salarios realmente de hambre. Así se rebajaban los costos de producción de la industria europea y norteamericana. Y tal cosa no era tildada de reacción ni de violación de los derechos del trabajador asiático, latinoamericano o africano por los sindicatos de Europa y Estados Unidos, los beneficiarios en última instancia.

Pero ya los trabajadores de color de los países subdesarrollados, como se dice hoy, han comenzado a darse cuenta de la explotación de que eran víctimas y a rebelarse. Esto es lo que Spengler llama la *revolución mundial de color*.

Todas las culturas pasadas han debido soportar el odio, la codicia y el asedio de los pueblos inferiores circundantes. Una vez que éstos se percatan de las debilidades y las luchas intestinas de las naciones cultas, y se han asimilado siquiera parcialmente sus métodos guerreros, se lanzan inevitablemente al asalto.

El Imperio Romano no es más que uno de muchos ejemplos, bien que el más conocido y significativo para nosotros.

Toynbee, que en varias de sus observaciones no ha hecho sino seguir a Spengler, reconoce la realidad de esas dos revoluciones magnas de nuestro tiempo, pero en vez de estimar que sus protagonistas son los obreros *blancos* y los de *color*, los denomina *proletariado interno* y *proletariado externo*.

Roma pudo resistir varios siglos el asedio de que la hacían objeto los *bárbaros*, pues constituía un Imperio con límites precisos, materiales, defendidos por fortalezas y guarniciones. En cambio, nuestro *imperialismo* político y económico ha extendido tanto sus tentáculos o líneas de penetración, que el peligro amarillo, negro o cobrizo está al acecho en el seno mismo del área del poderío blanco.

Anota Spengler que la guerra 1914-18 fue el primer gran triunfo de los hombres de color. Entonces fueron empleados en masa en suelo europeo por blancos contra blancos y conocieron los secretos del arte militar de Occidente. Tornaron a sus tierras con la idea de haber vencido a potencias blancas, y las comenzaron a despreciar, como lo hiciera antaño Yugurta con respecto a Roma. Desde el seno de la *Liga de las Naciones* participaron en las controversias y rivalidades

de las potencias blancas, que así han descendido de su rango anterior. El Japón ha colaborado activa y eficazmente para arrebatar el Asia y la Oceanía a la dominación blanca.

La Unión Soviética es catalogada por Spengler entre los pueblos de color, rebeldes contra la hegemonía mundial europeo-norteamericana. Rusia se ha quitado ahora la máscara blanca, mantiene su rostro marxista sólo para las miradas del oeste y se vuelve asiática con toda el alma, albergando un odio ardiente contra Europa. Llevada de este odio le insufla a la población del resto del mundo de color la idea de una resistencia común.

Tiene mercenarios y aliados disfrazados en todas partes. "Su arma más fuerte es la nueva diplomacia revolucionaria y típicamente asiática, que emplea la acción en vez de las negociaciones, una acción desde abajo y por la espalda, por medio de la propaganda, el asesinato y la insurrección" (*Años de decisión*, págs. 196-7).

En cuanto a la revolución americana, en un principio fue una lucha entre los blancos: entre los criollos dueños de la tierra, radicados desde antiguo en el continente, y los funcionarios europeos, que pugnaban por conservar la relación colonial de amos y súbditos. La literatura revolucionaria inglesa y francesa nutrió espiritualmente a los primeros, que triunfaron en la guerra de la independencia.

En una segunda etapa comenzó el movimiento de los indios de pura sangre y de los mestizos contra la raza blanca. "Se acentúa una especie de culto al supuesto comunismo de los incas, con el apoyo de Moscú. El ideal racial de un puro régimen indiano se halla tal vez próximo a realizarse" (*Años de decisión*, pág. 200).

Es posible que los pueblos de color no resulten aptos para regirse a sí propios instaurando un orden nuevo; pero la angustiada interrogante histórica es si conseguirán desplazar a los blancos.

En esta lucha que se inicia, los blancos ofrecen algunos flancos débiles. Desde luego, perdieron su prolificidad de antaño, lo que hace que mengüe cada vez más su proporción numérica con respecto a los hombres de color.

La prolificidad es un signo de vigor. La mujer desea al hombre no como simple compañero o amante, sino como padre de sus hijos, de numerosos hijos. El hombre, por su parte, vincula la paternidad con el hogar, con la propiedad, con una herencia que desea eternizar en su prole: herencia de bienes materiales, de una firma, de un nombre. Todo esto halla su expresión simbólica más alta en la monarquía hereditaria, que es la garantía del instinto fuerte de la raza.

El socialismo, que ataca ese instinto, por su sola existencia es un signo del ocaso. Hoy los hombres ya viven para sí mismos, para su placer, no para la estirpe.

Esta *raza fuerte* que va perdiendo el blanco, implica, además de alta natalidad, una rigurosa *selección* por medio de los contratiempos de la vida: accidentes, guerras, enfermedades. Nuestra medicina *social* conserva individuos raquíticos, débiles, lisiados del cuerpo y del espíritu. Prolonga la vejez y cultiva a los anormales, que darán una descendencia llena de taras¹.

Con todo esto va parejo un pacifismo *a outrance*, un anhelo de tranquilidad que es el desarme anímico, añadido al desarme corporal por infertilidad.

A la inversa, los hombres de color no son pacifistas. No tienen apego a una vida cuyo único valor sea la duración. Cuando oyen hablar al blanco de *humanidad y paz eterna*, husmean la incapacidad, la ausencia de voluntad para defenderse, la cobardía.

EL CESARISMO FINAL

Ahora bien, el mayor de los peligros para el mundo blanco ocurrirá cuando se mancomunen los partidos obreros con los pueblos de color, el *proletariado interno* con el *proletariado externo*, para usar la terminología de Toynbee.

"Ninguna de las dos revoluciones desdeñará la ayuda de la otra sólo porque mire en menos a sus portadores. El odio común borra el desprecio común". (*Años de decisión*, pág. 210).

Estas dos fuerzas deletéreas mancomunadas concluirán por destruir la *forma* política de los Estados; es decir, su estructura tradicional e histórica, se halle o no cristalizada en una constitución escrita, cosa de menor importancia.

Y a medida que los Estados pierden su *forma* y, consecuentemente, su capacidad de mantener el orden interno y su rango en el concierto internacional, van cayendo bajo la férula de gobernantes de nuevo cuño, sólo movidos por su ambición personal de dominio y poseídos de olímpico desprecio por todas las tradiciones jurídicas.

Es la época final de la civilización, la época del *cesarismo*, en que los dictadores se empeñan en guerras agotadoras en su afán por extender su dominio.

¹Esta ojeriza de Spengler contra la medicina social es uno de los rasgos que nos repelen dentro del repertorio de sus ideas. No previó que la ciencia llegaría a vencer muchas de las enfermedades que en su tiempo eran prácticamente incurables, como la tuberculosis, la sífilis, etc. Sirvale de excusa el que su darwinismo social, llamémoslo así, flotaba en el ambiente de sus días. Llegó hasta nosotros. El notable cirujano y catedrático Dr. Lucas Sierra tradujo y prologó muy elogiosamente, en 1923, la obra del americano T. Lothrop Stodard, *La amenaza del subhombre*, quien da en ella la misma voz de alarma de que se haría eco Spengler algún tiempo después en sus *Años de decisión*.

Los Estados van desapareciendo uno tras otro, incorporados al que resulte más fuerte, que al final queda como un *gobierno único del mundo*. El dictador triunfante domeña la rebelión de la plebe y restablece el predominio de la política sobre los poderes económicos y financieros.

Todas las culturas han llegado a esta etapa en la cual la nuestra, la de Occidente, comienza a penetrar.

El primero de estos "césares" en el actual ocaso de Occidente fue Napoleón, según Spengler. El cree probable que el próximo César salga de Alemania, país al cual estima con sus reservas biológicas y anímicas menos deterioradas, precisamente por haberse mantenido largos años al margen de las luchas extenuadoras de la gran historia².

¿PESIMISMO?

Volviendo al *gobierno único del mundo* que será el resultado de la lucha entre los futuros césares, resulta oportuno aludir una vez más a Toynbee. Para él también el *Estado universal* representa la etapa última de cada cultura —*civilización*, en su terminología. Pero el historiador inglés cree posible el advenimiento de este *imperio* sin pasar por ese período de guerras totales y agotadoras previsto como inevitable por el pensador alemán. Además, admite la posibilidad de que nuestra civilización sea de duración indefinida, esto es, no perezca al embate de los *desafíos* múltiples que la acechan. Es cierto que las dieciocho civilizaciones que ha conocido la historia humana desaparecieron corroidas por disolventes análogos. Pero la nuestra, la número diecinueve, podría disfrutar de una buena salud interminable³. Se salvará, es decir, nos salvaremos, si se cumplen estas dos condiciones: que aprovechemos las lecciones de la historia y contemos con la misericordia de Dios...

Spengler, en cambio, no exime a la cultura occidental, por el hecho de ser la *nuestra*, del destino común: necesariamente debe morir. Pero, repetimos, la muerte de una cultura no significa la extinción física del grupo humano en cuestión, sino la pérdida de sus cualidades creadoras; la caída en un marasmo,

²Esto lo escribió Spengler en 1933, en su libro *Años de decisión*. No pensó en Hitler, que comenzaba entonces su ascensión fulgurante. El que el *Führer* aceptara algunas de las ideas caras a Spengler —o más bien, la gran corriente ideológica del *Pangermanismo*, a que éste pertenece—, no quiere decir que nuestro pensador fuera un adicto del nazismo. Lo impugnó en algunas de sus ideas fundamentales, como las del racismo, la autarquía económica y el partido único. Llamó *lacayos del éxito* a los primeros apologistas del régimen.

³Dijimos que las *culturas* de Spengler son ocho. Toynbee, más analítico en su estudio, reconoce diecinueve. Y aún éstas podrían ser veintiuna, si subdividimos la del Extremo Oriente en una nipona y otra coreana, y la ortodoxa en ortodoxa bizantina y ortodoxa rusa.

en un sopor en que sólo se repite lo ya aprendido, en que nada es inédito ni significativo, en que espiritualmente se vive al margen del tiempo y de la historia.

Repetiremos, asimismo, que el hecho de que nuestra cultura esté en su ocaso, no implica la imposibilidad de que surjan *otras* culturas. Más aún, Spengler cree advertir las señales de que la próxima cultura va a germinar en la llanura ruso-asiática.

¿Debe ser catalogada de *pesimista* la concepción spengleriana?

Si la circunscribimos exclusivamente a la cultura *nuestra*, puede ser considerada pesimista, ya que advierte en ella todos los síntomas de la disolución y la declara próxima a su fin.

Pero la concepción de Spengler, como él lo advierte desde las primeras páginas de su obra capital, es *copernicana* y no *tolemaica*: ofrece una clave interpretativa no de *nuestra* cultura, sino de todas las habidas y por haber; esto es, de la cultura en su esencia, como un fenómeno humano recurrente y en cierto modo *cósmico*: le agrada y prodiga este vocablo. Lo que él estatuye respecto de la cultura, no habría tenido derecho a inferirlo del estudio de ninguna aislada; debe ser necesariamente el logro de un análisis comparado, una morfología de la historia universal.

Así entendida, y así debe ser entendida, la concepción de Spengler no es más pesimista que el reconocimiento de que al verano siguen ineludiblemente el otoño y el invierno y a la madurez fisiológica suceden la decrepitud y la muerte.

No cerraremos el presente ensayo sin insistir en que, en muchos de sus aspectos, las ideas de Spengler chocan duramente con las hoy en día predominantes. Pero ¿quién nos asegura que las ideas caras a nuestra época serán las aceptadas en el año dos mil o en el tres mil?... ¿No nos ha enseñado suficientemente la historia de la filosofía que algunas de sus concepciones fundamentales han sufrido alternativas en su aceptación o repudio al través de los tiempos?...

Aun cuando alguien llegue personalmente a la conclusión de que algunas de las ideas de Spengler deben ya ser condenadas sin temor a que ninguna futura instancia pueda rehabilitarlas ¿qué gran pensador se halla en situación diversa?, ¿acaso Platón?, ¿acaso Descartes?, ¿acaso Leibniz o Kant?...

¿Y no seguimos leyendo, estudiando, comentando y reeditando a filósofos de éstos que pudiéramos calificar de vitandos, dada la peligrosidad de algunas de sus teorías? Piénsese en Maquiavelo, en Hobbes, en Rousseau, en Gobineau, en Nietzsche...

Una obra filosófica no es un manual escolar, que se pone en manos de los niños previamente expurgado de cuanto pueda lesionar a un cerebro inmaduro. Ahora bien, el lector avisado, inteligente y culto, fácilmente descartará de la magna obra de Spengler el material deleznable o caduco, y disfrutará, en cambio, de la cosecha más opulenta de ideas y sugerencias en los terrenos de las ciencias puras, la filosofía, la ética, la religión, la historia, la política, la literatura y el arte. Y, por añadidura, recibirá este don en el envase de un estilo diáfano, vigoroso, poblado de magníficas imágenes, de uno de los más grandes prosistas de todos los tiempos.

Aunque más no fuera sino como una incitación a la lectura o a la relectura de *La decadencia de Occidente*, se habría justificado esta conmemoración de su cincuentenario, a la cual ha pretendido contribuir el presente ensayo.

Una obra de Spengler, traducida al español por el Sr. José María de Cossío, editada por Editorial Espasa Calpe, S. A., en Barcelona, 1954. (Colección Espasa Calpe, S. A., "Biblioteca de Espasa Calpe", tomo 10, número 100, páginas 1-100.)

Una obra del Padre F. A. de la Cruz, editada por el Sr. José María de Cossío, editada por Editorial Espasa Calpe, S. A., en Barcelona, 1954. (Colección Espasa Calpe, S. A., "Biblioteca de Espasa Calpe", tomo 10, número 100, páginas 1-100.)

Entre las obras de Spengler en la biblioteca para el curso del profesor de Historia, un volumen en cinco tomos, editado por el Sr. José María de Cossío, editado por Editorial Espasa Calpe, S. A., en Barcelona, 1954. (Colección Espasa Calpe, S. A., "Biblioteca de Espasa Calpe", tomo 10, número 100, páginas 1-100.)

El presente ensayo, editado por el Sr. José María de Cossío, editado por Editorial Espasa Calpe, S. A., en Barcelona, 1954. (Colección Espasa Calpe, S. A., "Biblioteca de Espasa Calpe", tomo 10, número 100, páginas 1-100.)

Horacio y Miguel Angel Asturias

y lo celebre yo como el latino

M. A. ASTURIAS

Las *Obras Escogidas* de Asturias se abren con *Leyendas de Guatemala* (1930) y cierran su primer volumen con *Ejercicios poéticos en forma de soneto sobre temas de Horacio*. Sorprende lo amplio de la cultura y la escondida riqueza lingüística de quien comienza parafraseando textos precolombinos y termina inspirándose directamente en poemas latinos.

Una frase del *Popol-Vuh* hace de epígrafe en *El Señor Presidente* (1946), y *Popol-Vuh* es el libro santo de los mayas, revelado a los europeos por E. Brasseur de Bourbourg (1814-1874). El misionero francés sintióse cautivado por aquella misteriosa cultura. Un descubrimiento vino a coronar sus pacientes investigaciones: en la Universidad de San Carlos de Guatemala existía una copia con caracteres latinos, del original maya, hecha por fray Francisco Ximénez (1666-d. 1721). La traducción francesa fascinó a no pocos etnólogos y antropólogos del Viejo Continente, pues coincidía con los descubrimientos de H. Schliemann en la Grecia de los aqueos, el desciframiento de los cuneiformes por H. C. Rawlinson, el encuentro de "Roma sotterranea" por G. Rossi, las excavaciones sistemáticas en Pompeium por G. Fiorelli.

Entre los alumnos inscritos en La Soborna para el curso del profesor G. Raynaud, un especialista en culturas precolombinas y traductor del *Popol-Vuh*, se cuenta un guatemalteco, Miguel Angel Asturias, venido a perfeccionar sus estudios de derecho (1923-1926).

Hondamente enraizado, por su ancestro, en la tierra del *Popol-Vuh*, el centroamericano no se siente satisfecho con el análisis científico de su maestro, porque este joven es más poeta que etnólogo y más etnólogo que jurista. Asturias quiere interpretar poéticamente ese mundo maya penetrado por lo místico, y busca si-

tuarlo en la historia de América. Pero esta voluntad exige una síntesis previa. Sus cualidades naturales y la formación universitaria lo van llevando a una integración de lo maya con lo hispanoeuropeo, de la cual es también capaz, porque puede sin mediadores abordar las fuentes más hondas de entrambas culturas.

Tal como la vida, el ambiente, el arte, el pensar de su tierra natal reflejan hoy día aquella síntesis fraguada en el s. xvi, de la misma manera lo maya y lo hispánico surgen en los poemas de Asturias formando un solo todo. Pero ¿se puede hablar de tradición poética hispánica y olvidar a Quinto Horacio Flaco? ¿Cómo entonces entender a Garcilaso, pero sobre todo a Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, a Francisco de Medrano, y, descollando muy por encima de éstos, a fray Luis de León?

Horacio y los primeros horacianos españoles cruzaron el Mar Océano y llegaron hasta el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde fray Juan de Zumárraga, obispo de Méjico y admirador de Erasmo, iba con el virrey Antonio de Mendoza a conversar en latín con los naturales de la Nueva España, mientras las malas lenguas atribuían al demonio el que los muchachos compusiesen poemas a lo Virgilio, Horacio y Garcilaso. ¿Será también mera coincidencia o capricho el que Miguel Angel Asturias esté, ahora, empeñado en revivir con su pluma la Guatemala, precisamente, de los ss. xvi y xvii?

Parecería darse no poca afinidad entre Asturias y Horacio: en ambos hay refinamiento cultural que puede llevar al academismo; en ambos se da amor por la forma bella, tendencia a lo sensual, ironía, sarcasmo, quemantes ansias de libertad no tan sólo para decir algo a los hombres de su tiempo, cuanto para vivirla junto a ellos. Al verse reflejado en la Fuente de Venusia, para ser más lo que ya era, el guatemalteco sintió deseos de beber esas aguas siempre nuevas, porque siempre vivas. Pero en Asturias, Horacio no se repite, revive.

De los diecisiete *Ejercicios poéticos en forma de soneto sobre temas de Horacio*, que Asturias dedica a su esposa Blanca, la mayoría se inspira en los *carmina*, esto es, en los poemas más artísticamente cincelados por Horacio. Las preferencias de Asturias van a los dos primeros libros, donde asoman temores de una nueva guerra civil y miedos al inevitable cortejo de proscripciones y exilios, que toda tiranía engendra. El resto de los *sonetos* generalmente evoca la temática del libro tercero que con tanta libertad y elegancia como falta de piedad fustiga el lujo y la corrupción moral. Los diecisiete *epodi* líricos y sarcásticos, realistas y sensuales no podían tampoco dejar indiferente al autor de los diecisiete *Ejercicios poéticos*.

El epílogo del tercer libro de los *carmina* (iii, 30) transfórmase en *soneto* introductorio a los *Ejercicios poéticos*:

*Exegi monumentum aere perennius Aquilae
regalique situ pyramidum altius, quod non imber edax, non Aquilo
impotens possit diruere aut innume-
rabilis anno rum series et fuga tem-
porum. Non omnis moriar multa pars mei
vitabit Libitinam* (.....)¹.

*Aquí guarda la esponja de humedades
que devoró mi historia entre faisanes
y el terremoto que tumbó ciudades
y el Aquilón de brazos capitanes.*
(.....)
Yo no he de pasar. *De las edades
triunfaré* (.....)
(.....) *mi voz de bronce puro.*

Las pirámides faraónicas recuerdan a Asturias las colosales construcciones de Uxmaly Yaxchilán escondidas en la húmeda selva tropical, mientras los faisanes de su tierra natal son evocados por el ibis, ave sagrada que representa al Toth egipcio; y Horacio prosigue:

(.....) *Vsque ego postera
crescam laude recens dum Capitolium
scandet cum tacita uirgine pontifex.*
(.....)
*lauro cinge uolens, Melpomene, coma*².

que Asturias metamorfosea pensando, quizá, en los "templos" de Chichén-Itza, Uxmal, etc., donde se formaba a las doncellas hasta el momento del matrimonio:

*y mi gloria del lado del corpiño
que guarda pecho y corazón de bella
mientras entre diamantes, de lo oscuro
alce su luz vespéral estrella* (p. 1189).

¹Citamos las *Obras Escogidas* de M. A. Asturias de acuerdo con la edición "Aguilar" (Madrid, 1956, t. 1^o). Como las "reminiscencias textuales" no pueden establecerse, sino entre textos originales, damos a continuación, para facilidad del lector, la versión de O. Salinas en *Poetas latinos: Virgilio, Horacio, Ovidio* (E.D.A.F., Madrid, 1962), excepto la última que es de fray Luis de León. "He acabado un monumento más duradero que el bronce y más alto que las regias tumbas de las pirámides, que no podrán destruir las lluvias persistentes, el frío aquilón ni la marcha de los tiempos con la serie innumerable de los años. No moriré del todo. La mejor parte de mí ser se librará de Libitina" (p. 566).

²y mi gloria crecerá de día en día con las alabanzas de la posteridad mientras el pontífice suba al Capitolio acompañado de la vestal silenciosa (...) ¡Oh Melpómene! (...) ven a ceñir mi frente con el laurel de Apolo" (p. 566).

A mediados del siglo XVI, *Beatus ille qui procul negotiis* había encantado a fray Luis de León ("¡Qué descansada vida!") y cuatro siglos más tarde seguía el epodos II cautivando a Miguel Ángel Asturias ("La melodía del imán a chorros", p. 1197). Pero mientras el brillante y discutido profesor de exégesis bíblica en Salamanca añoraba, y alguien "un día, puro, alegre, libre" con belleza de expresión y hondura de sentir, parafraseaba el *carmen* I, 11 ("No busques, ¡o Leuconoe! con cuidado"), el conferencista invitado por el King's College de Cambridge y por la Universidad de Roma experimenta en lo más profundo de su ser eso mismo que expresó Horacio tiempo ha:

| | |
|--|--|
| <p><i>Tu ne quaesieris, scire nefas, quem mihi, quem tibi finem di dederint, Leuconoe, nec Babylonios tentaris numeros. Vt melius, quidquid erit, pati!</i></p> <p>(...) <i>Dum loquimur, fugerit invida aetas; carpe diem quam minimum credula postero</i> (3).</p> | <p><i>La vida mía, soledad temprana si del que soy me aparta la imprudencia de preguntar lo que será mañana, lo que será mañana mi existencia. Babilónicos números desgrana inútilmente, dulce Leuconoe, alma cándida (.....) el instante en que te hablo está ya lejos y es así cómo el tiempo nos corroe</i></p> <p>(p. 1198).</p> |
|--|--|

La hermosa trasposición de "quorum / piis secunda, uate me, datur fuga"⁴ en "convertidos tus poemas en sandalias" (p. 1191), pone fin a un poema, brotado del epodos XVI, en que el poeta huye:

| | |
|---|--|
| <p>y el Cancerbero desarmado y <i>ducho</i> lame tierras que <i>dejas sin pesares</i></p> <p>(p. 1193).</p> | <p><i>Te uidit insons Cerberus aureo cornu decorum leniter atterens caudan et recedentis trilingui ore pedes tetigitque crura</i>⁵.</p> |
|---|--|

Es que la poesía "encanta", y por encantar domina, y porque domina se hace fuente de libertad y de perdón:

⁴No indagues, Leuconoe (no es lícito saberlo) qué fin reservan los dioses a tu vida y la mía, ni combines los números mágicos. Mejor será que te resignes a los decretos del hado (...). Mientras hablamos huye la hora envidiosa. Aprovecha el día de hoy, y no confíes demasiado en el siguiente" (p. 487).

⁵"de los cuales pueden huir a estas regiones los hombres inocentes. Creed en la verdad de mis profecías" (p. 608).

⁶*Carmen* II, 19: "deslumbrado por tus cuernos de oro, te contempla con mansedumbre el Cerbero que mueve suavemente la cola y lame tus plantas con sus tres lenguas" (p. 534).

¡Salve, Baco, afluente tributario
de las venas celestes de mis sienes!
¡Rodéame cercano y arbitrario!
te dejo mis sentidos en rehenes
a cambio de tu vino visionario
¡Los males míos convertís en bienes!
¡Perdóname, Evohé, por temerario!
¡Tirso y bacantes séanme sostenes!

(p. 1193).

Baco, las bacantes y el Cancerbero, la inspiración poética, el vino y el miedo no sólo se dan en el cálido Mediterráneo, sino también en las caldeadas tierras del Nuevo Mundo. La trasposición asturiana, al contexto político-social de Guatemala, de temas horacianos parece también descubrirla en:

Serenas esas frentes! si es del cielo
sea el vino que barra enojo o descon-
(.....)
y lo celebre yo como el latino.
¡Hoy navegar en vinos generosos
y mañana en el piélago infinito!

Quae nunc oppositis debilitat pumici-
[bus mare
[suelo Thyrrenum. Sapias uina, liques et spa-
[tio breui
spem longam reseces (.....) ?

(p. 1194).

El sabor horaciano del *carmen* IV, 12 permanece intacto a través de la reelaboración poética de Asturias:

Profundidad de sombras derretidas
al pálido fulgor de los luceros,
Para trocarlo por esencias idas
he venido a llevar vino en cueros
desde el hondo tonel de las bebidas

delectantque Deum cui pecus et nigri
colles Arcadiae placent.
(.....)
Nardi paruus onyx eliciet cadum
qui nunc Sulpiciis accubat horreis,

*¡Vitor! Mi ánimo se estremece con el delirio reciente, y el pecho lleno de Baco palpita con tumultuosa alegría. ¡Vitor! Perdóname, Baco; perdóname, dios temible del tirso amenazador. Tú me permites celebrar bacantes sobreexcitadas, las fuentes de vino, los arroyos de purísima leche" (p. 533).

†*Carmen* I, 11: "sea éste el último en que ve romperse las olas del Tirreno contra los escollos opuestos a su furia. Sé prudente, bebe buen vino y reduce las largas esperanzas al espacio breve de la existencia" (p. 487).

al muro ciego de los perfumeros.
La cornerina del halago, empece
a que es perfume sólo del oído,
embriaga como el nardo y enloquece
igual que el vino, mas la fiesta impulse
la locura, que perder el sentido
con la copa en la mano es cosa dulce.

(p. 1201).

*spes donare nouas largus amaraque
curarum eluere efficax.*
(.....)
Miscē stultitiam consiliis breuē;
dulce est desipere in loco⁸.

El mismo mar que lleva hasta Grecia a Virgilio y que a otros amigos ha conducido al destierro, ese mar hostil paradójicamente es también Venus, la diosa del amor. Chalchiutlicue ("la de las faldas de jaspé") era la divinidad del agua que cae del cielo dulce y fecunda, especie de "Venus Ourania"; pero Asturias, como Horacio, simpatiza más con la "Venus Euploia". ¡Que el mar tranquilo ("eu-ploia") una a la humanidad entera para gozar en el amor ("Venus") toda belleza viviendo en paz duradera!:

Que los dedos espumen el mar blondo
hasta encontrar el hombro y desceñido
el talle, surja su desnudez del fondo
de un sueño entre los brazos oprimidos.
Que el cuenco de la mano palpe en
[hondo
la redondez del seno y el latido,
hemisferio de amor, mundo redondo
a dimensión de beso reducido

(p. 1190).

Sic te diua potens Cypri
(.....)
reddas incolumem, precor,
(.....)
Illi robur et aes triplex
circa pectus erat (.....)
qui uidit mare turgidum et
infamis scopulos Acroceraunia?
(.....)
Nequiequam Deus absceidit
prudens Oceano dissociabili
terras, si tamen impiae
non tangenda rates transiliunt uada.
Audax omnia perpeti,
gens humana ruit per uetitum nefas⁹.

⁸regocijan al dios Pan, protector de los rebaños y los sombríos collados de Arcadia (...). Por un lindo frasco de nardo haré vaciar el ánfora, encerrada en los graneros de Sulpicio, donde se guarda un vino que despierta risueñas esperanzas y disipa eficazmente las penas más amargas (...) mezclemos a los graves consejos alguna que otra locura; es muy dulce a ratos dar al olvido la razón" (p. 581).

⁹Carmen I. 3: "Así la diosa reverenciada en Chipre (...) ruégote le conduzcas sano (...) Guarnecido debía llevar el pecho de roble y triple cota de bronce (...) al que vio (...) sobre el mar enfurecido (...). En balde la providencia de un dios separó los continentes con la barrera

Los *Ejercicios poéticos*, que tras un desafío a lo caduco y pasajero cantan el éxtasis poético, la amistad, el amor, la fraternidad, terminan melancólicamente:

| | |
|--|--|
| Póstumo, los años! La arruga <i>agrieta</i> | Eheul fugaces, Postume, Postume, |
| <i>el rostro</i> (.....) | labuntur anni nec pietas moram |
| ¿Cien llaves a tus cosas? (.....) | <i>rugis et instanti senectae.</i> |
| Bienes, casa, mujer (.....) <i>que poco</i> | (.....) |
| [<i>aprieta</i> | Non, si <i>trecenis, quotquot eunt dies,</i> |
| <i>el que quiere abarcar lo que no dura.</i> | <i>amice, places inlacrimabilem</i> |
| La llacrimable, Póstumo, no mira, | (.....) |
| <i>ni escucha, ni habla. Sorda, ciega, muda,</i> | <i>Linquenda tellus et domus et placens</i> |
| <i>espera al que de pronto no respira</i> | <i>uxor</i> (.....) |
| (.....) | <i>Absumet heres Caecuba dignior</i> |
| <i>mientras el heredero riega el vino</i> | <i>seruata centum clauibus et mero</i> |
| <i>de dioses que guardó en desatino.</i> | <i>tinge t pauimentum superbum</i> |
| (p. 1203). | <i>pontificum potiore caenis</i> ¹⁰ . |

En el *carmen* II, 14 no hay esperanza alguna. Cuando fray Luis de León lo traduce cual español del siglo XVI, una débil luz aparece en los reinos de Plutón ("por más religioso que seas") y la pluma de Asturias deja entrever que algo "dura". Frente a las cosas y a los hombres Horacio, en el fondo, permanece escéptico, mientras el guatemalteco, en quien se funde lo hispánico y lo maya, expresa al profesor G. Yapes-Boscán su admiración por las cosas y los hombres, pues en todo hombre y en toda cosa algo sagrado encuéntrase escondido.

infranqueable del Océano, si las impías naves atraviesan las sirtes que deben llenarlas de terror. Audaz, el linaje humano se precipita en todos los crímenes y conculca todas las leyes" (pp. 477-478).

¹⁰Con paso presuroso

se va huyendo, ¡ay Póstumo! la vida,
y por más religioso
que seas, no dilates la venida
a la vejez (...)
del dios Plutón que nunca se enterece,
(...) y que dejes muy presto
la casa, tierra y mujer amada,
(...) y tus vinos guardados
debajo de cien llaves, del dichoso heredero gastados

La consolidación del dominio español en Chile*

Los primeros tres años después de la llegada de don Pedro de Valdivia al país fueron realmente cruciales: 153 soldados españoles, acompañados por quizás algo más de 1.000 yanaconas peruanos, lograron fundar la capital de Nueva Extremadura, Santiago, y ampliar su dominio entre los ríos Choapa y Maule. Se encontraban totalmente aislados del resto del mundo. Sólo a fines de 1543 los visitó un buque mercante, que aportó un conjunto de mercaderías que se requerían con extraordinaria urgencia, y sólo en el día del Año Nuevo siguiente llegó a la capital el primer refuerzo de 60 soldados, al mando de don Alonso de Monroy. Había salido éste de Santiago el 26 de diciembre de 1541, de modo que regresó sólo después de más de dos años de ausencia, en circunstancias que lo estaba esperando don Pedro desde mediados de 1542. Como ocurre siempre en la historia, las casualidades habían desempeñado un papel mucho más importante que la mayoría de los investigadores están llanos a admitir. Y esa casualidad fue también un poderoso factor en los años siguientes.

LA EXPEDICION DE MONROY AL PERU

El éxito que finalmente logró Monroy comprueba, desde luego, tal afirmación. No tuvo dificultades en su cabalgata por toda la parte boreal del país, pero las hubo al llegar a Copiapó. Se dirigió con sus 5 compañeros de viaje "a una chacra, a tomar comida", según informa Vivar. Ya habían cargado el maíz, cuando les sorprendieron los toquis Ulpar y Cateo, con 50 conas. Ya se demostró que el nombre de Ulpar es mapuche, y también lo es el del otro toqui (cachrū, cortado; o = ocori, peuco: Peuco Cortado). Cateo les dijo que en el valle vivía un español,

*Segundo artículo, de una serie de tres, sobre la "Crónica y Relación Copiosa y Verdadera", de Jerónimo de Vivar.

que los deseaba hablar: habría llegado éste a Copiapó a través del Despoblado de Atacama con 7 compañeros, que fueron muertos hacia nueve meses.

Tratábase de uno de los más pintorescos personajes de la conquista. En Copiapó se llamaba Francisco de Gasca, pero su verdadero nombre era el de Pedro (o Gonzalo) Calvo de Barrientos. Había pertenecido a las huestes de Pizarro que hicieron prisionero al inca Atahualpa. Cuando éste comenzó a acumular en Cajamarca los tesoros que le exigió el jefe español para devolverle la libertad, aquel soldado robó parte de ellos y fue sorprendido. Pizarro lo mandó azotar y cortarle ambas orejas. No quería el culpable vivir entre sus connacionales, después del infamante castigo. Era amigo de una ñusta (princesa) de la corte de aquel inca, y ésta consiguió que el monarca le entregara su borla. Exhibiéndola, se obedecía a quien la poseyera. La pareja acordó dirigirse al más lejano de los dominios incaicos, que era el de Chile, haciendo el viaje en literas cargadas por indios de la estafeta postal y haciendo escala en los (aproximadamente) 95 incahuasis y tambos que había a lo largo de los 2.400 kms. de longitud que medía el Camino del Inca entre Cuzco y Quillota. Fue recibido en ese lugar por Quilitanta, colgó su traje español en el templo solar y se vistió desde entonces a la manera de los incas.

En Aconcagua, Barrientos desempeñó un papel importante en el auge de Michimalonco, quien lo hizo su amigo y le encomendó el mando de sus tropas. Hubo luchas con Narongo (Naglonco), otro cacique del mismo valle, que fue vencido. A la llegada de don Diego de Almagro, el malhechor de Cajamarca lo recibió —disfrazado como indio— con una magnífica arenga.

Don Pedro obligó a Barrientos a irse con él al norte, cuando regresó al Perú. No se sabe si lo acompañó la ñusta, pero es probable, pues en Copiapó tenía —según Lovera— dos mujeres, con varios hijos, que no pueden haber nacido en los 9 meses que estaba allá cuando llegó Monroy. Posiblemente eran los hijos de la ñusta, a la que había agregado en Copiapó —según la costumbre araucana— una segunda mujer. Disfrutaba en ese nuevo medio de la reputación de ser un excelente médico, por lo cual se le tenía en gran estimación. Vivar menciona a este español sólo accesoriamente, pero Góngora y Lovera dan informaciones para su biografía.

En la entrevista de Monroy con Aldequín, el cacique de esa parte del valle (la inferior), Barrientos fue de utilidad, pues se esmeró en instruir a los españoles cómo se debían comportar. Aldequín destacó en una comida que dio a éstos que no había participado en las luchas que don Pedro de Valdivia había tenido con Hualenica en el valle, asegurando a Monroy su buena disposición y amistad.

Todo parecía anunciar un feliz desenlace, pero cuando los seis españoles

quisieron reemprender la cabalgata al día siguiente, fueron atacados por numerosos guerreros, cayendo 4 de ellos y logrando escapar solamente Monroy y Pedro de Miranda, con los caballos mal heridos. Erraron por el desierto durante tres días, sin dar con el Camino del Inca y sin disponer de alimentos ni de agua. Barrientos insinuó a los copiapinos que siguieran la huella de los caballos, que les permitiría dar con ellos, y Cateo fue despachado a la cabeza de 60 conas, con la orden de seguirles hasta Atacama, si fuera necesario, pero que volviera con sus cabezas. Los encontró en un arenal, completamente exhaustos. Cateo les gritó: "¡Amaraca!" (espera, te quiero hablar). Monroy le pidió agua, que le fue suministrada previa entrega de las armas. El viaje de regreso al valle demoró cuatro días, y en el camino se encontraron con otro toqui que también los buscaba con 60 conas.

Les ataron las manos y colocaron una soga al cuello, y así fueron presentados a Aldequín. A indicación de Barrientos, le besaron los pies.

Aldequín los entregó a un indio que "salió vestido como un clérigo, con un hacha en las manos", quien "se puso hacia el sol, haciendo un parlamento en su lengua y adorándolo y dándole gracias por la victoria. Con aquella hacha amagaba a los dos españoles ciertas veces, como que les quería hender las cabezas. Hechas estas ceremonias, les volvieron los rostros al sol y tornaron a hacer su reverencia". Existía el propósito de sacrificar a los dos prisioneros, costumbre netamente araucana, usándose en ese acto un hacha ceremonial como la que llevaba aquel indio. En el imperio incaico, los sacrificios humanos estaban estrictamente prohibidos.

En seguida hubo una comida común. Miranda encontró en la ramada una caja que contenía dos flautas y que había sido arrebatada a uno de los españoles que pasaron a Chile. Tocó el instrumento y conmovió a todos los presentes con sus dulces melodías. Se mostró especialmente impresionada la hermana de Aldequín. Lovera informa que se llamaba Lainacacha (en araucano, de *laina*, marchito; y *cacha*, yerba: Yerba Marchita, nombre mapuche muy característico para una mujer). Agrega que había sido bautizada por uno de los clérigos de las expediciones de Almagro o Valdivia con el nombre de María.

En atención a su éxito, pidió se le perdonara la vida, lo que concedió Aldequín. Miranda solicitó luego que también se le perdonara a Monroy. Vivar informa: "Una señora (Lainacacha), hermana de Aldequín, a la cual tenían mucho respeto, de lástima de ver a los españoles tan desfigurados y maltratados, tomó dos vasos de vino (chicha) que ellos beben, bebió el uno y dio el otro al capitán Monroy. Lo mismo hizo al que estaba con él. Dando de beber semejante señora a un prisionero, está cierto que no morirá por aquella vez". Góngora agrega que Aldequín perdonó la vida a Monroy, imponiéndole la condición de que le ense-

ñara a andar a caballo. El capitán, en realidad, no podía esperar un desenlace más favorable, pues tal tratamiento le podría permitir recuperar la libertad.

Por el momento, no podía pensarse, sin embargo, en ella: los dos españoles fueron mantenidos como prisioneros en una cárcel, que parece haber sido el templo, pues Vivar escribe que había en ella ídolos mal formados y que los supervisaba el sacerdote, quien "en lugar de borderón traía un hacha de cobre, y lo que sacrificaba eran hombres".

Tres meses pasaron en esa prisión. Muchos indios pedían que se les sacrificara, pero Cateo y Lainacacha los defendieron, y Aldequín accedía a sus ruegos. Además, se comportaron muy sumisos y tranquilos, de manera que inspiraron confianza. Finalmente, se les permitió andar a caballo, haciendo paseos con los indios, que disponían no sólo de los 6 caballos del destacamento de Monroy, sino de otros más quitados a españoles. Sin embargo, Monroy y su compañero no tenían en vista otra meta que la de huir. Recuperaron dos cuchillos, que llevaban escondidos en sus borcegues, escondieron 4 herraduras y 80 clavos y lograron también las escudillas y los estribos de oro.

Monroy consideraba como el único personaje realmente peligroso a Aldequín. Su buena suerte quiso que lo encontrara una vez acompañado sólo por otro indio a 4 leguas de la prisión. Le dio dos puñaladas, mientras Miranda mató al acompañante, a quien quitó una espada española, con la que ultimaron también a Aldequín. Más adelante los alcanzó un cacique de Huasco —a quien Lovera llama Don Diego, nombre con el que había sido bautizado—, invitado a un banquete por Aldequín. Iba acompañado por otros indios de aquel valle. Los dos españoles los atacaron y pusieron en fuga. Barrientos, que había participado en la excursión, volvió y reprochó a Monroy su proceder. Este le hizo ver la miserable vida que llevaba entre los indios, comportándose peor que un pagano y salvaje, y lo obligó a huir con ellos, pues les podía servir de guía. Miranda, por su parte, encontró dos llamas cargadas de maíz y se apoderó de ese valioso botín, que les suministró la provisión que les faltaba.

En Chañaral Alto toparon con los 10 indios que vigilaban el Camino del Inca, los que venían cargados de sal. Uno fue hecho prisionero y reveló que más adelante habían otros 10, los que encontraron a 6 leguas (38 km.), es decir, a orillas del Río Salado. Lovera informa que cuando llegaron a Atacama, huyó Barrientos y que no se supo más de él.

Por fin llegaron al Perú, donde todo había cambiado: Almagro el Mozo había asesinado a don Francisco Pizarro, en cuyo nombre don Pedro había emprendido la conquista de Chile. Había llegado un nuevo gobernador nombrado por el monarca, Vaca de Castro, quien había vencido al joven Almagro en la batalla de Chupas, mandando ejecutarlo.

Monroy cumplió con lealtad y gran talento la misión que el gobernador de Chile le había encomendado, informando detalladamente al representante del rey de todo lo ocurrido y los problemas existentes. Vaca de Castro fue inclinado de este modo a favor de don Pedro de Valdivia y ordenó apoyarlo, sobre todo con un refuerzo de soldados.

La constelación era propicia para ello, y se presentaron muchos que deseaban ir a Chile, sobre todo los partidarios de Almagro, vencidos en la reciente batalla. Lovera habla de 130 soldados, pero el virrey hizo ver a Monroy que la situación del Perú era todavía muy intranquila y autorizó la salida de sólo 70, como informa Vivar.

Este interés por ir a Chile fue fomentado también por los estribos, escudillas y guarniciones de las espadas de oro que exhibieron Monroy y Miranda. Parte del oro enviado al Perú en esa forma se perdió en Copiapó, pero Monroy obtuvo en el Perú importantes créditos. Cristóbal de Escobar le entregó 20.000 pesos, y una suma similar aportó Bernardino de Mella.

El viaje a Chile, que se hizo por la misma ruta que había seguido don Pedro de Valdivia, no ofreció mayores dificultades, y los 70 hombres llegaron a Santiago el 19 de enero de 1544, constituyendo un aporte esencial para asegurar el dominio español.

Se ha descrito esta expedición con muchos detalles, pues ella constituye un ejemplo especialmente instructivo acerca de las condiciones morales de los prohombres que realizaron la población del país y su incorporación en la órbita occidental. Además, los episodios ocurridos en Copiapó comprueban fehacientemente que en aquella región vivían araucanos y no diaguitas, de modo que todo el territorio chileno, desde aquel valle hasta Chiloé, estaba poblado en 1540 por un solo pueblo, que hablaba una misma lengua y poseía una misma cultura, aunque existían —lo que es natural, pues se trataba de una extensión longitudinal de poco menos de 2.000 kms. y de condiciones naturales muy variadas— diferencias regionales. Había que considerar, además, que la parte boreal de esa área había recibido en los últimos cuatro siglos antes de la llegada de los españoles, fuertes influencias foráneas: primero de parte de los atacameños (1100-1350) y después de la cultura incaica (desde 1450). Vivar confirma, pues, en 1540, la aseveración del padre Luis de Valdivia, quien expresó a principios del siglo siguiente que, a este lado de los Andes, los misioneros sólo necesitaban aprender la lengua araucana o mapuche, pues se entendía en todo ese territorio.

Esta uniformidad étnica de Chile —notable excepción en América, continente que se caracteriza por una gama extraordinariamente variada de lenguas— constituye uno de los fundamentos que facilitaron la formación de una nación definida.

El caso de Michimalonco, analizado en un artículo anterior, revela que los araucanos, aun cuando defendieron muy valientemente su independencia, estaban predispuestos a entenderse con los españoles ya antes que ocurriera en mayor escala la mestización de ambos pueblos, que selló finalmente la unidad nacional, sin que Chile conociera —como otras naciones americanas— el problema de minorías y mayorías raciales.

NUEVOS RECONOCIMIENTOS

La llegada de un importante refuerzo de soldados y de un valioso cargamento de mercaderías robusteció considerablemente la situación de don Pedro de Valdivia, pero no le permitía realizar una mayor expansión, para la cual se necesitaba un número mucho más considerable de pobladores.

Los promaucaes reaccionaron ante el refuerzo llegado con un nuevo alzamiento y se negaron a servir a los encomenderos. El gobernador salió el 20 de febrero de 1545 con 60 soldados a su territorio. No le presentaron batalla, sino que retrocedieron y pasaron con sus guerreros al sur del río Maule, hasta donde llegó don Pedro. Por lo general, al huir aquellos indios incendiaban sus rucas. A los que habían quedado rezagados, el gobernador les avisó que "no temiesen sino que sirviesen, que no les hacía mal ni daño y que avisasen a los demás que se viniesen a su tierra y que hiciesen sus casas y sembrasen".

Ya entrado el invierno, fue informado en aquella región de que los indios habían visto un navío cerca de la tierra. Cruzando ríos y esteros que conducían gran caudal de agua, logró llegar hasta aquella nave, que había naufragado: "hallaron la gente muerta" y "en la playa un poco de jabón y velas de cera".

El gobernador dejó a Aguirre en el territorio de los promaucaes y regresó a Santiago, para invernar allá. El 16 de junio de 1545 llegó a Valparaíso un buque perteneciente al genovés Juan Bautista Pastene, cargado con mercaderías que el gobernador del Perú, Cristóbal Vaca de Castro, enviaba a Chile al cuidado de Calderón de la Barca, a fin de negociarlas. Supo Valdivia que el navío naufragado en el sur pertenecía a dos comerciantes que fueron asesinados al tocar la costa de Copiapó. Como en el caso anterior, adquirió el cargamento en 80.000 pesos (el valor de las mercaderías en Lima era de 12.000) y la repartió entre los conquistadores. Tales operaciones comerciales estaban prohibidas al representante del Rey, por lo cual Vaca de Castro fue castigado más tarde por Felipe II. La adquisición esencial que interesaba al gobernador fue, sin embargo, la de Pastene y su navío: "se ofreció a servir", y aquel lo hizo su "teniente y capitán general de la mar".

Consideró don Pedro de gran importancia asegurar ante todo las comunicaciones con el Perú, que mejorarían fundando una ciudad más al norte, en Co-

quimbo: en ella podrían hacer escala los buques que se dirigían a Valparaíso, sin estar expuestos a asaltos, como el que acababa de ocurrir; se impedirían levantamientos al norte de la región de Aconcagua; y se podía ofrecer abastecimientos a las expediciones que llegaran desde el Perú por tierra.

Recibió el encargo de fundar esa ciudad el capitán Juan Bohón, quien salió de Santiago con 30 soldados, 10 de los cuales eran vecinos encomenderos. Mandó llamarla La Serena, por ser esa la región de Extremadura a que pertenecía su pueblo natural, Castuera. A fin de mantener las comunicaciones con ella, ordenó construir un bergantín, que la visitaba trimestralmente y "les llevaba trigo, maíz y cebada, así para comer como para sembrar, y aves y puercos para que criasen, y con esta buena solicitud se sustentó aquella villa".

Resultó que, con el dominio de la zona de Santiago entre los ríos de Choapa y Maule, los indios de ella comenzaron a huir tanto hacia el norte como al sur. El gobernador ordenó a su teniente en La Serena "que todos los indios de los términos de Santiago que allá estaban los enviase, amenazados, a sus caciques y a su tierra" y que "si después otros se fuesen allá, los castigasen" y devolviesen.

Por otra parte, envió a Aguirre con 25 hombres jinetes e infantes al río Maule "y que allí hiciese un fuerte, y que de él corriese la tierra adentro hasta 25 leguas (160 km)", a fin de impedir la fuga de los promaucaes hacia la zona situada al sur del Maule, como también para someter a los indios entre los ríos Mataquito y Maule.

Ninguna otra fuente informa sobre esta fuga de los indígenas de la Zona Central del país, que fue una de las causas que explican la enorme disminución que hubo en su población. Debe agregarse —lo que no dice Vivar— que también hubo una fuga de apreciables proporciones hacia la parte situada al oriente de la cordillera andina, que terminó finalmente con la ocupación de casi todo el territorio de la actual República Argentina, al sur del camino de Mendoza a Buenos Aires y hasta la altura del río Deseado, por araucanos emigrados de Chile. Este desplazamiento, como se ve, ya se manifestaba en 1545 y motivó las medidas que indica Vivar, de parte de don Pedro de Valdivia.

En el invierno de 1545 se trabajaban los lavaderos de oro de Marga-Marga con 500 bateas, y en los ocho meses de la "demora" (explotación) se logró una producción de 70.000 pesos. Además de las del propio gobernador, había numerosas faenas de particulares.

Al acercarse la primavera de 1545, pareció a Valdivia de importancia realizar un reconocimiento del litoral que sigue al sur de la desembocadura del río Maule. La gobernación que él había obtenido de Pizarro alcanzaba hasta más o menos 41° de latitud austral, es decir, hasta la orilla norte del lago Llanquihue y la bahía de San Pedro, con ancho de 100 leguas desde el mar (634 kms).

Para hacer ese reconocimiento se prestaba, precisamente, el galeón de Pastene. Fuera de la tripulación se embarcaron también algunos soldados, que iban al mando de Jerónimo de Alderete y de Rodrigo de Quiroga, como también el secretario del gobernador, Juan de Cárdenas, que era también escribano mayor, a fin de que "diese testimonio de lo que hiciesen".

El galeón salió de Valparaíso el 3 de septiembre de 1545 e hizo su primera escala "en la provincia de los cauquenes", donde se efectuó una primera toma de posesión y se capturó un "lengua de la tierra". Vieron la desembocadura de algunos grandes ríos y llegaron hasta la bahía de San Pedro, donde Alderete volvió a tomar posesión de las tierras y se capturó otro lenguaraz, llegando de regreso a Valparaíso el 30 del mismo mes.

Gracias a la considerable producción de oro lograda, pareció a don Pedro de Valdivia posible conseguir en el Perú una mayor cantidad de soldados, caballos, armas y muchas "otras cosas que acá tenían necesidad". Despachó con este fin al Perú el galeón de Pastene el 4 de septiembre de 1546 desde La Serena, ciudad a la que él mismo se dirigió a fin de despachar a sus "embajadores", que fueron don Alonso de Monroy a don Antonio de Ulloa, natural de Cáceres. Pastene debía cargar el galeón con las mercaderías adquiridas, mientras que Monroy debía traer por tierra a los soldados y caballos. Ulloa, a su vez, debía continuar viaje a España, para "dar a S. M. todo el recaudo que llevaba, y que mirase con todo cuidado el negocio cuan importante era, para que S. M. y su Real Consejo de Indias supiesen verdaderamente la conquista de esta tierra y población de la ciudad de Santiago y villa de La Serena y el descubrimiento por mar de esta tierra de adelante".

Luego regresó a Santiago por tierra y ordenó al piloto del bergantín construido para mantener las comunicaciones con La Serena, que era Luis Hernández, que regresara a Valparaíso. Este piloto tenía, sin embargo, "un trato secreto" con Pedro Sancho de Hoz y con Calderón de la Barca, el criado de Vaca de Castro, quienes tenían negocios comunes, y de acuerdo con ellos, en vez de obedecer al gobernador de Chile, se dirigió desde La Serena al Callao, perdiendo el país el bergantín.

A fines de enero de 1547, el gobernador consideró posible intentar una exploración por tierra del territorio situado al sur del río Maule, que emprendió a la cabeza de 60 soldados. Cruzó el río Itata, llegando a tierras que "no había pisado ningún español". A 5 leguas (32 kms) más allá pernoctó a orillas de una laguna y fue acometido por indios que, en efecto, jamás habían visto a un español. El cacique informó a don Pedro que más al sur estaban haciendo junta para atacarlo: él le manifestó sus propósitos pacíficos. Envio a algunos de esos indios, con otros "más pláticos" y un yanacona a la junta, pero fueron golpeados y no se

les dejó hablar. Al tercer día se presentaron 60 conas y manifestaron que retaban en duelo a muerte al mismo número de españoles que habían penetrado en su territorio con su jefe. Valdivia aprovechó la oportunidad para demostrarles su superioridad militar: luchó con ellos con sólo 15 soldados, que mataron 30 araucanos e hicieron prisioneros a los restantes. A éstos, el gobernador les mandó cortar las narices y los devolvió a sus caciques, con el encargo de decirles que si estaban dispuestos a mantener la paz y servir, serían tratados bien, pero si insistían en la guerra, les iba a ir como a aquellos 60.

No obstante, el toqui Malloquete (mallo, teñido de color blanco; quetru, una especie de pato) los atacó por orden del cacique Andalién de (antü, sol; lien, plata), con 4.000 conas, que daban "grandes alaridos, como usan, que demostraban ser 50.000". Se presentaron en escuadrón cerrado, tan fuerte como si fueran tudescos". Se luchó durante gran parte de la noche. Junto con el toqui cayeron 200 indios; los españoles tuvieron 12 heridos y sufrieron la pérdida de 2 caballos. La batalla se libró a 4 leguas (25 kms) al norte del río Andalién, o sea, cerca de San Rafael. Lovera da el nombre del lugar: Quilicura (Tres Piedras).

Don Pedro avanzó hacia el sur, cruzó el Andalién y llegó a un caudaloso río, cuyo nombre le fue indicado por los indios: era el Bío-Bío. Prisioneros lo informaron que se habían reunido 30.000 araucanos para atacarlos al día siguiente. Dejó encendidos los fuegos del campamento, situado en el terreno que ocupa la actual ciudad de Concepción, y se retiró en la noche hacia el norte, pues con tan escasa fuerza habría sido temerario comprometerse en una lucha.

Durante esa retirada reconoció la bahía de Concepción y la tranquila y hermosa ensenada de Penco (de pen, tierra fértil; co, agua), y apenas la vio, acordó fundar en ella la próxima ciudad.

Regresó a mediados de marzo de 1547 a la capital, llevando consigo a 6 indios principales y 12 conas. "De ellos se informaron de lo que convenía, así de la calidad de la gente y la tierra y de la población de ella", agrega Vivar. En seguida los devolvió a sus tierras, debidamente abastecidos y con regalos. Recibieron el encargo de decir a sus caciques "que él había ido a ver un sitio bueno para poblar una ciudad; que ya lo había visto; y que supiesen como, cuando viniesen los españoles que habían de venir y los caballos que esperaba cada día, iría a poblarla".

Aprovechó el invierno de 1547 para visitar La Serena en compañía de 22 soldados, destinados éstos a mantener el territorio en paz, pues se temía un levantamiento. Por otra parte, pensó que ya era tiempo para que regresara el galeón de Pastene y la expedición con nuevos refuerzos de soldados y caballos que debía aportar por tierra Monroy. Por eso "mandó hacer grandes sementeras de trigo" en el valle de Elqui e "hizo que las minas anduviesen como solían, porque los que

viniesen hallasen algún oro". De esto se desprende que los pobladores de la nueva villa estaban trabajando minas auríferas, que eran posiblemente las de Talca y Andacollo. Uno de sus dueños era Juan de Avalos Jofré, quien poseía también un barco pesquero, con cuyo producto "sustentaba la gente de las minas". Tanto Avalos como otros manifestaron a don Pedro sus deseos de dirigirse al Perú. Impacientado por no tener noticias desde allá, éste accedió y entregó a Avalos 70.000 pesos, para que se los llevara a Ulloa o Monroy. Este minero, por su parte, manifestó su deseo de continuar viaje a España, y Valdivia le encargó que hablará con el rey, ampliando las informaciones que había llevado Ulloa.

Pasado el invierno, regresó el gobernador a Santiago. La disminución de los indios dentro de la jurisdicción de esta ciudad —ya comentada— lo indujo a reducir el número de encomiendas concedidas en ella de 60 a 30. A los despojados de ellas los consoló, diciéndoles que pronto fundaría otra ciudad cerca del Bío-Bío, donde "por 50 indios que dejaban, él les daría 500 presto".

Recorrió incansablemente toda la tierra conquistada y poblada, preocupándose especialmente de fomentar las sementeras y el incremento de la ganadería, como base esencial de todo progreso de la gobernación.

LA HORA DECISIVA

Por fin, encontrándose Valdivia a principios de noviembre de 1547 en Quillota, llegó al lugar apresuradamente un grupo de jinetes, entre quienes se encontraba Pastene. 26 meses habían transcurrido desde su salida de Coquimbo, y le había sido imposible regresar antes. Aún así, sólo había llegado ya debido a que había dejado su galeón a 30 leguas (190 kms) al norte de Valparaíso, o sea, en Puerto Obscuro, adelantándose a caballo, pues traía noticias demasiado importantes para aplazarlas.

En su viaje al Perú había llegado al Callao en 24 días, donde encontró todo el país convulsionado. Monroy había fallecido pocos días después de llegar al Perú. Ulloa, el otro "embajador" de Valdivia, que debía representarlo ante el emperador, era primo hermano de Lorenzo de Aldana, teniente de Pizarro y general. Gonzalo se había sublevado contra su rey y señor, haciendo la guerra al nuevo virrey, Blasco Núñez Vela. Ulloa se había adherido al bando de Pizarro, abriendo los despachos y la relación para el emperador que le había entregado Valdivia, se mofó de ellos y los rompió. Al llegar al Callao, Aldana mandó secuestrar el oro que llevaba Monroy y lo gastó en la formación del ejército de Pizarro. Otro tanto hizo Ulloa con los 40.000 pesos que había recibido de parte de Valdivia. Participó éste en la campaña de Quito, hacia donde Pizarro siguió al virrey y a cuyas puertas lo venció, cortándole la cabeza. Entretanto, Pastene había

adquirido otro navío más en el Callao, pero Aldana le quitó ambas embarcaciones, que requisó para Ulloa. Este recibió, de parte de Pizarro, como recompensa por el servicio que le prestó en la guerra contra el virrey, la gobernación de Chile, autorizándolo para dirigirse a este país y hacerse cargo de ella. Ulloa había emprendido la marcha por tierra y había despachado los dos buques con pertrechos. Casualmente, Pastene había logrado conseguir otro galeón, en el que se embarcó, trayéndolo vacío, para transmitir estas novedades al gobernador.

Pocos días después de Pastene, llegó al país el capitán Diego Maldonado, quien no sólo confirmó sino que amplió estas informaciones. Había pertenecido a la expedición preparada por Ulloa para venirse a Chile, que alcanzó a avanzar hasta Atacama. Allí, su jefe recibió una carta de parte de Alonso de Mendoza, capitán de Pizarro, desde Charcas, en que le impartía, por orden de éste, el requerimiento de regresar de inmediato, pues se necesitaban sus servicios para combatir al nuevo virrey nombrado por el emperador: La Gasca. Ulloa acordó de inmediato dirigirse a Charcas desde Atacama, pero Maldonado le expresó que deseaba continuar la marcha a Chile, lo que pidieron también otros 22 hombres. Ulloa les permitió separarse de él. Al llegar a Copiapó fueron atacados dos veces, perdiendo 5 y luego 9 hombres, escapando sólo 9, todos ellos heridos, que llegaron a Santiago.

Don Pedro de Valdivia era amigo de los Pizarro: a don Francisco debía su gobernación; con don Hernando había luchado contra Almagro, vencéndole; y a don Gonzalo lo conocía por esas mismas circunstancias. Don Pablo había escrito a éste una carta el 20 de agosto de 1545 dándole cuenta de la conquista de Chile, y aquél se la había contestado (ha sido reproducida en los "Documentos", de Gay y en la Colección "Historiadores de Chile", tomo II, págs. 226-38). Le dice en ella que el nombramiento del virrey Núñez Vela la hizo el rey "contra lo que tenía capitulado con el marqués", don Francisco Pizarro. Le informa que aquel gobernaba con mucha energía y desprecio de los encomenderos del Perú, a quienes llamaba "porqueros" y "arrieros", no admitiendo su intervención en el gobierno. Derogó las encomiendas, prohibió los tambos (que eran mantenidos gratuitamente por los indios en beneficio de los españoles que viajaban) y anunció que cortaría la cabeza a Gonzalo y a todos los sediciosos. Esto tuvo como consecuencia que él, Gonzalo, se hiciese el procurador de los vecinos españoles, a fin de que fueran oídos. El resultado fue que Núñez Vela fuera decapitado.

Desde Quito, Gonzalo volvió a Los Reyes, donde supo que había llegado a nombre de Dios un nuevo virrey, La Gasca, con dos oidores, agregando en una carta a Valdivia que "dice que tiene grandes poderes y dicen que viene con buenas intenciones". Enviaron a Aldana, como procurador, para entrevistarse con él.

Informa que enviará a Chile a Antonio de Ulloa con socorros, tan pronto lo

permita la situación, y que "no quisieron que saliera de aquí el navío de Pastene, por ser buena pieza".

Refiriéndose a su hermano Hernando, detenido en España por sus desmanes cometidos en el Perú, escribe que "no cree que él saldrá de la (prisión de La) Mota de Medina, porque ahora lo tienen más aprisionado que nunca, que ni ve el sol ni la luna, ni aun tiene quien le dé un jarro de agua".

Termina su carta, expresando que también Vaca de Castro fue castigado por el rey (por haber abusado de su poder de gobernador) "y éste es el producto que el rey da a quien le sirve". Ahora que yo tenía puesta esta tierra en sosiego (matando al virrey Núñez Vela), envía de su parte a de La Gasca, que, aunque dicen que es un santo, es el hombre más mañoso que había en toda España, y más sabio". "Viene por Presidente (de la Real Audiencia), para poder enviarme a mí a España: quería el rey darme este pago. Mas yo, con todos los caballeros de este reino, le enviamos a decir que se vaya; si no, que haremos con él como con Blasco Núñez, y así se le envió decir".

Ante tal disyuntiva, no cabía para don Pedro sino una alternativa: decidirse. Conforme a la tradición medieval le correspondía adherirse a los poderes feudales del Perú, los encomenderos, ligados a él, además, por estrechísimos lazos de amistad y a quienes debía su gobernación.

Don Pedro no era, sin embargo, un hombre del pasado, sino que vivía en su época y había presenciado en Flandes e Italia lo que representaba la monarquía de España, portaestandarte de nuevos ideales, destinados a superar el feudalismo medieval. Para él, quien se consideraba un hijo de esa nueva era, no cabía duda acerca del camino que se debía seguir: exteriorizar absoluta lealtad a su rey, pues estaba seguro que la idea de la monarquía hispana iba a imponerse en esa lucha de poderes.

Ni siquiera pasó por su mente recurrir al expediente de los gobiernos actuales de "sacar el cuerpo" a las decisiones. Habría sido, sin embargo, absolutamente estéril que él proclamara a los cuatro vientos su decisión adversa a don Gonzalo Pizarro: no interesaban las palabras, lo que valían eran los hechos. Y éstos estaban vinculados —mal que les pese a los "idealistas"— con el poder material. Ahora bien, precisamente a ese respecto su situación era extremadamente precaria: todos los fondos reunidos en los años anteriores habían sido entregados por él, primero a Ulloa y Monroy y luego, a Avalos. Disponía únicamente de la suma de 40.000 pesos en oro, suma que era insuficiente para producir alguna decisión en el Perú.

Como el problema era urgente y no admitía dilación, recurrió a una estrategia: dio a conocer su intención de dirigirse al Perú e invitó a acompañarlo a todos aquellos que tuvieran igual propósito. Se presentaron 22 españoles, en su

mayoría comerciantes que se habían enriquecido en Chile. Les permitió llevar consigo sus riquezas que sumaron en total 80.000 pesos en oro, que fue la suma que embarcaron en el galeón de Pastene. Designó a don Francisco de Villagrán como su teniente en el país e invitó a todos los que se habían reunido en Valparaíso, incluso los pasajeros del galeón a un almuerzo "bien regado". Antes que éste terminara, desapareció el anfitrión con ocho capitanes y servidores, seleccionados entre los mejores, se embarcó en el batel y se dirigió a bordo. No había otra embarcación disponible en que lo pudieran hacer los que quedaron en tierra. Cuando éstos se enteraron de lo ocurrido, pusieron el grito en el cielo e inculparon a don Pedro de haberse apoderado de sus "80.000 dorados", término que circuló en todos los ámbitos de Nueva Extremadura.

Por supuesto, el gobernador en ningún momento tuvo la intención de apoderarse de bienes ajenos. Llamó al escribano mayor Juan de Cárdenas y le hizo registrar detalladamente lo que pertenecía a cada cual de los que habían embarcado el oro, hipotecando a su favor la producción de sus lavaderos de oro, garantía que reforzó Villagrán, haciéndola extensiva a los que él explotaba. Esta garantía fue estrictamente hecha efectiva, y nadie perdió absolutamente nada. Sin duda, hubo un engaño en cuanto a la promesa de que cada cual pudiera emigrar con su oro, pero estaba justificado por la "razón de Estado", que imponía a don Pedro de Valdivia la obligación de defender, por sobre toda otra consideración, los intereses de la comunidad.

Llamó a Cárdenas y le dictó textualmente estas palabras, que transcribe Vivar: "Volveré al Perú y procuraré desbaratar a Gonzalo Pizarro y matarlo". "Quiero con las obras demostrarlo, por lo cual declaro y digo, para que lo entienda Gonzalo Pizarro de mí, que él y cualquiera que no estuviese debajo de la obediencia de S. M. y del menor de sus ministros que S. M. enviase, lo mataré y destruiré".

Para salvar la causa del rey en el Perú, don Pedro había elegido a Jerónimo de Alderete, Juan Jufre, Diego García de Cáceres, Diego Oro, Juan de Cardena, Antonio Beltrán, Alvar Martínez y Vicencio del Monte, según informa Góngora.

Es preciso situarse en el Renacimiento para comprender lo que pretendía Valdivia: destruir con 120.000 pesos en oro y ocho colaboradores, los poderes feudales del Perú y restablecer el dominio de su rey y señor. O si se quiere emplear una terminología moderna: realizar una primera "expedición libertadora del Perú" desde Chile, pero con recursos ínfimos.

Apenas un mes después del regreso de Pastene, su galeón —llegado entre tanto desde Puerto Obscuro— se puso otra vez a la vela, saliendo de Valparaíso el 13 de diciembre de 1547. Hizo escala en La Serena y luego, el 23, en Iquique, "en los términos y minas de plata del Valle de Tarapacá", que se explotaban en

Huantajaya. Fue informado allá Valdivia de que Gonzalo Pizarro había vencido un mes antes a Diego Centeno en Huarina, a pesar de disponer de sólo 400 soldados y su adversario de 1.000, como también de que el nuevo virrey, La Gasca, había llegado a Panamá y de "que había jurado Gonzalo Pizarro por Santa María de no consentirle entrar en la tierra sino matarle".

En Ilo —la próxima escala— supo que La Gasca estaba reformándose en el valle de Jauja, que su armada había llegado al Callao y que la ciudad de Los Reyes se había declarado por el rey. Por tierra, Valdivia envió una carta al virrey, que le llevó su secretario Cárdenas.

14 días más tarde llegó Valdivia a Los Reyes. La Gasca ya había emprendido la marcha hacia el Cuzco. Valdivia le hizo saber que se detendría 10 en la capital para contratar tropas y que en seguida le seguiría. Empleó en ese fin la mitad de la suma de que disponía, 60.000 pesos. Los capitanes que había traído de Chile eran expertos militares y le prestaron una magnífica cooperación. A la cabeza de su pequeño ejército, don Pedro de Valdivia se puso en marcha y se encontró con La Gasca en Andahuaylas.

Al día siguiente, el virrey reunió a todo el ejército real y le pronunció un vibrante discurso, que Vivar resume en estas palabras: "Hizo traspaso en el general Valdivia de toda la autoridad que tenía de S. M. para los casos y cosas de la guerra. Le encargó todo el ejército de S. M., pidiendo a todos obedeciesen al coronel Pedro de Valdivia". "Luego el general y coronel se humilló y pidió la mano al Presidente, y le respondió que él tomaba el servicio hasta vencer o perder la vida".

No se habló de los asuntos de Chile, ni consideró La Gasca a Pedro de Valdivia como gobernador del país, sino que lo llamaba únicamente "señor coronel": por el momento, toda conversación sobre el futuro estaba de más; había que preocuparse únicamente de ganar esa guerra desencadenada por los encomenderos peruanos, anhelosos de independizarse. Sólo supo Valdivia de parte de La Gasca, que Cárdenas no había llegado a Los Reyes, pues un capitán de Pizarro le había quitado su cabalgadura en Arequipa, como se lo había hecho saber por escrito.

Valdivia se dedicó de inmediato a la organización del ejército y asumió personalmente el comando de los arcabuceros, de los que había 460, comprendiendo la caballería sólo 50 hombres. Con esa fuerza se puso en marcha hacia el río Apurímac, pero antes de hacerlo escribió el 13 de marzo de 1548 al rey y a La Gasca desde Andahuaylas.

A medida que Valdivia se acercaba al Cuzco, Pizarro mandó quemar los cinco puentes de maromas que existían en el camino, pero Valdivia los mandó rehacer. El 8 de abril, Pizarro había concentrado sus fuerzas en Jaquijahuana, a 4

leguas (25 kms.) del Cuzco, y Valdivia preparó las suyas para el ataque a 5 leguas (32 kms.) de distancia.

Francisco de Carvajal, el maestre de campo de Pizarro, quien había combatido en Italia en una misma compañía con Valdivia e ignoraba en absoluto la presencia de éste en el Perú, pues lo creía en Chile, a la cabeza de su gobernación, al observar las operaciones envolventes que realizaba el ejército real, exclamó: "¡O en el campo del rey anda Valdivia, o el diablo!" (Lovera).

En realidad, la batalla fue ganada por las tropas reales casi sin lucha. Según Vivar, Valdivia mandó disparar una de las cuatro piezas de artillería que comandaba Jerónimo de Alderete, y aquel primer tiro derribó la tienda de Pizarro y mató a uno de sus pajes. Se produjo un terrible pánico, todos huyeron, y Gonzalo y su maestre de campo fueron hechos prisioneros.

Dirigiéndose al Presidente La Gasca y a quienes lo rodeaban, dijo Valdivia sonriéndose: "Ya vuestra señoría y vuestras mercedes ven claro, y a todos es notorio, como, con la ayuda de Nuestro Señor, yo soy fuera de la promesa que a V. S. había dado".

Sólo en ese momento La Gasca reconoció a don Pedro de Valdivia como mandatario de Chile, pues le contestó: "Señor gobernador, S. M. os debe mucho, porque le habéis dado la tierra y asegurado el reino del Perú, y franqueado el mar a los navegantes y la tierra a los tratantes, y habéis hecho que cada uno sea señor de su hacienda, y habéis sido parte para que se quitase la niebla que sobre el Perú estaba".

Agrega Vivar: "Cortaron la cabeza a Gonzalo Pizarro, y (se) la envió a que la pusiesen con pregón público, que manifestaba su delito, en el rollo de la plaza de la ciudad de Los Reyes. Asimismo ahorcaron en el valle de Jaquijahuana al maestre de campo Francisco de Carvajal, habiéndolo arrastrado a cola de un caballo, y también ahorcaron al capitán Juan de Acosta y al capitán Guevara".

Ya cumplida, de esta manera, su "expedición libertadora" al Perú, don Pedro de Valdivia tuvo tiempo para dar en el Cuzco "entera y clara relación al Presidente del discurso de su vida y de todo lo que había hecho en servicio de S. M. desde el día que emprendió la jornada y descubrimiento y población y conquista del Nuevo Extremo". La Gasca lo confirmó, por supuesto, como gobernador de Chile, pero ahora en nombre del rey.

En el servicio de éste, don Pedro gastó en el Perú 150.000 pesos y necesitó otros fondos para enviar hombres, pertrechos y buques a Chile, de modo que se endeudó en aquel país en otros 50.000 pesos, según informa Vivar, pero seguramente recuperó también al menos parte de los fondos que le habían arrebatado Gonzalo Pizarro, Aldana y Antonio de Ulloa.

Adquirió del rey en el Perú un galeón y una galera, que costaron 20.000 castellanos. Envió el galeón de Pastene a Panamá, a fin de aderezarlo, pues deseaba "enviar a descubrir el Estrecho de Magallanes, porque su intento principal era hacer obras famosas y servicios hazañosos y dignos de perpetua memoria a la corona real de España, y ensanchar los patrimonios reales".

Mandó a Esteban de Sosa con 80 hombres por tierra a Atacama, pero, adicionalmente, despachó a Cristóbal de la Cueva y Diego Oro a Arequipa y a Juan Jufré a Charcas, para hacer más gente. Finalmente, él mismo salió del Cuzco al Callao el 26 de abril de 1548, donde se embarcó en su armada, que constaba ahora —regresado el galeón de Pastene de Panamá— de tres unidades: una galera y dos galeones.

Para la impaciencia de Valdivia, anheloso de realizar cuanto antes la expansión del territorio de su gobernación, la navegación "a la bolina" (contra el viento y la corriente), como consecuencia de que durante la mayor parte del año "vienta el Aguilón" (el viento del sur), era demasiado aburridora, por lo cual abandonó la armada en Nazca y se dirigió con 6 criados por tierra a Arica.

En Arequipa se encontró con Cueva y Oro, que habían reunido otros 80 hombres, y el 10 de agosto de 1548 se puso en marcha a Tacna, a su cabeza. Allá lo alcanzó el capitán Pedro de Hinojosa, a quien La Gasca había traído de Panamá, acompañado por 12 arcabuceros. Le expresó que "habían informado al Presidente en cómo iba robando la tierra y molestando a los naturales, haciéndoles agravios, y a esta causa le había enviado, a que visitase la costa para que informasen". Don Pedro negó las inculpaciones. Finalmente, se le acercó el capitán con sus arcabuceros, que iban con las mechas encendidas, notificándole una provisión de que volviese a Los Reyes y se presentase ante el virrey. Los soldados, al saberlo, protestaron enérgicamente y se opusieron a que cumpliera esa orden, pero Valdivia les ordenó, con no menos energía, que se callaran y acataran lo dispuesto por el representante del rey. Francisco de Ulloa recibió la orden de avanzar con la tropa a Atacama y esperarlo allá. Se sabía que Sosa ya había avanzado desde allá al Despoblado. Encomendó su casa en Tacna a su secretario Cárdenas y se puso en marcha a Arequipa acompañado por 4 criados. Supo allá que el galeón en que iba Alderete estaba en Ilo, que el otro galeón había llegado al Callao, después de haber sido sorprendido por grandes temporales, y que la galera estaba en el puerto de Arequipa. Se dirigió a éste (que era Quilca), se embarcó con Hinojosa en el navío y llegó en 10 días al Callao.

Tan pronto supo su llegada, el virrey lo fue a saludar, abrazándolo. Valdivia le hizo ver que había estado de más el despacho de un capitán con 12 arcabuceros para notificarlo que se presentara ante el representante de S. M., pues él habría obedecido si le hubiera escrito una breve carta.

Expresóle La Gasca que "lo que habían de su persona dicho de los agravios de los naturales era todo cautela, falsedad o envidia, pero (que él) se holgaba por la gran humildad con que había obedecido, porque con ella había dado muy gran ejemplo a los que presente estaban". Contestó el gobernador "que en todo tiempo haría lo mismo, porque esto tenía él heredado de sus (ante) pasados. En ningún tiempo tendría otra voluntad sino la de su rey".

Llegó entonces una fragata desde Chile, con 15 vecinos, que se quejaron ante el virrey de Valdivia, afirmando que si él lo confirmaba como gobernador, "no lo recibirían en la tierra". La Gasca les pidió que demandaran por escrito al gobernador, lo que hicieron en "ciento y tanto capítulos". Requeridos a firmar ese documento, se negaron a hacerlo. Según Vivar, la queja principal consistía en haber reducido el gobernador el número de encomiendas, a lo que éste contestó haberlo hecho "por el bien de la tierra y de los naturales de ella". Agrega nuestro cronista que "viendo el Presidente que todo era parlerías y malicias, absolvió al gobernador de esto", como también del cargo de haberse apoderado de los "80.000 dorados", "porque la mayor parte (ya) se les había pagado en Santiago y en Los Reyes, y que lo poco que les quedaba a deber, se les pagaría en llegando a Santiago. Luego el Presidente le dio licencia al gobernador, y otro día, por la mañana, oída misa, se partió por tierra, y dejó la galera a un capitán que se decía Vicencio Monte, para que la aderezase y enjarciasse y se fuese con los hidalgos que con él en ella quisiesen ir". La Gasca le pidió que se embarcara en Arica, "porque la gente de guerra era de condición que siempre procuraba hacer cosas enojosas".

Don Pedro partió de Los Reyes con 10 compañeros de viaje y llegó a Arequipa el 23 de diciembre de 1548. Se enfermó allá "a causa de los trabajos pasados en la guerra y largo camino", pero sanó en breves días.

Llegó a Tacna, donde había dejado su casa, y pasó luego a Arica, donde lo esperaba Alderete con el galeón. Se embarcó en éste con 150 hombres y despachó al Despoblado a Pedro de Villagrán con otros 40 y 120 caballos.

La navegación fue extremadamente lenta, pues "el viento norte no ventaba en toda aquella tierra hasta llegar a Atacama". Además, se padeció de la falta de agua y viveres. Desembarcó en Huasco a Diego Oro, con 3 soldados, para adelantarse a La Serena y preparar allá lo necesario para atenderlos. El capitán, a su vez, ordenó que dos de los soldados tomaran la delantera.

LEVANTAMIENTO DEL NORTE CHICO

La llegada de don Pedro a Chile le deparó una serie de sorpresas desagradables. La peor fue lo ocurrido en el territorio del Norte Chico, dependiente de la villa de La Serena. Cuando su galeón entró en la bahía de Coquimbo, no lo estaba

esperando nadie, y al oriente se divisaban las ruinas quemadas de la villa. Hizo desembarcar a 50 hombres y los envió a hacer reconocimientos. Pronto toparon con cuartos de españoles empalados y los cadáveres de los soldados que el capitán Oro había hecho adelantarse. La villa se encontraba desolada. Envío el gobernador a Alderete con 50 arcabuceros a enterrar una carta de él, en que daba cuenta de su llegada, en la iglesia quemada, señalando en su muralla el sitio en que se encontraba. Alderete mandó disparar una salva en honor de los caídos, que fue escuchada por Oro, quien salió de un escondite en que se encontraba con su compañero, quienes no habían comido bocado desde hacía tres días. Informó el capitán haber encontrado en todas partes indios levantados.

Poco a poco se supo lo ocurrido. Los indios habían informado a Juan Bohón que una expedición española estaba atravesando el Despoblado de Atacama, por lo cual se trasladó a Copiapó, a fin de esperarla con víveres. En efecto, llegó Esteban de Sosa con su gente, quien dejó 20 hombres a Bohón y continuó la marcha a La Serena. También en esta villa dejó algunos soldados y prosiguió el viaje a Santiago.

Como había trascendido la noticia de que, fuera de ese destacamento, llegaría mucha más gente al país, los indígenas de esa región del norte, instigados por los señores del valle de Huasco, estimaron que si no expulsaban a los españoles antes que llegaran más refuerzos, no lo lograrían jamás. Se concertó un levantamiento simultáneo de todos los valles comprendidos desde el de Copiapó hasta el de Limarí, donde fueron ultimados todos los españoles, cuyo número era de unos 60, con la única excepción de Diego Colondres, quien escapó a Santiago y dio cuenta del desastre.

Tan pronto don Francisco de Villagrán tuvo conocimiento de lo ocurrido salió de Santiago con 60 soldados y ordenó a Aguirre, que se encontraba a orillas del Maule, que le siguiera con otros 20, a fin de castigar a los alzados y restablecer el orden.

Supo que los indios estaban reunidos en un fuerte situado sobre una sierra, en Huasco, el que atacó: 20 peones subieron por la ladera, mientras que la caballería realizó un movimiento envolvente. El fuerte fue tomado, muriendo muchos adversarios, siendo las pérdidas propias de 6 soldados heridos. Se destacó especialmente Gaspar Orense, que se apoderó arriba de dos indios y los arrojó en un abismo.

En seguida Villagrán bajó por el valle hasta la costa y despachó a un caudillo con 10 hombres a La Serena, quienes encontraron allá la carta dejada por Valdivia en la iglesia. Informaron a Villagrán, y éste despachó a Orense con 5 soldados por el camino de la costa al sur. Llegaron a Quillota y se encontraron allá con

Valdivia. Este había desembarcado en Quintero, dejando a Oro al mando del galeón, con encargo de continuar la navegación a Valparaíso y esperarlo allá.

Don Pedro permaneció tres meses en Valparaíso. Supo ahí que había llegado a Copiapó don Juan Jufre con 100 soldados y 100 caballos, como también que 100 de éstos se habían muerto de hambre y sed al cruzar el Despoblado. Llegó la galera desde el Callao: había hecho escala en Coquimbo, donde se había embarcado en ella don Francisco de Villagrán. La mandó reabastecer de inmediato el gobernador y envió al puerto de Huasco, donde cumplió su misión de abastecer a las tropas de Jufre. Volvió a esperar esa expedición en Coquimbo. De este modo, el número de españoles llegados al país había experimentado un incremento apreciable: Sosa había traído 80, Pedro de Villagrán 40, el galeón de Valdivia 150 y Jufre 100 hombres, los que hacían un total de 370, de los que se habían perdido solamente los dejados por Sosa en la región boreal.

Don Francisco de Villagrán pudo informar al gobernador sobre dificultades habidas en Santiago con Pedro Sancho de Hoz. Había participado éste en la conquista del Perú y obtuvo una participación en los tesoros entregados por Atahualpa para su rescate en 1532. Regresó rico a España, donde informó al rey sobre tierras existentes al sur del Estrecho de Magallanes. Le propuso que lo autorizara para equipar en el Perú dos buques para proceder a su reconocimiento, conquista y población, lo que el monarca aceptó. Al regresar al Perú, Valdivia estaba organizando su expedición. Ya se informó que don Francisco Pizarro los juntó y les insinuó formar una sociedad, como también que aquel aventurero no cumplió las obligaciones que había contraído, por lo cual don Pedro lo obligó a disolver esa sociedad en Atacama, donde aquel le cedió, además, la concesión que le había hecho el rey. Como compensación, se incorporó en la expedición de Valdivia y obtuvo de parte del gobernador una encomienda en Santiago.

Sancho tuvo, sin embargo, buenos amigos en la capital. Durante la ausencia de Valdivia en el Perú, algunos de éstos, entre ellos Francisco Romero, lo instigaron a rebelarse y proclamarse gobernador, lo que el rey, en su concepto, en atención a la concesión que ya le había hecho, sin duda aprobaría. Sancho rechazó esa proposición, pero aquellos insistieron, expresándole que eran 50 y que bastaba con matar a don Francisco de Villagrán para realizar aquel propósito. Sancho aceptó y cometió la imprudencia de invitar por escrito a Hernán Rodríguez Monroy a participar en el complot, revelándole que "con voz del rey matarían a Villagrán". Rodríguez fue a consultarse con el padre Lobo, a quien encontró en compañía de 4 soldados, a quienes mostró la carta. El sacerdote le manifestó que convenía consultar también a Alonso de Córdoba y lo mandó llamar. Este se pronunció en contra de la sedición e informó a Villagrán. Llamó el teniente de gobernador a Rodríguez y le exigió informar lo que sabía. Mostró la carta

que había recibido de parte de Sancho, y fue perdonado. Disimulando, Villagrán salió a la plaza con un halcón en la mano (ave que los españoles empleaban en aquel tiempo para cazar), pero ordenó a Pedro de Villagrán que detuviera y encarcelara a Romero. Juan Gómez, alguacil mayor, recibió la misión de prender a Sancho, lo que hizo en compañía de 5 servidores. Estaba solo y fue llevado a casa de Francisco de Aguirre, donde reconoció su firma en la carta que había enviado a Monroy. De inmediato, Villagrán le mandó cortar la cabeza, la que fue exhibida en la plaza. Al día siguiente fue ahorcado Romero, con lo que terminó este conato de sedición.

Por fin el 10 de junio de 1549, día de Corpus Cristi, llegó don Pedro de Valdivia a Santiago, habiendo estado ausente 17 meses y habiendo gastado en ese tiempo la suma total de 187.500 pesos en el servicio del rey.

A pesar de los considerables refuerzos recibidos, le parecieron insuficientes, y como los lavaderos de oro habían seguido produciendo sumas apreciables del noble metal, pudo entregar a don Francisco de Villagrán la suma de 30.000, enviándolo al Perú con el encargo de contratar todos los soldados y caballos que le fuera posible, regresando al país por el Callao y la vertiente oriental de la Cordillera Nevada o de los Andes, aprovechando de este modo ese viaje para reconocer un territorio que pertenecía igualmente a la gobernación del Nuevo Extremo.

En cuanto al territorio cisandino del norte, don Pedro encomendó la tarea de pacificarlo a don Francisco de Aguirre, que se había destacado como el más intrépido de sus capitanes. En realidad, pidió sólo 32 hombres para cumplir ese cometido. El 26 de agosto de 1549 inició la reedificación de La Serena. Dejó allí 20 soldados y se dirigió con los 12 restantes al valle de Copiapó. Antes de entrar en él, mandó decir a los indios que lo poblaban "que viniesen a servir, y si no querían, que hiciesen muchas armas, porque él los iba a visitar, y que no dijese (más tarde, una vez vencidos y castigados) que no les avisaba". Se juntaron aquellos para deliberar. "A la sazón estaba (con ellos) un yanacona, entre muchos que del Perú allí tenían, que había andado con Aguirre" y quien les describió cómo Aguirre se había tomado el fuerte de Atacama (Quitur) cuando Valdivia vino a Chile. Su relación impresionó fuertemente, perdieron el ánimo de luchar y se retiraron a un fuerte que construyeron fuera del valle.

Aguirre les siguió hasta allá y los atacó. Ellos huyeron, pero se hicieron algunos prisioneros, que fueron castigados. El capitán supo que el toqui Cabimba (ca, otro; püan, infectado; pa = pangué, puma: otro Puma Infectado) se había refugiado en un escondite con su gente. Fueron despachados 4 soldados para hacerlo prisionero, lo que lograron. Había éste colgado de las alillas a un español hecho prisionero en Copiapó, que estuvo colgando así durante tres días, siendo

descuartizado lentamente a continuación, miembro por miembro. Aguirre mandó aplicarle iguales tormentos.

El hecho es que el enérgico capitán recorrió con su gente el extenso territorio, recibiendo benévolutamente a quienes estaban dispuestos a servir a los españoles y castigando en forma rigurosa a quienes se resistían a hacerlo. Los mantuvo en constante zozobra, y de este modo —informa Vivar— “los trajo de paz, viniendo (finalmente) a servir (todos), de manera que nunca más se atrevieron a hacer algún daño. Cobraron tan gran miedo los indios, que un español solo pasaba al Despoblado de Atacama sin temor alguno”.

LOS ARAUCANOS DE SANTIAGO

Con la ocupación de la parte boreal de la gobernación en esta vertiente de la Cordillera Nevada y la llegada de refuerzos y pertrechos considerables desde el Perú, don Pedro de Valdivia podía dedicarse a ocupar las partes de su territorio que todavía no lo estaban, sobre todo en la parte austral, a lo que se dedicó de inmediato. Pero antes de ocuparse de esas acciones, Vivar nos da interesantísimas informaciones sobre la historia natural y la etnología de Chile Central, acerca de lo cual hay escasa documentación, faltando sobre todo una de primera mano. El espacio no permite entrar en muchos detalles, pero conviene destacar algunos aspectos novedosos.

Las vigas para construir las casas de la capital se obtenían en bosques situados a 5 o 6 leguas (32-38 kms.) de distancia, en que había “árboles muy grandes”, además de canelos, arrayanes, sauces y molles. Los canelos recibieron su nombre por picar la corteza, al ser quemada, como la del verdadero canelo, que era un árbol totalmente diferente. De la fruta del molle, que se parece a granos de pimienta, “se hace un brebaje gustoso; cociendo muy bien sus granos en agua se hace miel, que queda a manera de arrope y suple la falta de la de abejas. La corteza, cocida con agua, es buena para hinchazones de piernas. Hay laureles y otro árbol, cuya hoja tiñe como la del cerezo, que lleva frutas como granos (el peumo), que son gustosos. Hay algarrobos, que llevan muy buena algarroba y que los indios aprovechan. Hay espinillos (espinos), que (dan) muy buena leña. Hay guayacán, que se ha dado (en infusión) a muchas personas, pero no le he visto hacer ningún provecho; críase en cerros muy altos. Hay cañas macizas. Hay otro árbol a manera de romero. Palmas solamente las hay en esta gobernación en dos partes, que es en el río Maule, donde hay un pedazo de ellas, y en Quillota, donde las hay en torno de 7 u 8 leguas (44-61 kms.)”. Muchas yerbas son parecidas a las de España, y han recibido, de parte de los españoles, los mismos nombres, como la albahaca, el apio, la romaza y muchas otras (que enumera el cronista).

Entre las aves cita águilas pequeñas, halcones pequeños (peucos, que eran empleados por los españoles para cazar perdices), palomas, torcazas, garzas, tórtolas, "muy buenos patos", guabras (jotes), tres o cuatro especies de papagayos y muchos pajarillos.

"Hay zorras, nutrias, topos, hurones, ratones, culebras, lagartijas, sapos, renacuajos, mariposas, alacranes y moscas. De 6 años a esta parte (es decir, desde 1552) hay una manera de chinches que pican muy mal y no dan poco comezón; son grandes como cucarachas, y su tiempo es el verano": se refiere a la vinchuca, introducida seguramente desde Cuyo por la expedición de Villagrán, que cruzó la cordillera desde allá.

No se conocía la abeja melífera, pero había otras, "que son grandes, mas (dan) poca miel y crían debajo de la tierra".

Sal se obtenía en la laguna de Topocalma y en las salinas de Quillota (en Viña del Mar y Concón).

Los mapuches que vivían en los valles de Aconcagua y Maipo no tenían adoratorios ni ídolos, pero adoraban al sol y a la luna, que integraban —como ahora sabemos— el concepto del dios Pillán, considerado como Ser Supremo andrógono y que, además, era también anciano y joven a la vez.

Estaba muy desarrollada la magia, que comprendía tanto la blanca como la negra y se refería a las enfermedades, causas de muerte y actos de agoreros. Los machis "hablan entre sí como si tuviesen (en sí) el demonio". Poseían también el arte del hipnotismo y de la prestidigitación, que combinaban frecuentemente. "Yo los vi muchas veces —informa Vivar— sacar una quisca (una manera de huso hecho de palo) y en presencia de toda la gente se pasan con ella la lengua dos o tres veces y hacen lo mismo con su natura (su órgano sexual), y la sangre que sacan la escupen y ofrecen al demonio. (Eso) yo lo vi algunas veces, y los vi ya luego sanos, y les pregunté a algunos si sentían dolor, y decían que no".

Eran "de buen parecer y dispuestos", siendo las mujeres "de buenos rostros", quienes "se aprecian en traer los cabellos largos". Los hombres usan "unas mantas de lona que les toman desde la cintura hasta la rodilla, ceñidas al cuerpo". Las mujeres llevan "una manta pequeña, revuelta por la cintura y que les da hasta la rodilla. Con una faja del tamaño y ancho de una cincha de caballo se ata por la cintura". Se cubren, además, con "otra manta pequeña, echada por los hombros y presa en el pecho, que les da hasta la cintura". El vestuario original ya estaba cambiando, sin embargo, a pocos años de la conquista, pues en 1558 "andan los más vestidos al modo del Perú, a causa de la ropa que de allá viene de algodón". Esta observación es de extraordinario interés, pues revela con qué rapidez puede cambiar la ergología de un pueblo y destaca, al mismo tiempo la

importancia de las informaciones de Vivar, que conoció a los araucanos antes que ocurriera.

Reinaba poligamia, teniendo los caciques 10 a 12 y los indios comunes 1 ó 2 mujeres. El número de mujeres dependía de la situación económica del marido, pues la mujer era adquirida de sus padres. No había exogamia consanguínea, pues "cásanse con hermanas y sobrinas", pero al parecer no contraían matrimonio los hijos de la misma madre. "No tienen en nada hallarlas dueñas o no", es decir, vírgenes.

No se conocía el tatuaje, pero se aplicaban tinturas y diseños pintados al cuerpo. "Las indias acostumbraban pintarse la barba como los moriscos. Hacen tres rayas, o una media luna, o la señal que se les antoja en los pechos y muñecas de los brazos". "Los parientes se embijan los rostros de negro, en señal de luto".

Al fallecer un indio, se juntaban sus parientes y amigos, reunían mucha chicha y colocaban el cadáver en la ruca, en que "hacen su llanto y oraciones dedicadas al demonio. Así lo tienen 3 ó 4 días". En seguida le "vistén las más privadas ropas que él tiene y le meten en una talega. Le ponen en la mano maíz, frejoles y pepitas de zapallo" y otras semillas. Le lían con una sogá y "llevan a la tierra o heredad más preciada que él tenía y solía sembrar. Allí hacen un hoyo y le meten, con cántaro, olla y escudillas: es para que coma y siembre allá adonde fuere, pues entienden que (el alma) sale del cuerpo y se aparta a otra casa, en que ha menester trabajar. Allí están otros cuatro días, haciendo su llanto".

La calidad de cacique (Vivar usa siempre el término de señor, pues aquel todavía no había sido adoptado de las Antillas; en mapuche el cacique se llamaba *ülmen*) la "hereda el hijo mayor de la mujer primera" que estuviera en vida". Si no lo hay, hereda el hermano, y donde no (lo hubiere), el pariente más cercano".

Juntan gran cantidad de chicha para celebrar sus fiestas. En ellas, "tañen un tambor con un palo", que lleva "en la cabeza un paño envuelto. Todos, asidos de las manos, cantan y bailan. Para estas fiestas sacan las mejores y más ricas ropas que tienen, y cosas apreciadas entre ellos. Embíjanse los rostros, cada uno con el color que quiera. Aquí se embriagan y se matan (a veces) unos a otros con veneno". Llevan éste "en la uña" de un dedo, y es tan ponzoñoso y de tal calidad, que si quieren dar a uno para que se muera en 24 horas, lo tienen". Basta que unten el dedo con el veneno en el jarro que beberá el destinado a morir, para que el veneno se transmita al líquido.

"No se les da nada por riquezas", pero indudablemente los señores hacían ostentación de ellas en forma de sus mujeres y sus vestuarios y atavíos, del ganado (llamas) y de la abundancia de abastecimientos de que disfrutaban.

"Sus armas eran (principalmente) arcos y flechas".

"Cuentan hasta diez, y no es más su cuenta, pues lo demás cuenta por dieces". Debe advertirse, sin embargo, que la lengua araucana permite expresar cualquier número, pero que los números elevados (100, pataca; 1.000, huaranca) han sido tomados de la lengua quechua.

Describe Vivar detalladamente un juego con porotos (frejoles), diciendo que "los hay de muchos colores" (especies y variedades), pero que se jugaba con los blancos, que eran teñidos de negro a un lado.

Debido a las guerras de Michimalonco, los pesados trabajos en las minas (lavaderos), la introducción de epidemias antes desconocidas y la emigración, la población de la zona de Santiago había mermado sensiblemente en 1558, al extremo de que "de tres partes no hay una".

Proporciona también informaciones sobre los promaucaes, que ocupaban —según Vivar— el territorio entre la Angostura de Paine, a 7 leguas (44 kms.) al sur de Santiago, y el río Maule.

Afirma que el dominio de los incas sólo se extendió hasta esa Angostura: "Aquí llegaron los incas cuando vinieron a conquistar esta tierra, y de aquí adelante no pasaron. En una sierra de una parte de la Angostura hacia la cordillera, toparon una boca y cueva, la cual está (ahí mismo) hoy en día, y (lo) estará en el futuro. De ella sale viento, y aún bien recio. Los incas decían que habían hallado huairahuasi, la casa (huasi) del viento (huaira). Ahí poblaron un pueblo, cuyos cimientos están (visibles todavía) hoy en día, y no digo de ellos (más), por estar arruinados". La cueva aludida existe realmente al sureste de Hospital.

Lo que afirma Vivar acerca del límite austral del imperio incaico, debe entenderse en el sentido de que él mismo se encontraba en la Angostura de Paine a la llegada de Almagro, debido a que Huáscar había ordenado que el ejército estacionado en Chile se dirigiera al Perú, a fin de defenderse contra la invasión de Atahualpa. Los promaucaes se sublevaron entonces y recuperaron su libertad. Anteriormente la frontera estaba constituida por el río Maule, y temporalmente —como ya se informó— los ejércitos peruanos incursionaban hasta más allá del Bío-Bío.

Por otra parte, la ocupación habida al sur de aquella Angostura tuvo, sin embargo, un carácter diferente que la de los valles de Aconcagua y Maipo. En el territorio de los promaucaes había solamente fortificaciones, cuyas tropas eran abastecidas desde los valles indicados. Habría sido demasiado peligroso para el ejército ocupante, depender de los abastecimientos locales, pues los araucanos habían irrumpido ya en diversas oportunidades en ese territorio, y les era fácil

destruir las sementeras, como trataron de hacerlo también con los de los españoles en los alrededores de Santiago.

Vivar traduce el término de promaucaes por "lobos monteses", pero éste alude más bien a su idiosincrasia. Informa que "son de la lengua y traje de los de Mapocho. Adoran el sol y las nieves, porque les dan agua para regar sus sementeras, aunque no son muy grandes labradores. Es gente holgazana, y son grandes comedores. Se sustentan el más del tiempo de una manera de cebollas (lliutu) y de otra raíz que llaman piquepique", que le han dado por "unas pulgas (pique) pequeñas, que se meten en los pies, entran en la carne y se hacen gordas como un garbanzo", pero agrega que aquella raíz no es redonda, teniendo, en cambio, en ambos extremos "dos puntillas negras" como la pulga, lo que le ha valido su nombre.

En realidad, el nombre de los promaucaes proviene de purn, sometido, y auca, enemigo, o sea, enemigos sometidos, de modo que ese propio término comprueba el dominio incaico en ese territorio.

LOS PUELCHES DE LA CORDILLERA ANDINA

Uno de los grandes méritos de la obra de Vivar consiste en habernos transmitido noticias sobre un pueblo indígena sólo vagamente conocido hasta ahora: los puelches de la cordillera andina, que ocupaban los valles de la alta cordillera entre los orígenes del río Maipo y el lago Laja. Escribe el cronista que la Cordillera Nevada (no emplea el nombre de los Andes) se extiende "desde Santa Marta en Colombia, donde él estuvo) hacia el sur, "atraviesa todo el Perú y la gobernación de Chile, llega al Estrecho de Magallanes y pasa adelante". "En muchas partes no se quita la nieve en todo el año. Tiene de atravesía 25 a 30 leguas (160-190 kms.) y más (y es) de altas sierras y profundas quebradas. En esta gobernación (de Chile) es en parte montuosa la falda de ella y en parte pelada". Se la puede atravesar en los meses de enero a marzo. Queda a 15-17 leguas (65-80 kms.) del mar.

Hasta la actualidad se aprovechan en ella las veranadas e internadas, es decir, pastizales que crecen en verano en las partes más elevadas, cubriéndose de nieve en el invierno, temporada en que es preciso utilizar los que están situados en los valles bajos. Debido a las bajas temperaturas y heladas, los terrenos no son aptos para cultivos, salvo algunos valles con altitudes no superiores a 1.500 m. Las precipitaciones en la alta cordillera son muy superiores a las de las tierras bajas, por lo cual el desarrollo de la vegetación, aunque influenciado por las bajas temperaturas, es también más vigoroso. Como consecuencia, la cordillera andina ha ostentado siempre una fauna muy abundante y variada.

"Dentro de esta cordillera, a 15 ó 20 leguas (95 a 125 kms. del borde oriental

del Valle Central) hay unos valles donde habita una gente llamada puelches, que son pocos. Habrá en cada parcialidad 13 a 30 indios (familias). Esta gente no siembra y se sustenta de la caza: hay muchos guanacos, leones (pumas, pangui en mapuche), tigres (nahuel), zorros (ngurü), venados pequeños (padú), gatos monteses (codcod o colocolo y cudmu) y aves de muchas maneras, debiendo destacarse, entre las que cazaban para la alimentación, la perdices, loros de varias especies, patos, gansos, palomas, tórtolas y torcazas. Cabría agregar avestruces, armadillos, maras y otros animales de las pampas orientales, que también penetraban en la cordillera.

De especial importancia es la mención del tigre o nahuel, especie hoy día extinguida en Chile y las sierras andinas, pero que todavía existía en ambas partes a la llegada de los españoles, como lo atestiguan Vivar y la frecuencia de la denominación en los topónimos y patronímicos. En la geografía aparece por el norte hasta La Ligua, siendo su manifestación más conocida la Cordillera de Nahuelbuta (buta, grande: Gran Tigre).

Como en los tiempos antiguos se carecía de cabalgaduras, la caza se practicaba a pie, empleándose en ella principalmente el arco, único instrumento que les atribuye Vivar. Más tarde empleaban también boleadoras, pero es posible que su introducción coincidiera con la del caballo, que les permitía perseguir a los animales. Antes de usarlo, la flecha constituía indudablemente un proyectil mucho más útil para cazar animales que por naturaleza son tímidos y espantadizos.

"Parece esta gente alarbes en sus costumbres y en la manera de vivir", así los describe Vivar en términos generales, lo que alude sobre todo a su nomadismo y el empleo de carpas como viviendas. El nomadismo era una consecuencia ineludible impuesta por la naturaleza misma, pues tenían que subir en el verano a los pastizales más altos y bajar en el invierno a los situados a menor altitud, debido a las migraciones de los animales de "montería y caza". Sus carpas constaban de "cuatro palos" que clavaban en la tierra en posición oblicua, de modo que se juntaban arriba, y que eran cubiertos por pieles de los animales cazados.

También "los vestidos que tienen son de pieles. Los pellejos de los corderos (guanacos) aderézalos y cósenlos tan sutilmente como (sólo) lo puede hacer un pellejero. Hacen una manta tan grande como (un mantel de) sobremesa, y ésta se ponen por capa, o se la envuelven al cuerpo".

"Los tocados que traen en la cabeza los hombres son unas cuerdas de lana (de guanaco) que tienen 20 ó 25 varas de medida, y dos de éstas son tan gordas como tres dedos juntos. Hácenlas de muchos hilos juntos, y no los tuercen. Estas se envuelven a la cabeza, y encima se ponen una red hecha de cordel, de una yerba (silvestre) a manera de cáñamo. Pesará este tocado media arroba, y en

algunos, una arroba. Encima de este tocado, en la red, meten las flechas, de modo que les sirve de carcaj". Sin duda, tal adorno no se usaba solamente para fines estéticos, sino que obedecía al propósito de encubrir al cazador cuando se encontraba al acecho de guanacos detrás de alguna roca, de la que sobresalta únicamente la parte superior de la cabeza, que podía ser confundida con la de un auquénido.

Al parecer, los puelches andinos practicaban el totemismo, al menos en la forma de una magia destinada a favorecer la propagación de los animales de caza, pues Vivar nos dice que cogían guanacos vivos, que "sacrifican encima de una piedra que ellos tienen situada y señalada. Degüéllanos encima, y la untan con la sangre y hacen ciertas ceremonias, y a esta piedra adoran".

Manténían, ya antes de la llegada de los españoles, relaciones con los mapuches del Valle Central. En efecto, "bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en febrero y hasta fin de marzo, regresando entonces, antes que vuelva a caer la nieve en las sierras. Cada parcialidad sale (para este efecto) al valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos, y huélganse con ellos, y traen de aquellas mantas, que llaman llunques; también traen plumas de avestruces". La palabra llunque no es araucana. En trueque obtenían maíz y otros productos agrícolas.

Las relaciones no eran, sin embargo, siempre pacíficas. "Es gente belicosa y guerrera —afirma Vivar—, y dada a latrocinios, y no dejarán las armas de la mano. Son muy grandes flecheros, y aunque estén en la cama, han de tener el arme cabe (de) sí". "Son temidos de esta otra gente (los mapuches), porque antes que viniesen (los) españoles solían bajar (en grupos de unos) 150 de ellos, y les robaban, y se volvían a sus tierras libres".

Los españoles, por su parte, no se habían aventurado hasta 1558 hasta sus tierras, de modo que no les servían, "por estar en tierra y parte tan agria y fría e inhabitable". Sin embargo, pronto los españoles también tuvieron que sufrir debido a sus incursiones, llegando a ser famosas las que hicieran los chiquillanes en el valle del río Ñuble.

Vivar no se refiere a la lengua que hablaban los puelches andinos, que debe haber sido diferente de la araucana. Al parecer fue la llamada millcayac por el padre jesuita Luis de Valdivia, quien publicó en Lima, en 1607, una gramática, vocabulario y doctrina cristiana en ella, de la que se ha conservado desgraciadamente sólo un fragmento. Lozano sostiene en su famosa "Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay" que esa lengua "es propia de los puelches, otra nación de indios de la cordillera". El P. Valdivia tuvo oportunidad de aprender esa lengua de algunos indios hechos prisioneros en la cordillera andina al sur de Santiago y llevados a la capital.

Más tarde, estos puelches fueron denominados pehuenches, pero impropia-mente. Los araucanos llamaban che a los miembros de un pueblo, agregando a ese término alguna característica. Los que vivían al este de ellos eran denominados puelché (puel, este); los del norte, picunche; los del sur, huilliche; los negros, curiche; los españoles, huincache; otros europeos, marúche; y a los pehuenches los llamaban así porque vivían de las frutas (piñones, ngulliu) de la araucaria (pehuén). Como este árbol tiene y tenía el límite norte de su propagación en el lago Laja, no pueden haber vivido pehuenches al norte de él, debiendo agregarse que para éstos la recolección de los piñones era aún más importante como medio de subsistencia que la caza para los puelches andinos.

Por lo demás, tanto éstos como los pehuenches fueron más tarde araucanizados, adoptaron la lengua de éstos e introdujeron la crianza de animales europeos, sobre todo de los caballos, vacunos y ovejunos. Tal desarrollo ocurrió, sin embargo, sólo después del período que comprende este ensayo, aunque es probable que ya en él se establecieran araucanos procedentes del Valle Central en la alta cordillera, huyendo de los españoles.

EXPANSION AL VALLE DEL BIO-BIO

El 10 de junio de 1549 había regresado don Pedro de Valdivia a Santiago, y ya mucho antes todos sus pensamientos habían girado en torno al anhelo-guía que lo animaba, de avanzar hacia el sur: el reconocimiento que había hecho a principios de 1547 lo había puesto en contacto con tierras de promisión.

Pasó el invierno, que hacía intransitable los caminos, y cuando se aproximó la primavera, el 8 de septiembre de 1549, citó a todos los que estaban dispuestos a acompañarlo en una nueva entrada, a fin de enrolarlos y realizar algunos ejercicios militares. "Hecha la reseña y vista la gente por lista —informa Vivar—, mandó que los de a caballo le siguiesen en una escaramuza. Andando escaramuzando en el campo, cayó el caballo con el gobernador, y dio (éste) tan gran golpe con el pie derecho, que se hicieron pedazos todos los huesos del dedo grande; salió la choquezuela, y con la fuerza que (lo) hizo, rompió el hueso, la calza y una bota. Recibió en este golpe tan gran tormento, que estuvo gran espacio sin sentido, y todos los que allí nos hallamos, lo tuvimos por difunto. Puso esto en tanta tristeza en la ciudad, que todas las señoras lloraron. Fue curado lo mejor que se supo. Estuvo tres meses en cura, en la cama. Se hacían cada día plegarias y procesiones por su salud. Así fue nuestro Dios servido darle mejoría, pero en pie no podía tenerse, por falta de los huesos y el gran dolor del pie, que estaba atormentando, y de las llagas no sanó".

Por fin, medianamente repuesto, "mandó hacer de madera unas andas, que llevaban cuatro negros y a veces seis indios", que lo transportaban.

De esta manera —con tres meses de atraso— se inició la expedición al sur. Sólo más allá del Itata le fue posible montar otra vez un caballo, pero no recuperó la facultad de poder andar.

Salió de Santiago el segundo día de Navidad, acompañado por 180 soldados y un número indeterminado de yanaconas peruanos y tropas auxiliares comandadas por Michimalonco, que sumaban algunos millares. Nombró general a don Jerónimo de Alderete y maestre de campo a don Pedro de Villagrán. Don Juan Bautista Pastene, que estaba en Valparaíso al mando de la galera y de un galeón, recibió orden de navegar hasta tocar tierra en más o menos 37° de latitud, tan pronto viera señales de humo u observase gente a caballo.

20 días tardó la expedición en llegar al río Maule. Más allá, la vanguardia, formada por 50 jinetes, topaba "en cada valle indios que nos daban guazarabas". Cada vez que don Pedro era informado sobre juntas de indios, "los enviaba a requerir con la paz", insinuándoles "que viniesen a la obediencia, porque con ello ganarían".

A 30 leguas (190 kms.) al sur del Itata y a 14 (90 kms.) al interior de la costa del mar, hallaron "muy grande población y tierra muy alegre y apacible. Hallamos un río muy ancho y caudaloso, que corre por unas vegas anchas y (que), por ser arenoso, no va hondo mayormente. En verano quedaba hasta los estribos de los caballos. Este río se llama Nivequetén y entra en el gran río que se dice Bío-Bío. A la pasada de este río Nivequetén se desbarataron hasta 2.000 indios, y se tomaron tres caciques". El nombre proviene de nehue, con fuerza; y quietén, desde aquí hasta allá, parcialmente: Río parcialmente correntoso, como lo es aguas abajo de su famoso salto. Lleva ahora el nombre de Laja. El del Bío-Bío parece provenir de vilu-vilu, conjunto de culebras, debido a la configuración de los numerosos afluentes que lo forman, que serpentean cual culebras a través del Valle Central.

El 24 de enero de 1550 llegó don Pedro a orillas del Bío-Bío y mandó confeccionar "balsas de carrizo y de madera, porque era arenoso y hondo". Observaron esto los indios desde la otra orilla, algunos de los cuales cruzaron el río. El gobernador ordenó a sus hombres que fingieran temer sus ataques, a fin de inducir también a los demás a atravesar el río. El ardid surtió su efecto, y aquéllos lo pasaron en balsas. Reunido el campo araucano, ordenó Valdivia a Esteban de Sosa que los atacara con 40 arcabuceros, quedando 100 hombres de caballería a retaguardia. Con sus disparos, aquéllos mataron unos 20 indios, echándose los demás al agua, huyendo, pues temían a "aquella voz que los mataba, sin ver (ellos) quien (era) y que no aprovechaba asegurarles la vida" el empleo de "buenas palabras".

Desde ese lugar (posiblemente, cerca de Coihue), Valdivia avanzó más al

interior, a fin de buscar un vado. A dos leguas (13 kms.) observaron una concentración de guerreros sobre la orilla austral del río, y el gobernador ordenó a Alderete atacarlos con 20 jinetes, seguidos por el resto de la gente. El vado debe haber sido el de Negrete. La sorpresa de los araucanos fue grande cuando vieron cómo los caballos pasaban el río y la caballería los atacó en seguida con gran ímpetu, desbaratándolos. Algunos se echaron al río y los demás huyeron por tierra. Alderete fue socorrido por otro destacamento de 30 hombres, y cuando éste cruzó el río, se ahogó el comendador Pedro Fernández Mascareñas. Los indios fueron perseguidos, regresando Alderete con "algunas ovejas" (llamas).

Al día siguiente avanzaron otras 3 leguas (19 kms.) aguas arriba, llegando probablemente al vado existente al oriente del actual Camino Panamericano, en San Carlos de Purén. Frente al campamento se reunió sobre la orilla austral del río "mucho más gente que antes", pero "puesto que daba el agua (sólo) a los estribos y bastos de las sillas, pasamos por cascajal no cenagoso 50 de a caballo". Los indios de aquella comarca eran considerados como "los más belicosos del reino" y disponían de muchos guerreros. Los atacó y venció el propio gobernador, quien regresó al real a la hora de vísperas. Al día siguiente volvió a cruzar el río por el mismo vado y recorrió la región con rumbo al mar durante dos días, a fin de reconocerla, es decir, avanzó en dirección a Renaico y Angol. "Se halló gran población". De regreso al campamento, permaneció en él durante ocho días, "enviando mensajeros a los señores de aquella comarca" y recogiendo "algún ganado" (llamas).

En seguida, don Pedro regresó al vado del río Laja (posiblemente, aguas arriba de su salto), bajó por su orilla opuesta hasta su confluencia con el Bío-Bío (en San Rosendo) y en seguida "con toda su gente hasta junto al mar", acampando en un sitio que ocupa la actual ciudad de Concepción: "junto al río de Andalién y el Bío-Bío, en un compás de llano que allí está; hay de un río al otro media legua; tenía el campo de una parte una pequeña laguna de agua dulce" (seguramente, era la laguna Redonda).

Al segundo día, después del primer cuarto de la noche, bajaron las huestes araucanas "por la sierra que allí vecina estaba, por encima de una loma que tiene 3 leguas (19 km.) de largo" y que "es de grandes quebradas y espesos y grandes árboles", terreno que los indios siempre preferían, a fin de "tener reparo" y poder huir en caso de fracasar con su ataque. Los encabezaba Ainavillo (aina, amable; huiyu, el pajarito llamado ahora huio), "hombre belicoso y guerrero".

Libróse durante aquella noche una furiosa batalla en el terreno de la actual ciudad de Concepción, es decir, en el mismo sitio en que el gobernador la eludió por medio de la fuga en su reconocimiento de 1547. Esta vez aceptó el reto,

pero tuvo que luchar con extremada valentía para imponerse. Quedaron 300 indios muertos y más de 60 españoles heridos, como también más de 100 caballos. Finalmente, los indios huyeron, perseguidos por las tropas de Michimalonco.

De esta manera quedó libre el camino al sitio que don Pedro de Valdivia ya había determinado en 1547 para la tercera fundación urbana en el país, la de Concepción. Al sur del mismo desemboca "el río Andalien. Aunque es dulce, crece y mengua con las mareas, porque entra la marea del mar por el casi una legua el río arriba". Esta descripción de Vivar es válida todavía para las condiciones actuales y comprueba que —en contradicción con una opinión muy divulgada desde la expedición de Fitz-Roy— la costa no ha experimentado ningún solevantamiento en más de 4 siglos; además, el fuerte de Penco se encuentra al mismo nivel sobre el mar que ocupó desde un principio.

Por medio del llano elegido para la fundación corría "otro río chico, de agua clara todo el año. La bahía es ancha y casi redonda: tendrá 2 leguas de latitud y 3 de longitud. Tiene a la boca una isla pequeña, poblada", la de Quiriquina (quili, anzuelo; quina, separado: Anzuelo Separado del continente, por la configuración de la isla).

"Viendo el gobernador tan buen sitio y lugar tan aparejado para poblar, asentó allí su campo a 21 de febrero de 1550 para mejor poderse favorecer y aprovechar de su armada, que cada día lo aguardaba. Otro día siguiente acordó, no fundar todavía la ciudad, sino hacer un fuerte, hasta tanto que trajesen los caciques de paz. Luego el otro día mandó traer grandes maderos e hincarlos en la tierra, atarlos y abrir un foso de 12 pies de ancho y otros tantos de hondo. La tierra que sacaban se echaba para fortalecer el palenque, que será de estado y medio de alto. Tendría el circuito 1.500 pasos, el cual se tardó 8 días en hacer". Tratábase de "una trinchera fuerte de tres puertas" y en cada una "estaban dos baluartes muy bien hechos, en que velaban dos velas, y por fuera andaba cada noche la ronda. Luego repartió el gobernador los alojamientos. Acabóse esto de hacer el 3 de marzo de 1550".

Este fuerte se apoyaba al norte en el estero de Penco, al oeste en la marina, comprendía casi cuatro cuadras a lo largo de ésta y tenía dos de profundidad. Con su intuición de militar, el gobernador dio preferencia a la fortificación, pues suponía que los araucanos lo iban a atacar de nuevo tan pronto se hubieran repuesto. Así ocurrió, efectivamente: ya el 12 de marzo se acercaron con 3 unidades, que sumaban unos 60.000 hombres, y a las 9 horas ya cubrían las lomas al oriente del fuerte, "y se mostraba ser cosa admirable ver tanto género de armas y tantos plumajes de tan diversos colores". Dirigió el ataque el mismo Ainavillo, que había sido derrotado pocos días antes.

Valdivia ordenó a Alderete atacar al más fuerte de los tres escuadrones enemigos con la cuarta parte de la fuerza disponible, el que fue derrotado y puesto en fuga en breve tiempo. "Viendo los otros dos escuadrones la obra que se había hecho al más fuerte, volvieron las espaldas. El despojo que dejaron fueron muchas picas y plumajes y otras armas. Murieron 300 indios y prendiéronse más de 200. De aquestos el gobernador mandó castigar (a algunos), que fue cortarles las narices y manos derechas. Hecho este castigo, les habló el gobernador a todos juntos, entre quienes había algunos caciques y principales, y les dijo que aquello se usaba con ellos porque los había enviado a llamar muchas veces y a requerir con la paz, pero que vinieron con mano armada contra nosotros, y que lo mismo se haría con los demás que no viniesen a dar la obediencia y a servir a los españoles. Luego mandó ciertos caudillos, que fuesen con todo recaudo y trujesen bastimento para el invierno, y que trujesen de paz los caciques que les saliesen".

Estando celebrando esa victoria, ancló en la rada la armada de Pastene, que traía "buen socorro".

Fueron despachados los capitanes Pedro de Villagrán, Cristóbal de la Cueva y Diego Oro, para que recorrieran el territorio, quienes regresaron, trayendo "cada uno de paz muchos caciques y principales".

Pasó don Pedro el invierno de 1550 en el fuerte. Entrada la primavera, sin que volviera a alterarse la paz, y como "venían muchos caciques y servían con sus indios, acordó con ellos y con los españoles trazar la ciudad en el mismo sitio". Formó cabildo, justicia y regimiento, y puso en la plaza una picota. Andaban los españoles sacando de la mar en la playa mucha piedra, y la acarreaban con carretas a las zanjas que abrían los indios, y otros entendían en hacer adobes, de suerte que todos trabajábamos, unos en la guerra y otros en la obra", alterándose cada 30 ó 40 días. "De esta suerte se conquistaba y poblaba" al mismo tiempo. Los abastecimientos escaseaban a menudo, de modo que "muchas veces no comíamos sino mejillones (choros) y (otro) marisco y cogollos chicos y raíces de achupallas, que son imitación de palmitos".

Una manzana de la población fue destinada a la construcción de un fuerte de adobes, "donde pudiesen quedar seguros hasta 60 vecinos y conquistadores y a buen recaudo 20 caballos".

La jurisdicción de la ciudad llegaban al norte hasta el río Maule y comprendía unas 20 leguas (130 kms.) hacia el sur, territorio todavía desconocido. Como teniente de gobernador (corregidor) fue nombrado el capitán Diego Oro.

La ciudad fue fundada con 48 vecinos.

El 15 de octubre de 1550, don Pedro de Valdivia despachó a don Alonso de

Aguilera desde la nueva fundación a la corte de España, con el encargo de informar al rey acerca de la consolidación del dominio español en Chile, que había logrado en diez años de luchas y desvelos: estaba conquistado todo el territorio de su gobernación, desde Copiapó hasta el Bío-Bío, y se estaba aprestando para alcanzar en el verano venidero hasta sus confines australes.



HABLA DE Jaime Eyzaguirre

por
Cristián Zegers

Después que un día le preguntaron si él mismo era la idea y la personalidad del libro de Jaime Eyzaguirre, me acordé de un día en que yo mismo me acordé de él.

En el momento de leer el tratado el recuerdo y el espíritu de su libro venían conmigo como el eco de la cultura y la conciencia de una cultura chilena. También me acordé de un día en que yo mismo me acordé de él, cuando me acordé de un día en que yo mismo me acordé de él.

El espíritu de la cultura chilena, el espíritu de la cultura chilena.

Una vez más, el espíritu de la cultura chilena, el espíritu de la cultura chilena.

En su momento, Jaime Eyzaguirre llegó personalmente a Luis Bío, y fue una vez más, el espíritu de la cultura chilena, el espíritu de la cultura chilena.

Jaime era, como hoy, parte de la cultura chilena, el espíritu de la cultura chilena.



HABLADO DE

Jaime Eyzaguirre

por

Cristián Zegers

Desde que ocurriera su trágico fallecimiento, la obra y la personalidad influyente de Jaime Eyzaguirre han merecido muchos y valiosos homenajes.

Es el momento, ahora, de proceder al recuento y al análisis de su labor tan esencial en el panorama de la cultura y de la ciencia histórica chilenas. También es oportuno y necesario indagar las huellas del pensamiento de quien fue maestro inigualable de muchas generaciones.

El tejido externo de la multifacética labor de Jaime Eyzaguirre es relativamente fácil de reconstituir. No ocurre lo mismo con su cátedra viva, aquella que desparramó con generosidad en lo íntimo de muchas conciencias.

Una modesta colaboración en este sentido pretenden los puntos que siguen. A través de ellos, y siguiendo en cuanto es posible el pensamiento fidedigno de Jaime Eyzaguirre, expresado en cartas y conversaciones privadas, pretendemos trazar un esbozo muy rudimentario por cierto de lo que fue su ideario fundamental.

PEREGRINO DE LO ABSOLUTO

En su juventud, Jaime Eyzaguirre leyó infatigablemente a León Bloy. Tiempo más tarde, su reflexión personal sobre el escritor francés quedó atrapada en un ensayo titulado certeramente: *peregrino de lo absoluto*.

Jaime era, como Bloy, peregrino de lo absoluto. De aquí proviene su doble y aparentemente contradictoria condición de hombre idealista y a la vez profundamente "aterizado". Admiraba en Bloy su sentido itinerante de la vida,

su falta de ligaduras con lo terreno, su vivir al día, confiado en la Providencia. También en sus páginas entrevió *esa inmensa maravilla que es la comunión diaria*. Terminaba su admiración, eso sí, ante el histrionismo y la excesiva capacidad de odio a sus semejantes que deja traslucir el brillante polemista, que, junto con Guardini, Karl Adam y Marañón, constituyen los autores que más influyeron en el pensador chileno a través de sus obras.

Adentrándonos en lo esencial de Jaime Eyzaguirre topamos con su hondo sentido de la filiación divina, su vivencia absoluta de que somos hijos de un Padre que no es una entelequia. Incontables de sus determinaciones humanas son inexplicables si no tenemos presente su viva convicción de que Dios es esencialmente providente y que toca a sus hijos el tener una seguridad confiada en que por su mano serán llevados al mejor de los caminos posibles. *Sólo Dios puede dar sentido al rompecabezas de la vida. El hombre debe limitarse a coger las piezas que El le entrega y colocarlas en el sitio destinado para ello desde toda eternidad. Muchas veces no podrá o no sabrá entender lo que construye en sociedad con Dios, y orará para que, en su misericordia, perdone sus yerros. Si el hombre se entrega a su juego divino, resultará una obra de arte en la cual forma y color, luz y sombra, hablarán de la maestría del artista, dando testimonio de su gloria.* Eyzaguirre definía este modo de entender el camino estrecho y difícil hacia la salvación como *la inseguridad segura*. A su juicio sólo se podía conocer bien a Dios por la vía del amor. Nunca tuvo aficiones teológicas, por lo mismo que no comprendía que a una realidad tan viva y presente como Dios se la disecara científicamente. Amor, confianza y caridad, a través de la filiación con un Padre providente de los cielos, son los rasgos más cardinales de la espiritualidad que Jaime Eyzaguirre observaba.

Toda esta concepción religiosa lo lleva a ser un viajero, un peregrino de lo absoluto que habrá, finalmente, de retornar al Padre. La secuencia vida, nacimiento y muerte tiene para él un único sentido: se nace para conocer, amar y servir a Dios. Y esto solo se realiza cuando morimos.

Extrañamente Jaime presentía su muerte inesperada y hablaba particularmente de ello en los que fueron sus dos últimos años de vida. El viernes anterior a su trágico accidente en Linares decía precisamente que su sentido de la muerte estaba expresado magníficamente en el verso de Jorge Manrique:

*y consiento en mi morir
con voluntad placentera,
clara y pura,
que querer hombre vivir
cuando Dios quiera que muera,
es locura.*

Morir es también el fin del camino aquí en la tierra, y a su término, está el Reino del Padre. Mientras caminamos como peregrinos de esta vida todo, absolutamente todo, nos lleva misteriosamente hacia el Reino. Jaime tenía particular predilección por este misterio increíble. Como todo, y todos, incluso el Demonio, tienen un papel importante en la mecánica de la salvación. El hombre siente la atracción magnética de Dios, y casi es forzado a no abandonarlo. Todo coopera a la Venida, y también lo hace el Anticristo.

Esta convicción tan viva explica el mentado "milenario" de Jaime Eyzaguirre. No hay aquí, como algunos han pretendido, problemas de heterodoxia. Para Jaime el ser milenarista significaba únicamente tener confianza ciega y plena en la última Venida. Tal fue por lo demás la única acepción que tuvo, allá por 1935 y después, la difusión en círculos espirituales de Santiago de esto que se entendía erróneamente como la afiliación incondicional a las doctrinas del padre Lacunza.

...E HIJO DE LA IGLESIA

Es cierto que Jaime Eyzaguirre seguía en algunos puntos el pensamiento lacunziano. Quien lo introdujo en él fue el Padre Juan Salas: *el más importante de los instrumentos que la Providencia puso en mi camino*, como que le salvó la fe y fue director espiritual suyo y de su esposa Adriana Philippi.

Hace más de diez años recuerdo haberle oído leer por primera vez trozos de la obra de Lacunza. He buscado algunos para insertarlos aquí en cuanto explican la relación que Jaime veía en la Venida de Cristo, ligada indisolublemente al Anticristo, que así tendría, aun contra su voluntad, una misión básica de cooperación en la misión salvadora. Cuando Lacunza describe las características "de la bestia de dos cuernos" explica que este pseudoprofeta del Anticristo no será una persona sino un cuerpo moral, compuesto de muchos seductores:

"No espantará tanto al cuerpo, o al rebaño de Cristo la muerte, los tormentos, los terrores y amenazas de la primera bestia, cuando el mal ejemplo de los que debían darlo bueno, la persuasión, la mentira, las órdenes, las insinuaciones, directas o indirectas, y todo con aire de piedad y máscara de religión" (*La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*. Tomo 1, pág. 317. Londres 1826).

Y agrega Lacunza, más adelante, lo siguiente:

"¿Qué pensáis que será, cuando poniendo los ojos en sus pastores, como en su único refugio y esperanza, los vean temblando de miedo, mucho más que

ellos mismos a la vista de la bestia y de sus cuerdos coronados: por consiguiente los vean aprobando prácticamente toda la conducta de la primera bestia, aconsejando a todos que se acomoden con el tiempo por el bien de la paz...?" (Id., pág. 320).

Jaime Eyzaguirre sintió vivamente en sus últimos años el dolor por la crisis de la Iglesia. Quienes estuvieron cerca suyo supieron de angustias diariamente acrecentadas. Cabe decir aquí que el amor que Jaime sentía por la Iglesia sólo era comparable a la esperanza en su triunfo final, pese a las caídas y flaquezas de sus miembros. En una carta —diciembre de 1966— dice: *Hemos de seguir aguardando en esta noche prolongada, sin el amparo y el consuelo de los que por su misión estaban llamados a ser nuestro apoyo y nuestro guía. Ahora comenzamos a saber lo que es la fe: la certeza frente a la nada. Y esa certeza paradójica no puede ser tal si no la apoyamos en la gran esperanza, en la tensión y aguarde de Su retorno. Es preciso que El vuelva, que vuelva pronto, que sea presionado con nuestra súplica confiada, con nuestra íntima entrega, como fue forzado por la Santísima Virgen con su "fiat" a encarnarse y redimirnos.*

UN TESTIGO APASIONADO

Quien así creía en la otra vida como definitiva estación del hombre, debía ser necesariamente un testigo de ese Reino. Para Jaime ser católico significaba aceptar concientemente el peso de la cruz y el compromiso serio de repetir la palabra evangélica por cualquier medio y en toda oportunidad (*aún desde los tejados*), fueran pocos o muchos los interesados en escucharla.

Jaime era viva encarnación, en este aspecto, de los profetas bíblicos, siempre empeñado en su tarea de remover conciencias dormidas como la *voz que clama en el desierto*.

Sólo la luz de su fe religiosa explica la vida y las actuaciones humanas de Jaime Eyzaguirre. Su afán de llevar la buena nueva, por ejemplo, es la única razón que da aliento a tantas publicaciones que sostuvo o que dirigió. La más importante de las cuales es, sin lugar a dudas, la revista "Estudios" que Jaime fundara en 1932 y dirigiera por espacio de veinticinco años con notable y trascendente influencia en el medio intelectual chileno.

Jaime hizo vivir a Estudios, a despecho de todas las realidades económicas, como un episodio más de la prolongada aventura que fue su vida. El secreto de tan admirable supervivencia, nos da la clave de como él entendía ser "voz que clama en el desierto". Lo dicen algunos textos editoriales en distintos aniversarios de "Estudios".

Así, en 1945 expresaba: *Habrà todavìa quien se sorprenda de que estas páginas, faltas de respaldo económico y sin cuidado de atrapar el efecto de los influyentes y triunfadores, alcancen no obstante, trece años de existencia... 'Estudios' es algo más que la mera resultante de empeñosas voluntades coaligadas. Tiene todo el significado hondo de una necesidad que urge cada día más ansiosa: la de expresarse libremente, sin ataduras ni compromisos, en medio de un mundo que parece empeñado en encasillar en padrones hirsutos y borreguiles a todos los mortales. Voz disonante que quiebra el coro uniforme de la manada; voz que clama en el desierto; voz diáfana y taladradora, que en éstos sabe a rebenque y en los de allá a gotas de alivio, "Estudios" seguirá su camino paradójico como la erguida columna bíblica de fuego que supo ser para los unos luminosa y señalera, mientras puso en los ojos de los demás la perdedora tiniebla.*

Al cumplir la revista dieciocho años, decía: *No sabemos cuál ha de ser el porvenir de estas páginas, ni si les está asegurada una larga existencia. El asunto nos tiene, después de todo, sin cuidado. El tiempo, al fin, es una cadena que oprime a los siervos del Príncipe de este mundo, pero que nada puede significar de definitivo a los que aguardan la bienaventurada esperanza. El tiempo es sólo una tribuna para lanzar la voz, un trampolín para saltar a la eternidad. Y Dios puede abreviar los tiempos y acallar las voces. Lo que importa es que quede flotando en el aire, si esto ocurre, el testimonio libre e incontaminado.*

Y finalmente, llegado el momento en 1955 que las estrecheces económicas obligaron a cerrar temporalmente la revista, leemos en su editorial: *Durante veintitrés años nos esforzamos en cumplir una misión: decir la verdad aunque quedáramos solos. Fuimos conscientes de lo que esto significaba y nos metimos, sin embargo, resueltos en la brega oscura. Nos bastó allí la sustancia de la fe. ¿Qué habríamos podido hacer sin ella y con la carga de nuestra deleznable condición humana? ...Caminamos sobre años de dolor, de guerra, de confusión de espíritus, de odio de los de fuera, de suspicacias e incomprendiones de los de dentro. Nuestro mensaje se dio sin descanso, oportuna e inoportuna. Callar habría sido, a menudo, una complicidad. ...Y así la hora de comer la aspereza del silencio, nos ha encontrado sin cansancio y sin desaliento alguno en la fe. Hemos aceptado la fuerza de los hechos faltos de amargura, porque este silencio no nace de la voluntad vencida, ni envuelve una claudicación en el ideal siempre firme.*

A menudo, quienes eran picados por su palabra a veces "inoportuna" sacaban a relucir el sambenito de la "intolerancia" colgándose a Jaime o a sus revistas. Dijo en una ocasión en que abordó este tema: *Yo no soy tolerante porque es estúpido creer que la verdad y el error tienen iguales derechos. Pero mi intolerancia no se traduce en agresividad hacia el adversario. La intransigencia con*

el error, no sólo no es incompatible, sino que obliga al amor hacia la persona equivocada. ¿Cuántas almas nobilísimas están llenas de buena fe en una postura errada? ¿Cómo darles a ellas la verdad, si levantamos frente a las mismas una muralla de rencores y prejuicios? Lo mejor que puedo entregar a mis alumnos es mi fe porque me ha hecho feliz, y la fe más que una doctrina es un testimonio vivo.

Insistía Jaime con frecuencia de que el mundo estaba ahito de ideas y de programas, y que lo que necesitaba, en cambio, era un testimonio vivo, tan apasionado y total como el de los fieles del tiempo apostólico. *Lo que el mundo espera para convertirse es la conversión de los propios cristianos.*

No es casualidad que estas imputaciones de "intolerancia" rarisimas veces partieran de los muchos contradictores o alumnos marxistas, judíos o masones con los que convivía estrechamente y a diario en la Universidad, en los que Jaime decía tener sus mejores amigos. (Prueba clarísima de esto fue su impresionante despedida en el cementerio que congregó los más disímiles sectores ideológicos, amén de una ostensible presencia de la juventud universitaria). Los ataques que recibía le dolían más, justamente porque venían de "dentro", como aquel de un clérigo resentido que ni siquiera después de su muerte, cuando pretextaba rendirle homenaje, pudo olvidar su amargura. Así como perdonaba con facilidad las ofensas, no aceptaba ni toleraba las injusticias. A otro clérigo que allá por los años treinta lo injurió diciendo que estaba "vendido" a los judíos por la defensa que hizo de sus derechos durante el régimen nazi, lo acusó ante los tribunales eclesiásticos, y no cejó hasta obtener la debida sanción a lo que consideraba una pública ofensa a su honor de cristiano.

UN ESLABÓN EN LA CADENA

El ámbito predilecto donde Jaime Eyzaguirre desplegó su acción fue evidentemente la Universidad. Ejerció la cátedra desde 1932 hasta casi el instante de su trágica muerte. Ese día —17 de septiembre de 1968, víspera de Fiestas Patrias— se negó a partir temprano con su esposa a visitar a su hija residente en la Laja, para así cumplir su horario universitario hasta el último momento, aunque la mayoría no tuviera esa misma escrupulosidad. Pasadas las cuatro de la tarde abandonaría, por última vez, la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile para encontrar la muerte cerca de Linares, a las 8.30.

En todo sentido Jaime fue un precursor de la "nueva" Universidad chilena. Su tarea de guiar y estimular las mentes de sus alumnos no conoció descanso. Siempre combatió ardorosamente la realidad universitaria "profesionalizante" reivindicando la misión de la Universidad inspiradora de la cultura.

Los miles de alumnos que tuvo pueden dar testimonio no sólo del catedrático brillante por excelencia sino que además del gran impulsador de trabajos de seminario, de la investigación seria y acuciosa, y de ese otro campo fundamental del quehacer universitario, el diálogo, que Jaime practicaba cotidianamente con sus alumnos en los pasillos universitarios, en su casa o en largas caminatas por Santiago.

Su penetrante visión del futuro le advirtió anticipadamente que nuestras Universidades, pese a sus muchos logros, caminaban hacia una crisis por la pérdida paulatina de sus objetivos esenciales. Respetuoso de la autoridad legítima, dio sus batallas donde correspondía con tenacidad indomable. No fue por desgracia oído. Mas aún, cuando injustamente recibió algunos dardos emponzoñados de la revuelta estudiantil en ciernes, no tuvo de quienes correspondía el apoyo solidario y firme que le cabía esperar. Fue ésta una de sus grandes desilusiones, aunque no levantó ninguna queja.

Su concepción histórica es inseparable también de su definición religiosa. Para Jaime la historia es el recuerdo de la condición itinerante del hombre sobre la tierra. Así concebida, sólo tiene sentido en cuanto proyecta una luz hacia el futuro. El historiador no puede ser entonces un mero adorador de lo pasado, un degustador de erudiciones vanas. Su concepto de la historia, pues, es de que *somos un eslabón de la gran cadena y la historia es la realización de la idea de Dios en el plano del hombre a través de su libertad.*

En uno de sus trabajos, dice sobre lo mismo: *La historia no es una mera contemplación sino un estímulo. Se la puede mirar sin duda, como objeto de curiosidad científica, pero ella no alcanza todo su valor y eficacia mientras no se introyecta en lo hondo de la comunidad, mientras no se transforma en tradición. En ese instante, lo que la inteligencia ha percibido, se hace dinámica para la voluntad. La contemplación primera desemboca en vida profunda y creadora. Un pueblo, una patria, ha encontrado así su razón de ser.*

Su gran vocación humana que fue la historia, Jaime reconoce debérsela a quien fue su profesor del ramo en sus tiempos de alumno del Liceo Alemán: el P. Eduardo Ludeman (*Gran pedagogo, fino, capaz de abrir grandes horizontes espirituales*). Así pues, desde la adolescencia, se definió su vocación histórica la que encaró con admirable método de artesano. La bibliografía de sus obras y trabajos históricos comprende cerca de 150 títulos y prácticamente su publicación es ininterrumpida a partir de 1929. Cada año son tres, cinco o diez trabajos, dependiendo de las etapas consagradas a la preparación de sus libros.

La fecundidad de su labor personal sólo admite parangón con la importancia de las obras y publicaciones que Jaime encauzó o con las muchas que propició.

Baste decir que las tres más importantes revistas históricas científicas que se publican en Chile fueron dirigidas por él. Tras de cada trabajo publicado en ellas, está la perseverancia de Jaime para encargarlos, exigirlos y mantener sin altibajos las ediciones. Otro tanto, y más, podría decirse de la enorme cantidad de memorias de grado de licenciados que dirigió y de donde prácticamente surgieron sus principales discípulos.

Así como la *Historia de Chile* es su obra magna en el aspecto histórico científico, ya que condensa el resultado de toda una vida dedicada a la investigación, su *Fisonomía Histórica de Chile* y su *Hispanoamérica del Dolor* —recientemente reeditada— forman lo esencial de su interpretación histórica y de su búsqueda anhelante de las esencias nacionales.

CASTILLA, LA MADRE

Tanto en su vida como en su obra escrita está palpitante el llamado "hispanismo" de Jaime Eyzaguirre, aunque él no gustaba denominarlo así. Con la independencia, afirmaba, dejamos de ser españoles pero seguimos siendo hispanos. *Y no hispanistas que es actitud del extraño que mira desde fuera rasgos de la cultura ibérica. Ser hispano para el chileno es signo de filiación, no postura servil o imitativa.*

También fue otro de sus profesores en el Liceo —Eduardo Solar Correa— el que le reveló España a través de los personajes y caracteres de la literatura clásica. *Sentí a España en mi carne y en mi sangre. Supe que rebelarse contra esa tradición era como traicionar la propia infancia. Vi mis raíces hundidas en la profundidad de la raza, a España como integrante de mi mismo. Y la amé con toda su grandeza y miseria, con su contenido y misión históricos.*

En toda su obra histórica se percibe una nostalgia de la civilización cristiana. De allí proviene su amor al mundo del románico y del gótico, y también, el basamento de su amor a España en la que ve a una nación al servicio de valores universales. La conquista contra el moro, primero, y más tarde la reconquista de un mundo cristiano roto por el luteranismo, lo que explica de paso, su especial identificación con el fenómeno barroco. Vibra con esa España magnífica de los santos y de los hidalgos, del Escorial y de Felipe II y que, a diferencia del europeo que rompe con el renacimiento los hilos del pasado, en el caso español lo da también en forma espléndida pero conservando los valores permanentes y actualizándolos.

En sus viajes por España no lo llaman tanto las ciudades y los grandes monumentos del pasado, sino los pequeños pueblos y la conmovedora sencillez

y nobleza de sus gentes. A Castilla, entre todo lo de España, le profesa un amor especial. *Andalucía es la novia, pero Castilla es la madre, con todo lo que ella representa de entrañable y sólido. A lo largo de mis correrías por otros sitios de Europa y América he visto muchos paisajes, grandiosos unos, corrientes otros, pero ninguno capaz de conmoverme hasta la hondura del ser como esa Castilla inolvidable. Se puede llevar un frontispicio vasco, pero el corazón está en otro sitio. Decididamente allí encontré la raíz de mi alma.*

Ultimamente apreciamos en Chile un cambio visible de actitud hacia España que entraña el reconocimiento hacia su papel en el origen y desarrollo de nuestra cultura. Han caído muchos prejuicios, y al respecto, es visible que múltiples lazos comienzan nuevamente a ser anudados con España en campos diferentes de la actividad cultural y económica. Será difícil evaluar la influencia que en este proceso tienen personalidades como Jaime Eyzaguirre, las que aún en los peores momentos manifestaron su inquebrantable adhesión a la causa eterna de España.

LA LIGA SOCIAL DE CHILE

Jaime Eyzaguirre no participó jamás en política partidista, en ninguna forma ni en ningún grado. En esto, como en otros rasgos de su personalidad, no tuvo términos medios. Era el único modo en que a su juicio podía preservar su sagrada independencia de profesor e intelectual. Su arraigada convicción al respecto le deparó casi siempre sinsabores. Algunos de ellos, producto de incomprensiones que en verdad serían hoy inverosímiles.

El año en que recibió su título de abogado —1931— la juventud vivía en continua efervescencia, debido en gran parte a la opresión política que generaba el régimen ibañista. Con todo, Jaime Eyzaguirre no sintió ni entonces ni nunca el llamado a la lucha política, básicamente porque desconfiaba de sus frutos. Le parecía inútil reformar la sociedad, si antes no había una reforma de sus componentes. Compartía además el escepticismo de su generación por los partidos políticos, todos en crisis, gastados en compromisos permanentes, y sin perfiles doctrinarios confiables. Su inquietud se encauzaba claramente en el ámbito de los problemas sociales, de contornos agudísimos en esos días, ya que la crisis económica provocaba un cuadro de atroz cesantía en el país. Entretanto, el Papa emitía su encíclica "Cuadregésimo Anno" y muchos pensaban que era la hora de imponer las soluciones de la doctrina social católica.

Tal es el momento en que Jaime Eyzaguirre se encuentra con el jesuita Fernando Vives, una de las cuatro personas que según su confesión influyeron en él, decisivamente: *le debo la independencia en el juicio y en el obrar.*

La figura del Padre Vives es descollante en la evolución del pensamiento

social chileno de este siglo. De físico tosco, sin especiales atractivos humanos, irradiaba una fuerza espiritual incontenible, consagrado como estaba a la tarea de redención social de los trabajadores. Su vida transcurre más en el destierro que en su patria. Dos veces, en 1912 y en 1917, debe irse a España debido a las resistencias que provocan sus grupos de acción social. En 1931, finalmente, la República instalada en España y la posterior expulsión de los jesuitas de allí, lo devuelven a Chile donde habría de morir en septiembre de 1935.

Jaime Eyzaguirre es uno de los universitarios y profesionales que el Padre Vives llama, recién llegado de España, para constituir la Liga Social de Chile, con el fin de difundir la doctrina social cristiana y levantar el nivel económico, social y cultural de las clases trabajadoras. Miembros activos de la Liga son, entre otros, Julio Philippi, Ignacio Matte, Gustavo Fernández, Antonio Cifuentes, Florentino Mateluna, Alfredo Bowen, Roberto Barahona, Clemente Pérez, Armando Roa, Santiago Brurón, Manuel Atria, Fernando Durán, Javier Lagarrigue, Aquiles Savagnac, amén de otros colaboradores más antiguos del Padre Vives como Jaime Larraín, Clotario Blest, Elías Valdés y Diego Dublé Urrutia.

La historia de esta liga social está por escribirse (Hacerlo fue una de sus últimas preocupaciones y alcanzó, incluso, a recopilar algunos materiales para ello).

Durante diez años la liga desplegó una acción dinámica e intensa en un tiempo que fue de profundas transformaciones sociales y políticas. Baste decir que apenas un año después de fundada, mantenía sólo en Santiago cinco escuelas sociales, ocho círculos sacerdotales y catorce grupos obreros de vigorosa influencia en el campo sindical.

Las actividades de la Liga se radicaron en las principales ciudades del país y contribuyeron netamente a formar una nueva conciencia social inspirada en los principios de la doctrina católica. Los miembros de la Liga llevaron sus charlas y conferencias a todos los ambientes, complementando esta labor con la publicación de abundante bibliografía que no sólo propagaba documentos doctrinarios sino que tocaba una amplia gama de temas relacionados con el trabajo, la organización cooperativa, el salario, etc. Jaime Eyzaguirre tuvo a su cargo esta fructífera labor publicitaria, junto con la dirección de una sección de la Liga dedicada a los estudios político-sociales y la edición de su revista oficial "Falange", documento insustituible del vivo pensamiento social de entonces.

La influencia de la Liga en núcleos cada vez más vastos de la juventud y del medio obrero, no fue debidamente comprendida por todos. Un importante sector de juventud católica que encabezaban Bernardo Leighton, Manuel A. Garretón y Eduardo Frei había decidido ingresar al Partido Conservador bajo el plan de imponer desde su seno el ideario social cristiano. Para este grupo,

el rígido apartidismo que mantenía la Liga debilitaba la cohesión del movimiento político católico que por entonces se concentraba en el conservantismo. Los obispos por su parte, en forma pública, censuraron lo que calificaban de grave y perjudicial abstención política.

Las críticas a la Liga se hicieron más duras en algunos medios. Desde las columnas de "El Diario Ilustrado", Ricardo Boizard habló de los "nuevos jansenistas". Un violento folleto del senador Rafael Luis Gumucio insistió en que la actitud de la Liga era de abstención política, lo que provocó un sinnúmero de réplicas. En un Congreso de los estudiantes católicos celebrado en Valparaíso, se impidió prácticamente a los miembros de la Liga la venta y distribución de su periódico "Falange".

A mediados de 1933, el Arzobispo de Santiago, don José Horacio Campillo, convocó a la directiva de la Liga y los conminó, lisa y llanamente, a renunciar a su posición de independencia política. Debido a que también el Arzobispo objetó algunos textos incluidos en "Falange" la Liga acordó apelar directamente a Roma por medio de una presentación que redactó Jaime Eyzaguirre. El 19 de junio de 1934 el Cardenal Secretario de Estado, Pacelli, en carta dirigida al Nuncio Apostólico en Santiago, distinguía con claridad entre la acción política y la acción social y afirmaba el derecho de los católicos a militar en distintas tiendas políticas, dando entera razón a los principios que la Liga había defendido contra la incompreensión general.

En un plano personal, el padre Vives introdujo a Jaime Eyzaguirre en la ascética de los ejercicios de San Ignacio. Fuera de ello, le oímos decir que debía a la influencia del Padre Vives su ánimo de luchar por la justicia social *sin complejos ni rencores*, como fruto de un amor sincero por el pueblo chileno y no movido por oscuras presiones o resentimientos.

La batalla en lo social de Jaime Eyzaguirre no conoció un momento de reposo. En todas las tribunas, particularmente en su cátedra universitaria y en las numerosas revistas que fundó o en las que colaboró, mantuvo viva la denuncia de las injusticias, la crítica acerada del individualismo egoísta, aunque siempre con el espíritu positivo de quien cree más en la caridad que en el desboque incontrolado de los odios.

Su voz nunca tembló ni menos claudicó. En 1940, por ejemplo, se dirigieron ataques inauditos contra el Arzobispo de Santiago don José María Caro por unas declaraciones suyas a la prensa. La revista "Estudios" defendió arduosamente al pastor *que había hecho honor a la tradición apostólica de la Iglesia tocando con firmeza y claridad los puntos más salientes de su mensaje social*. Y continuaba el editorial, escrito por Jaime Eyzaguirre: *Su palabra como espada aguda y penetrante ha venido a deslindar los campos de la luz y de tinieblas;*

ha traído la confianza a los humildes que esperan pacíficamente su redención; ha sido un estímulo para los patronos cristianos que han hecho de su fe una escuela de vida, y ha servido también de piedra de escándalo a los recalcitrantes y ensoberbecidos que bajo apariencias de protectores y defensores de la Iglesia ocultaban la más satánica rebelión contra la Jerarquía y el más absoluto desprecio al mandamiento de la caridad, único distintivo del cristiano.

Nunca ocultó Jaime Eyzaguirre la indignación que le producían quienes ponían la religión al servicio de logros políticos, particularmente cuando los culpables eran sacerdotes o miembros de la Jerarquía eclesiástica.

Si quisiéramos calificar, en síntesis, el pensamiento político de Jaime Eyzaguirre, tendríamos que usar su propia definición: "pragmático" en la materia. Su misma concepción de la historia y de la realidad del ser humano lo llevaba a esa postura esencialmente realista que frente a la política guardan aquellos que no creen en la perfectibilidad social indefinida. Con igual decisión admiraba las realizaciones simples y prácticas (Portales) y detestaba los ideologismos y las "fórmulas" salvadoras, especialmente si éstas eran importadas. De ahí su oposición al humanismo cristiano de Maritain, entendido como esquema político, y sobre todo, al imperialismo político y cultural de Norteamérica.

Su absoluta independencia política —que rechazaba sin vacilar Ministerios y Embajadas— no le impedía colaborar con todos los gobiernos en materias de interés nacional. Inapreciable resulta en este aspecto su labor como reorganizador de la Academia diplomática Andrés Bello y su permanente difusión de los derechos limítrofes de Chile. Su amor por la cultura chilena lo llevaba a moverse con igual diligencia para salvar un cuadro o un documento, o para impulsar una línea educacional de importancia fundamental.

Humanista, guía espiritual, maestro por excelencia, la huella múltiple de Jaime Eyzaguirre está en lo mejor de nosotros mismos. Nuestro real homenaje será siempre seguir los caminos que él desbrozó y apagar así, si cabe, las muchas soledades que su lucha tenaz le deparó.

LOS NARRADORES

Siete cuentos de *Isabel Edwards*

Búsqueda

—Otro hijo... —piensa Verónica mientras palpa su vientre abultado. Desde el sofá mira, a través de los vidrios del ventanal, el lago. Los pinos se delinean en el cielo encendido, elevándose como agujas en un desfile —¿hacia dónde?— con sus troncos asegurados a la tierra que se pierde en las movedizas aguas de la orilla.

En la banda contraria se confunden las hierbas y los álamos. Se puede distinguir cómo las ramas de sauce caen hasta el agua misma.

—Todo esto sé que es muy bello...

"Eduardo ¿recuerdas el primer beso?". Siente en la mano, que descansa sobre su vientre, el aleteo como de un pájaro. Al primer hijo lo había aguardado con ansias, con demasiada seguridad.

—Sí ¡es tal como imaginaba! —había exclamado al conocerlo. Pero al pasar los días resultó aterrador comprobar la verdad: el hijo que los había ilusionado nos era normal.

Verónica se endereza en el sofá y mira la lancha que se divisa a través de los cristales. Sale y el viento agita su pelo que azota sus mejillas. "Hay algo que impide que yo vea como antes lo hacía...". Todo era tan hermoso en otros tiempos: ese amor grandioso y el suceder de cada día...

Es igual —se repite— "nada ha cambiado". Pero la imagen de su hijo, la cabeza inclinada, el labio flojo que deja escapar un hilo de saliva, las manos torpes y cuadradas, y aquellos ojillos que fijan la vista sin comprender, le producen un estremecimiento.

—¡Qué tarde tan triste! —exclama, pero de pronto quiere reaccionar y dice:

—Debo tratar de sentir como antes: este hijo también necesita de mí.

Camina con pesadez hacia la orilla. El cielo, ahora rojo, la llena de pesar: el atardecer se llevará la luz. Con ambas manos se protege el vientre. En el pequeño embarcadero está la lancha.

—Daré una vuelta: debo distraerme —dice despejando la garganta.

Pone el motor en marcha. Parte rápida, cruzando el lago hasta la otra orilla. El agua le empapa el rostro y la ropa que se pega a su cuerpo.

—¿Lo encontraré? ¿Será sano?

Se va alejando y alcanza lo más profundo. Luego surge: ve a los patos que guían a sus hijos hacia el estanque, todos blancos, armoniosos, calmos.

—¿Habrá alguna madre que no acepte? ¿Qué no ame a su hijo?

La lancha avanza y en un remolino llega al fondo del lago.

—¿Dónde estás? —pregunta con su rostro cada vez más húmedo.

Se han reunido todos en la casa y preocupados hacen conjeturas. Una amiga dice:

—Tal vez Verónica regrese pronto...

Especulaciones, preguntas: un murmullo se mantiene en toda la casa.

Eduardo se ha encerrado en el escritorio con los más íntimos. Camina inquieto.

—Debe haber estado sola —dice.

—Seguramente regresará —insiste la amiga. Pero la hermana de Verónica responde:

—No, ella no volverá. Todos sabemos que no volverá, pero no nos atrevemos a decirlo.

Eduardo se ha sentado en el sillón junto a la chimenea y se mueve intranquilo.

"Podría haber cierta culpa: el tener lancha... el vivir a orillas del lago...".

Se levanta y sale de la pieza. Los amigos tratan de detenerlo.

En el pasillo un grupo conversa en voz baja. Todos callan cuando pasa Eduardo.

—Quisiera hablarle... —murmura—. Quisiera haber ido con ella en la lancha...

Verónica busca a su hijo: debe ganárselo y no estar aguardando a que él venga a ella como antes lo hacía. En el viaje arriba a una playa fría en que ni las luces, ni el bullicio logran alcanzarla. Desde allí observa cuánto la rodea. A veces llegan a sus oídos palabras sin sentido que no se esfuerza en responder. Sin embargo, algo aguarda: en las tardes camina por la arena y a veces se inclina para cavar un hoyo hasta hacer brotar un manantial. Entonces estrecha en sus brazos al niño enfermo y lo acaricia tiernamente.

—¡He encontrado a mi hijo! —murmura.

Pero luego comprende que es a Eduardo a quien estrecha entre sus brazos.

—Tranquílcese —dice él—. Yo velaré por sus hijos y los cuidaremos juntos.

—Juntos —repite Verónica.

Honra

—Un hombre fecundo, que abrió nuevos campos al conocimiento humano... Logró enormes conquistas para la civilización... Su obra es un fundamental aporte —dice el Presidente de la Unidad.

—Este coloso de la ciencia nos legó un mundo apto para los tiempos modernos. Su genialidad ha seguido trascendiendo durante mucho tiempo: hemos visto en él una luz que guía por generaciones... —dice el Orientador de las Juventudes.

Reunidos en la explanada, el mundo entero espera la inauguración del monumento.

Aclamaciones de millares de voces apoyan las palabras de los oradores. Todos afirman que la obra de la creación continúa avanzando gracias a aquel genio.

Los delegados de las naciones expresan el reconocimiento de los pueblos.

El entusiasmo de la multitud llega al paroxismo.

“Los grandes hechos, merecen grandes manifestaciones”, dice la Comisión de Adelanto y como tributo a su obra, lanza veintiuna salvas atómicas.

Algunos —no pudieron acudir a la gran asamblea— son espectadores sobrecogidos de asombro y pavor.

—¡Condenamos su proceder! —gritan indignados.

“Deben predominar nuestros derechos”, afirman y para lograrlo lanzan veintiuna Bombas de Cobalto...

La eternidad contempla el monumento: el Planeta Tierra desintegrándose en una nube de cenizas radiactivas que toma la forma del rostro de aquel hombre a quien se rendía homenaje.

En el cine

El alfiler le pinchó el sexo. No era un alfiler cualquiera. Largo, afilado, tenía una perla en un extremo.

—Un hermoso alfiler —habría dicho un coleccionista.

El hombre dio un salto en la oscuridad y lanzó un grito reprimido.

—Simpática la película ¿no? —dijo la mamá a su hijito, que se allegó más a ella, regalón. El niño respondió con un ¡mmm! mimoso y siguió sin desviar la vista de la pantalla.

"¡Hombre! sabandijas, abusadores, alimañas, cobardes eso son...", pensó mientras Mickey llegaba de visita a casa de Minnie. "Tratando de satisfacer sus apetitos, ¡acariciar mis muslos! ... allegar su pierna a la mía ¡degenerado!".

Tomó el alfiler despacio, con un movimiento elegante, casi desganado, lo desprendió de la boina, que se inclinaba coquetamente sobre su ojo izquierdo. Bajó la mano hasta la falda. En la butaca vecina se escuchaba un rumor sordo, y un roce que se repetía en movimientos deslizantes sobre el suero del tapiz.

"Es un reptil", se dijo ella. "A éstos hay que exterminarlos...".

"Mis caricias para mi amor, mis piernas para él, mi pensamiento, toda yo suya".

Dejó caer su mano descuidadamente junto a su cuerpo, el alfiler oculto entre los dedos, y esperó, atenta, un nuevo acercamiento de su vecino.

Minnie había preparado una torta a su novio y ahora la comerían.

El hombre se aproximaba: sentía el calor de su pierna tibia, pegajosa, repelente. No se movió. Bastaría quedarse así: el alfiler haría su obra.

Accidente

Toma en sus brazos a la criatura y envolviéndola cuidadosamente en la manta, la acuna en sus rodillas. La mira detenidamente mientras llora y se retuerce.

"Es de dolor", piensa.

El niño abre los ojos, extendiéndolos dentro de su órbita lo más posible, vuelve la cabeza a derecha e izquierda, estira y encoge las piernas, se estruja los dedos apretándose las manos, despidе saliva por la boca, grita.

"Otros también sufren", piensa.

La cara se le enrojece, para luego tornarse blanca, marcando la calavera con surcos negros y profundos. Grita, salta: toda la fuerza del infierno dentro de ese cuerpo.

"Que también sufra", piensa.

La piel de la cabeza se arruga y por entre los pelos, se distingue el color rojinegro de la sangre acelerada bajo ella.

"No haré nada por aliviarle", piensa.

Lo estrecha más contra su cuerpo.

"No conseguirás moverte", piensa.

Las notas agudas, bajas, de su llanto son el acompañamiento que corresponde a sus contorsiones. Mil veces ha callado para volver a comenzar.

"Me molestan tus chillidos, condenado", piensa.

Lo aprieta más aún contra su cuerpo. Camina por el cuarto y, equilibrándolo en un solo brazo, extrae los comprimidos del cajón de la mesa. Casi se le escapa por el ímpetu de sus movimientos. Da corcovos y en un manoteo se agarra de una de sus mamas. Los dedos, finos como alambres, prensiles, estrujan la protuberancia. Un grito ronco trona en la habitación.

"Desalmado... ¡suéltame!".

Toma su brazo y trata de abrir sus dedos firmemente asidos a la carne. Sujeta, solamente del brazo, la criatura cuelga y se balancea como un péndulo sobre el piso alfombrado. Se escucha el silencio. Logra entreabrirlos, desprenderse. Respira profundo: libre del dolor y con los oídos por fin en descanso.

Tira al niño encima de la cama y corre al cuarto de baño. El silencio se ha establecido. Llena un biberón de agua. De pronto el llanto se eleva rompiendo nuevamente el orden.

"¡Mal nacido!".

Pone, precipitada, nerviosamente, tres pastillas dentro del biberón.

"O te callas o te mueres...", piensa.

Se allega a la cama, con la botella, dispuesta al ataque. Acerca el chupete a los labios y trata de embutírselo, pero él cierra la boca y lo impide. Presiona, con todo el peso de su cuerpo, la estrecha mandíbula, para separar los labios, pero no ceden. Con los dedos tapa las ventanillas de la nariz e impide la circulación del aire: la boca se abre para dejar escapar el grito contenido en sollozos y con un movimiento certero, el biberón, avanza y entra sobre la lengua por entre las encías. Se escucha un glu-glu y luego la tos, los ojos saltados, la cara enrojecida, manotadas... Implacable, mantiene la botella con la inclinación exacta, para que penetre toda la presión del fluido dentro de la boca que se rebalsa y no logra contener la cantidad que le llega, desbordando hacia los lados, empapando la ropa, el colchón.

"¡Mismísimo Demonio! Tendré que cambiar las sábanas", piensa, "secar el colchón...".

Destapa la mamadera y echa dentro dos tabletas más del tubo que ha dejado sobre la mesa.

"Ya verás con quién te las tienes que ver, maldito", piensa.

Vuelve a intentar darle a beber el líquido del frasco. Él, apaciguado, tranquilo, sonrío. Su expresión serena, muestra unos ojillos alegres, limpios. Su rostro blanco y sonrosado se vuelve y mirándola de frente, a los ojos, extiende los brazos y con una sonrisa abierta:

"¡Mamá!", exclama.

El maestro

Reunidos los espectadores —son oyentes en su mayoría—, la sala a medio iluminar, está casi completamente vacía. Hay algunas personas al lado derecho y no muchas al lado izquierdo. Los que ocupan los asientos del lado izquierdo ven el teclado del piano, los otros el piano por atrás. Pero los que se sentaron en las butacas del centro lo dominan todo.

Llegan el Embajador de Inglaterra, y el Embajador de Alemania Occidental, el Ministro de Educación, el Director del Conservatorio de Música de la Universidad, alumnos de Academias Musicales y de otras instituciones. También llega Catalina y se sienta en una butaca en el extremo del pasillo al centro de la sala. Con abrigo negro y anteojos oscuros, no se distingue en nada del conjunto de personas allí reunidas.

De pronto se apagan las luces y entra por el pasillo Sir Peter Armstrong. Se escucha un murmullo, que él no toma en cuenta, y continuando su marcha ágil, llega hasta el estrado. Se apoya en el piano y saluda al público con una reverencia.

—¡Qué buen mozo! Es como para enamorarse de él... —exclama una muchacha junto a Catalina. Ella no mueve ni un músculo dentro de su abrigo negro.

Al sentarse en el banco el pianista levanta las colas del chaqué y se dispone a tocar. Eleva la cabeza y se vuelve al público:

—Bartok, en esta obra, nos habla de la naturaleza, de los pajaritos, de todos los ruidos del bosque —ruidos de la noche, insectos en la oscuridad... El compositor se inspiró en los sonidos del universo, no tomados directa y primariamente sino, elevados a un plano transfigurado... —dice con su acento muy inglés. Luego, volviéndose hacia el teclado comienza a tocar. Sus dedos se mueven con gran destreza. Van, vienen, llevan, traen: Bartok queda oculto en el bosque. Pasados diez minutos de tocata alguien estornuda. Catalina sufre un espasmo.

“Peter se va a enfurecer”, piensa. “Este público mediocre, falto de educación, como todos los subdesarrollados, no lo puede apreciar en su gran calidad artística”.

Sir Peter Armstrong entra en éxtasis, sus manos vuelan por el teclado, dando, de pronto, golpes violentos que guían a los oyentes por sendas alegres, llenas de aire refrescante, que les induce a continuar su camino: "Si, de improviso, sobreviene algo inesperado enfrentarlo y seguir, siempre seguir", dice Bartok ahora. Segundo movimiento: eleva los ojos, que se detienen en el cielo raso de madera.

Un acorde de veinte notas lo hace descender la cabeza hasta las manos y luego se eleva nuevamente para correr y saltar por el teclado. Se pone de pie y comienza a volar por sobre el piano; se escurre como un gato que juega en persecución del ratón. Sir Armstrong se desliza entre las patas del piano por delante, por detrás, hacia un lado, luego hacia el otro, resbalando el cuerpo que, ahora más liviano que el aire, se mantiene a pocos centímetros del suelo. Bruscamente para.

Una ovación lo aclama.

Saluda con reverencias, una y otra vez, y luego abandona la sala que se ha iluminado. Todos los asientos están ocupados, pero en pocos segundos se vacía el público en el foyer. Allí se comenta el virtuosismo del gran pianista y se fuma. Una rubia a la fuerza, vestida de "hippie" mira con ojos ardientes al muchacho de grandes bigotes que a su vez mira, más allá de ella, a una mujer espigada de edad madura que ha llamado su atención.

"Tiene buenas piernas", está pensando. La rubia se le acerca más y lo aprieta contra el muro. El de bigotes queda medio ahogado y trata de escabullirse.

—Espera a que termine el Concierto— dice en voz baja.

Entra el público en la sala y comienza la segunda parte.

—Hullness será por primera vez interpretado— dice Sir Peter Armstrong cuando aparece ante el auditorio. —El compositor escribió esta partitura para mí: es su manuscrito...

Sentado en el piso se dispone a tocar. Repentinamente se para y se precipita hacia la cola del piano para levantar la cubierta. La sala se inquieta: dos hombres ágiles saltan desde sus asientos hasta el proscenio. Hacen ademán de ayudar al maestro, pero ya el asunto está solucionado y la capa, abierta al máximo, permite ver las cuerdas. Catalina sube a la tarima y coloca sobre un asiento, junto al banco del pianista, un vaso de cristal y dos palillos. Luego va hasta el micrófono y conecta los alambres a las cuerdas del piano.

—Este compositor nos habla de la etnología de los pueblos —explica Sir Peter Armstrong.

Pone el manuscrito sobre el atril y comienza a interpretar.

La música se escurre por todos los rincones y va penetrando poco a poco en el ambiente. Catalina vuelve las hojas para que Sir Peter pueda tocar. Se eleva, se acerca y luego se va muy lejos. De pronto el pianista se para en su asiento y

dando tres manotazos al teclado se inclina sobre los alambres de acero para dejar caer el vaso.

Vibraciones que se interrumpen.

Sir Peter Armstrong usa los palillos; teje una manta que lo envuelve.

Suevamente se inclina sobre las cuerdas metálicas: una sola nota, un Mi, resuena en la sala, y se mantiene por mucho tiempo latiendo, en el silencio expectante. Con unción, las manos unidas como en una plegaria, Catalina escucha. Siguen los arpegios deslizándose por todos lados y de repente otro salto y Sir Armstrong se levanta. Catalina también. Sir Peter dándose impulso queda metido dentro del piano.

Un estrépito, como de la cordillera desmoronándose, resuena en el aire en crescendo.

Silencio.

La cubierta del piano ha caído sobre Sir Peter Armstrong.

Bajo la tapa, negra y brillante, yace tendido en el encordado. Los dolientes se acercan uno a uno y van depositando junto al féretro su ofrenda — un programa o una flor— y más de alguno de los asistentes derrama una lágrima.

Sir Peter Armstrong, el artista, ha muerto. Catalina junto a él, ensimismada asiste al grandioso holocausto.

—Un maestro admirable— dice el público al dejar la sala.

Todo es posible

Inclinándose, los niños lo examinan. Ahí está el gato tirado cerca de la vereda.

Desayunaba en la cocina. Tomaba su tazón de leche con pan. Cuidadosamente escogía cada trozo y seleccionaba lo que iba a comer. Sin prisa. Una vez satisfecho se alejaba. Sentado sobre su trasero comenzaba la limpieza. Se lavaba esmeradamente la cara, las manos y peinaba su pelo que brillaba a la luz del sol.

Revisan: patas, bigotes, orejas. No es el mismo. Parece difícil reconocerlo porque está oscuro y el montón de basuras lo ha envuelto: se adhieren a su pelo restos de comida, tierra, papeles. Abandonado.

—Está muerto—dice uno de ellos y sigue su camino.

Comprueban que está rígido como un leño.

—Sigamos a éstos—dice el mayor y va tras un grupo que pasa por la calle.

Entran en la Sala de Exposición. Miran con interés cada dibujo: analizan los cuadros sin comentar.

Uno se detiene ante la mesa: hay un jarro con flores artificiales. Todos lo imitan.

—Son flores.

—Son plumas.

—Serán plumas—asegura el mayor—, pero son flores.

—¿Flores?—pregunta el menor.

—Sí, son artificiales—explica el mayor.

—Y ¿por qué—interroga el menor.

—Las hacen para ser bonitas—dice la niña.

—Pero son feas—declara el menor.

Salen y de paso recogen el gato y lo envuelven en un diario.

—¿Estás seguro que está muerto?—pregunta la niña.

—No sé—responde el mayor—, pero conozco a uno que nos dirá.

Gaminan por la calle Huérfanos hacia la Quinta Normal. Tratan de parecer despreocupados: no quieren llamar la atención de los transeúntes. Cruza un señor de sombrero grande y cuello subido hasta las orejas. Los mira con insistencia, pero sigue y adelanta. En la esquina divisan a un policía. Es peli-

groso: puede hacer preguntas. Se detienen ante una puerta y simulan tocar la campanilla. Es una forma de retroceder sin llamar la atención. Tienen que andar camino volviendo atrás, pero así no se exponen a ser descubiertos. Por fin llegan. Entran en el antejardín y llaman.

—No está —dice el mozo—, pero volverá luego. "Si no se enfriará su comida" —murmura entre dientes.

—Esperaremos —dice el niño mayor.

—En casa se van a preocupar por la tardanza —interviene la niña.

—¿Quién se va a preocupar? No hay nadie —alega el mayor.

—Tenemos que saber —reflexiona el menor— ¿quién lo habrá votado a la basura?

—Tal vez algún idiota —responde el mayor.

—Puede ser... —dice la niña—, pero tenemos que hacer algo: es nuestro ahora.

—Nada habría sucedido si lo encontramos antes —replica el menor.

Se rasca la nariz con la manga y trata de arrebatarle el paquete a su hermano.

—¿Qué quieres? —protesta él, retirándolo con rapidez.

—Mirémoslo —propone la niña.

Abren el envoltorio y lo examinan.

—¿Qué le pasó? —pregunta el menor.

—Peleaba con otro por la comida —responde el mayor.

—No, no tiene heridas. Debe haber sido otro la razón —observa la niña.

—Puede haber sido hambre —insiste el mayor.

—Lo atropelló un automóvil... —aventura la niña.

—¡Qué tonta eres! También estaría herido entonces... —responde el mayor.

—Si le damos agua a lo mejor revive... —dice el menor con timidez, trayendo unas gotas entre sus manos.

—Parece que está muerto: no puede tragar —murmura la niña—. Oye, no vivirá más. No podrá correr, jugar, comer...

—Pero puede ir volando al cielo —protesta el menor.

—No, no puede —asegura el mayor.

—¿Por qué? Si ha sido bueno podría ser... —dice la niña.

—Si murió creo que se quedará donde está —decreta el mayor.

El sacerdote ha llegado y se aproxima.

—Queremos enterrar a un muerto —dice el niño mayor.

—Pero... ¿ustedes no tienen padres? —interroga, temeroso de que los niños se hayan quedado huérfanos de repente. Está intranquilo.

—Nuestros padres viven: fueron a una fiesta. Lo que pasa es que encontramos a un muerto... Queremos enterrarlo —dice la niña.

“Tal vez hay que avisar a la policía”, piensa él.

—Pero díganme ¿quién es el que ha muerto? —les pregunta.

—Este... Queremos sepultarlo —insiste el niño mostrándoselo. —¿Cree usted que está muerto?

—Bueno... Sí... ¡Por supuesto que lo está! —asegura, y con alivio agrega:

—Esto lo solucionaremos —mientras comienza a cavar un hoyo en el jardín; lo ponen dentro y cubren su cuerpo rígido con tierra y pasto. El menor corta una flor de alhelf y la planta sobre la tumba.

—¿Rogaremos por él? —pregunta la niña.

El mayor ríe para sus adentros; macanuda la broma. ¿De qué servirá rogar por un muerto?

—Agradecemos a Dios lo que nos da —dice el oficiante.

El mayor se queda reconcentrado junto a los otros que oran. De pronto pasa una gata por el jardín. Lleva un gatito colgando de su hocico.

Los niños parten corriendo en su persecución.

—¡Resucitó! —grita el menor.

Alta mar

No sé por dónde empezar: todo se precipita, desde hace algunas horas. Me siento bastante mareada...

Pienso cómo estarán en casa los niños, de vuelta del colegio, después de comer se las habrán arreglado para ver la película en televisión. Tal vez René preguntó dónde fui, aunque sin mayor interés. (Se ha hecho tan monótona nuestra vida matrimonial. Es decir, siempre lo fue; pero lo que no me atrevo a pensar es que se me ha hecho insoportable).

En este momento Valerio me mira y estoy muy nerviosa. Sé que él también. Por suerte no hay luna, así los del "cuarteto" no podrán ver que yo escribo —por difícil que sea— debajo de mi manta. Fue una suerte que la trajera. ¡Es increíble lo que ha pasado! Yo, hasta hoy en la mañana, una eterna aburrida, esclava de los horarios, haciendo todo como a la rastra y sin entusiasmo por nada, ni nadie. A veces, cuando alguno se enferma en la familia, me doy cuenta que todavía tengo sangre en las venas porque eso sí me preocupa; pero respondo sólo a cosas apabullantes como la muerte o los derrumbes... Desde la seis de la mañana me inquieta todo.

Me siento como una cuerda tensa, preparada para responder; lo que no sé si será de acuerdo a mí misma o al gusto de quien lo requiera. Creo que si se trata de Valerio será algo armonioso, casi de acuerdo y sin necesidad de palabras. Me mira y vibro como una chispa. Es tan desusado en mí lo que siento... Si se tratara del "cuarteto" fuese el Negro, Samuel, el Tacho, o el Chuma me volvería hermética y, aunque quisiera, sé que no podría darles gusto. Me horrorizan. Gracias a la presencia de Valerio, solo a su presencia, sigo en la lancha.

Nicolás es tan sencillo y de pocos alcances que no comprende. Cuando vio el revólver que empuñaba el Tacho se le saltaron los ojos.

—Suelte eso niño —le dijo— ¿No vé que me puée matar?

Salimos del muelle y yo miraba entre la niebla —que no dejaba ver gran cosa— y pensaba lo triste y desesperada que debo estar para haber salido de mi casa con un día tan frío y poco agradable como éste. Pero "descansaré de todo, desde lejos las cosas se ven más claras, me hará bien un paseo...", pensé

al despertar hoy y resolví que lo mejor era pedirle a Nicolás que me llevara a dar una vuelta mar adentro.

Preparé víveres, agua y café y traje la manta que ahora me parece una bendición del cielo. No estoy tan segura, como esta mañana, de la conveniencia de que sucedan cosas para sentirse feliz. Me noto muy inestable. Me sé expuesta a todo y creo comprender que siempre lo estuve. A ratos, pienso que no he sabido apreciar la seguridad y protección en que vivía rodeada de los muros de mi casa. Resguardada en medio de la sociedad, aparentemente satisfecha por vivir en compañía de mi marido y de mis hijos y con todas las posibilidades de pasar la vida "encantadoramente..."

—Puedes jugar al naípe con tus amigas o ir al cine —me dice René—, pero no me pidas que yo vaya: a mí me cansa, me aburre...

Por todo eso me embarqué en la lancha Rodrigo IV.

Al llegar —al amanecer— deben haber sido las cinco y media de la mañana, dejé mi automóvil ubicado cerca del malecón y me fui a buscar a Nicolás entre los pescadores, que volvían después de pasar la noche en alta mar tendiendo sus redes.

—Señora por Dios, ¿qué hace aquí con este frío? —me preguntó.

—Tenía muchas ganas de ver el mar —le respondí— ¿por qué no me convidas a dar una vuelta?

—¡Poco va a ver, pus señora! —me dijo—. Con esta niebla... no le va a gustar así a usted.

—No importa Nicolás —dije— lléveme por favor, y sin querer volví a mi tono autoritario de antes, de cuando él era mi empleado. "Nicolás, será bueno regar los lirios... Haga las acequias que se han ido borrando con el tiempo...". Y él, como antes, acató las órdenes y respondió:

—Güeno, patrona, suba a la lancha: daremos una vuelta corta.

En el momento que partíamos, se acercaron los del "cuarteto" y abordaron la Rodrigo IV. Nicolás no se dio bien cuenta de lo que pasaba, pero yo me asusté.

—¡Araca, muñeco! Salgamos de la garuma —dijo uno de ellos con actitud amenazante.

—¿A dónde van? —preguntó Nicolás.

—No te importa: ¡vámonos dando el espante, arranca o te doy piedras calientes! —dijo el Tacho que empuñaba el arma dirigiéndola hacia Nicolás.

Muy luego habíamos dejado atrás el muelle y nos alejábamos cada vez más del continente.

Entonces yo me refugié cerca de Valerio. No sé en qué momento subió él.

Al comienzo Nicolás se separó de la costa usando los remos, pero cuando ya estuvo a cierta distancia, manipuló el propulsor y después de varios intentos

la hélice obedeció y se oía el ruido y el agua saltaba sobre nosotros salpicando los rostros.

A pesar de todo me sentí libre. Estaba tan contenta que me puse optimista y olvidé la presencia del "cuarteto". Me recosté en el asiento cerca de proa e hice una composición de lugar, mientras vigilaba las maniobras de Nicolás como timonel.

Arrastrada por todo lo que me rodeaba, una sensación blanda y suave me llevó hasta el fondo de mí misma. Se parecía a la música de un concierto de trompeta, en que no se está escapando a nada, sino que uno sale al encuentro de algo que busca, que ansía conocer y poseer algún día. Era esto lo que necesitaba y me dejé llevar por la lancha, por Nicolás, sin examinar las consecuencias, el tiempo, ni todo aquello que había sido antes motivo de opresión y tristeza. Vivir en cada momento toda mi vida, con los pulmones llenos de aire húmedo, con el frío calando mis huesos, pero consciente de que soy yo enteramente y no como otras veces mirando a "la otra" —la parte sepia de mí— cumpliendo lo que los demás han dispuesto que debe ser su vida.

Podría decir que me siento feliz. Esto, a pesar que las circunstancias son difíciles. Me sé culpable, en cierto modo, de lo que le pase a Nicolás. Sin embargo, en mí fuero interno, lo que más deseo es que los del "cuarteto" no desistan de su propósito. Ellos quieren salir de las costas chilenas para quedar fuera de la jurisdicción nacional y eso nos demorará mucho tiempo. Mientras más días pasen seré más yo misma.

La niebla se fue dispersando poco a poco. Se abrieron girones y aparecieron salientes de la costa. La península parecía una isla suspendida en la bruma. Al mediodía asomó el sol. El Chuma hizo reparto de una porción de pan y queso para cada uno y yo les ofrecí de mi nescafé que traía preparado.

Nicolás —tan humilde— se dirige a ellos de "patrón". (Se lo impusieron con su actitud al comienzo. Sin embargo, él aclaró los puntos cuando dijo: "No estoy preparado para un viaje largo. Además no tenemos permiso de la Gobernación Marítima para alejarnos...").

—¡No pagué la cuenta del gas! —exclamé de pronto, sin pensar que a nadie interesaba el asunto. Sentí una especie de vergüenza y vi el absurdo que existe dentro de la rutina de la vida: corremos y nos agitamos sin discernir que no se justifica dejar de asistir a visitar a un amigo enfermo, por cumplir obligaciones menores. En el farrago del diario vivir todas las cosas alcanzan el mismo valor, la misma urgencia.

Ha sido un día muy lindo. El sol se puso con gran despliegue de luces y nubes. Me parece increíble que viva como lo hago: sin mirar al cielo o desconociendo la sensación de respirar profundo. Cuando contemplo el horizonte, to-

mando como referencia el costado de la embarcación o el conjunto que forma el grupo dentro de la lancha, pienso lo pequeño que somos los hombres... (Pero a la vez grandes, si no ¿qué es eso que se expande dentro de mí cuando veo el mar? y más aún cuando veo esa belleza que se despliega a la caída del sol y que apenas puedo contener por la satisfacción que me produce?).

(Más tarde).

Hace rato desperté. Comienza a amanecer. Es un espectáculo. He estado pensando que vemos sólo una parte del todo. Había dejado de creer en Dios, pero ¿cómo no verlo tras todo este magnífico orden y concierto? "Pensamientos Tomistas", diría René, pero aquí están y los escribo). Al mismo tiempo veo otra parte de mi vida que antes no comprendía. Es algo relacionado con Valerio.

El apareció anoche y de pronto.

Quisiera poderlo explicar: es de esas cosas que suceden, pero que no se expresan con palabras.

Valerio pertenece a una familia pobre, trabajadora, honrada y limpia. Tiene hermanos, muchos. Además está vestido en forma vulgar y vive en una casa. Esto lo supe mientras me miraba. Sus ojos se humedecen cuando lo hace: sé que me ama.

Es poeta.

Valerio Argos es su verdadero nombre y estoy segura que nunca antes había visto a un hombre a través. No, no es al través, lo veo, pero completamente y al verlo me veo yo. Es maravilloso este sentimiento. Todo esto tengo que escribirlo porque es muy importante, pero no podrá ser ahora.

Se ha formado una discusión. Parece que cuando salimos de la bahía de Talcahuano y al cruzar entre la península de Tumbes y la isla Quiriquina, pasamos a una embarcación y sus hombres nos pidieron que la remolcáramos hasta la caleta de Tumbes.

Nicolás les respondió un poco titubeante —el Tacho lo había amenazado: hacerlo le traería mayores líos—, y se disculpó de que la lancha llevaba demasiado peso y no iba a ser capaz, pero que pasaríamos a pedir ayuda para ellos.

Después nos dirigimos hacia el norte. El "cuarteto" quiere alejarse lo más luego posible del litoral y el Negro le dio orden a Nicolás de huir de todas las embarcaciones de pesca en alta mar. Así, apenas se avista a lo lejos a otro, nos desviamos de la ruta, pero siempre avanzando hacia el norte. (No sé por qué quieren llegar a la Isla Más Afuera de Juan Fernández). El "cuarteto"

—no lo han dicho—, pero sospecho que se escapó de la cárcel. ¡Tienen una pinta! Hablan de un "enlace", alguno con quien deben conectarse.

—Estamos a la cuadra de Constitución —dijo, hace mucho rato, Nicolás—. Conozco muy bien too esto... aunque estamos tan lejo que no noh alcanzarían a ver desde la costa... —continuó como lamentando. Y dirigiéndose a mí, —Señora, yo viví allá con la Juana antes de irme a Talcahuano.

Procuró buscarle el lado conveniente a todo lo que está sucediendo y me doy cuenta que resulta egoísta sacrificar al pobre Nicolás (él está triste, descontento), su vida, su seguridad, a cambio de esta aventura que me libera, me pone en la cumbre de la inquietud y eso me llena de energía, de dinamismo y (¿por qué no decirlo?), de felicidad.

Pero quisiera seguir explicando mi situación respecto a Valerio.

Está el asunto de la casa.

La casa paterna con una puerta de entrada, una sala de recibo y la galería donde dan las puertas de los dormitorios: uno tras otro hasta llegar a los últimos, cerca de la cocina, y más allá las dependencias de la servidumbre y todo volcando a un jardín sombrío con baldosas y naranjos y también un parrón.

El comedor divide la casa en dos. Desde la puerta de entrada hasta el comedor, están los dormitorios de los mayores, y primero, junto a la sala, el de los padres. Después del comedor, los hijos menores y la servidumbre; todo más sombrío, más oscuro, más revuelto, y por último la cocina sucia, engrasada y sin nada de luz porque no tiene ventana y allí ya no hay galería, ni patio. La madre, caminando de uno a otro extremo, tratando de ver, de conocer ese mundo que se le escapa entre el crujido de las tablas y los zurcidos de los calcetines que se amontonan rotos sobre una cama.

He vuelto con mi madre allí.

La casa está igual. Es decir su distribución, su forma la misma, y aunque las pinturas estén nuevas y se vea más claro está como era, pero como era aparentemente. Ahora la habitan los Argos (aquellos vecinos pobres que vivían en el garage del frente y que saludábamos a veces).

La hermana mayor de Valerio nos acoge con respeto. Ella adivina el extraño sentimiento que se debe experimentar al volver a "su casa" que ha dejado de serlo. Con la hermana de Valerio, tratamos de proteger a mi madre de ese terrible sufrimiento. La ubicamos, cómoda, en una salita adyacente, y le entregamos revistas para que hojee y se distraiga, mientras espera lo que ha venido a buscar.

Nos manifiesta su preocupación, su miedo, por la hija menor que se ha internado en esta casa y no logra recuperar. Teme por la integridad física y espiritual

de la niña. Nos explica: la casa ya no es la misma, lo que contiene es bueno, pero no es lo que correspondería que rodeara a su hija. "No puedo permitir que se desligue de mí: la llevo íntimamente aún..." nos dice y yo veo a Valerio mirándome a los ojos y yo mirándolo y amándome a mí misma y a él y a todos, pero más que a nadie a él.

Valerio es un poeta.

No puedo permitir que mi madre se preocupe y sufra: salgo en busca de la niña que ha perdido y por fin vuelvo y le digo: "Vea usted, aquí la tiene: estaba aprendiendo de esta familia. La encontré en los cuartos de más atrás, los más oscuros —que ahora son claros—, y donde se corta, se cose, se cocina y ella ahora lo sabe...". Entonces mi madre, aliviada, se pone de pie, se despide, agradece.

Pero yo quedo unida a Valerio. No puedo olvidarlo. No puedo dejar de reconocer que por primera vez he visto a través de la carne, el espíritu de un hombre. Sus ojos me mirarán siempre y lo terrible es que sé que son los míos.

Esto es lo que sucede con respecto a Valerio, pero no sé si está exactamente expresado. No puedo leer lo que he escrito porque los del "cuarteto", si supieran que estoy escribiendo, destruirían mis apuntes (Según ellos, si nos llegan a agarrar, no debemos decir lo del revólver).

Nos quedan pocos alimentos.

(en la mañana)

Recién comienzo a comprender que dejé mi casa, mi familia (ultimamente pensaba que hay cosas tan convencionales, tan manoseadas, como esto de "la familia"). Para mí la familia era una lata. Todo establecido, todo entregado en paquetes cerrados y dispuestos por otros para las generaciones venideras. Los maridos, envasados en metal —los automóviles— hay que elegirlos en los bailes. Se puede escoger entre los que dicen lisonjas y los serios (que a la larga resultan tan poco serios como los otros, con la diferencia que ni siquiera ríen).

Si yo hubiese sabido todo esto antes... Debía haber experimentado lo de Valerio. Las niñas muy jovencitas creen en un amor de sobre, en que se reconocen los síntomas, se encausan, se desenvuelven y se llega a soluciones preestablecidas. Es terrible. Ahora sé: el amor no tiene límites, no debe estar sometido a convencionalismos: es libre desde su nacimiento. Su fuerza es la que debe obligar a una atadura ya que el amor busca la integridad. El hombre y la mujer, si se encuentran, no querrán separarse más. Así me parece respetable la familia.

Existe un amor, que no procrea, que es igualmente válido y verdadero.

Pienso en esa clase de personas, que me toca conocer, que saluda como despidiéndose y que uno sabe que no le interesa para nada el hecho de que el otro se esté muriendo o triste o hambriento. Yo también a veces soy así...

Quisiera explicarles a los del "cuarteto" y que me comprendieran...

—Ustedes serán mis hijos —dijo ayer mientras disponía las raciones de alimento para ellos. He logrado que me tengan confianza. Sé que esto marchará bien mientras haya qué distribuir, pero en el momento que se terminen los alimentos, ¿qué?

Debo hablarles de esto.

(en la tarde)

Los hombres han ordenado que yo sea la que haga el reparto de los víveres. Hicimos un balance y tenemos: cuatro galletas con sal; una lata de leche condensada; un chuico grande con medio litro de agua. Además Nicolás, en las noches, tiende la red y algo pesca (deja lo necesario y el resto lo largamos otra vez al agua). ¡Qué enorme es la felicidad de los pescados, al verse nuevamente libres! Lo hice notar esta mañana cuando una sierra se alejó encantada de ser devuelta al mar.

—Los pescados y la gente nos parecemos... —dijo Samuel.

Es curioso cómo, a medida que pasan las horas, hemos ido asemejándonos unos a otros más y más. Ya no siento miedo de ninguno. Ellos, como yo, vamos en busca de algo que no sabemos bien qué es. Pero yo lo sé menos que ellos.

El Negro, el Tacho, Samuel y el Chuma quieren ser libres para repetir un plan que les falló.

—Don Samuel —le pregunté hace poco rato—, pero, examinando las cosas a fondo, ¿qué es lo que quieren?, ¿con qué fin van a robar en un banco?

—¡Pa' tener lulo y namis pó! —rió el Negro que siempre es llevado por su ímpetu. Nicolás también rió.

—Señora —dijo Samuel muy serio (todos me tratan con bastante respeto)— lo que necesitamos nosotros es dinero: noh gusta vivir bien, la farra con amigos, la timba, y las mujeres...

Me sentí incómoda: por primera vez tomó conciencia de mi situación: sola en medio del océano con estos bandidos.

Pero no importa.

Tengo la ventaja de ser libre y sé que conseguiré triunfar. Estoy tratando de ver claro y si lo consigo los haré ver a ellos también.

Valerio solo, ¿podrá defenderme?

(Más tarde)

Creo que todo se solucionará si Valerio no me abandona. Ni siquiera en René encontré nunca la amistad. Siempre le he tenido etiqueta: una especie de respeto que no es amor, se parece más al miedo.

En Valerio percibo la densidad de lo que me está ocurriendo. Además esto me obliga a pensar en el sentido de mi ser, de la existencia en general. Trato de medir, todo lo que he vivido y lo que estoy experimentando, para tener una referencia y partir de algo que conozco: mi vida.

René y yo nos conocimos y unimos en el plano del sentimiento: me sentía armoniosa al comunicarnos. Lo veía obrar con eficacia. Me parecía un hombre respetable por su rendimiento en su profesión, pero en lo espiritual, yo sentía algo como una valla que no lograba romper y que no sabía definir: algo que él oculta tras un muro. Me casé porque todo indicaba que René era el muchacho que más me convenía (Lo del muro podía ser exceso de sensibilidad y tonterías de chiquilla joven). Sigo sin franquear esa valla que nada ha logrado destruir y que me ha obligado a replegarme. Cuando, a veces, digo algo espontáneamente que René no aprueba: "¡no sea tonta!", me grita. La vida, así analizada, tiene una completa falta de sentido. ¿Cómo puede ser que permanezca unida a René y a sus hijos (que son míos) si en el presente no nos une el amor? Sin embargo me afirmo en el sentido que ya tiene el acontecer: vivir el presente, de acuerdo al pasado, dándole una forma de continuidad, de línea estable.

Mi vida está apoyada en un vacío sentimental inmenso, porque todo aquello que nació al comienzo de mi relación con René se ha destruido y solo queda mi voluntad. Mi voluntad de ver, de buscar algo más, otra dimensión que no aparece a simple vista y que tiene tal grandeza que debe ser válida para toda la humanidad.

René aplica las leyes morales con tal rigidez que destruye la vida: la verdad que hay dentro de la existencia. Hace pocos días me dijo: "No se meta con la vecina: no vaya a su casa a verla porque es una mujer de mala vida y muy chismosa e intrusa: no quiero que nos mezclemos en líos...".

Veo de otro modo. Fui a visitarla. Enferma, pobre, y sola no tenía a quien recurrir. Sé que el equivocado es René. Con Valerio es otra cosa. En él está lo armónico, lo gracioso, lo reposante, lo bello. Sin embargo, creo que debo prescindir de Valerio como sujeto. Me he convencido que lo que quiero, como situación definitiva, es vivir en lo bello, vivir en el amor que es lo armónico. Para esto no necesito de Valerio mismo, que me ata, me limita dentro de una relación personal. Yo deseo vivir libremente amando.

(durante la noche)

Estamos a muchas millas de la costa. Nicolás usa los remos, cada vez que se divide una luz en lontananza.

Desde que nos embarcamos me dediqué a remendar las redes. He logrado reparar varios metros de ella y con la ayuda de Chuma, Samuel, el Negro y el Tacho terminaremos pronto. Les he preguntado a los del "cuarteto" por qué no huyeron por la cordillera hacia Argentina. Habría sido más fácil para ellos y menos complicado para nosotros, pero dicen que no había modo de llegar a algún paso sin ser atrapados por la policía.

—Tenfamo que darnos pronto al olivo. Aquí la "piola" no nos va a hacer marchar—explicó el Tacho.

—¡Ya pú don Nical Ta güeno que le dé má cuerda a la chalupa...—dice el Chuma que no consigue reprimir su inquietud—. Tenimo que llegar a lah islas y ojalá ¡ar tiro!

Ayer escuché un ruido —ellos no lo advirtieron porque dormían y además la bulla del motor de la lancha lo ahogaba. Yo miraba el cielo, tendida en la barca: vi que era un helicóptero (Investigaciones nos andará buscando). Ojalá ellos no se den cuenta, ni se les ocurra siquiera esa posibilidad, porque se volverían locos.

Pienso en mis hijos, tan tiernos y moldeables y sin embargo, tan difíciles de guiar. Me parece comprender que la dificultad radica en mí. No puedo guiar si yo no tengo una noción clara del rumbo por seguir.

También he pensado en lo que es la vida: este permiso que logramos de Dios de actuar. ¡Qué mal lo aprovechamos. Yo por lo menos. Cada instante debía estar utilizando mi vida. Ahora sé que lo que debo hacer es amar, ¿cómo habré podido tener cuatro hijos sin darme cuenta de que están ahí y son seres que también deben vivir?

"Mamita, deme la comida usted porque estoy cansado...", dice uno.

"Mamá, fórreme el cuaderno de inglés...".

"Sáquele punta a mi lápiz...".

"Mamá ¿qué hago? Estoy aburrida...".

Huir, es lo que más deseaba. Ahora me doy cuenta que sin todo eso, que es lo mío, lo que yo escogí (inconscientemente como casi todo lo que hacemos), no soy nada. ¿De qué me sirve saber que vivir es amar si no lo practico?

Recién lo comprendo...

—El mar de popa se güerve peligroso cuando el andar es tan lento —dice Nicolás.

Estamos en peligro de que en cualquier momento se interrumpa el viaje.

La lancha es inestable, el mar a cada momento se agita más y llegada la noche no tendremos combustible. Los hombres lo saben y están muy nerviosos.

—Sería güeno que ahora nos pescára la policia... —dijo Chuma recién. Esta frase, que hace unas horas habría enfurecido a los otros, fue aceptada en silencio.

—Tenímo que manyar y beber naa má que cuando ya no se puea aguantar má... —ordenó el Tacho hace mucho. Se nos ha terminado todo.

Lo peor es la falta de agua.

Cuando los hombres, después de pescar ponen una sierra, brillante y viva, sobre la tabla de la lancha que hace de mesa, los veo —sus ojos vacíos, los rostros demacrados—, cómo cada uno adelanta, en su hambre y su vacío estomacal, la mascada que sabrá a sal y que aumentará más aún la necesidad de líquido.

—Odio el pescado crudo, pero ¿qué sería de nosotros si no tuviéramos por lo menos esto —trato de consolarme mientras recibo mi parte de manos de Nicolás.

Tengo una angustia muy grande, que sé proviene de la falta de alimento y de esta situación terrible en que estoy. No puedo culpar a nadie porque yo misma la provoqué. Si vivo, será para mis hijos, tratando de dar toda mi fuerza, inteligencia y capacidad para hacerlos mejores, más dignos de la vida. Comprometeré todas mis potencias en conquistar a René. Me he dado cuenta que, en la vida, lo que importa es perseverar en la dirección en que se adelanta. Y ¿qué puede haber de más futuro que educar a los hijos? Del mismo modo que aquí debo humillarme y callar muchas cosas para hacer más llevadera la convivencia con estos hombres ¿no es más lógico que haga los mismos esfuerzos por mi familia? Dicen que hay grados de amor. Creo que el que siento por mis hijos es el más puro y de la misma clase del que tengo por René; sin embargo, no sé de cuál será, pero en todo caso proviene de una parte de mí muy profunda y que conozco gracias a Valerio.

Valerio está ahora aquí y me mira y yo a él, pero he logrado desligarme de su poder casi hipnótico.

Existe la posibilidad de que alguno de nosotros muera y me parece que nada de lo que haya sucedido será inútil: lo que cada uno ha aportado a la vida del otro, es de gran importancia.

Estas horas me parecen eternidades. Cada segundo se prolonga en un tiempo sin medida que se abre, se ensancha y expandiéndose va envolviendo a toda la creación.

El Tacho dijo hace tiempo, entregando a Samuel su última ración: "Cómetela vos, la necesitái má que yo...".

Samuel, desde hace horas sufre de una fatiga terrible. (Hasta ahora, siempre

optimista, tratando de alegrarlos a todos, no había cesado de cantar y esto nos daba ánimos). Mojo un trapo en agua de mar y le coloco, en la frente y las muñecas, para aliviar su fiebre. El rostro repulsivo, cubierto de granos, su mirada dura, que empleaba como un arma, están debilitados... En silencio, con un temblor a través de su cuerpo, los ojos hundidos en sombra, me parece un niño. "Señora, si nos agarran, iremos diez años a la chirola... Nos faltaban dos años pá salir de la caturra... ¿Se da cuenta? ¡No poímos dejar que los tiras noj alcancen...". Estoy segura que en este momento lo desea: diez años de cárcel ¿qué son ante la muerte?

—¿Para qué viven así ustedes? Podrían trabajar en algo que les guste, pero que sea honrado, que no le haga mal a nadie.

—¡No podimo! Afanar es lo que sabemos hacer mejor —dijo el Tacho casi con pena.

—Todo lo que queremos hacer, lo conseguimos —respondí entonces yo.

Los hombres miran a Samuel y callan. Su aspecto es terrible: a ratos el castañetear de sus dientes se hace violento y sufre convulsiones; luego se apacigua.

—Moriremo toos —murmura el Negro.

Las olas crecen y la lancha se eleva sobre ellas y vuelve a caer.

—¿Por qué no noh quedaríamos allá má mejor? La mazamorra era mala, pero tenfamo agua... y cama pá dormir... —dice Chuma.

He debido permanecer sentada e inmóvil a causa de los vahidos que mandan. No quiero que se den cuenta de mi estado de debilitamiento. Permanezco mucho tiempo tendida y examino las tablas que forman la lancha; las tapas de mi cuaderno; el lápiz, la linterna... Leo y releo las frases que yo misma he escrito y que no consigo comprender. Otras veces se torna tan claro mi entendimiento que parece que las ideas resplandecen dentro de mi cabeza y pugnan por hacerse activas. Es entonces que vuelvo a escribir; pero luego comprendo... "¿Para qué?", me pregunto. Veo el termo del nescafé, que yace al fondo de la lancha, junto al chuico en que guardábamos el agua. Vuelvo la vista, para distraerme, y el viento me azota el rostro, traspasando la carne de frío. Subir, bajar, subir, bajar "¿desde hace cuánto tiempo?", pienso.

Más tarde aparece el sol y todo es tan hermoso: el mar calmo, nosotros un grupo de seres amables, tratando cada uno de ayudar al otro. "¡Si tuviéramos ar meno argo pa comer en un día tan lindo!" exclama el Tacho.

Trato de dormir para acortar las horas, pero no lo consigo: un nerviosismo y actividad terrible se apoderan de mí: necesito caminar, correr, llegar a alguna parte.

Una sensación desesperante.

Miro a cada uno de mis compañeros y siento que me molestan con su absurda presencia. ¿Por qué Chuma come, cómo lo hace? Me es inaguantable su manera de ser. Recuerdo cuando eructaba después de engullir y tragar a toda velocidad: quedaba como pendiente de los demás y arrebatando con la mirada cada trozo de galleta que los otros llevaban hasta sus labios. Es demasiado fastidioso ver la desmayada debilidad de Samuel, que no trata de sobreponerse al mal que le aqueja. Ante mí, haciendo siempre los mismos ruidos y movimientos. Balancea en el aire una mano y reúne todas sus fuerzas para agarrar algo que solamente él ve. Poco a poco se va alejando mi buen humor y en su miseria y fealdad va desapareciendo la hermosa mañana. Samuel parece un animal herido que quiere hacerse a la fuerza un sitio en el mundo. Deseo, a ratos, que el Tacho se caiga de cabeza al agua y se pierda, como una sierra, alejándose para siempre entre la mole de agua que nos lleva quién sabe a dónde. Estoy harta de Nicolás y también de los otros, y de mí misma, pero debo conservar la razón y trato de guardar compostura y calma.

"Algún día llegaremos a nuestro verdadero destino", pienso.

—Debemos hacer lo posible por salvarnos —les digo, pensando que tal vez ya será demasiado tarde.

Me instalo sola, dando la espalda a los otros, y como mi ración de pescado. Poco a poco me siento invadida por una gran serenidad como la que se experimenta después de haber llorado mucho. En mi desamparo, busco mi lápiz para escribir: así encontraré otra vez mi apoyo.

Valerio, Valerio, ¿dónde estás?

Hablo del pasado, porque ya todo pertenece al pasado. La policía nos encontró. Los del "cuarteto" volvieron a sus celdas —Samuel a la enfermería. Nicolás a Talcahuano, a su hogar, y yo a los brazos de René y a acariciar a mis hijos.

En esos días, se publicó este anuncio en los diarios del país:

EXTRAVIADA LANCHA CON SIETE PERSONAS

Valparaíso.— Todas las embarcaciones de pesca de alta mar del litoral hasta Caleta Tumbes por el sur, han sido alertadas ante el desaparecimiento de una lancha a cuyo bordo se encuentran siete personas.

La Gobernación marítima de Talcahuano procedió a emitir llamados a la repartición en San Antonio y a la Alcaldía de Mar de Tumbes, a fin de que

traten de ubicar la lancha "Rodrigo iv", con matrícula de Constitución, la cual se hizo a la mar a comienzos de la presente semana, con siete personas a bordo, cuyas identidades se desconocen, y que hasta el mediodía de ayer no regresaban a su puerto de origen. Tampoco se tenían informaciones de otros puertos de la zona sur o caletas vecinas.

La Gobernación Marítima de Valparaíso, por su parte, alertó a todos los buques pesqueros de alta mar con el fin de que colaboren en la búsqueda de la embarcación.

Sin embargo, nada habría sido posible si no es porque nosotros tomamos la determinación de volver. "Saldremo de ésta... ¡seremo libre!" aseguraba el Tacho. "Hagamo seña... a lo mejor noh ve arguna lancha patrullera...", animaba el Chuma.

Así lo hicimos y dio resultado.

Pero hay algo que nadie a podido descubrir y esto es ¿qué se hizo uno de los pasajeros? Valerio ha desaparecido. Debo decir que ningún otro es testigo de su presencia en la embarcación Rodrigo iv, solamente yo sé que viajaba con nosotros, aún así hay quienes aseguran que en el momento de embarcarnos éramos siete personas. Como no estábamos identificados, no pueden saber si es verdad que falta alguien. La policía nos interrogó, uno tras otro. Todos confesamos haber sufrido un cambio debido a la experiencia. "En cada uno de nosotros hay algo de Valerio", pienso, a veces, cuando recuerdo aquel tiempo transcurrido a bordo de la lancha Rodrigo iv.

La oficina de Investigaciones y la de Identificación tratan de averiguar, de saber, cómo era el pasajero número siete; pero todos sin excepción hemos asegurado que, en la lancha, solamente nos embarcamos cinco hombres y una mujer.

René me abraza, y entonces sé que todo ha vuelto a su orden. ¡Qué feliz me siento de estar viva!

Algunos días, estando a solas, puedo casi asegurar que Valerio Argos nunca existió.

Poesía

Juvencio Valle

Decálogo (Al cuadrado)

*Defiéndete del acoso continuo
como un león herido, viejo poeta,
alarga el temible colmillo,
afila la uña mohosa
y sacude en redondo la melena.*

*Los días vienen recargados de tormenta,
la electricidad revienta en los alambres,
la noche se viene encima
y debes vivir con la escopeta al hombro.*

*Llovido como un pájaro
y expuesto a las inclemencias
atravesas un puente de débiles maderos
y aunque tu planta es grácil como el aire
los sueños pesan por toneladas
y el vacío te tira de cabeza hacia el abismo.*

*Todo tiende a entorpecer la marcha,
alguien desparrama azufre por debajo de las puertas,
echa ceniza al agua,
vinagre en las claraboyas,
jabón por los pasillos.*

*La vejez, reunida en asamblea,
retrasa los relojes,
sujeta a dos manos los motores;
a esa vieja le asusta la marcha forzada
e inmóvil como un tronco
quisiera morir tranquila en cama.*

*Pero un poeta no debe tener arrugas
ni puede dejar de avanzar un tramo cada día.
Enarca el pecho entonces y coge tus herramientas de trabajo
—sin olvidar tu trabuco recortado—
y ya con tus elementos de viaje bajo el brazo
entre obrero y soldado
avanza silbando a la apertura de la mañana.*

*Los tropiezos repetidos
recibelos con ánimo de campeador,
como un desafío a tu pujanza
o como una prueba de quien quiere sobrepasar sus límites
y saber hasta qué altura
clavar sus gallardetes.*

*Mientras tu boca calla
hable por ti tu campo sembrado,
inclinen la balanza a tu favor
las espigas de oro de tu cosecha
—hormiguita empeñosa—
hable por ti tu fatigosa vida andariega.*

*No martirices las orejas del prójimo
con bombos y platillos;
no coloques tus triunfos en la solapa
ni corras a la desesperada con tus papeles*

*creyendo que tus credenciales
y tus muchos documentos te servirán de rompehielo
y convencerán al juez de turno.*

*No interfieras el paso del hombre sencillo
gritándole a quemarropa
"yo tengo triunfo en las manos,
es mío el as de oro,
yo soy el que siempre gano
y ahora vengo de poner en jaque al rey".*

*Nada de floripondios frondosos,
en el ojal ninguna flor,
tu pecho sea como una inmensa playa abierta
y tu respiración, la del océano:
a veces, muy hacia tierra adentro,
y otras, muy océano afuera.*

*Abre tus ojos como dos inmensos soles
y mira despacio debajo del alquitrán:
observa a los madrugadores,
a los sabios doctores de la ley que nunca pierden
y pescan a río revuelto
y con entusiasmo ardiente y a dos manos
enturbian el agua.*

*Desconfía de las cumplidas venias y donaires,
de las sonrisas calculadas
a tantos céntimos el rictus de la boca benevolente.
Defiende con más pasión que a tu tabaco
el libre ambular de tus zapatos:
no te echen a bulto a la bolsa,
no te conduzcan en peso al molino.*

*No permitas que de tu pensamiento vivo,
del discurrir de tu manantial oculto
o de tus sienes invadidas de sueño,
los cejijuntos gobernadores del mundo
hagan harina.*

No te utilicen de viga ni de cremallera,
de riel para todo tipo de trenes,
la ajena locomotora
no suba por tu espinazo hasta tu cabeza,
que nada invalide tu garganta:
defiende hacha en mano
la laringe cantora.

Los empresarios interesados
no te manejen como a producto de farmacia
y te coloquen marbetes en las costillas,
te aislen en celofán o te empaqueten;
subidos al viejo comando de tus abuelos
no te discutan el pequeñito capricho de vivir
conforme a tu horóscopo personal.

Cuida de la puerta de tu tribunal supremo
donde tú eres el juez,
nadie entre como por casa propia en tu conciencia
y tome posesión de tu sentir silencioso:
defiende tus arcas llenas
como si fueran las vacas de Apolo.

Todos los días y a cada hora
guárdate de los deterioros de la convivencia,
del parloteo de las viejas
que hablan por una ciudad entera
y no dejan monumento en pie.

No entorpezca tu paso la viruta
—desecho inútil que va dejando el tiempo—
que no sirva para echar a tu sopa,
que intercepta tu único camino,
se enreda a las alas de tus talones
y te impide llegar a tiempo al baile.

Elude las contumacias del viejo pícaro
que dice estar "llorando sobre un montón de ruinas"
y en tanto con una mano amontona soporíferos ladrillos

*con la otra busca amarrarte una piedra al cuello y
—en nombre de la honestidad—
echar tus cenizas al mar.*

*Con fantasmagóricas manos de seis dedos
no te arrastren del pelo hacia las catacumbas,
no te insten a vivir encorvado sobre tu persona
echándote a ti mismo sondas y redes
para pescar, con gesto dolido,
estremecedores mensajes en las profundidades del ser.*

*No te excluyan de la vida a pleno sol
fecunda y llena de noticias,
no te lleven a vivir boca abajo
entrenando por túneles sombríos,
agarrado a las algas ciegas
y respondiendo a los requerimientos cotidianos
con voz que pareciera venir del otro lado de tu persona.*

*No te avergüences de ir confundido en el tumulto
portando al hombro tu exiguo equipaje,
afrontando a pie firme los embates del mundo
donde la vida es con frecuencia heroica,
a salto de mata muchas veces,
ensangrentada y sudorosa
pero, de todos modos,
indiscutiblemente auténtica.*

*La letra sin amor reseca el seso,
tal si vieras al diablo huye de la retórica
—por muy de último grito que sea—
hazle a tiempo la señal de la cruz a ese demonio,
que no se te adelante el taimado
y te proponga pacto de caballeros:
para ti, todas, todas las ramas
y, para él, los frutos.*

*No se te suban al cuerpo las hábiles arañas
y atenten contra tus días de sol bien caminados,
te ahoguen entre hilos y patas
y a tu medida te tejan el sudario en el pecho,
como consumados sastres te ciñan la camisa mortal.*

*Pero, de todos modos, mira bien lo que haces,
no quemes de golpe todas tus naves
y, cuando el azar lo imponga,
llore a grito herido tu corazón
tu desamparo de hombre solo,
herido en la frente por el celeste rayo
y que ignora qué signos materiales le favorecen
o qué presagios funestos se le avecinan.*

*Duélete del tiempo cruel que te arrebató los años mozos,
te despeina y te llena de arrugas,
te llena de ángulos obtusos la cabeza,
te echa tierra en los ojos
y no te deja ver la majestad del nuevo día.*

*Sostiene con incansable frenesí tu canto
—pájaro de las hondonadas—
posado en la rama que la ocasión te depare
trina con todas las plumas de tu cuerpo,
sin pauta conocida y sin batuta,
sin auditorio congregado,
a puro pulso.*

*Te irá mejor de franco tirador solamente
cogiendo a tu paso la flor del día,
te irá bien de cazador furtivo
disparándole a la luna de repente,
pescador sin anzuelo
pero con el morral lleno de peces.*

*Despedaza de una vez las cadenas
y escápate del calabozo,
ponle papel de alquiler a tu oficina,
clausura con una herradura la entrada a aquella cueva
y, por la puerta trasera,
di adiós a tanto espanto.*

*No es justo que mueras falto de aire
treinta años encerrado,
emparedado, inmovilizado, seco,*

*inventariado entre útiles de escritorio,
escuchando con la oreja tendida
las carrasperas de la psicastenia,
los temporales del hígado.*

*Retorna a tu vivero primitivo,
sé fiel a tu terrena naturaleza:
infatigable como las lagartijas,
salvaje a carta cabal,
con dieciséis pares de dientes en hilera,
prontos para la risa de oreja a oreja
y, si la ocasión lo pidiera a gritos,
para la dentellada fiera.*

*No te barnicen el perfil de cántaro,
no te plastifiquen el sector del corazón,
la máquina aplanadora,
la ley cuadrada y ciega,
la educación gratuita
no te arrebaten la manera de andar.*

*Nunca te nombren celador de tu hermano,
supervisor a sueldo,
portero del paraíso;
felicítate de ir por el mundo todavía
suelto de cuerpo y manos
y presto para el abordaje.*

*En paz contigo mismo debajo de tu capa,
con tus pequeños amuletos personales,
a pie y por el surco con el saludo fácil,
con la nieve de los arrieros en la cabeza,
la sal de los marineros en el pecho,
y basta.*

Encuentro

*Escucha cómo peroran en voz alta los estudiosos,
subidos sobre una tarima hablan todos a la vez;
escúchalos con paciencia
saben mucho y están ajustando a fondo las piezas de la máquina,
arreglan el motor último modelo
agitando como una biela el pensamiento
desnudan y dejan en paños menores una idea.*

*En semicírculo alrededor del acusado
(muy a menudo sucede que la víctima es un libro
que no ha llegado aún a Chile),
todos a una, y en picada
se dejan caer sobre el inocente conejo acorralado.*

*Lo apuntan con el dedo extendido,
lo enfocan a monóculo fijo
le prenden alfileres
lo estrujan, lo secan y lo disecan
hasta no dejarle vestigio de vida en el cuerpo.*

*Pero, de todos modos
(te lo digo a la oreja, y guárdame el secreto)
al momento de escribir, si lo deseas,
escribe lo tuyo y nada más que lo tuyo.*

*Olvida, por el momento, tanta ciencia expuesta a gritos:
escribe a oídos sordos y con la frente baja
lo que el vuelo de los pájaros te inspire
lo que tu estado de ánimo te dicte.*

Teatro



de Juan Guzmán Améstica

“El Wurlitzer”*

Dirección EUGENIO DITTBORN

Escenografía, vestuario e iluminación FERNANDO COLINA

REPARTO DE LA PRIMERA FUNCION

(por orden de aparición)

| | |
|-------------------------------------|-------------------|
| RICARDO | Patricio Castillo |
| NENE | Ramón Núñez |
| IRMA | Ana Klesky |
| LUCY | Silvia Santelices |
| PATRICIO | Sergio González |
| AULIO | Marcelo Gaete |
| DOMINGO, padre de Lucy | Eduardo Naveda |
| SOFÍA, madre de Patricio | Sara Astica |
| NATACHA | Maggie |
| GASTÓN, padre de Patricio | Mario Montilles |
| LA MADRE DE LUCY | Nelly Meruane |

*Esta obra fue estrenada por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, en mayo de 1964. Posteriormente, en Ciudad de Méjico, en diciembre de 1964.

ESCENOGRAFIA

PRIMER ACTO (*La acción transcurre en la época actual.*)

CUADRO PRIMERO: *Fuente de soda de barrio al atardecer.*

CUADRO SEGUNDO: *Casa de Gastón al atardecer. Han transcurrido cuatro días desde el cuadro primero.*

SEGUNDO ACTO (*La acción transcurre seis meses después.*)

CUADRO PRIMERO: *Fuente de soda de barrio al anochecer.*

CUADRO SEGUNDO: *Casa de Gastón al anochecer. Han transcurrido dos días desde el cuadro primero.*

ESCENARIOS:

PRIMERO: *Fuente de soda de barrio.*

Construcción moderna decorada con una serie de elementos heterogéneos de influencia americana, elementos que por ser copias no logran fundirse en una unidad ambiental.

Mesas, sillas, estanterías, el aparato Wurlitzer lo menos realista posible.

Este lugar no representa de modo alguno un gusto personal ni una personalidad definida.

SEGUNDO: *Living-comedor en casa de Gastón, profesor de Castellano ordenado y metódico.*

La construcción es nueva con las características propias de las casas de población. La decoración es sobria, de buen gusto.

PRIMER ACTO

ESCENARIO: FUENTE DE SODA.

Al abrirse el telón no hay nadie en escena. Desde el interior llegan ruidos de loza que se ordena o se lava. Por la puerta de calle entra Ricardo en tenida sport con una maleta muy vistosa, el Nene con los aperos de un elegante motoneta y la Irma con bolsón y uniforme de liceo.

NENE.— (*Encantado de no encontrar a nadie en el negocio.*) ¿Qué hacemos Ricardo?

RICARDO.— (Mientras se sienta a ordenar unos papeles). No sé.

NENE.— ¿Robémoslos algo?

IRMA.— ¡Mira el armario de los chocolates! ¿Quieres, Nene?

RICARDO.— ¿Y para qué?

NENE.— Es que tú nadie nos está mirando.

RICARDO.— Sabes Nene, te voy a dar un consejo: si quieres robarte algo, róbatelo a la vista y paciencia de todos. Eso es emocionante; así no tiene gracia.

IRMA.— Es que tú nunca has probado los chocolates que una se roba cuando está sola. Son, mira, yo te voy a contar . . .

RICARDO.— ¿Así es que tú has robado?

IRMA.— Pero si es en broma.

RICARDO.— Me da lo mismo. (Se para para ayudarla a treparse). Sácalos. Ayúdale, Nene. (Saca una caja).

IRMA.— (Presa de la gula). Calladitos, me los voy a comer calladita, sin que nadie se dé cuenta, ni yo misma. Me los voy a meter en el bolsillo y al primer descuido, ¡zas! sin que se note. (Se echa uno a la boca). Se fijan que puedo hablar sin que se note que tengo la boca llena. ¡Harto que me he ejercitado también! ¿No creen ustedes que yo podría llegar a ser una estrella de cine que comiera chocolates sin que se le note? Sería original, ¿no creen? Yo nunca he visto nada parecido.

RICARDO.— Ya empezaste a transmitir . . . (Suena en el interior algo que se rompe).

NENE.— ¿Oíste? A lo mejor adentro también están robando . . .

LUCY.— (Desde el interior). No hago nada también. Me cabrié. (Aparece desde el interior. Tiene 18 años, usa pantalones muy ajustados y blusa suelta). ¿La hora que es? ¿No les da vergüenza llegar a esta hora?

NENE.— ¿Deme una ficha, m'hijita, para escuchar un disquito?

LUCY.— No se puede. El viejo está durmiendo.

RICARDO.— Despiértalo. Tengo que hablar con él.

LUCY.— Irma, ven a ayudarme a terminar de lavar la loza, si no el viejo me va a garabatear.

IRMA.— Espérate un ratito. Mira, fijate. Tengo que recortar estos cupones para enviarlos hoy día al concurso de Ecrán. ¡Unas once en el Hotel Carrera nada menos que con el astro de la semana!

RICARDO.— Ten cuidado. No te vayas a equivocar de hotel.

IRMA.— Te imaginas si me gano el premio. Sentarse al lado de Enrique Guzmán a comer tortas y pasteles, siendo el centro de las miradas de todos. ¡Capaz que me desmaye en sus brazos de pura emoción!

LUCY.— ¡Aturdida! Ya. Déjate de recortar monos. Vamos. (Entretanto el Nene se arregla ante el espejo del wurlitzer. Salen las muchachas).

- RICARDO.— Nene, no te arregles tanto. Pareces marica.
- NENE.— La pinta. Hay que cuidar la pinta.
- RICARDO.— Ven a darme cuenta. ¿Cuánto cobraste?
- NENE.— Muy poco. Las viejas están muy duras. Toma: 35 mil.
- RICARDO.— ¿Y para que cobraras esta porquería te di plata para que le compraras bencina a la motoneta?
- NENE.— Buena, oh. ¡Todavía te ayudol
- RICARDO.— ¿Qué te apuesto, que te fuiste al gimnasio y estuviste allí toda la tarde?
- NENE.— Sí, pero para ir allá gasté bencina de la mía.
- RICARDO.— Seguramente vas a engordar si no vas un día al gimnasio. ¡Haragán! Si mañana no me cobras por lo menos 100 mil pesos te voy a largar! Acuérdate que hay que ir a cobrarles a las viejitas de la escuela esa, mañana les pagan. Ya te dije antes de que empezaras. Esta cuestión no anda al lote.
- NENE.— ¡Para lo que me pagas!
- RICARDO.— ¿Y cuánto quieres ganar?
- NENE.— Una cantidad decente, que me permita economizar. Tú me invitas, claro, pero yo no veo la plata. Y yo también necesito.
- RICARDO.— ¿Y para qué necesitas tú cuando eres más apretado que traje de torero?
- NENE.— Porque tengo poca plata, si tuviera . . .
- RICARDO.— ¿Y tú mamá no te da?
- NENE.— Sí, pero para mí . . . Tú mandas, mandas y plata . . . nada.
- RICARDO.— Entonces si quieres no trabajes más.
- NENE.— Si no es eso lo que quieres decir. *(Entra Aulio, muy orondo. Ricardo lo contempla y después salta encima de él, intimidándolo).*
- RICARDO.— ¡Ah, llegaste! Ahora mismo vamos a ir a arreglar un asuntito que tenemos pendiente, joven. ¡Por fin te agarro! Así es que vendiéndole a la clientela mía, mercaderías de otros.
- AULIO.— ¿Yo? ¿Cuándo?
- RICARDO.— ¿Crees que yo no tengo gente que me cuente? ¡Y quebrándome los precios más encima!
- AULIO.— Tú estás loco. ¡Te hicieron leso!
- RICARDO.— Sí, ah. Vamos a ir al tiro los dos a preguntar.
- AULIO.— ¿Y a quién le vas a ir a preguntar?
- RICARDO.— A la Hortensia, la fulana que te está dando las mercaderías.
- AULIO.— *(Defendiéndose).* No es cierto. Yo no le he pedido nada. Ella me ofreció, pero yo no quise aceptar.
- RICARDO.— Bueno, entonces vamos a ir al tiro a averiguarlo.

AULIO.— Yo no voy a ninguna parte.

RICARDO.— Es que vas a tener que ir no más. ¿O quieres que te llevemos en coche? Ven, ayúdame, Nene.

AULIO.— (*Soltándose*). Ya. Déjenme. (*Pausa*). Fijate, Ricardo, que mi papá me consiguió una pega en la oficina donde él trabaja y allá voy a poder vender harto. Hay como doscientas mujeres que compran porque tienen que ir bien vestidas.

RICARDO.— A mí no me vienes a emborrachar la perdiz con ese cuento. Partimos. Vamos Nene. Tú me servirás de testigo.

AULIO.— (*Resistiéndose*). Pero si yo no le he vendido a clientes tuyos. Ese fue un malentendido.

RICARDO.— Te conozco, mascarita. Ya. Vamos a averiguarlo. Ya. Andando.

AULIO.— No quiero ir. ¿Y qué fue? Yo me quedo aquí. Este es un sitio público, y nadie me hace salir si yo no quiero.

RICARDO.— (*Amenazante*). Nadie, ah.

AULIO.— (*Humildemente*). Por favor, déjenme. Si no los voy a molestar.

RICARDO.— (*Con amabilidad burlesca*). Pero primero me vas a acompañar, please. (*Matón*). Andando... (*Salen los tres de escena. Casi al instante entra Lucy*).

LUCY.— (*Entra en el momento que desaparecen. No alcanzan a oírlo*). ¿Adónde van? (*Empieza a mirar las revistas de la Irma. De pronto ve recortada en la puerta la figura de Patricio*). ¡Irma! ¡Irma! Ven. Asómate.

IRMA.— (*Aparece con la boca llena*). ¿Qué quieres?

LUCY.— ¡Ya te estás comiendo el pan!

IRMA.— ¡Te juro que no es pan!

LUCY.— ¡Mira quien está ahí!

IRMA.— (*Atragantada*). Patricio...

LUCY.— El mismo... ¿Está adorable? ¿No te parece?

IRMA.— (*Terminando de comer*). Sí...

LUCY.— ¿Cómo hacer para que entre?

IRMA.— (*Ingenua*). Llámalo...

LUCY.— Aturdida... ¿No ves que no tiene que darse cuenta?

IRMA.— Entonces cruza los dedos así, pon los ojos blancos y repite tres veces: que venga, que venga, que nadie lo detenga. Si no te da resultado te lo puedes fumar.

LUCY.— Anda a terminar de lavar, tontorrón. ¡Y no te lo comas todo! (*Sale Irma*). ¡Qué venga, que venga, que nadie lo detenga! (*Se advierte la vacilación de Patricio. Lucy reparte las miradas entre las revistas y la puerta. Finalmente entra. Tiene entre 18 y 17 años. Viste sobriamente. Predomina en él*

la timidez de quien le cuesta decidirse a algo, pero que adquiere seguridad en la medida en que se realiza).

PATRICIO.— Buenas tardes, Lucy.

LUCY.— ¡Hola, Patricio! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo fue que te decidiste a entrar?

PATRICIO.— (Turbado). Es que . . . me mandaron a comprar fósforos. ¿Me das una caja?

LUCY.— (Sin moverse y mirándolo fijamente). Todas las que quieras. ¿Por qué no entrabas? ¿Me tienes miedo?

PATRICIO.— No. Es que . . .

LUCY.— No te gusta venir aquí.

PATRICIO.— No. Si no es eso. (Pausa). ¿Estás sola?

LUCY.— No. Mi papá está durmiendo. Llegó tarde anoche y tiene que dormir la siesta.

PATRICIO.— ¿Y tu mamá?

LUCY.— No está. Peleó con mi papá y se fue donde mi tía. Cuando pelée con ella volverá. ¿Y qué me cuentas, Patricio?

PATRICIO.— ¿Yo? Nada.

LUCY.— (Coqueta) ¿Yo? Nada. (Pausa larga. Se miran a los ojos. Patricio esquiva la mirada y contempla las cosas de la fuente de soda. En especial la máquina Wurlitzer a la que se acerca). ¿Por qué a ti no te gusta?

PATRICIO.— ¿Por qué? ¿Es obligación? (Se encoge de hombros).

LUCY.— Sí. Nunca vienes a escucharlo.

PATRICIO.— No tengo tiempo. Tengo que estudiar.

LUCY.— Pero de todas maneras . . . ¿En qué curso vas?

PATRICIO.— En sexto.

LUCY.— ¿Sexto año? Parece increíble.

PATRICIO.— No sé.

LUCY.— Pero si es increíble, ¿no crees?

PATRICIO.— Para mí no.

LUCY.— Para mí sí. Apenas llegué a segundo año para repetir tres veces. Soy tarada. ¿Qué le voy a hacer?

PATRICIO.— No digas eso.

LUCY.— ¿Tú no me crees tarada?

PATRICIO.— No. Más bien te encuentro simpática.

LUCY.— ¿De veras?

PATRICIO.— De veras.

LUCY.— ¿Y entonces por qué no me hablabas?

PATRICIO.— ¿Cómo? . . .

LUCY.— Pillito... ¡No te hagas el lesa! Me has seguido varias veces. Por más que yo acortaba los pasos no me alcanzabas nunca. Te pusiste colorado. Es señal de que es cierto.

PATRICIO.— Sí. (*Sonriendo*) Nunca pensé que por eso caminabas tan despacio. Pensé que andabas preocupada y no quise interrumpirte.

LUCY.— No. Yo nunca ando preocupada. Aburrída podrás verme, pero preocupada no. ¿Por qué te ríes?

PATRICIO.— No sé...

LUCY.— Ya te quedaste callado otra vez... A ti hay que darte cuerda a cada rato.

PATRICIO.— ¿Qué quieres que te diga?

LUCY.— Lo que estás pensando.

PATRICIO.— Tenía ganas de hablar contigo. Es tan difícil encontrarte sola. Me gustaría que fuéramos a dar un paseo juntos. Yo siempre voy a caminar por la estación Central. Compró un andén, entro y sigo las líneas del ferrocarril hasta que se cortan en el infinito. ¿Tú has ido?

LUCY.— Sí, pero no a caminar.

PATRICIO.— ¿No te gustaría ir?

LUCY.— Es una declaración...

PATRICIO.— No sé. A lo mejor.

LUCY.— Lo voy a pensar. (*Pausa*) ¿Y por qué no vienes tú aquí mejor?

PATRICIO.— Siempre hay tanta gente. Está lleno.

LUCY.— Pero los chiquillos también son amigos tuyos.

PATRICIO.— (*Dubitativo*) Sí...

LUCY.— Yo soy igual que ellos, ¿sabes?

PATRICIO.— Pero tú me gustas...

LUCY.— No me conoces...

PATRICIO.— ¿Cómo que no? Si no te conociera no estaríamos conversando.

LUCY.— Eso no tiene nada que ver. Hace diez años que vivimos aquí en la población y cuánto tiempo hacía que no hablábamos...

PATRICIO.— (*De inmediato*) Cuatro años y siete meses. (*Pausa*) Pero a mí me habría gustado hablar contigo. Fuiste tú la que dejaste de hablarme. ¿Te acuerdas cuando jugábamos a la pichanga con los chiquillos?

LUCY.— Pero es que entonces ustedes tenían gusto a leche.

PATRICIO.— Pero tú eres menor que nosotros y empezaste a...

LUCY.— De veras... Empecé a pololear. ¿Con quién? ¿No me acuerdo? ¡Linda época! Por ese tiempo a ti te tragó la tierra. ¿Tú papá te prohibió venir acá?

PATRICIO.— No. Mi papá nunca me prohíbe nada.

LUCY.— ¿Entonces, no lo puedes engañar? (*Riendo*) ¡Qué aburrido!

- PATRICIO.— No te había visto reírte.
- LUCY.— De veras... Es que nunca me habían hecho la corte así.
- PATRICIO.— ¿Cómo?
- LUCY.— Invitándome a caminar por la línea del ferrocarril. ¿Y qué pasa si nos perdemos?
- PATRICIO.— Yo te cuido.
- LUCY.— ¿No me dejarás abandonada?
- PATRICIO.— ¿En qué piensas?
- LUCY.— En la estación.
- PATRICIO.— Entonces vamos...
- LUCY.— ¿Al tiro?
- PATRICIO.— Al tiro.
- LUCY.— ¿Y los fósforos?
- PATRICIO.— (*Alegre*) No importan.
- LUCY.— (*Con pena*) No puedo ahora. Tengo que esperar que mi papá se levante y se quede en el negocio.
- PATRICIO.— ¿Y después?
- LUCY.— Ven a buscarme, ¿quieres? (*Entra Aulio. Lucy se molesta y se torna agresiva*) Listo. Cayó piedra.
- PATRICIO.— Hola Aulio. ¿Cómo te va?
- AULIO.— (*Lo mira de alto abajo. Agresivo*) Muy bien señor. Se le agradece el saludo.
- LUCY.— ¿Arreglaron las cosas con Ricardo?
- AULIO.— Todo en orden por el momento. (*A Lucy*) Dame una pilsener.
- LUCY.— ¿Tienes plata?
- AULIO.— ¿Te he quedado debiendo algo?
- LUCY.— Aquí te tengo archivada una cuenta. Te la muestro. Si quieres pilsener me la pagas primero. (*Aulio saca plata y paga*).
- AULIO.— Dame dos. (*A Patricio*) Tómame una pilsener.
- PATRICIO.— No gracias. Tengo que irme.
- AULIO.— Pero tómame una pilsener. Hazte hombre de una vez por todas.
- LUCY.— Tú te tomas un cajón diario y estás igualito.
- AULIO.— ¿Lo quieres probar?
- LUCY.— ¿Para qué? Está a la vista: ratón.
- AULIO.— (*A Patricio insolente*) ¿Y tú? ¿A qué viniste?
- PATRICIO.— Oye, no te acepto que me hables así. Yo no te he hecho nada. Déjate de mirarme así.
- AULIO.— ¿A sí es que ustedes no más nos pueden mirar en menos? ¿A qué viniste?

PATRICIO.— ¿Te interesa?

AULIO.— Sí.

PATRICIO.— Eres añiñado. Estás igualito. Después te pegan y quedas mansito.

AULIO.— Haz la prueba.

PATRICIO.— No me molestes. No tengo ganas de pelear. Estoy muy contento.

AULIO.— Entonces, tómate una pilsener.

PATRICIO.— No. No he tomado nunca. No me interesa tomar. Toma tú tranquilo.

AULIO.— Claro. Un hijo de profesor como va a tomar pilsener. Tienes que esperar a tener 21 años por lo menos.

PATRICIO.— Mejor me voy, Lucy. Más rato te vengo a buscar, ya.

AULIO.— Ojalá que te dé permiso tu papá.

PATRICIO.— Cuidado, cabrito, no me molestes. Yo también pego fuerte. (Sale).

AULIO.— Desgraciado. ¡Infeliz! ¿Qué se habrá creído?

LUCY.— ¿Estás loco? ¿Qué te pasa? Patricio no te hizo nada. Se portó muy amable.

AULIO.— Claro. Defiéndelo ahora. ¿Qué no te das cuenta que su amabilidad es desprecio?

LUCY.— Cállate. ¡Boquita de oro!

AULIO.— ¿Qué hacía aquí?

LUCY.— Y dale. ¿Es tuyo el negocio? Eres un pobre ave envidioso.

AULIO.— ¿Y qué le voy a envidiar a ese?

LUCY.— Mucho seguramente. Si no no te pondrías así. ¡Puchas que eres infeliz! Tenías que llegar precisamente en este momento.

AULIO.— ¿Y para qué querías estar sola con él? Estaba todo corrido. Ese gallo no le ha tomado nunca ni un dedo a una mujer.

LUCY.— ¿Y tú?

AULIO.— Cuando quieras no más.

LUCY.— Permíteme que me sonría. Ja. Ja. Ja... Patricio sí que es hombre. Tímido y todo es más hombre que todos ustedes... No sé. Me sentí tan bien hablando con él. Era como bañarse en un remanso.

AULIO.— Ah, ¿parece que te gusta, ah?

LUCY.— No sé, a lo mejor. (Contenta) Me va a venir a buscar y vamos a ir a pasear.

AULIO.— ¿Y con qué plata? Ese gallo vive pegado a las pretinas del padre y no tiene ni con qué hacer cantar un ciego. Era lo único que te faltaba. Meterte con una guagua... Acuérdate, por si acaso, que él nos desprecia a todos. Si te enamoras de él lo vas a pasar mal.

LUCY.— La envidia te hace agüita.

AULIO.— ¿Para qué podría quererte, Patricio, a ti? ¿Para llevarte a su casa y presentarte a su papá? El viejo no te dejaría entrar. Tú ves las ínfulas que

se dan. No tienen a donde caerse muertos, pero miran a todo el barrio parí abajo. Nos hacen el favor de vivir en la población... Yo fui alumno del padre y lo conozco. No te olvides que me sacó tres veces mal en Castellano por no haber leído el Poema del Cid, y por eso no pude seguir estudiando. ¡Tú crees que alguna vez se lo voy a perdonar!...

LUCY.— (*Que ha escuchado reconcentrada*) Por lo menos no estamos poleando. Va a ser una experiencia nueva. Total qué pierdo. (*Contenta*) Sabes, que me invitó a caminar. Nunca nadie lo había hecho. Siempre cine, fuentes de soda, baile y atraque, pero una caminata por las líneas del ferrocarril... Iré... Decididamente iré.

AULIO.— Anda no más. Vas a llegar con los pies hinchados... Dame una ficha. Yo prefiero quedarme escuchando discos.

LUCY.— No se puede encender. El viejo está durmiendo. ¿Y desde cuándo estás tan platudo?

AULIO.— "Pelé" a la vieja.

LUCY.— Tantas ilusiones y a lo mejor Patricio ni me viene a buscar. Pero si no viene, tú me las vas a pagar todas juntas. Por tu culpa se fue. (*Aparecen en la puerta Ricardo y el Nene*).

AULIO.— No te preocupes tanto, aquí te llegó refuerzo.

RICARDO.— (*Antes de entrar*) Pero no dejes de venir. Hay buenos discos. Te van a gustar.

LUCY.— (*A Ricardo*) ¿Con quién hablabas?

RICARDO.— Con la Natacha.

AULIO.— (*A Lucy*) Tu cuñada.

RICARDO.— ¿Cuñada?

AULIO.— La Natacha. La hermana de Patricio.

RICARDO.— Ah. ¡Ya caigo!

LUCY.— (*Llamando*) Irma, tráeme la pintura de las uñas. Me voy a arreglar. Está en el armario chico, cerca de mi cama.

IRMA.— (*Desde adentro*) ¿Dónde dijiste?

LUCY.— En el armario chico. Junto a mi cama.

IRMA.— (*Desde adentro*) ¿Cuál? ¿Este?

LUCY.— Preciosa, cómo voy a saber si no lo veo.

IRMA.— (*Entrando*) Para qué te enojas. Yo creía que era el otro. Como tienes dos.

RICARDO.— (*A Irma*) ¿Tú eres amiga de la Natacha?

IRMA.— Soy compañera de curso de ella... Es una matea, nunca estudia, pero siempre sabe ¿no sé por qué? Yo hago lo mismo, pero no sé nada y ella es menor que yo. Me contó el otro día que había hecho un pacto con el diablo y se transforma en culebra o paloma para asustar a las profesoras en clase y

nunca la pillan cuando hace desorden. Se sacó sangre de entremedio de una uña. Yo traté de hacerlo el otro día, pero me dolió mucho. ¿Por qué me miran así? Si es cierto. (*Entra Domingo*).

DOMINGO.— (*A Ricardo*) Menos mal que me hiciste despertar, si no me paso de largo. Llegué en la mañana. ¿Y cómo va el negocio?

RICARDO.— ¿Cómo va a ir? ¡Bien! Cada día la gente compra más cosas.

DOMINGO.— ¿Quieres una pilsener? ¿Y tú Nene? Aprovechen que estoy generoso.

NENE.— Bueno, pásame una.

DOMINGO.— (*Por el Nene*) ¿Y qué tal se porta el nuevo ayudante?

RICARDO.— Este es un irresponsable. Para lo único que sirve es para hacer gimnasia y andar en motoneta.

NENE.— Le hago todos los encargos que me hace y todavía alega.

RICARDO.— Sí, pero a mí me tinca que no haces andar la moto por no gastar bencina. ¡Animal! Deberías cobrar más y vender algo. No tiene iniciativa. Esto es un negocio. Yo no puedo preocuparme de todo. Con un buen ayudante podríamos vender el doble.

DOMINGO.— ¡Y hay que vender el doble para que convenga! Con los líos de la Aduana ahora hay más vigilancia y los vistas cobran más por arriesgarse. Te vas a tener que buscar otro ayudante.

LUCY.— (*A Irma que recorta los cupones afanada*) Píntame esta mano, pero con cuidado, sin mancharme. (*Irma le pinta apurada*) Dije con cuidado, ¡bestial!

RICARDO.— (*Al Nene*) Ya oíste. Si sigues así te vamos a largar.

AULIO.— (*Rastrero*) Yo me ofrezco, don Domingo. Yo puedo vender harto. Mi papá me dijo que donde él trabaja podía ir a vender. Hay hartas mujeres que compran. Y yo también voy a trabajar allá desde el próximo mes.

RICARDO.— A otro perro con ese hueso. Hace un año que vienes contando el mismo cuento. (*A Domingo*) ¡Parece que lo pasó muy bien anoche! La carita que tiene.

DOMINGO.— ¡Del uno!

RICARDO.— Usted siempre lo pasa muy bien. Me tinca que por eso las mercaderías salen tan caras.

DOMINGO.— Yo gasto mi parte. Me encontré con la viuda de un compañero de los ferrocarriles. ¡Mándame guardar en coche con paraguas viejo!

LUCY.— ¡Cachiporra!

DOMINGO.— ¡Qué sabes tú, mocosa! Oye, Ricardo, y si le diéramos una nueva oportunidad al Aulio. Bien cortito claro está, para que no se arranque con los tarros.

RICARDO.— Pero si además es flojo. Vendiera por último no importaría. ¿Y usted, don Domingo, por qué no vende?

DOMINGO.— Yo no sirvo. Soy muy tentado. Lo regalaría todo. Hay que encontrar una persona joven, con iniciativa y que, bueno, no quiera ganar mucho tampoco.

LUCY.— Si no he oído mal yo tengo el candidato.

DOMINGO.— ¿Quién?

LUCY.— Una persona que reúne todos esos requisitos y se conformaría con ganar... unos 100 mil al mes.

RICARDO.— ¿Y dónde está ese virtuoso? Lárgalo.

LUCY.— Patricio Chávez.

DOMINGO.— Aturrida. No se te podría ocurrir nada mejor.

LUCY.— ¿Y por qué no?

DOMINGO.— No conoces al papá de Patricio.

LUCY.— ¿Y qué?

DOMINGO.— (*Remedándole*) ¿Y qué? Cállate mejor.

AULIO.— Si llegara a aceptar, cosa que no creo, el padre no lo dejaría...

RICARDO.— (*Calculador*) Patricio no es tonto y tiene amor propio. Si se entusiasma a lo mejor por orgullo resultaría... No está mal la idea.

NENE.— ¿Y quién lo convence? No van a ir a la casa a proponérselo.

LUCY.— Déjenme a mí. Yo arreglo eso.

NENE.— ¿Y cómo?

LUCY.— Con mis encantos de mujer... (*Se rien. Aparece Patricio paseándose.*)

DOMINGO.— Prueba. A lo mejor tus encantos sirven también para algo útil. En todo caso eres tú Ricardo el que tiene que ver con todo esto. Yo, por las dudas, no me meto. Bueno ahora me voy a arreglar porque tengo que salir.

LUCY.— Papá, yo voy a salir primero un rato. Vuelvo al tiro.

DOMINGO.— No. Yo tengo que hacer. No puede quedar el negocio solo.

LUCY.— Pero si yo no me demoro nada. Es un ratito no más.

DOMINGO.— Cuando yo vuelva, sales.

LUCY.— Claro, después llega de amanecida y yo tengo que quedar aquí como una esclava. No le da vergüenza andar "chusqueando" a sus años. Debería quedarse aquí y acostarse temprano.

DOMINGO.— Hace tiempito que te andas buscando una tanda. Vuélveme a decir otra cosa y te "aforro" un cachuchazo. ¡Porquería! Igual a la madre de insolente. Un día me voy a mandar cambiar y no me van a ver más.

LUCY.— (*A apoyada en el Wurlitzer*) Por qué no se va de una vez por todas. Desde que tengo uso de razón que le oigo decir lo mismo. Para lo que sirve en la casa. Por eso es que mi mamá no lo puede soportar y se va donde mi tía cuando usted vuelve. Un día yo me voy a mandar a cambiar y no me van a ver más.

DOMINGO.— ¡Perra mal agradecida! He trabajado toda mi vida para ustedes, pero a ti te voy a hacer entender aunque sea a patadas. Tráeme la chaqueta. *(Lucy no se mueve).*

LUCY.— *(A Irma)* Dile a Patricio que no voy a poder salir. *(Irma se para con desgano y va).*

RICARDO.— Con las mujeres nunca hay que hacerse mala sangre, don Domingo.

DOMINGO.— El negocio es de ella y de la madre. Qué más quieren. Se lo compré para que no me jodieran más y dale.

RICARDO.— Pásese otra pilsener mejor para pasar el mal rato.

DOMINGO.— Ahora llora. Con eso lo arregla todo. *(Lucy se va al interior y entra Patricio con Irma).*

PATRICIO.— Buenas tardes *(A Domingo)*. Me da una caja de fósforos, por favor.

AULIO.— *(Irónico)*. ¿No se te ofrece nada más? *(Domingo le pasa los fósforos y le paga con cien pesos).*

RICARDO.— ¡Qué dice el mateol! ¿Cómo te va en el Liceo?

PATRICIO.— Bien. ¿Y a ti?

IRMA.— Lucy, ven. No seas tonta. Ya entró.

NENE.— Se está secando las lágrimas.

AULIO.— No la dejaron salir.

IRMA.— Lucy, el Patricio te espera. *(Patricio lee la lista de discos)*. ¡Apúrate!

AULIO.— Te quiere consolar.

PATRICIO.— *(A Aulio)* Ya te dije que te dejaras de molestarme.

NENE.— No le hagas caso, Patricio.

AULIO.— *(Al Nene)* Deja que se quede, a ver si te va a ser tan fácil arrancarte con la Lucy en motoneta. *(Entra en escena Lucy más tensa y mundana).*

LUCY.— Hola Patricio. Te quieres sentar un rato.

PATRICIO.— No puedo. Yo quería...

AULIO.— No tiene plata para invitarte a nada. *(Patricio se avalanza sobre Aulio).*

RICARDO.— No le hagas caso Patricio. *(A Aulio)* Déjate de joder sino quieres. *(A Patricio)* Asiento. Yo te invito.

PATRICIO.— Gracias. Me voy a ir luego.

RICARDO.— Don Domingo, deme una ficha y ponga bebidas y pilsener para todos. Niños pueden pedir lo que quieran. Estoy generoso. *(Domingo le pasa las fichas).*

LUCY.— *(A Ricardo)* Tírame una ficha.

RICARDO.— Tómala.

LUCY.— *(A Patricio)* ¿Qué disco te gusta?

PATRICIO.— Cualquiera.

LUCY.— Estás enojado. *(Empieza a sonar el disco).*

- PATRICIO.— Sí.
- LUCY.— Bailemos.
- PATRICIO.— No sé.
- LUCY.— Aprende, entonces. *(Empieza a bailar sola y todos empiezan a marcar el compás frenéticos, en seguida bailan).*
- RICARDO.— *(Mientras bailan)* Buena persona el Patricio. Hay que meterlo en el negocio. . . y a la Natacha también.
- LUCY.— ¿A ti te gusta la Natacha?
- RICARDO.— Sí. Quedó de venir más rato. Se va a escapar de la casa.
- LUCY.— ¿Y si se encuentra con Patricio?
- RICARDO.— ¿Qué tiene? Depende de ti únicamente.
- LUCY.— ¿Seguro?
- RICARDO.— ¡Seguro!
- LUCY.— Haremos un cuarteto.
- RICARDO.— Y a veces, también, un trío. No te olvides.
- LUCY.— ¡Goloso!
- RICARDO.— Amarra bien al Patricio. Yo me encargo de la hermana.
- LUCY.— ¿No oíste lo que dijo el Aulio del padre?
- RICARDO.— Todos los padres son iguales. Después, cuando empiezan a ver la plata no hallan dónde ponerlo a uno. . . *(Dejan de bailar y la Lucy baila con el Nene).*
- NENE.— Ya me estoy poniendo celoso.
- LUCY.— No te preocupes. Siempre quedará un pedacito para ti. Pero no me aprietes. *(Patricio junto al Wurlitzer observa con mucha curiosidad. En algún momento Domingo va en busca de su chaqueta y sale anudándose la corbata).*
- NENE.— Vamos a dar una vuelta en moto. Tengo el estanque lleno de bencina.
- LUCY.— No. No y no. *(Cuando termina de bailar va donde Patricio)* ¿Te gusta como bailo?
- PATRICIO.— Bailas bien, pero hablas mucho.
- LUCY.— ¿No te gusta?
- PATRICIO.— Tu papá salió.
- LUCY.— Sí. Lo vi salir. Cree que él no más tiene derecho. Ya reventará y va a ver. Ven, Patricio. Sentémonos juntos.
- AULIO.— Te quieren proponer un negocio.
- PATRICIO.— Un negocio. ¿De qué?
- LUCY.— Pero siéntate.
- RICARDO.— Toma lo que quieras. Yo te invito.
- PATRICIO.— No tengo plata. No oyeron al Aulio.
- NENE.— De eso se trata. *(Se sientan. Pausa).*

AULIO.— Hablen de una vez. Para qué se quedan callados.

LUCY.— Se trata de lo siguiente: dos puntos. Tú sabes que el viejo de mi padre es jubilado de ferrocarriles y como se aburría en la casa empezó a viajar y a traer cosas para vender.

RICARDO.— Yo le ayudo a vender. Mi papá también es jubilado de ferrocarriles y gana muy poco.

PATRICIO.— ¿Y cuál es el negocio?

LUCY.— Ricardo necesita que alguien le ayude a vender las mercaderías que mi papá trae y yo pensé hace un rato que tú podías ayudarle y ganarte una comisión.

PATRICIO.— (Atónito). ¿Yo? ¡Pero si yo no he vendido nunca nada!

LUCY.— Muy sencillo: aprendes . . . Nadie nace sabiendo.

PATRICIO.— Además, no tengo tiempo ni creo que sirva.

LUCY.— Total, puros inconvenientes.

PATRICIO.— ¿Qué quieres? Yo soy estudiante. No tengo plata, pero nunca he pensado en trabajar. Me tomas de sorpresa.

RICARDO.— Es natural. Uno nunca piensa en ganar dinero hasta que le llega la oportunidad.

NENE.— Tú podrías vender en las tardes. Yo me ofrezco a llevarte en motoneta.

PATRICIO.— ¿Pero de dónde sacaron eso? ¿Cómo se les ocurrió?

LUCY.— A mí se me ocurrió. Pensé que a lo mejor querrías tener un poco de plata. Nunca está de más.

PATRICIO.— Yo la tendré cuando trabaje, cuando me reciba. (Todas se ríen). Claro que falta mucho tiempo. (Repensando). Pero . . . no. ¿Vendedor? Así como los semaneros de casa en casa, tratando de meterle a la fuerza las cosas a la gente para después pasar a cobrar con arrogancia. No. Esto no es para mí. Hay que tener un carácter especial . . . Cierta capacidad para persuadir . . . (Pausa) . . . A lo mejor . . . ¿De qué cosa se trata?

RICARDO.— (Saca una hermosa maleta). Aquí están. Mira . . .

PATRICIO.— (Con curiosidad examina las cosas y se sonríe al sacar de la maleta prendas interiores de mujer). Ropa interior, jabones, sopas importadas, collares, perfumes . . . (Cayendo). Oye, pero esto es contrabando.

AULIO.— (Ridiculizándolo). Cómo se te ocurre. Estás loco. Capaz que nos lleven presos si te oyen.

PATRICIO.— (A Lucy). Oye, ¿tu papá trabaja en esto? Pero si está prohibido.

AULIO.— La media novedad. El socio que se buscaron.

LUCY.— Sí, Patricio, es contrabando.

RICARDO.— Ustedes están todos locos. Esto no es contrabando. Son cosas que trae una persona que viaja a un puerto libre y las vende para sacar los gastos de

pasajes, hoteles y demases... ¡Te aseguro Patricio que esto lo compran como pan caliente!

PATRICIO.— (*Catégorico*). No, pero esto es contrabando y el contrabando es un delito.

LUCY.— (*Con brusquedad*). Entonces no hemos dicho nada.

PATRICIO.— Perdona. Por favor no te enojés. Es mi punto de vista.

LUCY.— ¿Te he dicho algo yo?

RICARDO.— De todos modos yo que tú lo pensarías. Esta es la única posibilidad que se nos presenta a nosotros para trabajar con libertad y todo el mundo lo hace sin remilgos. Si piensas esperar a recibirme para ganar plata te queda mucho tiempo y a las chiquillas les gusta que las saquen a pasear ahora (*Patricio mira a Lucy*).

LUCY.— No le hagas caso, Patricio, está tratando de corromperte.

PATRICIO.— No seas irónica.

ÁULIO.— El joven no se va, por lo tanto, lo piensa y duda.

RICARDO.— A veces caen otras cosas: Whisky, cigarrillos...

LUCY.— Podrías tener la buena voluntad siquiera de tomarlo como una aventura. Vender es conquistar un cliente así como se conquista a una mujer.

PATRICIO.— Lo de la conquista me gusta...

LUCY.— Probemos, entonces.

PATRICIO.— Ya.

LUCY.— A ver si sirves. Toma esa maleta. Tú llegas a mi casa. Yo soy una señora y me estoy arreglando. (*A Irma*). Tú eres mi empleada. (*Mima el arreglo*). ¡Tomasal! ¡Tomasal! ¿Dónde se habrá metido esta "china"?... Tomasa, por fin llegas. Sabes que cuando grito me arrugo entera.

IRMA.— ¿Llamaba la señora?...

LUCY.— Por favor niña, pásame los otros collares que voy a llegar tarde al té-canasta. Estos no me gustan. Son una ruina.

IRMA.— Se los pasé todos señora. No quedan más en el cofre de las joyas.

LUCY.— ¿Y qué voy a hacer cielo santo? Estas mugres no sirven para nada.

IRMA.— Aquí hay un joven que trae cosas de Arica y quiere conversar con usted. Parece que me está haciendo señas.

LUCY.— Pronto, pronto. Dile que pase. ¿Qué esperas para hacerlo pasar?

PATRICIO.— Buenas tardes, señora.

LUCY.— ¡Ay, joven, por Dios, espero que usted sea mi salvación! ¿Qué trae? Por piedad, abra pronto esa maleta. (*Patricio la abre con alguna dificultad y Lucy se avalanza a ella*). ¡Enaguas! ¡Qué amor! ¡Peter Pan! ¡Qué amor! (*Juega con un sostén*).

PATRICIO.— (*Timido*). Son muy baratos.

- LUCY.— Pero si el precio es lo de menos. Dígame, ¿cuánto valen?
- PATRICIO.— Dos mil pesos. Aproveche. Son los últimos. Estos ya no se fabrican más.
- LUCY.— ¿Y me quedarán bien?
- PATRICIO.— Pruébeselos. Si le quedan bien me los compra.
- LUCY.— (Con coquetería). Pero aquí no puedo.
- PATRICIO.— (Ruborizado). Pruébeselos después y si le quedan buenos me los paga.
- RICARDO.— Muy bien hombre. Muy bien. Así se hace. Después aunque no le queden bien se siente en la obligación de pagártelos. (En la puerta que da a la calle aparece Gastón, el padre de Patricio. Es un hombre joven de más de cuarenta años. Su apariencia severa es más producto de su cansancio que de su naturaleza).
- AULIO.— (Con ironía). Para ser hijo de profesor no está mal.
- PATRICIO.— (A Aulio). Ya no te aguanto más. Si eres tan gallito sale a pelear afuera. (Lo va a sacar cuando se encuentra con la mirada de Gastón que decide entrar). ¡Papá! ¡Buenas tardes, papá!
- GASTÓN.— Buenas tardes... ¿Qué haces aquí con esa maleta?
- PATRICIO.— (Confundido). Jugábamos.
- GASTÓN.— (A Lucy). Por favor, me da un Cabañas. (Lucy los entrega en medio de un silencio general. Patricio sigue con la maleta en la mano sin darse cuenta. En ese momento llega corriendo Natacha. Es una encantadora muchacha de 15 años. Se topa a boca de jarro con Gastón y ambos se extrañan al encontrarse en ese lugar). ¿Natacha? ¡Qué vienes a hacer aquí! (A Patricio severo). ¿Tú la trajiste?
- NATACHA.— ¡Claro! ¡Justo!... Primera vez que vengo y me tenía que pillar. Mejor me voy. (Sale Natacha. Gastón recibe el vuelto que le entrega Lucy).
- GASTÓN.— Gracias. Vamos, Patricio.
- PATRICIO.— Iré, luego, papá.
- GASTÓN.— En quince minutos más te espero en la casa. (Patricio se ve muy humillado por la situación y se retira al extremo opuesto de donde está ubicado el Wurlitzer. Antes de salir Gastón se dirige a Aulio). Y usted jovencito si tiene algo que decirme, dígamelo a mí. Mi hijo no ha sido profesor suyo. (Todos los muchachos están desconcertados y Gastón sale).
- LUCY.— (Sigue a Gastón con la vista. Con violencia a Aulio). Este desgraciado tiene la culpa.
- RICARDO.— Ya. ¡Partiste! Ven Nene, lo iremos a dejar a su casa. (Aulio se resiste pero lo sacan en andas. Salen).
- IRMA.— Espérenme. Tengo que ir a comprar un sobre para mandar los cupones para las once. (Sale. Lucy se acerca lentamente a Patricio con mucha delicadeza).

deza. Patricio la mira, pero como no sabe qué decirle, hace ademán de irse. *(Lucy le habla antes de que llegue a la puerta).*

LUCY.— Tu papá te dijo quince minutos más. Aprovechémoslos.

PATRICIO.— *(Deprimido).* ¿Y en qué?

LUCY.— Ya que no podemos ir a la estación por mi culpa, vamos a la luna *(Lucy coloca una moneda en el Wurlitzer. Se escucha una melodía romántica).*

PATRICIO.— *(Sonriente).* ¿La luna? *(Pausa).* ¡Tú sabes que yo quiero ir a la luna manejando mi propia nave espacial! Quiero ser cosmonáuta.

LUCY.— *(Coloca una silla al revés y se sienta).* ¿Así? *(Por las sillas).* Todas éstas son mis naves espaciales.

PATRICIO.— ¿Y todas las naves que tienes son para una sola persona?

LUCY.— Sí, pero tú también cabes, porque eres muy bueno. Ponte a mi lado. *(Se sienta).*

PATRICIO.— ¿Estás lista? Ahora un gran cohete nos lanzará al espacio. Estamos en este momento soltando los últimos frenos. ¿Te fijas como todo se va achicando?

LUCY.— Pronto la tierra se verá pequeña y sola, sola como un pequeño Wurlitzer que brilla y nos encandila. Y ¿qué nos pasará cuando perdamos peso?

PATRICIO.— Entonces nos abrazaremos.

LUCY.— Entonces mejor no regresemos nunca, ¿quieres?

PATRICIO.— Ya. Nunca. Allá el tiempo es más largo, ¿sabes? *(Apagón. Fin de cuadro).*

PRIMER ACTO

CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO: CASA DE GASTÓN

(Al abrirse el telón aparece Sofía guardando los útiles de un costurero. Tiene más o menos cuarenta años con los atractivos propios de una mujer dedicada exclusivamente a los quehaceres de casa. Baja Natacha terminando de colocarse un sweater de fabricación casera y con una blusa en la mano. Fuera de escena, Patricio silba y canta la melodía con que finalizó el primer cuadro).

NATACHA.— (Mientras baja). Apúrate Patricio. Desocupa el baño. Si el bigote no te va a crecer si te lo llevas mirando todo el día. (A Sofía). Este cabro está tocado mamá. Cree que si no va con bigotes al teatro no lo van a dejar entrar. Cómo me reiría si tuviera que volver.

SOFÍA.— No molestes a Patricio. Después se enoja y pelean.

NATACHA.— Para lo que se me da a mí. (Le pasa la blusa). Sabe mamita, si usted le agranda el escote a esta blusa creo que me va a quedar picho caluga. Un centímetro. Hasta aquí, ve. Ahora está buena, pero un poco desabrida, no cree.

SOFÍA.— Deja, pretenciosa. Ya te dije que a este modelo ese escote no le viene. Te verías mal. (Natacha se exhibe como ante un espejo). ¡Escandalosa!

NATACHA.— Eso es precisamente lo que quiero. Me lo hace, ¿ya?

SOFÍA.— Ahora no. Cuando llegue el verano. Déjame. Tengo que ir a ver si el zapallo está cocido. Voy a aprovechar que está nublado para hacer picarones. Se los tendremos de sorpresa a tu papá para la hora de once. (Baja Patricio arreglándose el bigote imaginario).

PATRICIO.— (Por el bigote). ¿Qué tal?

SOFÍA.— Acércate para verlo. (Se acerca). Pero más. (Se echa en el suelo para tener más luz). ¡Imposible! No veo nada.

NATACHA.— ¿Le traigo la lupa, mamita?

PATRICIO.— Ríete no más. Ya vas a ver. A lo Kaiser. (Se los arregla)

SOFÍA.— ¿Es cierto que un beso sin bigote es como huevo sin sal?

NATACHA.— Haga memoria, mamita.

SOFÍA.— (Mientras se aleja riendo). Recoge tus cosas Patricio, no las dejes en la mesa. Tú sabes que tu papá se enoja.

PATRICIO.— Voy a terminar un dibujo de geometría y las guardo. (Mientras se sienta). Dos rectas paralelas no se cortan en el infinito.

NATACHA.— ¿Vas a estudiar de nuevo?

PATRICIO.— Sí. (Natacha se acerca a la ventana que mira a la fuente de soda del primer cuadro. Junto a ella está la radio y la enciende mecánicamente).

PATRICIO.— Apágala que tengo que terminar.

NATACHA.— Este, no más. No seas malito. Aprovechemos que no hay avisos. No ves que no la he escuchado en toda la tarde. (*Empieza a marcar el compás*) Ven, mira. Ayer en el Liceo aprendí este paso. Te lo voy a enseñar. (*Patricio va hacia ella*). Toma el compás... y uno, y dos y tres, pero con más gracia... y tres... Eso. Así. ¡Cuando vayamos a una fiesta nos vamos a lucir!

PATRICIO.— Y crees por ventura que yo voy a bailar en público contigo, mocosa.

NATACHA.— Mal agradecido. No te enseño más también...

PATRICIO.— (*Arbitrario, simpático*). Entonces, se apaga la radio... (*La apaga y vuelve a la mesa de trabajo*).

NATACHA.— Eres el ser más estúpido que he conocido en mi vida. (*Patricio se ríe*). Púdrete estudiando, estudia como imbécil. Si yo fuera hombre te haría salir de la casa a patadas.

PATRICIO.— Anda a ayudarle a mamá será mejor.

NATACHA.— No pienso ir. Estoy aburrída. (*Gritando*). Aburrída. Odio los domingos, los detesto con toda mi alma. Cuando te veo estudiar me da pena, perder el tiempo en esa forma tan... tan... Ya me saqué un dos en Ciencias y no pienso estudiar, aunque no me dejen ir nunca más a la matiné... Quiero que la profesora se muera, que le dé un ataque y desaparezca.

PATRICIO.— ¿Por qué la odias tanto?

NATACHA.— Por vieja. (*Pausa*). Y pensar que yo también voy a envejecer y encerrada en esta casa... Siquiera los días de semana puedo mirar algo por lo menos, aunque sea de pasada...

PATRICIO.— ¡Qué te pille no más! De un ala te voy a traer a la casa.

NATACHA.— Bah. Tú no más tienes derecho.

PATRICIO.— Sí. Yo no más. Cuando te madure el seso podrás salir. Ahora no, y cállate porque tengo que terminar esta tarea.

NATACHA.— (*Junto a la ventana. Picara*). Para qué te apuras tanto. Si todavía no han encendido el Wurlitzer. ¿No habrá llegado nadie?

PATRICIO.— No tengo la menor idea.

NATACHA.— ¡Tan hipócrita que te han de ver! Vas allá todos los días y no tienes la menor idea.

PATRICIO.— Yo voy, pero no a mirar el Wurlitzer.

NATACHA.— (*Soñadora*). Yo sí que lo voy a ver...

PATRICIO.— ¡Cómo!

NATACHA.— Yo lo miro donde esté. Es lo único que me entretiene. Conozco todos los sitios donde están y junto peso por peso para hacerlos funcionar. Toda la plata que me dan es para él. (*Romántica*). Lo escucharía toda mi vida, ¿es lindo, verdad?

PATRICIO.— No sé. Yo no le encuentro ninguna gracia. Es bonito, claro, pero no para llevárselo contemplando todo el santo día. La Lucy vive pendiente de él. No entiendo porqué... la Irma, el Auljo, el Nene también...

NATACHA.— (Soñadora). ... Y Ricardo.

PATRICIO.— ¿Cómo lo sabes?

NATACHA.— A mí también me encanta.

PATRICIO.— ¿Quién?

NATACHA.— (Riéndose). El Wurlitzer.

PATRICIO.— ¡Cómo a todos los ociosos! Si tuvieras algo útil de que preocuparte no te llevarías todo el día con la boca abierta mirando al frente.

NATACHA.— Si tuviera libertad para ir, no tendría necesidad de mirarlo de aquí... y tengo una suertecita; el otro día hubiera querido que me tragara la tierra. Voy por primera vez y zas, me encuentro contigo y mi papá.

PATRICIO.— Claro, y por culpa tuya yo pagué el "pato". Mi papá se enojó conmigo y me humilló delante de todos.

NATACHA.— Pero después yo le dije la verdad.

PATRICIO.— Pero oíste lo que dijo: Yo soy responsable de lo que tú hagas. Según él, tengo la obligación de cuidarte.

NATACHA.— (Cautelosa). ¿La Lucy no te ha dicho nada?

PATRICIO.— (Interesado). ¿Qué me tenía que decir?

NATACHA.— Nada... Ella me prometió...

PATRICIO.— ¿Qué cosa te prometió?

NATACHA.— Dijo que quería que saliéramos juntos con Ricardo, los cuatro.

PATRICIO.— ¡Ah! Sí. (Irónico). ¿Y para qué?

NATACHA.— Bueno... tú sabes.

PATRICIO.— Te voy a decir una cosa. Ricardo no me gusta ni como persona, ni como amigo, ni menos como pretendiente tuyo.

NATACHA.— ¿Y eso por qué te preocupa a ti? Soy yo la que voy a pololear con él, no.

PATRICIO.— ¡Pololear, ah!

NATACHA.— Bueno, todavía no pololeamos, pero a mí él me gusta y yo también le gusto. Y harto, para que veas.

PATRICIO.— Ah, sí, ah. ¿Espero que a mi papá también le guste?

NATACHA.— ¡No se lo vayas a decir!

PATRICIO.— ¿Y por qué no?

NATACHA.— No. Por favorcito, no.

PATRICIO.— Perdóname, pero yo no voy a cargar con este asunto. Piénsalo mejor... Si yo te sorprendo por ahí con Ricardo te voy a traer de una

oreja a la casa y se lo contaré todo a mi papá. Mírenla. La perla, era lo único que faltaba.

NATACHA.— Si se lo dices eres "un poco hombre".

PATRICIO.— Ah. ¿Y si no se lo digo? ¿Soy más hombre? No, amiguita, yo no seré su cómplice. Si yo voy allá es porque la Lucy me gusta y entiéndelo de una vez: no me interesa nadie más que ella.

NATACHA.— Y entonces ¿cómo no te atreves ni a tocarle la mano?

PATRICIO.— (Sorprendido y avergonzado). ¿Cómo lo sabes?

NATACHA.— Ella lo contó... delante de todos.

PATRICIO.— Es cierto. No se la he tomado. (Arreglándose los bigotes). Pero ya se la tomaré, pues...

NATACHA.— No ves. A ti no más te gusta. Haber nacido mujer en esta casa es la mayor desgracia que pudo haberme ocurrido. (Entra Sofía).

SOFÍA.— ¡Qué desgracia ha ocurrido! Alcancé a oír...

NATACHA.— (Le da un beso). Nada mamita. Este tonto que me hace rabiar.

PATRICIO.— Esta es una mocosa ridícula...

NATACHA.— ¿Te molesto estando aquí?...

PATRICIO.— Sí... (Pausa). No me dejas trabajar

SOFÍA.— No discutan tanto. Anda a comprar. Por favor tráeme chancaca y un paquete de canela. ¿No te dará frío?

NATACHA.— No. Estoy bien así.

SOFÍA.— No te demores... Si tu papá te encuentra en la calle se enojará. (Sale Natacha con gestos de amorro).

PATRICIO.— No necesita encontrarla en la calle para enojarse. De todas maneras se enojará.

SOFÍA.— ¿Qué te pasa? Te noto muy nervioso.

PATRICIO.— (Venciendo su orgullo. Nervioso). Mamá... Mandaron una comunicación del Liceo. (Se para y toma una máscara que adorna el living).

SOFÍA.— ¡Una comunicación! ¿Qué te pasó?

PATRICIO.— Peleé en el Liceo... Por favor, no le diga nada hoy día a mi papá. Me tiene que dar plata para ir al cine y si le dice no me va a dar.

SOFÍA.— Tú papá ya lo sabe. Hoy día fue a almorzar con el señor Martínez, tu profesor jefe.

PATRICIO.— Maldición. ¡Si yo nací maldito!

SOFÍA.— (Suena el timbre y Sofía se adelanta a abrir. Junto a la puerta). ¿Patricio? Sí. Sí está. Pase. (Entra el Nene, Patricio se sorprende al verlo y deja la máscara. La presencia del Nene lo confunde un tanto).

NENE.— Hola, buenas tardes.

PATRICIO.— Buenas tardes.

SOFÍA.— Permiso. Los dejo. Tome asiento. *(Sale Sofía)*.

NENE.— ¿Estás haciendo las tareas?

PATRICIO.— Sí. Un dibujo. ¿Qué quieres?

NENE.— Vi salir a la Natacha y como me dijo que tu papá no estaba aproveché de venir. Quería hablar contigo el asunto del trabajo. Tú sabes que yo tengo una motoneta y la uso poco. Tú sabes, el gasto de la bencina. Yo te quería proponer que trabajáramos juntos. Yo pongo el vehículo. Yo no me atrevo solo y se gana hartito.

PATRICIO.— Pero si yo no tengo tiempo. Ya les dije.

NENE.— Pero en motoneta es más rápido.

PATRICIO.— Mira, para ser te franco, no me interesa.

NENE.— ¿Pero y la plata que se gana?

PATRICIO.— Sí, claro . . . *(Pausa)*. La plata . . . , pero *(Pausa)*.

NENE.— ¿Tienes miedo?

PATRICIO.— ¿Miedo? No. Más bien vergüenza. Esto está tan generalizado que no tiene por qué dar miedo. Ahora parece que es distinguido vender contrabando. De todas maneras voy a tratar de hablar de esto con mi papá.

NENE.— *(Extrañado)*. ¿Con tu papá?

PATRICIO.— Claro que lo discutiremos.

NENE.— En todo caso ese es asunto tuyo. De todos modos, si te decides a trabajar acuérdate de mí. *(El Nene saca unos billetes de su bolsillo)*. Toma. Ricardo te mandó esto. *(Se los pasa y Patricio mira los billetes sorprendido)*.

PATRICIO.— ¿Y por qué?

NENE.— Es la comisión por los lápices que le vendiste en el Liceo.

PATRICIO.— Pero si yo se lo hice por jugar, para probarle que no soy tan tonto, como un favor. *(Con firmeza)*. Devuélveselos. *(Se los pasa pero el Nene no se los recibe)*. ¿Qué se han creído?

NENE.— Quédate con ellos, no seas tonto. El Ricardo tiene plata de más.

PATRICIO.— No. No los quiero. No puedo usar esta plata. Toma, llévalos. *(El Nene se niega a recibir el dinero)*.

NENE.— No. Yo prefiero que se los lleves tú mismo. Tú sabes cómo es el Ricardo. Devuélveselos tú si quieres, pero yo que tú los gastarías.

PATRICIO.— *(Enérgico)*. Muy bien: se los entregaré yo entonces. *(Los guarda en el bolsillo del pañuelo y vuelve a su mesa escritorio)*.

NENE.— Así es que a ti te gusta trabajar gratis.

PATRICIO.— *(Molesto)*. Cállate.

NENE.— Pero vas a ir más rato. ¿Van a ir al cine con la Lucy?

PATRICIO.— Sí. Claro.

NENE.— Bueno. Entonces me voy para que estudies. Chao. *(Va a la puerta y la abre. Sofía siente la puerta y entra).*

SOFÍA.— ¿Por qué se va? Por qué no se queda a tomar once con nosotros.

NENE.— No, señora, no puedo.

SOFÍA.— ¿Nos tiene miedo?

NENE.— *(Nervioso)*. No. No es eso. Me están esperando. Tengo que hacer.

SOFÍA.— Tenemos picarones. Ya van a estar listos. Patricio, muéstrale la máscara a tu amigo... *(Patricio se acerca a las máscaras, vacila)*. ¿Qué le parece?

NENE.— *(Mintiendo)*. Sí. Me gusta. Es bonita.

SOFÍA.— Es de Patricio. Su papá se la regaló. Estas cosas de mimbres son mías.

PATRICIO.— No le dé lata, mamita. Si no le gustan.

NENE.— No, si me gustan, pero...

PATRICIO.— *(Animado)*. Entonces, toma, mírala de cerca... Es parecido... *(Al Nene se le cae)*.

SOFÍA.— ¡Cuidado! Menos mal que no fue mucho.

PATRICIO.— *(Furioso)*. Me dan ganas de hacerla añicos al tiro. Que le apuesto que ahora mi papá me va a retar. Como si fuera de él, la máscara. Yo tengo derecho a hacer lo que quiera con ella, es mía. El me la regaló a mí.

SOFÍA.— *(Tierna)*. Ya, mi niño, mi regalón mal genio y con bigotes. *(Le hace cariño y Patricio se siente mal por la presencia del Nene. Al Nene)*. ¿Apuesto que su mamá también le hace cariño?

NENE.— *(Confundido)*. Sí, siempre me hace mucho cariño.

SOFÍA.— Y a usted le gusta, ¿no es cierto? *(El Nene asiente. A Patricio)*. Y a ti también, no te hagas el lesito. *(Llegan a la puerta que está abierta, Gastón y Natacha)*.

NATACHA.— Hola, Nene. ¿Cómo te va? ¡Qué sorpresa!

GASTÓN.— Buenas tardes.

NENE.— Buenas tardes, señor. Bueno yo me voy, ah. Hasta luego. *(Sale muy corrido)*.

NATACHA.— ¿Qué le pasó al Nene que nos miró como ánima en pena? ¿A qué vino?

PATRICIO.— Y a ti que te importa, intrusa!!!

NATACHA.— ¡Bah! Se enojó su majestad. Mi papá me compró este chocolate en la esquina y no te pienso convidar por pesado.

SOFÍA.— Vamos, Natacha. Ven a ayudarme en la cocina. *(Sale)*.

NATACHA.— Espérese un ratito.

SOFÍA.— No, ven a ayudarme te digo.

GASTÓN.— *(Que tiene el diario Las Noticias de Última Hora en la mano)*. Vaya a ayudarle a su mamá. *(Sale Natacha. Patricio se ha sentado frente a su mesa de trabajo y Gastón lo observa. Patricio se da cuenta y trabaja nerviosamente)*.

¿Qué hacía aquí ese niño que salió tan asustado? (Pausa). ¿Por qué te quedas callado?

PATRICIO.— Vino por una tontera. (Pausa). ¿Usted fue a almorzar a casa del señor Martínez?

GASTÓN.— Sí.

PATRICIO.— ¿Lo llamó por lo de la pelea en el Liceo?

GASTÓN.— Sí.

PATRICIO.— No me pude contener. Le di un puñete con todas las ganas. ¡Por hocicón! Se lo merecía.

GASTÓN.— ¿Y por qué peleaste?

PATRICIO.— Cosas que ocurren y que uno como hombre no puede dejar pasar. (Pausa). ¿Lo noto muy misterioso últimamente? ¿No le dijo nada más el señor Martínez?

GASTÓN.— ¡Vaya! ¡Qué curioso! Yo que creí que el misterioso eras tú.

PATRICIO.— ¿Yo? Pero si lo único que quiero es hablar con usted.

GASTÓN.— Entonces habla, hombre.

PATRICIO.— (Se para interesado). Mire, papá, yo quería. (Pausa. Se acerca a él). Ayúdeme. No sé qué me pasa. No puedo hablar. Me da una rabia cuando me pongo nervioso sin razón. ¡Parezco imbécil!

GASTÓN.— Cálmate hombre.

PATRICIO.— Todo se me confunde . . . Mejor no le digo nada.

GASTÓN.— Hombre. ¿Qué quieres? ¿Tienes algún problema? Siempre que tienes algún problema se te enredan los juicios. ¿Es algo relacionado con el liceo?

PATRICIO.— No, es algo relacionado con usted. Estoy seguro que el señor Martínez le contó que yo había hablado contra usted y que lo consideraba un arbitrario y un tirano. Es mejor que me rete. Para qué se contiene si está muerto de rabia. Lo único que puedo decirle es que estoy arrepentido de habérselo dicho al señor Martínez . . . me tincaba que no se podía tener confianza en él . . . seguramente usted cree que yo no tengo derecho a sentirme ofendido . . . yo también tengo sentimientos.

GASTÓN.— Yo respeto tus sentimientos. Desde que te vi en la fuente de soda con esa maleta he estado esperando que me hables . . . Reconozco que fui duro cuando te dije que te vinieras a la casa en 15 minutos más, pero si supieras la angustia y la rabia que me dio al verte con ellos, me comprenderías . . .

PATRICIO.— ¿Y por qué le dio tanta rabia?

GASTÓN.— Escúchame bien lo que te voy a decir . . . ¿Te gusta mucho esa chiquilla?

PATRICIO.— (Se siente herido y reacciona altaneramente). Sí. A usted no. No tiene para qué decirme.

GASTÓN.— No es eso lo que quiero decirte. Y no me interrumpas.

PATRICIO.— (*Cortante*). Usted me hizo una pregunta y yo se la respondí. Creo que con eso queda todo aclarado. Permiso. Voy a terminar de hacer mi dibujo.

GASTÓN.— Espera. Conversemos. Pero por favor Patricio no me contestes en ese tono; lo encuentro insolente y me da rabia.

PATRICIO.— Entonces mejor no hablemos. Así se evita un mal rato.

GASTÓN.— No me saques de paciencia... Mira, hijo, esto es muy importante. Ven. Siéntate. (*Patricio se sienta a regañadientes*). Estoy de acuerdo contigo en que uno debe defender a la chiquilla que le gusta sobre todo si la ofenden; y, no es mi ánimo hacerlo, pero a mí no me gusta el ambiente que rodea a esa niña. (*Se para*). Me da miedo que por ir donde ella tengas que mezclarte con esa mafia de ociosos y contrabandistas.

PATRICIO.— Pero en qué tono, ¿cómo quiere que le diga que yo voy por ella? ¿Qué términos quiere que use? Y le da y le da y le da con lo mismo. No se preocupe, papá. Yo voy por ella...

GASTÓN.— Muy bien. Seré más claro entonces. Ten cuidado con esa mafia. No serías el primero ni el último niño que cae atrapado por un grupo de vagos y viciosos... No te metas con ellos... No me interrumpas. Sé que no vas por ellos, pero no sería raro que de repente te tentaran con dinero o te hicieran vender alguna cosa robada que te comprometiera para siempre... No te olvides que lo que más cuesta es el primer delito.

(*Se para Patricio. Camina hacia la escalera y se detiene*).

PATRICIO.— Si es por eso, ya lo cometí. (*Transición*). ¿Me va a dar plata para ir al cine?

GASTÓN.— Sí... Toma. (*Le da un billete*). Aquí tienes el dinero que me pediste.

PATRICIO.— ¡Mil pesos!

GASTÓN.— Sí, mil pesos.

PATRICIO.— Pero con eso no me alcanza... Vale \$ 850 la entrada.

GASTÓN.— (*Después de reflexionar*). Bueno, toma quinientos más para que le compres pastillas. ¿Qué? ¿Te parece poco también!

PATRICIO.— Pero si le tengo que pagar la entrada.

GASTÓN.— ¡Cómo! ¿No la invitaste a la inglesa?

PATRICIO.— No. Yo invito a la chilena... Por favor, deme dos mil quinientos, ya.

GASTÓN.— Perdóname, pero no tengo más.

PATRICIO.— Pero ¿cómo no va a tener mil pesos más?

GASTÓN.— No los tengo.

PATRICIO.— Entonces no voy a poder ir...

GASTÓN.— ¿Y por qué no se paga ella su entrada? ¿No tiene plata?

PATRICIO.— ¡Cómo se le ocurre, papito!

GASTÓN.— Se me ocurre, porque tú eres estudiante, no trabajas, no ganas sueldo, es decir, trabajas como estudiante, pero dependes de mí y yo no tengo más que mi sueldo. Perdóname, Patricio. No sacas nada con enojarte, no hay más dinero. No es tacañería, te lo aseguro.

PATRICIO.— (*Amurrado*). Sí sí . . .

GASTÓN.— Tú eres un estudiante pobre; y vas a tener que seguir siéndolo; no tan pobre como yo, que tuve que trabajar para poder costearme mis estudios, pero pobre al fin . . .

PATRICIO.— ¿Yo podría hacer lo mismo, no cree . . . ?

GASTÓN.— ¿Trabajar?

PATRICIO.— Claro, trabajar . . .

GASTÓN.— ¿Y en qué?

PATRICIO.— En lo que sea, pero trabajar . . .

GASTÓN.— No tienes idea de lo que dices. Yo lo hice por necesidad. Mis padres murieron cuando yo era niño. No lo hice ni por romanticismo ni por orgullo.

PATRICIO.— Yo tampoco lo haré por orgullo sino por necesidad. Me siento mal pidiéndole plata. Además no tengo derecho a exigirle si usted no puede darme.

GASTÓN.— (*Ofendido*). Cualquier muchacho a tu edad se sentiría feliz de que le dieran mil quinientos pesos.

PATRICIO.— (*Duro*). Pero yo no . . . Ahí está la diferencia . . .

GASTÓN.— ¿Ves? Este es el resultado de tus "nuevas amistades".

PATRICIO.— Ellos no tienen nada que ver en esto.

GASTÓN.— Yo sé que ellos manejan dinero. ¿De dónde lo sacan? No lo sé; pero creo que tú nunca me habrías contestado así si no te hubieras empezado a juntar con ellos. No es muy bueno el cuadro después de una semana de frecuentarlos; peleas en el Liceo, insolencias. Martínez me dijo que tenías una actitud muy irónica en sus clases, actitud que antes no te conocía.

PATRICIO.— El señor Martínez le contó eso, además. (*Mientras coge sus útiles de la mesa con furia*). ¡No se puede tener confianza en nadie . . . ! (*Gastón se sienta preocupado. Entra Natacha*).

NATACHA.— Papito, le preparé un picarón gordo, gordo . . . ¡Uy de veras que era una sorpresa! ¡Sabe que más, papito! Estoy aburrída.

GASTÓN.— ¿Hizo sus tareas?

NATACHA.— Sí, las hice todas.

GASTÓN.— Muéstrémelas.

NATACHA.— No. Recién las terminé. Más rato. Todavía tengo que corregirlas.

GASTÓN.— Entonces ayúdeme a preparar mis clases. Páseme ese libro del estante. (*Natacha busca el libro*). Ese . . . (*Se lo pasa*).

NATACHA.— ¿Y Patricio?

GASTÓN.— Se enojó y se fue a su pieza.

NATACHA.— Está más creído. Todo porque sale con una chiquilla que se mueve así... y se peina así... *(Sofía entra en ese instante y alcanza a decir)*.

SOFÍA.— Patricio, prefieres secos... *(Al ver a Natacha en esa pose se detiene complacida)*. ¡Por Dios! ¡Qué vampiresal! Pero el otro peinado te queda mejor. Así, ¿ves? *(Le arregla el pelo)*. La blusa no te acompaña mucho, pero la nueva esa sí. A Gastón no le gusta? *(Gastón no responde)*. ¿Y Patricio?

NATACHA.— Se enojó y se fue a su pieza.

SOFÍA.— *(Réplica muda)*. Por Dios. *(A Natacha)*. Vaya a ayudarme a pasar los picarones. El almibar está listo. *(Sale Natacha y Sofía se dirige a la pieza de Patricio)*.

GASTÓN.— ¿Por qué no la desnudas mejor y la pones en la ventana a exhibirse?

SOFÍA.— No seas hipócrita. Tu hija es tan mujer como cualquiera chiquilla.

GASTÓN.— Es una niña aún. Si tú le fomentas estas cosas no sé adónde vamos a ir a parar...

SOFÍA.— ¿Quieres a los niños en conserva? Para qué. ¿Crees que es posible vivir apartado de todo el mundo? Nosotros no tenemos amigos, no recibimos a nadie y los niños no tienen con quién juntarse. ¿Crees que es posible vivir así? Nosotros, por último, nos hemos acostumbrado, pero los niños son niños. ¿Qué te dijo Martínez?

GASTÓN.— Me echó toda la culpa a mí.

SOFÍA.— Pero, ¿por qué te mandó a llamar? Porque por lo de la pelea me llamaron a mí.

GASTÓN.— Quería que conversáramos. *(Le cuesta confidenciar con su mujer)*... Me contó... Estuvieron conversando el otro día. Patricio se quejó amargamente de mí. Jamás me lo habría imaginado.

SOFÍA.— ¿Se quejó y por qué?!!!

GASTÓN.— Te acuerdas el otro día cuando lo encontré en el Wurlitzer. Bueno, le dije únicamente: "vamos, Patricio", pero él se quejó de que le había humillado, que yo no tenía ningún respeto por su personalidad, que yo era un tirano y un arbitrario, que lo obligaba a pedirme permiso para todo como si fuera un niño irresponsable...

SOFÍA.— En eso tiene razón... Yo te lo advertí.

GASTÓN.— Claro, tú también... Toda la culpa es de la tropa de ociosos que se junta en esa fuente de soda... Ahora mismo me amenazó con trabajar...

SOFÍA.— Trabajar. ¿Y en qué?

GASTÓN.— No sé. Dijo trabajar simplemente. Dice que necesita dinero...

SOFÍA.— Pero tú le das todos los meses para sus gastos...

- GASTÓN.— Pero ahora no le alcanza. No puedo darle más. No soy millonario.
- SOFÍA.— Sueña con invitar a tomar onces a la chiquilla y llevarla al cine.
- GASTÓN.— Yo no le puedo dar para eso. Un niño no tiene por qué incurrir en esa clase de gastos. ¡Qué se busque otra chiquilla! No me gusta esa...
- SOFÍA.— Es joven y está enamorado.
- GASTÓN.— Si empieza ahora con esas exigencias no sé adónde va a ir a parar. Tú deberías decirse lo y no malcriarlo.
- SOFÍA.— Encuentro tan justo que quiera eso. Lo malo es que nosotros no se lo podemos dar.
- GASTÓN.— ... (Pausa). Tenemos un hijo grande. Me parece increíble... Y ya no puedo darle lo mínimo. Después vendrán las exigencias de Natacha. No... El que tiene que trabajar más soy yo...
- SOFÍA.— Pero tú tienes horario completo...
- GASTÓN.— Sí, pero puedo hacer clases en un Liceo Nocturno. Empezaré a buscar mañana mismo... No me queda más remedio... (Amargado). Pensar que vinimos por dos años a vivir a esta población, para después irnos a un lugar donde los niños pudieran tener mejores relaciones, otro ambiente y aquí nos hemos quedado... Me da mucha tristeza... Me gustaría tenerles una linda casa... Yo me siento joven... Tú eres joven...
- SOFÍA.— Siempre soñamos con tener hijos grandes...
- GASTÓN.— Sí, pero no tan pronto... Te confieso que estoy humillado por no poder solucionarle los problemas a mi hijo. Veo que se aleja de mí. Ya no tiene la misma confianza de antes en mí.
- SOFÍA.— Es un buen niño. Lo mejor será que lo dejes que afronte solo sus problemas. Ahora está enamorado y siempre los muchachos se ponen más impacientes y más celosos de su dignidad. (Cariñosa). Ahora voy a llamarlo para que tomemos onces y nada de pelear. Esta casa es muy chica para que cada uno viva metido en una pieza. (Pausa). Esta casa también es bonita, Gastón.
- GASTÓN.— Quisiera que nos fuéramos lejos, muy lejos...
- SOFÍA.— A mí también me gustaría, pero no tenemos dinero.
- GASTÓN.— Dinero... Me dan ganas de mandarlo todo al diablo y ponerme yo también a ganar dinero, como sea, pero ganar hartito... Estoy cansado de esta vida miserable...
- SOFÍA.— No seas mal agradecido... No somos ricos, pero no nos falta nada...
- GASTÓN.— Lo que más me desespera es el ambiente que nos rodea.
- SOFÍA.— ¿Sabe dónde hay otro mejor?
- GASTÓN.— Sí. Sé... (Vencido). Tienes razón. Maldita realidad...
- SOFÍA.— Viejo gruñón... (Sube Sofía al cuarto de Patricio).

GASTÓN.— En fin. Qué diablos. Lo mejor será que prepare mis clases... *(Pausa. Toma un libro, vuelve a sentarse)*. Viejo gruñón. No me gustó nada el chiste, pero a lo mejor es cierto... Voy a cambiar. *(Ensayo una sonrisa. Termina cuando baja Sofía y dice)*. Estoy ensayando una sonrisa, ¿te gusta?

SOFÍA.— Magnífica...

GASTÓN.— Espero que a Patricio también le guste.

SOFÍA.— Estaba en la cama, amurrado. Lo convencí de que se arreglara y fuera al cine...

GASTÓN.— *(La mira y la acusa)*. Tú le diste los mil pesos que quería.

SOFÍA.— Sí...

GASTÓN.— ¿No me dijiste que no tenías sino dos mil pesos, Sofía? Te faltará después... No te das cuenta. Me dejaste ante él como un tacaño... Si no se los di era porque no se los podía dar...

SOFÍA.— Sí. Pero falta poco para el pago. No te preocupes, yo me las arreglaré.

GASTÓN.— Te los tiene que entregar. Yo no aceptaré este jueguito... Aquí se dice una cosa y se hace. No te acepto que me dejes de mentiroso ante Patricio.

Si le dije que no se le podía dar más, era porque no se le podía dar más y basta.

SOFÍA.— Haz lo que quieras, pero no te quejes después de la conducta de Patricio.

GASTÓN.— Si tú te niegas a ayudarme tendré que hacerlo solo. *(Sale Sofía en los momentos que baja Patricio anudándose la corbata)*.

PATRICIO.— *(Aparenta despreocupación para no franquearse con Gastón)*. Este bigote me tiene preocupado. No sé si es rubio o moreno. Más bien creo que es rubio, ¿no cree, papá? Si no se notaría.

GASTÓN.— ¿Vas a ir al cine?

PATRICIO.— Sí.

GASTÓN.— ¿No dijiste que no te alcanzaba la plata?

PATRICIO.— Cambié de idea.

GASTÓN.— ¿Y por qué?

PATRICIO.— Prefiero no decirselo...

GASTÓN.— Yo ya lo sé.

PATRICIO.— Mejor, entonces.

GASTÓN.— Te parece muy bonito.

PATRICIO.— No lo he pensado. Lo único que sé es que en media hora más me espera una amiga a la que invité al cine.

GASTÓN.— Pero tú sabes que esos mil pesos que te dio tu mamá le harán falta para los gastos de la casa.

PATRICIO.— Papá. ¿Usted quiere crearme problemas de conciencia?

GASTÓN.— Sí. *(Se para)*.

PATRICIO.— Pues sepa que no los tengo. Haría cualquier cosa por ir a buscar

a la Lucy. Estando con ella me siento liberado de todo y no me importa nada de nada.

GASTÓN.— Pero a mí sí que me importa... Te agradeceré, que le devuelvas a tu mamá los mil pesos que te dio. Sólo podemos darte mil quinientos.

PATRICIO.— ¿Y qué pasa si no quiero devolvérselos?

GASTÓN.— Te lo exijo.

PATRICIO.— (*Iracundo*). Esto es una injusticia. Usted no tiene derecho a presionarme así...

GASTÓN.— Sería bueno que te dieras cuenta que junto a tus derechos existen deberes y si tú no eres capaz de comprenderlo por ti mismo yo te lo enseñaré.

PATRICIO.— ¿Y, cómo?!!!

GASTÓN.— Obligándote a devolver esos mil pesos...

PATRICIO.— (*Llamando*). Mamá, venga por favor... (*Entra Sofía trayendo una bandeja*).

SOFÍA.— Ya te voy a servir. ¿Estás listo?

PATRICIO.— Tome sus mil pesos. Mi papá me obliga a devolvérselos. (*Herido*).

Por favor no vaya a decirme de nuevo que él me quiere y se preocupa por mí. Usted sabe que lo único que recibo de él son humillaciones... Permiso.

(*Parte a su pieza*).

GASTÓN.— ¿A dónde vas?

PATRICIO.— A mi pieza.

GASTÓN.— Tienes que tomar onces.

PATRICIO.— No quiero.

GASTÓN.— De todos modos te sientas a la mesa. La vida familiar se hace aquí en torno a la mesa y no cada uno metido en su pieza.

PATRICIO.— (*Insolente*). ¿Y usted cree que es muy bonito escucharle pontificar aquí, en su mesa, sobre lo bueno y lo malo?

GASTÓN.— Soy el dueño de casa. Y ya que hablas tanto de derechos, supongo que lo entenderás.

PATRICIO.— (*Despectivo*). Muy bien. Sirvan pronto, entonces.

SOFÍA.— Por favor, Patricio, no es manera. Cállate.

PATRICIO.— Me callaré y no hablaré más. (*Sale Sofía. Pausa tensa*).

GASTÓN.— ¿Por qué me obligas a portarme así contigo? A mí también me duele, no creas.

PATRICIO.— (*Haciendo desesperado esfuerzo por contener las lágrimas*). Yo no quería bajar. La mamá me convenció.

GASTÓN.— ¿Qué quieres decir con eso?

PATRICIO.— Nada.

GASTÓN.— ¿Por qué no quieres entrar en razón?

PATRICIO.— ¿Te has propuesto exasperarme?

GASTÓN.— No.

PATRICIO.— ¿No?

GASTÓN.— Nada, no, no sé. ¿No tienes otras palabras en tu vocabulario?

PATRICIO.— Para qué voy a usar otras palabras cuando usted encuentra malo todo lo que yo hago.

GASTÓN.— (*Pausa*). Patricio, no te cierres, discutamos esto. No quiero que lo interpretes simplemente como golpe de autoridad.

PATRICIO.— Yo prefiero no discutirlo.

GASTÓN.— Tu eres inteligente, Patricio, pero no tan inteligente como para que puedas prescindir de todo el mundo. ¿Qué quieres? ¿Qué te suplique? ¿Qué te dé carta blanca para que seas insolente y hagas lo que a ti se te antoje? Perdóname, pero no puedo, soy tu padre, tengo obligaciones para contigo y por encima de todo te quiero mucho.

PATRICIO.— (*Con lágrimas, rabia e impotencia*). Comamos, entonces, luego. Después se hará muy tarde; a la hora de comida tendremos que sentarnos de nuevo. (*Golpeando la mesa*). La vida familiar se hace aquí en la mesa.

GASTÓN.— Me dan ganas de darte una pateadura. (*Entra Natacha con dos platos humeantes*).

NATACHA.— Para el señor, para la señorita. (*Entra Sofía*).

SOFÍA.— (*A Gastón*). Te eché sólo tres. Si quieres más después te sirvo.

PATRICIO.— (*Sin comer*). ¿Y su plato mamá?

SOFÍA.— Yo ya comí, gracias.

PATRICIO.— Traiga su plato. Cuando la familia no come junto la cosa anda mal.

GASTÓN.— ¡Están exquisitos! ¡De chuparse los bigotes! (*Patricio no se da por aludido*). ¡Mucho mejor que los que ahora hacen en las máquinas! ¿Se acuerdan cuando íbamos a las Cachás Grandes a comer picarones y sopaipillas? (*Pausa*). Nos cambiaremos de casa. Mañana mismo empezaré a buscar una casa con patio. Necesito un parrón, un árbol... Ustedes no saben lo hermoso que es tener un árbol de tronco grueso donde arrimarse. (*Nostálgico*). Ahora todos los parques están infectados de árboles delgaduchos e improvisados, sin raíces profundas... como los que hay en la Alameda.

PATRICIO.— Yo la Alameda siempre la he conocido así.

GASTÓN.— (*Después de un silencio*). El próximo año irás a la Universidad y bueno... yo necesito un patio... Me gustaría hacer un horno en el patio, de barro, para hacer empanadas. Tienen un gusto tan rico y especial las empanadas hechas en horno de barro. ¿Qué te parecería Patricio si lo hiciéramos entre los dos?

NATACHA.— Con lo bueno que es usted para hacer barro. Ya me imagino. Se lo

llevaría peleando y el horno no saldría ni para el día del juicio. Tenga cuidado, papito, porque éste es capacito de hacerle adobes con piedras.

GASTÓN.— Y a ti, que hablas tanto, te voy a comprar semillas de flores para que te preocupes del jardín... También te compraré una manguera para que lo puedas regar.

NATACHA.— *(Con rabia)*. Claro. Y cómprame también un chuzo y una pala para enterrarme. *(Patricio lanza una atrevida carcajada, se atraganta y al sacar el pañuelo se encuentra con la plata que se le cae al suelo. Es el billete que le entregó el Nene)*.

GASTÓN.— Usted se funde y se pone insolente. *(Entretanto Patricio mantiene el pañuelo en la mano y mira el billete. Todos miran el billete)*. ¿De dónde sacaste ese dinero? *(Patricio se queda pensativo y no le contesta. En ese momento se enciende la máquina Wurlitzer)*.

PATRICIO.— *(Se levanta)*. Permiso. Voy a dar una vuelta. *(Sale lentamente y cierra la puerta. Mientras la familia atónita lo contempla sin moverse y se corre el telón lentamente)*.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

CUADRO PRIMERO

ESCENARIO: FUENTE DE SODA DE BARRIO.

ENTRE EL PRIMERO Y SEGUNDO ACTO HAN TRANSCURRIDO SEIS MESES APROXIMADAMENTE

Al abrirse el telón se escuchan los últimos compases de un disco que suena en la máquina "Wurlitzer". Junto a ella el Nene. En un extremo Aulio, sentado, tomando una pilsener y hojeando un libro. Irma detrás del mostrador recortando unas revistas de cine.

NENE.— ¿Y cuándo van a cambiar los discos? Hace más de un mes que escucho las mismas porquerías.

IRMA.— La Lucy tiene que ir a comprar discos nuevos.

AULIO.— Pero como ahora está tan entusiasmada con Patricio no hay esperanzas. No lo deja ni a sol ni a sombra.

NENE.— Ya me estoy cabriendo. No saco nada con venir aquí... La Lucy ahora está más esquivada que un gato.

IRMA.— Si estás celoso, ándate. Total tú tienes motoneta y puedes ir donde se te antoje.

NENE.— Pero no solo.

AULIO.— Entonces espera callado. Patricio ya debe estar por llegar. ¿Le fuiste a dejar el paquete que te encargó?

NENE.— Sí, oh. ¿Vamos a dar una vuelta en moto Aulio?

AULIO.— No puedo, tengo que hablar con Patricio. Anda al gimnasio a buscar a alguien.

NENE.— Esos gallos lo único que quieren es llevárselo en puro entrenamiento todo el día. Si lo que yo quiero es pasarlo bien, pero aquí el único que se divierte es el Patricio.

AULIO.— ¿Tú crees que yo no? Lo paso del uno.

IRMA.— Inventen alguna entretención. Yo ahora estoy dedicada a hacer un álbum con fotografías de Alain Delon.

NENE.— ¿Y para qué haces eso?

IRMA.— Para conocerlo en todas sus poses. Ven. Mira esta foto. ¿Se ve churro no es cierto? (*Mostrándole el álbum*) Aquí está la sección amores... La sección íntima. Me encanta la intimidad de los artistas. Te imaginas, conocer uno y poder hablarle de su vida privada, contarle que uno sabe por qué tiene pecas, por qué es tan atrayente... Tú sabes que Alain también hace ejercicios, como tú, todas las mañanas.

NENE.— (*Mirando el álbum*) Si. Tiene pinta de atleta. Tú sabes que cuando uno hace mucho ejercicio se le endurecen los músculos y el cuerpo empieza a deformarse.

AULIO.— Sabes que más, Nene. En diez años más, tú vas a ser un guatón.

NENE.— Buena, pitoniso. Y tú ¿cómo vas a ser?

AULIO.— ¿Yo? Según este libro de horóscopos voy a ser un caballero... Empleado de una importante firma y a lo mejor padre de familia.

NENE.— ¿Y con esa cara?

AULIO.— (*Picado*) Con esta. ¿Con qué otra podría serlo?

IRMA.— Y yo Aulio. ¿Qué me pronosticas para diez años más?

AULIO.— Según los astros tú eres... eres fea.

IRMA.— No, soy Escorpión.

AULIO.— (*Revisa el libro*) ¡Ah! Los escorpiones son seres estables. Estarás detrás de ese mismo mostrador.

IRMA.— ¡Pero cómo! No puede ser, mira bien.

AULIO.— ¿Qué? ¿Tienes algún proyecto? Te echaron del liceo por floja; no sabes trabajar en nada. ¿Qué otro porvenir quieres para tí? ¿O piensas casarte?

IRMA.— ¿Casarme? ¡Estás loco! ¿Para ser empleada toda la vida, como mi mamá?

NENE.— ¿No dijiste que tu mamá trabajaba en una fábrica de tejidos?

IRMA.— Sí, pero después del trabajo tiene que llegar a hacer las cosas de la casa y servir a mi papá, ¿para qué? Para que la rete, la insulte y hasta le pega. ¡No pienso! Si al menos le diera plata... se la toma toda.

AULIO.— ¿Y tú por qué no le ayudas a tu mamá?

IRMA.— No me gusta estar en la casa. Prefiero estar aquí. Cuando estoy en la casa me retan por todo. Prefiero que me insulten en la noche cuando llego.

IRMA.— ¿Casarme? ¡Estás loco! ¿Para ser empleada toda la vida, como mi mamá? como la tuya: bonita.

NENE.— Yo en tu caso no. No sufriría... No sé... Me gustaría tener una casa.

IRMA.— Pero el Departamento donde ustedes viven es bien bonito.

NENE.— Sí pero no es mío.

IRMA.— Da lo mismo. Es de tu mamá y ella a ti te da de todo. Si yo tuviera una casa como la tuya no tendría necesidad de venir aquí... Yo encuentro la vida de ustedes tan bonita...

NENE.— (*Dramático*) No sabes lo que dices. (*Pausa*) Yo no puedo llegar a cualquier hora a la casa... Mi mamá tiene un amigo y yo nunca sé lo que están haciendo. Nunca la he pillado en nada, pero me da miedo llegar un día y... No sé qué haría.

IRMA.— ¿Y por qué no se casa? Oportunidades no deben faltarle. Se ve bien joven y bonita.

NENE.— Pero está vieja.

IRMA.— ¿Y cómo es el amigo de tu mamá? Yo no lo he visto nunca.

NENE.— Yo no lo miro, no tengo idea.

AULIO.— (*Mordaz*) ¿Pero él te regaló la motoneta?

NENE.— Nooooo!!!! Me la regaló mi mamá.

IRMA.— ¿Y qué piensas hacer?

NENE.— Si esto sigue tan fome me voy a meter a un club.

AULIO.— Hache, hache (*Todos fijan la mirada en la entrada. Aparece Gastón muy abatido, pero conservando su dignidad. Lo mira todo con mucha atención y lentamente se acerca al mostrador.*)

GASTÓN.— ¿No hay nadie quién atienda?

IRMA.— A mí me dejaron cuidando. La Lucy no está y don Domingo salió.

GASTÓN.— ¿Y la madre de la Lucy?

IRMA.— Está en cama enferma. No se puede levantar.

GASTÓN.— ¿Qué le pasa? Quiero hablar con ella.

IRMA.— No se puede. Está durmiendo. ¿Qué se le ofrece?

GASTÓN.— ¿Patricio no ha venido?

IRMA.— No. No lo he visto (*Gastón mira inquisitivo a los muchachos y éstos bajan la vista. De pronto entra Ricardo con su clásica maleta y se encuentra a boca de jarro con Gastón. Este lo mira fijamente hasta que consigue que baje la vista.*)

GASTÓN.— ¿Y Patricio? ¿Dónde está Patricio?

RICARDO.— ¡Qué sé yo! No lo he visto...

GASTÓN.— Usted es el jefe de la banda, tiene que saberlo.

RICARDO.— No lo he visto. No tengo nada que ver con él... y se lo he dicho varias veces. Sería bueno que se dejara de molestarme. Si tiene algo que arreglar con su hijo, arréglole con él... El es bastante grandecito... Ya está bueno que... Se lo pasan jugando a las escondidas.

GASTÓN.— Insolente... Pero te lo advierto por última vez... Si Patricio sigue vendiendo contrabando con ustedes, los voy a denunciar y los voy a secar en la cárcel a todos, ¿me entendiste?

RICARDO.— Sí, le entendí. Ahora déjeme tranquilo.

GASTÓN.— Y dile a Patricio que hoy recibí una nueva comunicación del Liceo y que si no va a clases lo van a expulsar...

RICARDO.— Yo no soy mensajero de nadie...

GASTÓN.— Infeliz... (*Sale*).

RICARDO.— ¡Por la chupalla! ¡Hasta cuándo!

AULIO.— Hay que estar preparado para cualquier sorpresa... De repente va a terminar por denunciarnos.

RICARDO.— Estás loco... Ese gallo es pura pinta. ¿Qué se va a atrever? (*Pausa*)

A mí lo único que me tranquiliza es que cualquier cosa que haga en contra mía la tendrá que hacer también contra su hijo.

NENE.— ¿Y por qué no te desembarazas de una vez por todas de Patricio y trabajamos como antes? Nosotros con el Aulio te ayudamos, le ponemos harto empeño y te dejás de andar con el alma en un hilo.

RICARDO.— Pero ustedes, si trabajaran las veinticuatro horas del día no alcanzarían a vender ni la mitad de lo que vende Patricio. A mí me lleva alcanzado, y eso que yo tengo clientela antigua. ¿Tú crees que si no fuera por eso yo iba a aguantar todo este lío? El día menos pensado caemos en "cana" y liquidados para siempre (*En ese momento llega Natacha corriendo. Viene con uniforme*).

NATACHA.— ¡Hola! Tuve que esperar que mi papá se fuera a hacer clases al liceo nocturno; siempre me da un miedo tan grande de que vuelva.

RICARDO.— ¿Y a dónde fue?

NATACHA.— A hacer clases al liceo nocturno.

IRMA.— ¿Tiene clases todos los días? ¿En qué liceo nocturno dijiste que trabajaba?

NATACHA.— Ni me acuerdo.

IRMA.— ¿Pero hace clases todos los días...?

NATACHA.— Yo creo que sí, pero no estoy segura. Unas veces llega más tarde, otras más temprano. Y anda tan raro. ¿Ustedes lo vieron? No habla con nadie. Pero si me llega a pillar... No, prefiero ni pensarlo. (*A Ricardo*) ¿Llegaste hace mucho rato? Te estaba mirando desde la ventana. No te vi entrar.

RICARDO.— Llegué recién.

NATACHA.— ¿Y Patricio?

IRMA.— No se ha visto. Parece que los dos pajaritos se echaron a volar.

RICARDO.— ¿Y la Lucy también?

IRMA.— También. Salieron en la mañana, parece, porque la Lucy no vino a almorzar.

NATACHA.— Y Patricio tampoco. Salió en la mañana para el liceo.

RICARDO.— ¿Para el liceo? ¿Todavía hace la comedia? (*Inquieto*) ¿Y dónde estarán metidos? No me gusta nada esto. La Lucy debería estar aquí.

NATACHA.— ¿Y a ti qué te importa?

RICARDO.— ¡Buena, oh! ¡Esto sí que es lindo! No puedo preguntar ahora por la Lucy sin que te enojés.

NATACHA.— A ti te interesa más ella que yo.

RICARDO.— No se ponga cargante pues mijita; no ve que me tengo que preocupar por el negocio.

- NATACHA.— ¿Y por qué?
- RICARDO.— Porque el negocio es mío. Bueno, ya; no me voy a preocupar más, que todo ande al soberano lote. *(Seductor)* Vamos a dar una vuelta.
- NATACHA.— No, no puedo.
- RICARDO.— ¿No me dijiste que hoy íbamos a salir?
- NATACHA.— No me atrevo. Mi mamá anda como ánima en pena. En mi casa falta el puro muerto para que el funeral sea completo.
- RICARDO.— Sí, pero a tu mamá la puedes convencer.
- NATACHA.— Sí, pero no quiero alejarme de la casa. Espérate mejor. Salgamos otro día con más tranquilidad. Yo también ando espirituada, no sé por qué.
- RICARDO.— ¡Y yo pago el pato! Te pones celosa hasta de las moscas... Vamos no más. Hagamos la grande. Cómo el Patricio y la Lucy no se preocupan de nada; tú ves, salieron en la mañana y todavía no llegan. Quizás a qué hora van a llegar.
- IRMA.— ¿No se habrán fugado? ¡Me tinca!
- NATACHA.— ¿Qué dices?
- IRMA.— A lo mejor se han escapado como en las películas. ¿Te imaginas? A lo mejor están en Montecarlo.
- NENE.— No sería raro.
- AULIO.— Patricio no es de esos. Si quiere arrancarse se va a despedir de todos.
- RICARDO.— Eso sería la ruina.
- NENE.— Vamos a buscarlo.
- RICARDO.— ¿Y dónde?
- NENE.— ¿Qué barrio le tocaba a Patricio?
- IRMA.— ¿Tú crees que la Lucy lo va a acompañar a trabajar? Es más floja.
- RICARDO.— Además a esta hora no deben estar precisamente trabajando. Lo mejor sería esperarlos aquí.
- NATACHA.— A ti lo único que te interesa es el negocio, y a mí me dejas botada.
- RICARDO.— ¿Y tú no? Hace un mes que me vienes tramitando. Y no salimos nunca.
- NATACHA.— Sí, pero yo no tengo la culpa.
- RICARDO.— La tengo yo. ¿No es cierto? Apuesto que si salgo solo te indignas.
- NATACHA.— Haz lo que quieras. Para eso vengo aquí, para pelear. *(Pausa)* Aulio, sácame la suerte, ¿quieres? A ver qué suerte me espera mañana.
- AULIO.— ¿Tú eres Piscis?
- NATACHA.— Sí.
- AULIO.— Déjame ver *(Busca en su librito. Todos están en aburrida quietud cuando aparecen Patricio y Lucy. Patricio trae un maletín, ha perdido su timidez y se ve más decidido, en todo caso guarda los modales y las actitudes de su casa. Vienen abrazados).*

PATRICIO.— (*Eufórico*) ¡Salve! traigo el mundo en mis brazos (*Le da un beso en la cara*).

LUCY.— Y yo al infierno.

IRMA.— ¿En la enagua roja?

LUCY.— (*Mirándose el borde de la falda*) ¡Vaya! ¡Se me nota! Después te cuento. Ando buscando novio.

AULIO.— ¿No te basta un novio?

LUCY.— Patricio, no es mi novio, es mi amante. (*Lo suelta y se va junto al mostrador*) ¿Qué tal Irma? ¿Y el viejo de mi padre?

IRMA.— Salió furioso.

LUCY.— Me lo imaginaba. ¿Y mi mamá, duerme?

IRMA.— Sí, no ha llamado.

LUCY.— Menos mal. Entonces todo está en orden. Voy a verla (*Sale*).

PATRICIO.— Pero qué les pasa, hombre. Anímense.

NATACHA.— ¿Por qué no fuiste a almorzar?

PATRICIO.— Mi dulce hermanita. (*Serio*) ¿Ninguna novedad? ¿Cómo está mi mamá?

NATACHA.— Te esperó hasta las cuatro con el almuerzo.

PATRICIO.— Tiempo habrá para las disculpas. En este momento no hay en mi alma lugar para el arrepentimiento. Y ¿dónde está mi amada?

IRMA.— Ya viene. (*Llamando a Lucy*) Lucy, el Patricio dice que te apures. (*A Patricio*) A ti te dieron cuerda, parece.

PATRICIO.— Toda la cuerda. Dile a la Lucy que se apure. (*En ese momento aparece Lucy con el ceño nublado*).

LUCY.— ¿Qué tanto apuro con la Lucy?

PATRICIO.— No quiero que te apartes de mi vista ni un solo instante. (*A Ricardo*) ¿Y tú por qué estás con la cara tan larga?

RICARDO.— Claro, tú lo pasas bien y nosotros tenemos que reírnos. Te desapareces y nadie sabe dónde encontrarte.

PATRICIO.— Me atrasé media hora. ¿Qué tiene? Toma, aquí tienes trescientos escudos. Arreglemos las cuentas. (*Adopta un serio y frío aire de comerciante*) ¿Tienes ahí el cuaderno de cuentas? (*Lucy le empieza a hacer rulos en la cabeza con el dedo*) Déjame.

LUCY.— ¿Qué te pasa?

PATRICIO.— Nada. Tengo que liquidar esto.

LUCY.— (*A Ricardo*) ¿Tú te enojas si te hago rulitos?

NATACHA.— Pero yo sí.

PATRICIO.— No molesten. (*A Lucy*) Toma, aquí tienes el libro de quiromancia que compramos. Estudia un poco con la Natacha y la Irma. Después me sacas la suerte. (*Con desgano Lucy toma el libro y se va al mostrador seguida por*

Natacha. Desde el interior se escucha una voz que llama a Lucy insistente-mente. Es la madre. Lucy sale al instante. Pausa larga. Al Nene) ¿Fuiste a dejar el paquete?

NENE.— Sí.

PATRICIO.— ¿Qué dijeron?

NENE.— No estaba la señora.

PATRICIO.— ¿A qué hora fuiste?

NENE.— Como a las once.

PATRICIO.— Te dije que fueras antes de las diez, porque después salía. Vas a tener que ir mañana de nuevo. *(A Aulio) ¿Y a ti, como te fue?*

AULIO.— Lo vendí todo.

PATRICIO.— ¿Y cobraste?

AULIO.— Sí, me falta muy poco.

PATRICIO.— *(Sacando una libreta)* A ver, Aulio... debes E° 85 menos el 15%.

RICARDO.— ¿Por qué le das el quince por ciento de comisión?

PATRICIO.— Es lo que me corresponde a mí, ¿no es cierto?

RICARDO.— Lo estás acostumbrando mal.

PATRICIO.— Ese es asunto mío... Veamos si las cuentas coinciden. *(Examinando el cuaderno de Ricardo)* ¡Eres un desordenado...! Nunca aprenderás.

RICARDO.— Es que yo no tengo mentalidad de gerente como tú.

PATRICIO.— ¿Y cuándo va a haber más mercaderías?

RICARDO.— No sé. No sé qué espera don Domingo para salir.

PATRICIO.— Tú tienes que insistirle. Yo prefiero no meterme. Dile que si sigue haciendo las cosas al lote nosotros nos vamos a encargar de comprar las mercaderías. ¿Has sabido algo del viaje a Mendoza?

RICARDO.— El amigo de mi papá dice que cuando queramos él nos ayuda a pasar cosas.

PATRICIO.— Hay que calcular bien si conviene o no. Mañana lo haremos *(Se para)*.

RICARDO.— Vino tu papá y amenazó de nuevo.

PATRICIO.— No te preocupes. Ese es asunto mío...

RICARDO.— Pero mío también y de todos, ¿no crees?

PATRICIO.— No me echas a perder la tarde *(En ese momento entra a escena la madre de Lucy. Es una mujer joven con el pelo a medio teñir. Viene borracha, en bata y despeinada. Lucy trata de retenerla, pero ella le da un tirón y se zafa)*.

LA MADRE.— ¿Dónde está Domingo? Quiero hablar con tu padre. Le voy a decir cuatro frescas. *(A los muchachos que miran estupefactos)* ¿Y ustedes qué hacen aquí? ¡Mándense cambiar; degenerados! ¡Todos ustedes son unos degenerados! Por culpa de ustedes la Lucy me deja sola, todos me dejan sola.

LUCY.— Vamos, mamá.

LA MADRE.— ¿Qué me vienes a hablar tú? Tú también me dejas sola y yo te quiero tanto . . .

LUCY.— Ya, mamá. Venga . . . Vamos . . . Vaya a acostarse . . . Vamos a su pieza . . . *(Sale Lucy con su madre. Nadie atina a decir nada. Hay un largo silencio).*

PATRICIO.— *(Tratando de sobreponerse)* Irma, pon bebidas y ustedes pidan lo que quieran . . . *(Nadie se mueve hasta que aparece Lucy de nuevo. Está muy tensa. Patricio se le acerca sin tener qué decirle y le toma suavemente la mano).*

LUCY.— Déjame *(A Irma)* Bailemos mejor. Pásame fichas, Irma.

PATRICIO.— Lucy . . .

LUCY.— Anda acostumbrándote. *(Patricio queda paralogizado. Lucy le habla al Wurlitzer mientras pone las fichas)* Vamos, levanta tu brazo, cae lentamente sobre el disco y acarícialo hasta el fin. *(Le da un calambre en la mano)* ¡Chupallas! Esta porquería otra vez.

PATRICIO.— Pero ¿qué te pasa?

LUCY.— Un calambre. Mira como se me aprietan los nervios, mira.

IRMA.— Hazte tres cruces con la mano del corazón y se te quita.

LUCY.— *(A Patricio)* ¿Es lindo verdad? Se me ocurre que de repente va a estallar y va a salir algo tan horrible de adentro. Aquí está todo lo que tengo guardado. *(Empieza a sonar la música y Lucy se entrega a ella con frenesí neurótico. Al principio Lucy baila sola, pero después todos van tomando el ritmo mecánicamente. Patricio la sigue en el baile con mucha pericia, pero cuando trata de retenerla ella se le escapa)* Ojo, en este momento soy una mujer pública.

PATRICIO.— Cállate. *(Patricio deja de bailar y se va a un extremo mientras todos siguen bailando. Lucy coquetea especialmente con Ricardo y el Nene).*

LUCY.— *(Cuando termina el disco)* Ahora sí que estoy contenta *(Sigue poseída por el ritmo).*

NATACHA.— *(A Ricardo)* ¿Qué te dijo la Lucy al oído?

RICARDO.— Que quería salir conmigo, como tú no sales nunca . . .

NATACHA.— *(A Lucy)* Eres una fresca.

LUCY.— Para qué te enojas. ¿Por qué no haces lo mismo?

NATACHA.— ¿Con Patricio?

LUCY.— Con cualquiera.

NATACHA.— ¿No te da vergüenza?

LUCY.— ¡Nol Ven Nene, te voy a sacar la suerte. Ven aquí para que no nos escuche nadie.

- NENE.— ¿Te llevo a dar una vuelta en moto? Hace tiempo que no salimos.
- LUCY.— ¡Goloso!
- NENE.— ¿Y cuál es la suerte?
- LUCY.— Lo voy a pensar. *(Se dirige al extremo en donde está Patricio. Junto a él)*. Te quiero tanto, creo que no podría querer a nadie sino a ti. No te enojés conmigo, ¿quieres? Habla... no te quedes callado.
- PATRICIO.— *(Después de un silencio largo, sin mirarla)*. Vámonos de aquí. Vámonos ahora mismo. No te quiero ver más aquí.
- LUCY.— Pero ésta es mi casa. No podría vivir si no tuviera todo esto.
- PATRICIO.— ¿Para qué mientes? ¿A quién tratas de engañar? ¿A mí? Muchas gracias.
- LUCY.— No te pongas así, no lo soporto.
- PATRICIO.— *(Pausa)*. Lucy, no echemos a perder esto. Soy tan feliz cuando te tengo junto a mí, pero quiero tenerte para mí sólo.
- LUCY.— Eso no es posible.
- PATRICIO.— ¿Por qué no? No tengas miedo, ahora estamos los dos.
- LUCY.— No. No estamos los dos únicamente. ¿Viste a mi mamá? ... Ella también me quiere con mucha sinceridad. Y no tiene a nadie más que a mí...
- PATRICIO.— Yo no tenía la menor idea!!!
- LUCY.— Es mejor que no te hagas ilusiones conmigo. No soy yo la que voy a volar contigo.
- PATRICIO.— Dejemos todo esto y vámonos. Yo trabajaré más, dejaré de estudiar y nos casaremos. Yo también te necesito y sólo puedo estar junto a ti... ¿Vámonos?
- LUCY.— *(Trágica)*. ¿Y a dónde? ¿A la luna? *(Evocando mientras le corren las lágrimas)*. Partiríamos en una cápsula hermética lanzados por un gran cohete. ¿Está bien así?
- PATRICIO.— Y ascenderíamos felices... Lentamente iríamos perdiendo peso hasta flotar en el infinito...
- LUCY.— ¿Podríamos ir abrazados?
- PATRICIO.— Sí.
- LUCY.— ¿Y cuándo perdiéramos peso y flotáramos?
- PATRICIO.— También... Eso depende de nosotros.
- LUCY.— ¿Y no regresaríamos nunca?
- PATRICIO.— Nunca.
- LUCY.— Dicen que allá el tiempo es más largo... *(Pausa larga, se quedan suspendidos. Después entra Domingo y se va directamente a Lucy)*.
- DOMINGO.— ¿Dónde estuviste metida todo el día? ¿Qué no sabes que tienes que cuidar a tu madre? Partiste para adentro.

PATRICIO.— No la trate así.

DOMINGO.— Y qué me vienes a dar órdenes tú.

LUCY.— No, Patricio.

RICARDO.— ¿Qué diablos les pasa?

PATRICIO.— Déjame, no te metas en esto.

NATACHA.— Cuidado Patricio, vámonos a la casa.

DOMINGO.— Por no sacarte a patadas de aquí ... mándate a cambiar.

PATRICIO.— Atrévase a echarme.

DOMINGO.— ¿Qué no? *(Le da una cachetada. Hay un pugilato en el que tratan de sujetar a Patricio. Entre tanto Domingo se ha ido detrás del mostrador).*

PATRICIO.— ¡Maletero! Salga a pelear aquí si es hombre.

DOMINGO.— Seguramente tú me vas a enseñar.

PATRICIO.— Claro que le voy a enseñar.

RICARDO.— Cálmate, Patricio.

PATRICIO.— Suéltame si no quieres que me desquite contigo.

RICARDO.— No, conmigo no, cabrito.

PATRICIO.— *(Amatonado).* ¿Crees que a ti no te puedo pegar?

RICARDO.— Buena, te "añiñas" conmigo y yo no te he hecho nada.

DOMINGO.— ¡Pégale de una vez por todas Ricardo y que se mande cambiar. El día menos pensado el padre nos va a denunciar y allí te quiero ver! *(A Lucy antes de salir a la calle).* Y tú, cuidadito con moverte del negocio. Te muelo a patadas si no te encuentro aquí cuando vuelva *(Sale).*

LUCY.— Hágase moñitos que lo voy a esperar ... *(Pausa).* Nene, ¿me llevas a dar una vuelta en motoneta?

NENE.— *(Corrido).* Bueno ... yo ...

LUCY.— ¿Yo qué? ¿Sí o no? ¿O le tienes miedo a Patricio?

NENE.— Vamos ...

PATRICIO.— Vas a salir, pero conmigo.

LUCY.— Te dije que era mejor que no te hicieras ilusiones ... Yo ... *(Al Nene).* Vamos. *(Sale Lucy y el Nene la sigue excusándose).*

PATRICIO.— Irma, dame otra pilsener ... Quiero una docena de pilsener ...

NATACHA.— Patricio, no tomes. Te va a hacer mal. Mejor vámonos a la casa.

PATRICIO.— ¿Y tú de dónde saliste? Andate a la casa. No me contradigas. Dile a la mamá que no se preocupe. Estoy bien.

NATACHA.— Yo no quiero irme. Te puede pasar algo. Vámonos juntos.

PATRICIO.— Por favor, Natacha, no me hagas desquitarme contigo. *(Empieza a salir Natacha).* Espera. *(Abre la maleta).* Toma. Te compré esta vaquilla para tu colección y mandé a restaurar la máscara que se había quebrado ... Llévale este regalo a mi mamá.

NATACHA.— Ricardo, dile que me deje.

PATRICIO.— Andate, por favor. Cuando vuelva la Lucy me iré yo. Tengo que aclarar esto de una vez por todas. *(Sale Natacha intimidada)*. Apura esas pil-sener, Irma. Si quieres tomar algo Aulio, pide, pero por favor no me preguntes nada. *(Sirve Irma. Se escucha el ruido ahogado de la motoneta que no parte. Entra Lucy)*.

LUCY.— Porquería de moto. No sirve para nada, igual que el dueño. *(A Ricardo)*. ¿Por qué se fue la Natacha?

PATRICIO.— Yo la eché.

LUCY.— ¿Y por qué no te fuiste con ella? No tienes nada que hacer aquí. Esto no te conviene, entiéndelo de una vez... *(Se pasea nerviosamente)*. Ricardo, ¿me llevas a pasear?... Llévame al auditorio de una radio, quiero estar con harta gente.

RICARDO.— No molestes. ¿Para qué le echas más leña al fuego?

LUCY.— Si te quieres quedar de nifero me voy sola, entonces. *(Sale)*.

RICARDO.— Espérame... *(Vacila y se decide)*. Espérame... *(A Patricio)*. Voy a ir a convencerla de que no se vaya. Hasta luego. *(Sale)*.

AULIO.— *(A Irma)*. Dame una ficha. *(Le pasa el dinero. Sin despegarle la vista a Patricio coloca el disco del final del primer cuadro del primer acto. Patricio se siente fuertemente afectado por ello y ruedan por sus mejillas lágrimas que evocan su amor frustrado y su impotencia materializada por la fuerza con que aprieta la botella, mientras Aulio se ríe cruelmente)*.

PATRICIO.— *(Mira la botella, mira a Aulio y en seguida la estrella contra el suelo haciéndola añico)*. ¡Carajo! *(Sale corriendo mientras Aulio sigue riendo para resarcirse de todas sus frustraciones y amarguras)*.

FIN DEL PRIMER CUADRO DEL SEGUNDO ACTO

SEGUNDO ACTO

CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO: CASA DE GASTÓN. DOS DÍAS DESPUÉS.

Al abrirse el telón Patricio está solo en el escenario. Mira por la ventana que da al Wurlitzer y fuma aspirando el humo con preocupación. Después de seguir el humo de tres bocanadas escucha pasos de la calle, cuando se da cuenta de que corresponden a su casa borra el humo y sube con prisa. Sin hacer ruido. Entra a Escena Natacha con Ricardo. Natacha viene del Liceo y tira su bolsón en un sillón.

NATACHA.— (Llamando). ¡Patricio! ¡Patricio! ... No está. Vas a tener que volver más rato.

RICARDO.— Espera. Déjame conocer tu casa primero. ¿Estás segura de que tu mamá no va a llegar luego?

NATACHA.— Me dijo que iba a salir, por eso me dejó las llaves en el medidor del agua. Siempre lo hace.

RICARDO.— ¿Patricio no tiene llave?

NATACHA.— Sí, si tiene; es claro que mi papá no sabe.

RICARDO.— Es bonita tu casa. Estos adornos son lindos. ¿Para qué tantos libros?

NATACHA.— Son de mi papá. Las cosas de mimbre son de mi mamá. Y todas estas piezas de cerámica son mías. Desde que nació mi papá compra una pieza al año. Algunas se han quebrado. Las máscaras son de Patricio.

RICARDO.— ¿No quieres darme un beso? (Natacha le da un beso desabrido). ¿Qué te pasa, todavía estás enojada conmigo?

NATACHA.— No, es que aquí en la casa me pongo nerviosa. Nunca lo he hecho.

RICARDO.— No será la primera ... ni la última.

NATACHA.— No, pero es que estamos solos.

RICARDO.— ¿Y no te gusta estar sola conmigo?

NATACHA.— Pero aquí en la casa ... no sé ... y, además, tú viniste a hablar con Patricio.

RICARDO.— Pero él no está ... si no estás enojada conmigo dame un beso bien largo.

NATACHA.— (Excitada). Te quiero, te quiero mucho; me gustaría estar siempre así. (Cruje la escalera. Se apartan bruscamente mientras Natacha se asoma nerviosa). ¡Ahl! ¿Eres tú? Ricardo quiere hablar contigo.

RICARDO.— (Simpático). Hola, te traje la liquidación, tómala. (Se la pasa, pero Patricio no la coge). Revisala, son doscientos cincuenta mil pesos. Hay que descontar, claro, los gastos del mes.

PATRICIO.— ¿Dónde arreglamos nosotros las cuentas?

RICARDO.— Bueno, en el Wurlitzer.

PATRICIO.— ¿Y...?

RICARDO.— Es que como tú no has ido... ni ayer ni hoy.

PATRICIO.— Ayer le dejé la plata de las cobranzas a la Irma. ¿No te la entregó?

RICARDO.— Sí, si me entregó, pero, es que yo quería saber cómo te había ido.

PATRICIO.— Bien, a mí siempre me va bien.

RICARDO.— ¿No quieres la plata?

PATRICIO.— No, aquí no. Yo te lo pediré después; pero aquí no. La Natacha no tiene por qué meterse en mis cosas. *(Pausa larga. Patricio da por terminada la entrevista. Ricardo se siente confundido).*

RICARDO.— La Lucy quiere verte.

PATRICIO.— Yo resuelvo solo mis cosas. No quiero que tú ni nadie se meta en mi vida privada. Nosotros somos socios, no te olvides de eso; ni la Lucy ni la Natacha tienen nada que ver en esto. Ya sería bueno que lo aprendieras. Te lo he dicho varias veces.

RICARDO.— La Lucy se lo ha llevado llorando.

PATRICIO.— *(Perturbado)*. Ese es un asunto terminado.

NATACHA.— Para qué te portas así cuando a ti también te gusta. La Lucy está llorando y quiere verte, ¿qué más quieres?

PATRICIO.— Tiene bastante facilidad para llorar, no le cuesta mucho.

RICARDO.— ¿Por qué no le echamos tierra al asunto de una vez por todas?, ¿para qué lo tomas tan a pecho?

NATACHA.— Yo ya me olvidé. *(Patricio mira a Natacha con rabia)*.

RICARDO.— Si sigues así vas a perder a la Lucy, y los dos se gustan y lo pasan bien.

PATRICIO.— *(Exasperado)*. ¿Y hasta cuándo crees tú que yo voy a seguir tolerando esa situación?

RICARDO.— Pero si son tonterías.

PATRICIO.— No, no quiero más promiscuidad; no lo soporto.

NATACHA.— *(A Ricardo)*. No quiere ir porque está celoso contigo; explícale.

PATRICIO.— No, no estoy celoso de ti. No eres tú únicamente, tendría que estar celoso de muchos.

RICARDO.— Yo reconozco que fue una tontera y te pido disculpas. No debí haberme ido con la Lucy a la radio, pero tú sabes que a mí me gusta la Natacha.

NATACHA.— Por qué no salimos mejor los cuatro, y se terminan todas las peleas. ¿Qué te parece?

PATRICIO.— *(A Ricardo)*. ¡Linda solución! ¿No podías encontrar otra mejor? ¿De quién es? ¿Es tuya o de la Lucy? *(Pausa)*. Mira Ricardo, para mí es bien desagradable decirte, pero sabes muy bien que nunca me ha gustado que

polólees con la Natacha. Yo a ti te estimo, pero no me gustas como pololo de mi hermana. La Natacha lo sabe y la Lucy también. (*A Natacha*). Yo nunca puedo hacer nada porque tú estás siempre metida en el medio.

NATACHA.— ¡Hipócrita! La Lucy me contó lo del Hotel y me dijo que había un pasillo oscuro y unas piezas por ambos lados y una cama grande. Tú le regalaste una enagua roja, y después lloraste en sus brazos.

RICARDO.— Así, ah, y yo que creí que la Lucy era pura boca, puro atraque y nada más. A mí nunca me . . .

PATRICIO.— Infeliz, cómo te atreves a hablar así.

RICARDO.— (*Desconcertado*). Pero si yo no he dicho nada. Te iba a decir que nunca me aguantó.

PATRICIO.— Es una indecencia. Si no lo sabes, apréndelo. No quiero volver a verlos juntos.

NATACHA.— ¿A la Lucy tampoco quieres verla?

PATRICIO.— (*Exasperado*). No, no la quiero. No quiero que se meta con uno y con otro. La que no me quiere es ella. Yo no estoy dispuesto a ser un monigote. (*Casi gritando*). ¡Y no quiero saber nada de ustedes, me dan asco!

RICARDO.— (*Molesto*). ¿Y qué vas a hacer? Te portas igual que un niño chico que pelea con su polola.

PATRICIO.— Piensa lo que quieras. (*Pausa*). ¿Te podrías ir luego?

NATACHA.— No. No te vayas, yo te invité. Tú no tienes ningún derecho a echarlo.

RICARDO.— No, si mejor me voy.

NATACHA.— Yo te voy a dejar.

PATRICIO.— Tú no vas a ir a ninguna parte, ¿me oíste?

NATACHA.— ¿Quién me lo va a prohibir? ¿Tú?

PATRICIO.— Sí, yo te lo voy a prohibir. (*Se acerca a la puerta y la abre. A Ricardo*). Buenas tardes. (*Sale Ricardo, Natacha va a salir y Patricio la coge de un brazo y cierra la puerta*).

NATACHA.— Suéltame, cobarde, bruto, imbécil.

PATRICIO.— Anda a hacer tus tareas.

NATACHA.— ¿Y por qué no vas tú a hacer las tuyas? ¿O ya no vas al Liceo? ¡Círrerol! Vas a ver, se lo voy a contar todo a mi papá.

PATRICIO.— Haz lo que quieras, pero no te quiero ver más ni con Ricardo, ni con la Lucy, ni con nadie.

NATACHA.— Como no. No ves que te voy a hacer caso. Eres un egoísta y un cobarde, como tú no eres capaz de conquistarte a una chiquilla no quieres que yo pololee; Ricardo es mucho más hombre que tú. El no tiene necesidad de enojarse para que las mujeres lo persigan, lo prefieren a ti, y eso a ti te da envidia, porque tú a nadie le caes bien y ninguna mujer te quiere.

PATRICIO.— Yo no le tengo envidia a Ricardo; tú misma has dicho que Ricardo no te quiere, que sólo le interesa el negocio.

NATACHA.— ¿Y a quién quiere? ¿A la Lucy?

PATRICIO.— No sé; no creo.

NATACHA.— Ricardo me quiere y yo también lo quiero.

PATRICIO.— Tú sí, pero él... no confundas... ¿Cómo explicarte? Tú entusiasmas a Ricardo, por eso se porta así. Ricardo y la Lucy se parecen, son como hermanos. A los dos les gusta tener harta gente entusiasmada a su lado.

NATACHA.— Y eso a ti te da envidia.

PATRICIO.— La Lucy me quiere; cuando estamos los dos solos me quiere y mucho.

NATACHA.— ¿Y entonces por qué se porta así delante de tí?

PATRICIO.— Porque ella es así. Tú no entiendes. Mira: Yo sé que ahora está llorando, eso es cierto; yo sé que me pedirá perdón y jurará que nunca más, pero te aseguro que en ese mismo momento empezará a coquetear con el primer hombre que tenga a mano; a menos que estemos solos, entonces me coqueteará a mí. Yo te juro que no hay en el mundo una mujer más tierna y eso me da pena; de sólo acordarme me da pena, y quisiera vengarme y matar una cosa maldita que nos hace desgraciados. Yo no puedo soportar más esta situación. A tí te cuenta que estuvo conmigo porque le regalé una enagua. Claro que se la regalé, pero sin ninguna intención, y ella me la pidió sin ninguna intención, pero ya todos saben que yo le pagué y que ella no se entregó a mí por amor. Goza poniéndome en ridículo. Yo no puedo hablar con nadie de estas cosas; yo no puedo mostrarle a todo el mundo lo que siento; que me lo digas tú, que eres mi hermana, no me importa, pero a cualquier otro infeliz lo aplasto o tiene que aturdirme, porque pelearía hasta no poder mover ni un brazo.

NATACHA.— *(Con los ojos llenos de lágrimas).* Yo nunca habría pensado que la Lucy es así como tú dices. Yo creía que era mala. ¿Por qué se porta así con Ricardo cuando estoy yo o estás tú?

PATRICIO.— Por miedo. *(Pausa).*

NATACHA.— *(Acercándose a la ventana. En ese momento se enciende el Wurlitzer y Natacha como aterrorizada por un imán abre la ventana para que entre la luz).* Ellos están allá, la Lucy, su mamá. Allá estará la Lucy peinando a Ricardo y sacándole la suerte. ¿Tú crees en eso, en el destino que escriben los astros?

PATRICIO.— No sé. La Lucy cree en eso. Yo le regalé unos libros. ¿Te fijas? No se siente ni el frío, ni la humedad mirándolo. La luz tiñe la neblina, la ensarta. Cuando chico yo creía que adentro de cada radio había un hombrecito que ponía los discos y hablaba. Ahora que lo miro, pienso que yo he crecido y el hombrecito también.

NATACHA.— ¿Qué voy a hacer? A mí no me gusta estar sola.

PATRICIO.— A mí tampoco. *(Por el Wurlitzer)*. Parece que lo veo como por primera vez y siento que es lo único que me acompaña.

NATACHA.— Entonces no quieres a la Lucy.

PATRICIO.— No sé. Ella es buena conmigo. A veces todos son buenos, pero a mí me gustaría... Cuando lo miro pienso que hay seres mecánicos más perfectos que nosotros. Ahora no se escucha nada, pero yo hasta podría marcar el compás. *(En ese momento entra Sofía de la calle, viene muy enojada. Al verla ambos se intimidan. Patricio se acerca a darle un beso, pero ella le quita la cara)*.

SOFÍA.— ¡Cómo si nada hubieras hechol *(Patricio se retira desconcertado)*. Debería darte vergüenza haberme engañado de manera tan miserable. Nunca pensé que ibas al liceo sólo de visita. Te expulsaron.

PATRICIO.— ¿Me expulsaron?

SOFÍA.— Tú me prometiste estudiar. Me pediste que hablara con Martínez para que no te expulsaran. Ibas a estudiar.

PATRICIO.— Por favor mamita, quiero que tenga confianza en mí, aunque sea por última vez. Ahora voy a trabajar tranquilo, sin miedo, sin misterio. El problema del liceo es sencillo, me presentaré a dar exámenes por mi cuenta.

SOFÍA.— No podrás estudiar con este tren de vida, trasnochando y andando a la carrera.

PATRICIO.— Todavía puedo hacerlo, se lo aseguro. Yo le prometo sacar el año, mamita. Pero por favor no me diga nada.

SOFÍA.— Ahora podrás llevarte todo el día con esa tropa de vagos. Si yo te hubiera acusado el primer día... yo creía que era una cosa de juego de chiquillos.

PATRICIO.— No se aflija, yo soy el único responsable.

SOFÍA.— Eres un cínico; no te importa el sacrificio de tu padre ni el mío. Trabaja toda la vida para tener un hijo contrabandista.

PATRICIO.— ¡Sacrificarse! ¡Santo Dios! Este es el verbo que más se conjuga en esta casa. Sacrificarse para qué... ¿Para estar aburrido? ¿Para sufrir junto con ustedes? ¡No me interesa! Quiero estar en paz con todo el mundo. Yo arreglaré esto con mi papá. Tiene que entenderme. Las cosas han cambiado y él no puede seguir pensando lo mismo; yo tengo que convencerlo de que tiene que ser más tolerante para que podamos ser felices; él no sabe que yo he crecido y que puedo desenvolverme solo en la vida.

SOFÍA.— Esto me lo dices a mí, pero a tu papá no.

PATRICIO.— Ahora se lo voy a decir. Cuando llegue avíseme. *(Sofía y Natacha lo ven subir a su pieza sin atinar a decir nada)*.

SOFÍA.— Tengo tanto miedo,

- NATACHA.— No se aflija mamita . . . (*Transición*). Me dio hambre.
- SOFÍA.— ¿Tomaron onces?
- NATACHA.— No. Estuvimos peleando . . .
- SOFÍA.— ¿Y por qué?
- NATACHA.— Pero después nos pusimos en la buena. ¡Pobre Patricio!
- SOFÍA.— Llévale un vaso de leche. (*Van las dos a la cocina. Desde la calle entra Gastón. Se le ve avejentado. Con un gesto de cansancio deja su portadocumentos y se saca el abrigo y la bufanda que cuelga junto al de Patricio. Entra Natacha con un vaso de leche y pan*).
- NATACHA.— (*Alegre al ver a Gastón*). Papito, buenas noches . . . Póngame la cara para darle un beso sin que se me caiga la leche.
- GASTÓN.— (*Después de besarla*). ¿Para quién es esa leche?
- NATACHA.— Para el Patricio.
- GASTÓN.— ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?
- NATACHA.— No. Está amurrado. (*Sube Natacha y Gastón abre su portadocumentos y saca un montón exagerado de pruebas y empieza a corregir. Entra Sofía*).
- SOFÍA.— Buenas noches.
- GASTÓN.— Buenas noches.
- SOFÍA.— ¿Quieres tomar onces? Recién puse la tetera.
- GASTÓN.— Dame una tacita de café chico. Tengo que corregir todas estas pruebas para entregarlas mañana. (*Sale Sofía y continúa su trabajo. Atento, paciente y pensando y sopesando el contenido de cada una de las respuestas de las pruebas*). No hay caso. No da para más de un tres, pero tiene una respuesta inteligente. Le voy a poner una cruz para interrogarlo. A lo mejor sabe más y se le puede subir un punto. (*Entra Sofía con el café*). Gracias . . . Tengo buenas noticias que darte.
- SOFÍA.— ¿Qué cosa?
- GASTÓN.— Adivina.
- SOFÍA.— No sé. No se me ocurre nada.
- GASTÓN.— Piensa, piensa . . . ¿De qué he estado preocupado todos estos meses?
- SOFÍA.— Bueno, precisamente yo también quería hablarte de eso.
- GASTÓN.— ¿De qué? ¿De la casa?
- SOFÍA.— ¿Qué casa?
- GASTÓN.— ¿No te he estado repitiendo todos estos meses que lo único que quiero es que nos cambiemos, que salgamos de este barrio para siempre? Y ahora me resultó. Me arrendaron una casa en Ñuñoa. Quiero que mañana la vayas a ver. Nos quedará un poco lejos, pero qué diablos. Es otro ambiente. A la Natacha la tendremos que cambiar de Liceo y a lo mejor yo también encuentro clases por allá . . . (*Pausa*). Patricio, lejos de este ambiente será distinto.

(Pausa). ¿No te alegra la noticia que te estoy dando? ¿Qué te pasa? ¿Saliste? ¿Dónde fuiste?

SOFÍA.— (Muy nerviosa). Me mandaron llamar del Liceo.

GASTÓN.— Qué dijeron... Una nueva queja de Martínez. La última vez que hablamos le dije claramente que se guardara sus consejos, que yo le había dado libertad a Patricio y que él era culpable de lo que pasaba, de modo que se dejara de importunarme con comunicaciones y asumiera su responsabilidad.

SOFÍA.— (Sin poder contenerse más). ¡Lo expulsaron, Gastón! Expulsaron a Patricio. ¡Hoy día hubo consejo y lo expulsaron! Para eso me mandaron llamar.

GASTÓN.— (Siente el golpe en toda su intensidad y habla balbuciendo). ¡Lo expulsaron! ¡Cobardes! ¿Cómo se atrevieron? Ellos son los culpables! Primero le conscienten todo, dicen que son cosas de chiquillos que hay que dejarlas pasar, que es propio de la edad... y después... No. Lo hicieron para burlarse de mí, cobardes, pero esto yo no se lo aceptaré...

SOFÍA.— No hay caso, Gastón. Yo ya lo intenté. Ya no hay caso. El consejo lo aprobó por unanimidad.

GASTÓN.— ¿Por unanimidad? ¿Entonces Martínez también votó a favor? (Réplica muda). ¿Cómo se habrán reído, infelices!

SOFÍA.— Estaba muy preocupado. Dijo que pasaría a verte mañana al Liceo.

GASTÓN.— Ojalá que no vaya, porque me desquitaré y le diré todo lo que pienso. (Desesperado). ¿Qué vamos a hacer ahora?

SOFÍA.— No sé, Gastón, no sé. Estoy desconcertada. (Gastón saca un tubo de su bolsillo e ingiere una gran cantidad de píldoras y se las toma con el café). No tomes tantas píldoras. Te van a hacer mal.

GASTÓN.— Las necesito. Me calman... (Dándose ánimo). Cuando nos mudemos de casa las cosas cambiarán. No... No puedo desesperarme, esto pasará, siempre ha sido igual. (Pausa). Si yo pudiera desentrañar lo que estos muchachos oponen a las cosas en que yo creo, si les diera algún valor, aunque no fuera muy claro, me sentiría tan dichoso, pero este caos me produce sólo angustias. Mal... mal... bien... Me hundo en una confusión de términos y no sé qué hacer.

SOFÍA.— ¡Cálmate!

GASTÓN.— (Serenándose por el efecto de las píldoras). Y con esto (muestra el tubo) ya no me siento ni lejos ni cerca de nada y lo miro todo hondamente por ver si se dibuja una respuesta... Entonces los árboles de tronco delgado baten sus débiles ramas y en cielo se recortan astros que parecen nuevos, recién hechos... (densas lágrimas le mojan la cara), pero a mí no me importa quién los puso allí, me importa mi hijo únicamente... (Las lágrimas siguen cayendo y él se queda con la mirada perdida en un punto ciego).

SOFÍA.— Gastón, Gastón, Gastón... por favor... contéstame. ¿Qué te pasa? Yo te quiero... Patricio también estoy segura.

GASTÓN.— A mí nadie me quiere...

SOFÍA.— Estoy segura que te quiere.

GASTÓN.— No, me desprecia. (*Deshecho*). Oh, Sofía, Sofía... ¿Por qué tenía que fracasar así con mi hijo cuando es lo que más quiero en el mundo? ¿Qué cosas no le di? ¿Qué? (*Pausa*). No. ¡Aquí el único fracasado soy yo!

SOFÍA.— No. Tú no.

GASTÓN.— La expulsión de Patricio es la muestra de mi fracaso definitivo como hombre, como profesor y como padre...

SOFÍA.— Tú no has fracasado, nadie puede decirte que has fracasado... Hiciste todo lo que debías hacer.

GASTÓN.— (*Angustiado*). ¿Lo hice? ¿Tú crees que lo hice? Sinceramente.

SOFÍA.— Sí... Nunca he visto un padre tan abnegado como tú... Lo que pasa... No sé... ¡Todo está tan corrompido! ¿Qué le vas a hacer si no tuviste éxito? ¿Por qué tienes tú que echarle la culpa?

GASTÓN.— (*Repitiéndose esta acusación como una letanía*). Debí haberlos denunciado el primer día... (*Pausa*). Nos iremos lejos de aquí... tú y la Natacha... Mañana mismo renunciaré a ser profesor, sí, mañana mismo renunciaré.

SOFÍA.— Renunciar!!!! ¿Estás loco? Es tu vida...

GASTÓN.— Era mi vida, pero a mi hijo no le importó nada, ni mis principios ni todo lo que yo represento... ¿Qué esperaré Patricio de mí? ¿Esperará algo? ¿Ser honesto para él no vale nada? ¿Qué, qué cosa habría tenido que hacer yo para servir de ejemplo a mi hijo?

SOFÍA.— Es muy importante que tú sigas siendo profesor. (*Secándose las lágrimas*). Cálmate. Yo te quiero mucho. Sé que Patricio tarde o temprano volverá a ser el mismo de antes... Tengo la certeza que ahora va a reaccionar, ahora que lo expulsaron del Liceo sentirá la responsabilidad de lo que ha hecho y todo volverá a ser como antes... Te está esperando arriba. (*Baja Natacha*). Ven, Natacha, ayúdame a planchar, vamos (*Salen las dos, baja Patricio lentamente cuando siente los pasos, Gastón se apresura a tomar el frasco de tranquilizante y lo mantiene en su mano*).

PATRICIO.— Buenas noches, papá.

GASTÓN. Buenas noches. (*Pausa*). Tú mamá me dijo que querías hablar conmigo.

PATRICIO.— Sí.

GASTÓN.— Dime no más, ¿qué se te ofrece?

PATRICIO.— (*Después de un silencio*). Papá... yo en este último tiempo... desde hace algunos meses he estado faltando al liceo...

GASTÓN.— ¿Sí?

PATRICIO.— Voy todos los días, pero sólo a unas horas y me escapo... con cualquier pretexto, siempre tengo un pretexto, pero doy las interrogaciones y estudio un poco, no me saco malas notas.

GASTÓN.— ¿Y?

PATRICIO.— Bueno, ahora mandaron llamar a mi mamá, y... me expulsaron.

GASTÓN.— ¿Te parece injusto?

PATRICIO.— No, no es eso. Yo podría presentarme a dar los exámenes privadamente como alumno libre.

GASTÓN.— ¿Y cuál es tu problema entonces?

PATRICIO.— Es que yo... estoy trabajando papá... Estoy vendiendo... cosas.

GASTÓN.— ¿Cosas? ¿Qué cosas?

PATRICIO.— Estoy vendiendo cosas de nylon; cosas que se traen de Arica, contrabando.

GASTÓN.— ¿Qué quieres que te diga?

PATRICIO.— No, nada. Es que me sentía incómodo.

GASTÓN.— ¿Incómodo? ¿Por qué?

PATRICIO.— Bueno, usted creía que yo iba al Liceo, y me seguía comprando cosas, como si yo no ganara dinero. (*Pausa*). Además, a usted no le gusta que le mientan.

GASTÓN.— Tú no me has mentado; me rehuías únicamente; no me hablabas.

PATRICIO.— Me sentía mal porque..., no sé...

GASTÓN.— (*Interesado*). ¿Y por qué? ¿Por qué te sentías mal?

PATRICIO.— Porque si a usted no le gusta que vaya al Wurlitzer menos le va a gustar que venda contrabando, estoy seguro.

GASTÓN.— ¿Y por qué? ¿Por qué estás seguro?

PATRICIO.— A usted esas cosas le parecen inmorales.

GASTÓN.— ¿Por qué crees eso?

PATRICIO.— Bueno, no necesita decirlo; se le conoce en la cara. Para usted si algo no está en el marco de la ley está malo. No reconoce nada que no implique sacrificio, pero yo le digo que el mundo se ha agrandado, papá. (*Ante la pasividad de Gastón, Patricio empieza a impacientarse*). A mí me gusta tener amigos, pasarlo bien; si usted hace sacrificios yo se los respeto, pero quiero tener derecho a elegir la forma de vida que a mí me gusta más... Estoy cansado de decir la verdad..., quiero tener amigos y pasarlo bien. (*Termina casi en un grito*).

GASTÓN.— ¿Y qué te preocupa, entonces, si lo pasas bien?

- PATRICIO.— (*Enojado*). Sé lo que está pensando.
- GASTÓN.— ¿Puedo saberlo yo también? Eres tú quien está hablando.
- PATRICIO.— No me haga teatro ni me mienta. Usted siempre ha condenado la mentira.
- GASTÓN.— Pero tú me estás diciendo la verdad.
- PATRICIO.— (*Descontrolado*). Pero una verdad que a usted no le gusta, porque está acostumbrado a vivir encasillado, poniendo siempre la otra mejilla cuando le hacen una cochinado y sacrificándose por medio mundo para que nadie le agradezca. No me gusta su vida, papá. Usted no es feliz, es sólo una máscara, yo nunca lo he visto alegre, con vida, con entusiasmo; todo lo hace con sacrificio, para servir de ejemplo, para que vean que es el mejor; sus mismos compañeros lo dicen. El señor Martínez piensa que todo lo hace para impresionar, para que no le puedan sacar nada en cara, para ser el más macanudo y el más pobre de todos.
- GASTÓN.— Te ha molestado mucho nuestra pobreza.
- PATRICIO.— No, no lo digo por eso. Aquí nunca ha faltado nada.
- GASTÓN.— Faltan muchas cosas y nunca ha sobrado nada.
- PATRICIO.— No lo tome por ese lado. No es eso lo que quiero decir. (*Sincero*). Usted es generoso, lo reconozco, nadie en esta época se juega como usted, es valiente, yo sé que el señor Martínez habla de envidia; usted no cae bien porque siempre pone las cartas sobre la mesa. Yo me siento orgulloso de usted, pero hay tantas cosas en la vida, que estoy seguro que usted no conoce... la plata (*Lo subraya con rabia*) sirve de mucho; yo lo he sentido ahora último, con plata se puede ser generoso, hacer regalos, sobre todo ser generoso... yo antes me pasaba horas de horas mirando las vitrinas sin un centavo y haciéndome ilusiones, y ahora puedo entrar y comprar y ser dichoso regalando. Mire esta vaquilla. Cuántas veces pensamos en comprarla. Ahora está aquí.
- GASTÓN.— Yo todavía me paso horas de horas mirando vitrinas..., regalar es una gran satisfacción, lo reconozco.
- PATRICIO.— Entiende ahora papito por qué me he dedicado a esto... Además he resultado muy buen vendedor. (*Orgulloso*). Aprendí con rapidez y como le pongo empeño gano bastante.
- GASTÓN.— ¿Cuánto ganas?
- PATRICIO.— Doscientos cincuenta voy a sacar este mes, depende...
- GASTÓN.— Yo gano trescientos.
- PATRICIO.— Pero usted tiene que trabajar mucho más, y ya lleva 20 años trabajando...
- GASTÓN.— Dieciocho.
- PATRICIO.— ¡Se da cuenta! Y lo llevo apenas seis meses.

- GASTÓN.— ¿Y cuánto piensas llegar a ganar?
- PATRICIO.— Bueno. No sé... Todo dependerá si resulta un viaje que tenemos pendiente.
- GASTÓN.— ¿Adónde?
- PATRICIO.— A Mendoza. Pensamos llevar y traer cosas. En taxi se pueden pasar. Mi socio tiene un amigo... Claro que le tiene que pagar buenas coimas...
(Patricio se detiene en la palabra "coimas" y mira a Gastón interrogante. Gastón prolonga la pausa deliberadamente). ¿No me dice nada?
- GASTÓN.— ¿Y qué quieres que te diga?
- PATRICIO.— ¿Le parece bien o mal? (Gran pausa).
- GASTÓN.— ¿Eres feliz, Patricio?
- PATRICIO.— A veces...
- GASTÓN.— ¿Cuándo...?
- PATRICIO.— Le pregunté si lo que yo hago le parece bien o mal.
- GASTÓN.— Contéstame tú primero.
- PATRICIO.— (Después de una pausa en ritmo creciente hasta terminar en una actitud desorbitada). Gozo trabajando... Ese mentir sin límites me reconforta, me vivifica, no me crea ningún problema de conciencia... Hoy día por ejemplo, tenía que ir a venderle a una vieja pillas que me esperaba con otras viejas pillas, una especie de mafia de viejas... Llegué y me recibieron con la hipocresía más dulce que es dable imaginar. Yo de inmediato me transformé en un niño tímido y desvalido y me puse bajo el amparo de esas buenas señoras que querían comprarme sólo para ayudarme, mientras trataban de robarme por todos los medios. Yo santamente me defendía como gato de espaldas, pero con ingenuidad... Poco menos que tenía que desnudarlas para sacarles las cosas que se habían guardado, pero, pidiendo disculpas, con discreción... "Qué tonto soy". "Qué distraído soy". "Perdón me equivoqué", pero como las había pillado me las devolvían y la vieja más zorra me decía: "Tienes que ser más cuidadoso niño. Si te encontraras con otra gente seguramente no te las devolverían...", mientras tanto me robaba un jabón y me compraba un par de medias... Todas eufóricas y mentirosas se peleaban para comprar y la dueña de casa me retaba porque vendía muy barato. ¿Se da cuenta, papito? ¡Ese es el juego! ¿Tengo o no tengo derecho a sentirme feliz después de haber trabajado así?... Nací con vocación para mentir...
- GASTÓN.— ¿Pero yo te pregunté si eres feliz?
- PATRICIO.— ¡Contésteme de una vez si le parece bien o mal lo que hago!
- GASTÓN.— (Pausa). Yo sabía todo esto. Lo del liceo y lo del contrabando. Lo supe cuando empezaste. Me di el trabajo y la humillación de seguirte.
- PATRICIO.— (Extrañado). ¿Y no me dijo nada?

- GASTÓN.— Esperaba que tú me lo dijeras.
- PATRICIO.— Pensaba que usted nunca lo entendería. Yo no se lo dije porque estaba seguro que usted nunca lo aceptaría.
- GASTÓN.— ¿Y por qué, Patricio?
- PATRICIO.— Ya se lo dije. No me obligue a repetírselo. Por su forma de vida, porque lo iba a encontrar inmoral y me iba a tratar poco menos que de delincuente.
- GASTÓN.— *(Con cariño)*. ¿Y eso te importaba mucho?
- PATRICIO.— Sí... Ya se lo dije... No sigamos. ¡Contésteme! *(Pausa. Gastón bota el frasco a un papelerero)*.
- GASTÓN.— Me dolió mucho. Me dolió tanto que no me atrevía a hablarte. Durante todos estos meses he vivido en un infierno, te lo confieso, y sólo pensaba que había fracasado como padre. Llegué a la conclusión de que mi pobreza honrada, ese culto a la pobreza honrada y a la verdad que he profesado toda mi vida no servían de nada. Mi hijo me volvía la espalda, ganaba plata, se divertía, se reía de mí..., se reía de mí, igual que mis alumnos cuando les decía "estudien, jóvenes, esfuércense..., sean hombres de bien, después podrán sentir el placer, la satisfacción de servir". La alegría de vivir nace de ese sacrificio, de esa lucha.
- PATRICIO.— Usted conoce el sacrificio únicamente, no la alegría.
- GASTÓN.— No supe transmitirte a ti la alegría de mi sacrificio, porque no soy brujo y como las cosas andan mal por el mundo a mí me cuesta mucho ser honrado y nadie, nadie puede exigirme que me ande riendo cuando quisiera andar aullando por todo lo que pasa.
- PATRICIO.— ¿Pero usted no puede adaptarse a una vida que tiene defectos? Esto de vender contrabando trae tantas compensaciones; todo el mundo lo hace y si todo el mundo lo hace es porque se puede hacer. Usted no puede reconocer esto como una realidad, como un hecho cotidiano.
- GASTÓN.— *(Con feroz energía)*. No. *(Patricio siente la fuerza moral de la negación y retrocede sorprendido ante una fuerza que había olvidado)*.
- PATRICIO.— Entonces, ¿me tengo que ir de la casa?
- GASTÓN.— Esta es tu casa. Todos te queremos mucho, pero tú tienes que decirlo.
- PATRICIO. Entonces me voy. ¿Usted qué va a hacer?
- GASTÓN.— Yo voy a seguir corrigiendo estas pruebas. Mañana tengo que poner las notas. *(Patricio se dirige a la puerta)*. Llévate la máscara, es tuya, te la regalé a ti. *(Patricio se acerca, la toma y sale al borde del llanto)*.
- SOFÍA.— *(Entrando)*. ¿Y Patricio?
- GASTÓN.— Salí.

SOFÍA.—¿Va a volver?

GASTÓN.—Sí, va a volver, va a volver. Ayúdame.

SOFÍA.—(Va a buscar su costura y se sienta al lado de Gastón). ¿Qué vas a hacer ahora?

GASTÓN.—Voy a seguir corrigiendo estas pruebas. Ayúdame

Entra Natacha, cruza, sube la escala, llama a Patricio, vuelve, desde la escala mira a sus padres, llorando. Empieza a sonar el Wurlitzer.

TELON LENTO



Gabriela Mistral

América: los caminos del espíritu

ANÁLISIS CRÍTICO

Profundamente humana es la que la poetisa que nos inspiramos en una rima humana. No se le ve el peso y el ruido de un cuerpo extraño de sus zapatos, en el cual se proyecta la calificación del alma humana.

En su poesía y en su vida, el mundo representa la del hombre humano que trabaja en los caminos espirituales de su propia vida, creando con valiente fidelidad una nueva vida humana como los elefantes, es decir, los del agua.

Las palabras profundas de los dos poemas que me han dado su bienvenida, me hacen sentir la seguridad de los caminos familiares en la tierra humana. El mundo humano es la tierra humana que nos ha dado como la lengua humana. El mundo humano es la tierra humana que nos ha dado como la lengua humana. El mundo humano es la tierra humana que nos ha dado como la lengua humana.

Mejor es un mundo que nuestros hijos llorados humanos en persona en un momento, en que se trate de la comunicación a un momento, comunicando y se quiere, hombre a las mujeres humanas humanas y lo humano que nos ha dado como la lengua humana que nos ha dado como la lengua humana.

—Trabajo profundo del espíritu del hombre que se trata de la lengua humana que nos ha dado como la lengua humana que nos ha dado como la lengua humana.

UNA VOZ EN EL TIEMPO



Gabriela Mistral

América: los caminos del espíritu*

AGRADECIMIENTO

Profundamente honroso me es que la palabra que me introduce en este recinto ilustre sea la de mi país y venga de un varón selecto de mi sangre, en el cual se reconoce la chilenidad hecha nobleza.

Ha seguido a la palabra de nuestro representante la del hombre superior que trabaja en las relaciones espirituales de nuestros pueblos, creyendo, con videncia feliz, que no son vínculos verdaderos sino los elevados, es decir, los del alma.

Las palabras generosas de los dos maestros que me han dado su bienvenida, me hacen sentir la seguridad de los caminos familiares en la tierra norteamericana. El magisterio común es lazo tan vivo como la lengua común. El me borró la formidable realidad geográfica en la tierra mexicana, por la que caminé entre los maestros y los niños, con una confianza dichosa que hacía cantar mi sangre.

Recibo este acto que vosotros habéis llamado homenaje sin pensar ni por un momento en que se trate de la manifestación a un individuo, comprendiendo que se quiere honrar a las mujeres hispanoamericanas y lo agradezco por ellas. Se me ha elegido sin duda porque se sabe que existe en mí hondamente el sen-

*Discurso pronunciado con motivo del homenaje que la Unión Panamericana rindió a la escritora.

tido de raza. Los Estados Unidos como país fuerte y con activa conciencia nacional, estiman la lealtad del hombre hacia su sangre y yo soy de esos leales.

LA DIFERENCIACION

No creo que la diferenciación de los pueblos signifique una fatalidad sobre la Tierra. Pienso que ella, en la humanidad como en la naturaleza, es una forma de enriquecimiento. De este modo, lo latino, aun en sus aspectos de contraste más agudo, es, frente a lo anglosajón, un como eriguimiento de distintas virtudes, de otras modalidades de vida, pero no un destino de discordia.

Estiman algunos que el único modo de concordia entre los pueblos, sería la unificación de las costumbres, de las formas de vida económica, de los criterios sobre la verdad. Otros sentimos que cada grupo humano puede progresar, llegando hasta el suave ápice de las perfecciones, dentro de su modalidad. Los que esto pensamos, al hacer la exaltación de nuestros valores étnicos no ponemos ni soberbia ni odio, hablando de fidelidad hacia nosotros mismos. Con este concepto yo he escrito sobre *latinidad*.

EXPRESIONES NUMEROSAS DEL ESPIRITU

Si creyese que no hay *los* caminos del espíritu, sino *un* camino del espíritu, y con el de la perfección, al comparar nuestros países de vida económica desgraciada, de acción social convulsa con EE. UU. y nuestras ciudades que apenas son un radio, con las vuestras, el desaliento haría caer mis brazos y se paralizaría en mí la pulsación quemante de la esperanza, de la cual se vive. Pero siento que vosotros sois, dentro de las infinitas expresiones de lo divino, la voluntad y la energía, en su más ardiente rojez. Nosotros significamos un dardo menos recto hacia la acción, una flecha que se detiene en las colinas de la belleza y también entre los garfios de la discordia frecuente, pero sin perder el ímpetu que ha de hincarnos algún día en el éxito. En vosotros la acción es tan rápida que llega a parecer paralela del pensamiento, más que hija de él; en los latinoamericanos se retarda por una como delectación del análisis y también por la lucha que el mismo análisis hace.

Tenemos con el inglés diferencia de ritmo en la creación y en la vida; mas, la lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento, o sea, de actividad interna. Esta diversidad de ritmo físico, que se hace visible entre las ciudades de los dos continentes, existe también entre las regiones del mundo sin que suponga inferioridad el latido celoso. La mahometana y la judía son activas, casi trepidantes, el budismo no es inferior a ellas por haber hincado en la meditación hasta la entraña del éxtasis.

Yo tenía hasta hace poco cierto desdén hacia el Oriente lánguido y lo que se asemeja al Oriente que es, en nuestros países, el indio. Se iluminó mi conciencia de verdad una tarde, viendo trabajar a un miteco mexicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y de ojo largo y oblicuo, con una calma deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora; mas no sujetaría su trabajo la idea de una cosa torpe o desgraciada, que pudiera superarse. Era aquella la calma del obrero *que hace con cariño, casi con ternura*. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo, el mismo volver al trazo anterior, estaban en la mano lenta y sabia del decorador indio.

NO HAY INFERIORIDAD

Entonces yo comprendí que, aunque no tuviese ese hombre otra facultad elevada que aquella y desconociera el cristianismo superior o el gozo de la armonía en la música sinfónica, él estaba sentado conmigo en el mismo plano de la mente y de la emoción y que su faena tenía los mismos quilates diamantinos de excelencia que las mejores. No importaban los otros aspectos, junto a ese acto único, *pero suficiente para la equivalencia*. Distinta su casa de la mía, su oración de la mía, su criterio cívico. ¡No importa! Él se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí, con certidumbre total, que no he de perder más, que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por la tan falsa igualdad ciudadana, *sino por esencia, es decir, absolutamente*.

La amistad de los pueblos distintos, buscada por la Unión Panamericana, sería fácil si todos nos penetrásemos, hasta el último límite de la conciencia, de este concepto de *disimilitud sin inferioridad*. Será posible la unión si las gentes del Norte, con ojo que traspase lo exterior ingrato y penetre la hondura noble, ven que corre como un río puro un anhelo enorme aunque confuso de justicia bajo estas angustias nuestras: bajo la dura hora económica que vive nuestro Chile, el país heroicamente pobre, rico sólo de honra; bajo la larga revolución mexicana, santa en el anhelo; bajo la desinteligencia de Centroamérica.

VIGOR DE ESTADOS UNIDOS

Por nuestra parte, reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que honra a la humanidad. Mirando vuestras poblaciones, sentimos *hasta dónde puede llegar el brazo humano, cuando se pone a hacer*. Vuestras instituciones son, por lo magníficas, una visión comparable a la hora del amanecer. Walt Whitman decía que el pecho más ancho de su compañero sólo le demostraba la capacidad del suyo, y nosotros, viendo la asombrosa vida

industrial norteamericana, recogemos como una exhalación marina de fuerza que se nos volverá salud.

No únicamente influjo material nos debemos: yo cuento entre los formadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares e iluminador de las minas ciegas del alma humana.

A mi paso por este gran país, una muchedumbre de impresiones ha entrado en mi espíritu confusamente. La más noble es ésta: el sentido religioso de una buena parte del pueblo norteamericano y, sobre todo, la fe que mira al aspecto social, que no es sólo norma para la vida del individuo, sino que busca serlo para la vida colectiva. Desde la secta cuáquera, hasta la iglesia católica, pasando por las otras, vuestro cristianismo penetra la vida de las masas y afronta la cuestión social, en vez de quedarse al margen de ella con prescindencia cobarde.

Yo quiero repetir que es ésta la revelación dichosa que he recibido. Porque yo no soy una artista: lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí, la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria, a que habéis aludido, el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mí ansia de reivindicaciones populares aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista ni cosa parecida. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.

Viendo en un grupo selecto de hombres que he tratado, el espíritu religioso, libre de aristocratismos individualista, y al anotar con asombro que la religión en Estados Unidos es una preocupación seria del hombre y de la multitud y no es desdeñada como factor superior por los intelectuales, he pensado que tal vez pueda ser ella el mejor camino para hallar la concordia que buscan los pan-americanistas.

OTRA SENDA

Los caminos ya seguidos son los del intercambio económico e intelectual. No disminuyo la eficacia de esos medios; creo, sin embargo, que el tercero poseería más elevación.

La fe de nuestra América es la católica y la vuestra la protestante; pero ya hay signos de una aproximación de las iglesias, que se haría en bien del cristianismo total, para defender más poderosamente al mundo del materialismo oprobioso de este momento.

Imprimir la norma cristiana en las relaciones del Norte con el Sur, poner la conciencia por sobre los intereses, sería la faena, la actividad meramente política de hoy, trascendería a un movimiento espiritual, y la cooperación de los fuertes

EL MUNDO EN EL LIBRO

El Oficio de Escritor. Entrevistas de "The Paris Review". Traducción de José Luis González. México, Ediciones Era, 1968. 327 páginas.

1

—¿Cómo escribe usted, Mr. Durrell?

—A máquina.

—Mr. Capote, ¿escribe usted a máquina?

—No, no uso máquina de escribir. No al comienzo. Escribo mi primera versión a mano, con lápiz.

—Miss McCarthy, ¿escribe usted a máquina?

—A máquina, sí. ¿Esta pregunta siempre tiene que salir en una entrevista de la *Paris Review*?

La afirmación de Mary McCarthy no es totalmente exacta, pero es verdad que la pregunta aparece con mucha frecuencia, bajo diferentes formas, en las célebres entrevistas que ha publicado *The Paris Review* desde su aparición en 1953, algunas de las cuales fueron recogidas en dos volúmenes por The Viking Press (New York, 1959 y 1963) y que

ahora circulan en traducción española bajo el título *El Oficio de Escritor* (México, Ediciones Era, 1968, 327 págs.). Lo que sucede es que uno de los objetivos básicos de tales entrevistas es el de escudriñar el mundo cotidiano del escritor, sus hábitos de trabajo, su peculiar manera de enfrentarse al quehacer literario. Dieciocho entrevistas trae la edición mexicana. Los dieciocho escritores, casi todos de habla inglesa, en orden de aparición: E. M. Forster, François Mauriac, Ezra Pound, T. S. Eliot, Boris Pasternak, Katherine Anne Porter, Henry Miller, Aldous Huxley, James Thurber, William Faulkner, Thornton Wilder, Ernest Hemingway, Alberto Moravia, Lawrence Durrell, Mary McCarthy, Angus Wilson, Ralph Ellison y Truman Capote.

2

El libro es excelente. Lástima que la recopilación no incluya a escritores de habla española, algunos de los cuales (por supuesto Neruda, Carpentier, Cortázar, Vargas Llosa y García Márquez)

no ceden en importancia frente a ninguno de los entrevistados y, sin duda, sobrepasan a varios de ellos. Pero esta limitación —en la cual ya no vale la pena insistir por razones de buen gusto— viene compensada por la calidad y por el caudal de los materiales de meditación, de experiencia y de discusión que estas entrevistas aportan al escritor latinoamericano y, en especial, al escritor de nuestro país. Una buena lectura del libro puede ayudar enormemente a nuestros escritores, a los jóvenes y a los que no lo son tanto, a esclarecer el significado de su quehacer, a situarlos o a confirmarlos en la dignidad, exigencias y responsabilidades del oficio de escritor, haciéndolos menos solemnes, pero más rigurosos, menos vulnerables y menos amargos mientras más lúcidos y conscientes de la proyección de su trabajo. Y ciertamente que el libro ayuda a precisar, por comparación, la imagen del escritor latinoamericano, su situación histórica, las condiciones concretas de su trabajo, el difícil camino de su superación, sus peculiares signos de subdesarrollo cultural, sus limitaciones y sus hazañas.

En una dimensión más reducida, *El Oficio de Escritor* constituye una real lección sobre las posibilidades y las condiciones de una buena entrevista literaria. En nuestro medio la entrevista, en cuanto vehículo de análisis o de información, ha venido resintiéndose de desprestigio por notoria escasez de seriedad. Entrevistar a un escritor —escritor o artista de otro orden— suele ser una forma periodística más o menos decorosa y elegante para salir del paso ante las dificultades de cubrir con solvencia un fenómeno de actualidad. En el prólogo de *Writers at Work* —edición original de *El Oficio de Escritor*— Malcolm Cowley sugiere que la excep-

cional calidad de las entrevistas como documentos reveladores de los métodos, recursos, hábitos y problemas de la creación literaria (norteamericana y europea) más característica de nuestro tiempo, quizás se deba al hecho de que ninguno de los jóvenes escritores que hicieron este trabajo para *The Paris Review* tenía experiencia profesional en el género. Pero todos ellos acudieron a las citas provistos de un bagaje visiblemente sólido de información sobre el escritor que iban a entrevistar, habiendo estudiado sus obras y la bibliografía referencial, todo lo cual les permitió dialogar sustanciosamente con sus entrevistados y obtener de ellos fecundos niveles de rendimiento, inspiradas declaraciones.

No es fácil establecer cuáles son las mejores entre las 18 entrevistas. Todas vuelan muy alto. Cuántas veces creí haber leído una insuperable —Pasternak, Henry Miller, Hemingway—, páginas más adelante surgía otra que por diferentes razones —Thurber, Durrell, Wilson o Ellison— me volvía a sumergir en insospechados prodigios. Las 18 entrevistas se suceden en un mágico contrapunto de aventuras del pensamiento, varias como las personalidades de los entrevistados. Más allá de sus palabras, por debajo o al trasluz de sus palabras, los escritores van mostrando su perfil humano, su más profundo diseño interior: el tono y la actitud revelan el predominio de ciertas facetas que nos permiten ver al locuaz Thurber, al desdefioso Hemingway, al anti-pático Moravia, al sobrecogedor Pasternak, al exuberante Durrell, al flemático Forster, al inteligente Eliot, a la sutil Mary McCarthy, al penetrante

Angus Wilson, a la aristocrática Katherine Anne Porter, al lúcido Henry Miller, al intenso Ralph Ellison, al desenfadado Truman Capote. Los entrevistados lograron habitualmente completar la imagen del escritor entrevistado con un preámbulo informativo o situador, con observaciones incidentales o con la agudeza misma de sus preguntas.

Un caso especial: la entrevista a Boris Pasternak por Olga Carlisle, apasionada y contagiosa en su intensa admiración hacia el poeta y hacia su obra. A veces encontramos humor e ingenio en las notas de presentación, como en este caso: "Lawrence Durrell es un hombre de baja estatura, pero en ningún sentido pequeño. Vestido con pantalones de mezclilla, camisa de lana a cuadros y *chamarrá azul marino*, tiene el aspecto de un funcionario sindical de poca importancia que hubiera logrado escapar con los fondos de su organización" (p. 240).

4

La reiteración de ciertas preguntas determina que los entrevistados polemiquen entre sí sin saberlo, por ejemplo sobre el interesante problema del arte y los artistas como tema y personajes de la novela contemporánea (y no sólo en EE. UU. o en Europa). Al respecto Thornton Wilder opinó que el narrador norteamericano vive casi exclusivamente en un mundo artístico, entre personas dedicadas a las artes —vive, come, se pelea, se casa con ellas—, lo cual limita su visión de la realidad. "Desde 1800 —observó Wilder— muchos protagonistas de nuestras novelas han sido, al igual que sus autores, artistas o cuasiartistas. ¿Podría usted mencionar a tres protagonistas de la literatura anterior a 1800 que tuvieran temperamento artístico?" (p. 188). A la distancia re-

plica Lawrence Durrell: "El tema del arte es el tema de la vida misma. Esa distinción artificial entre los artistas y los seres humanos es precisamente lo que nos aqueja a todos. Un artista es solamente alguien que explora y excava las áreas normalmente accesibles a todas las personas normales en cualquier parte, y las exhibe como una especie de espantapájaros para mostrarles a las personas lo que puede hacerse con ellas" (p. 254).

Otro asunto constante es el de la seguridad económica del escritor. Faulkner, desde su habitual torre de marfil, contestó: "No. El escritor no necesita libertad económica. Todo lo que necesita es un lápiz y un poco de papel" (p. 171). En cambio Hemingway: "Si la seguridad económica llega pronto y uno ama a la vida tanto como a su trabajo, hace falta mucha fuerza de carácter para resistir las tentaciones. Una vez que escribir se ha convertido en el vicio principal y el mayor placer, sólo la muerte puede ponerle fin. La seguridad económica, en ese caso, es una gran ayuda porque lo libera a uno de la preocupación. La preocupación destruye la capacidad de escribir" (p. 207).

5

¿Puede usted decirnos algo sobre su próxima obra? Huxley: "No tengo ningún inconveniente en hablar sobre lo que estoy escribiendo. De hecho, tal vez es una buena práctica: podría darme una noción más clara de lo que estoy tratando de hacer" (p. 141). Angus Wilson: "Lo siento mucho, pero no me gusta hablar de mis libros por adelantado. No se trata sólo de que cualquier resumen de una novela parece ridículo en comparación con la obra, sino que, como ya he dicho, escribir novelas es una especie de magia y no me gusta hablar

de una novela que estoy escribiendo, porque si comunico el hechizo mágico, aunque sea en forma abreviada, éste pierde su fuerza para mí. ¡Y son tantas las personas que me han contado libros que de otra manera hubieran escrito!" (p. 298). James Thurber, norteamericano y autor de *La Vida Secreta de Walter Mitty*, improvisó a propósito de esta misma pregunta una respuesta de un humorismo tan patético como el de aquel cuento: prefiero dejarla a la curiosidad del lector curioso.

De las 18 entrevistas, pienso que la más próxima a los problemas (a todos los problemas del oficio, en especial a los temáticos) del escritor latinoamericano, es la entrevista al escritor negro Ralph Ellison. A pesar de sus prejuicios anticomunistas, Ellison aborda con apasionada lucidez una serie de interrogantes que, explícita o subterráneamente, acosan a nuestros escritores más responsables. Algunas observaciones de Ellison iluminan indirectamente zonas muy polémicas del quehacer intelectual en América latina.

6

El Oficio de Escritor es un libro maravilloso y estimulante. No se sabe si preferirlo como galería viva de individualidades, como documento de sociología literaria o como lección de responsabilidad intelectual. En los tres dominios la recopilación es espléndida.

HERNÁN LOYOLA

La expresión americana, por José Lezama Lima. Edit. Universitaria: "Cormorán".

Mirada clara, la de Lezama Lima. Cerebro fino, penetrante, enriquecido con

las mejores esencias culturales de América y de Europa; de hoy, de ayer y de anteayer. Sobrevuela con fruición las cimas culturales de todo este continente; las conoce tanto en extensión como en profundidad; las ama, las admira, las juzga, las compara y las relaciona. El conocimiento, la penetración intuitiva, van acompañados de imágenes, de figuras, de formas, de colores, de todo lo que compone las tierras que contemplan sus ojos.

La ambición de Lezama Lima parece ser buscar el hilo dorado que confiera unidad cultural a los países latinoamericanos.

Su ensayo no es un estudio crítico. Es un canto epopéyico y adivinatorio a la cultura de América latina. Canto por el tono elevado y la marcha a grandes pasos rítmicos. Epopéyico, porque abarca desde los orígenes más remotos y sutiles de toda la cultura sudamericana, hasta sus manifestaciones actuales. Epopéyico, también, porque nos muestra la simbiosis hombre-naturaleza en las más diversas manifestaciones culturales.

Este librito de Lezama Lima constituye una síntesis singularísima de nuestra cultura continental, basada en extensos y meditados estudios del autor, así como en una penetración psicológica y artística muy fuera de lo común. Pero más aún que el poder de síntesis sorprenden las relaciones, a veces sutilísimas y lejanas, que Lezama Lima descubre entre las diversas culturas. Pocos habrán mostrado mejor y en menos páginas, las interconexiones, las interrelaciones, de lo indio con lo hispano, con lo europeo, con lo africano, y viceversa.

Un hecho es notable en este libro: la importancia que el autor atribuye al paisaje. Inicia su estudio preocupado del paisaje y lo termina con un "dispa-

ro dialéctico" acerca del mismo. Su interpretación del paisaje explica el papel renovador, revitalizante, que América ha desempeñado en todos los aspectos de la vida y la cultura del mundo.

"Lo único que crea cultura" —afirma al empezar— "es el paisaje, y eso lo tenemos (en América) de maestra monstruosidad".

"En los cronistas" —añade poco después refiriéndose a los de la Conquista y la Colonia— "el asombro está dictado por la misma naturaleza, por el paisaje, ansioso de expresión".

Y al finalizar el libro, como para cerrar el círculo mágico en que lo envolvía el paisaje, concluye: "El paisaje es una de las formas del dominio del hombre... Paisaje es siempre diálogo, reducción de la naturaleza puesta a la altura del hombre... es la naturaleza amigada con el hombre".

Parte sustancial del libro de Lezama Lima se dedica a consideraciones sobre el barroco, especialmente el barroco americano, al que sitúa a fines del siglo xvii y durante todo el xviii.

Recuerda cómo el siglo xix menospreció el barroco, y cómo lo ha rehabilitado el actual. Worringer afirmó que el barroco era un "gótico degenerado". Lezama Lima replica que eso podría decirse del barroco europeo, que carecía de "tensión", pero no del barroco de España y de América Española, donde "es un estilo plenario que representa adquisiciones de lenguaje, de formas de vida y de curiosidad".

El autor sigue luego las ramificaciones subterráneas de este barroco americano que se independiza y supera al europeo, para descubrir que contribuyó a preparar la independencia política de las naciones en el siglo siguiente.

La expresión criolla, que balbucea durante la Colonia a través de peculiaridades

dictadas por la naturaleza y por las culturas indígenas, se afirma con la independencia política del siglo xix y llega a ser trascendental en nuestros días: "En el banquete literario, el americano viene a cumplir la función del que realiza la prueba mayor".

N. Z.

Leopoldo Alas, crítico literario, de Sergio Beser. (Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1968, 372 págs.)

Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), es una de las figuras claves del siglo xix español e ilustra, por lo menos, dos aspectos de relevante interés en la centuria pasada: la novela y la crítica. Innumerables ensayos y artículos le han sido dedicados, los que vienen a certificar su validez. La densidad del novelista ha opacado, en líneas generales, el resto de su labor. Testimonio ineludible lo constituye, al respecto, el fundamental y decisivo estudio de Albert Brent, *Leopoldo Alas and La Regenta* (University of Missouri, 1951).

El libro de Sergio Beser, *Leopoldo Alas, crítico literario*, intenta: "...analizar y estructurar las ideas y valoraciones críticas que Leopoldo Alas fue desparamando en su extensa producción periodística" (9). Es decir, el presente estudio viene a llenar un vacío y un olvido incomprensible: la determinación y valoración de la función crítica de Leopoldo Alas. Conforma él, en cuanto a la dualidad novelista-crítico, un trío de alto valor con Emilia Pardo Bazán y Juan Valera.

Luego de situar a Clarín en la llamada Generación de la Restauración y de ubicarlo en el grupo al que pertenece,

pasa Beser a un capítulo que denomina *La Crítica de la Segunda Mitad del Siglo XIX* con la intención de situarlo temporalmente en el ámbito europeo. Determina las posiciones críticas fundamentales en Francia, Alemania e Inglaterra para entrar después al mundo hispánico. Establece que las ideas y el gusto literario de Alas se formaron en el grupo crítico de la Generación del 68, vale decir, Giner de los Ríos, Valera, Canalejas, Balart, para concluir con algunas notas sobre su concepto de crítica. Luego de revisar varios textos dice que: "...encontramos, en Clarín, la falta de un verdadero criterio, que se nota en sus contradicciones y en la escasa firmeza de algunos de sus juicios... Si examinamos sus artículos con la intención de deducirlas (... (reglas del arte) ...) de ellos encontraríamos como algo que se acerca a ese carácter de regla artística: el reflejo de la realidad, la correcta expresión lingüística y la fidelidad a las leyes de construcción de los distintos géneros literarios" (74-75). Nos parece sí que su afirmación más valedera consiste en destacar su responsabilidad social: "... (Para Clarín) ... la crítica será siempre un género comprometido y actual; no puede evadirse de las exigencias del momento" (67).

Analiza luego, en el capítulo II, la producción crítica de Clarín que divide en colaboración en periódicos y revistas, libros de crítica (*Solos de Clarín, Sermón Perdido, Mezclilla, Palique, Benito Pérez Galdós...*), folletos literarios (*Cánovas y su tiempo, Mis plagios, A 0,50 poeta...*) y crítica en su obra narrativa. El examen minucioso que realiza Beser resulta de inestimable valor para bucear y rastrear el mundo crítico de Leopoldo Alas.

Las *Características de la crítica de Leopoldo Alas* se denomina el capítulo si-

guiente. La concepción universalista de la literatura aparece como su primera característica: "...se concreta de tres maneras distintas: como fuente de formación y enriquecimiento personal; como intención de adaptar y dar a conocer autores, obras o movimientos al público español —ejemplar modélico sería su actitud frente al naturalismo—; y, finalmente, la interpretación reveladora de autores extranjeros, en comentarios o estudios que tienen el mismo valor para el lector inglés que para el francés o español" (119). Mediante copiosas citas se determina la función del crítico: predicar el buen gusto, propagar el arte, valorar de acuerdo con la época, el juicio debe evitar la censura amarga y el análisis cruel, practicar la sinceridad. Beser encuentra en la actitud que él denomina criticismo un factor caracterizador: "...adopta, ante la sociedad en que vive, una posición crítica; no acepta las ideas, principios y lugares comunes con que esa sociedad se rige, sino que intenta develar los verdaderos fines que se esconden tras ellos" (139-40), así como el carácter humanista de su pensamiento. Ahí ve también la fuente del humor clarinesco: "Si el criticismo es la actitud que adopta su humanismo al enfrentarse a la vida y el arte, el humor es uno de los cauces expresivos, tal vez el más importante, por donde circula ese criticismo. El humorismo de Clarín, considerado por sus coetáneos como el primer humorista satírico de la época, equivale pues a la expresión formal de su actitud crítica ante el mundo, y es el resultado del enfrentamiento al mundo real de una concepción ideal, modélica; es decir, procede del contraste entre el mundo tal como es y tal como debiera ser" (144). Otro de los aspectos percibidos es la tendencia a destacar la tristeza y el pesimismo en

las obras criticadas, factor que se encuentra presente incluso en sus propias narraciones: "...Pocos momentos más desconsoladores hay en nuestra literatura que el final de *La Regenta*; aquí como en muchos otros de sus relatos tienden a concentrar todo el dolor que provoca la narración en un "motivo" final que posee algo de "boutade". El beso de Celedonio, en *La Regenta*, tiene su paralelo en la declaración de Serafina en *Su único hijo*, en la muerte del gato en *Doña Berta*, o el salivazo del mismo Celedonio en *Pipá*" (156). La valoración del público y su posición frente al realismo muestran aspectos que sirven para testificar otros elementos.

En los capítulos iv y v, se preocupa Beser de examinar la preocupación que la poesía y el teatro merecieron al crítico estudiado. Se revisan artículos y conceptos que conforman una imagen general de la crítica "clariniana". Su espíritu mordaz se patentiza momento a momento. Al respecto sobresalen los dedicados a algunos poetas como Ferrari, Velarde y Palacio a los que *Clarín* dedica demoledores conceptos. Por otra parte, Beser muestra aquí cómo en los distintos artículos de *Clarín* hay una visión global del teatro y de la poesía española del xix.

El capítulo vi, que es el último, recoge lo que constituye lo más valioso de la opinión de L. Alas: lo referente al género novela. Excelente novelista (no se debe olvidar el papel clave que *La Regenta* tiene en la narrativa española) dejó a través de sus artículos y ensayos su concepto y sus exigencias, amén de un amplio panorama novelesco español y europeo. Luego de establecer que: "En toda la obra crítica de *Clarín*... no encontramos un solo intento de definición de la novela; abundan, en cambio, los de caracterización" (281) pasa

a determinar cuáles son esos ingredientes que para Alas eran imprescindibles en la determinación del género: el carácter veraz que la novela debe poseer, lo que él entiende por contenido, la exigencia de crear un lenguaje para la nueva novela en que la naturalidad debía ser su primera condición, la valoración de los autores coetáneos en la novela española (juicios sobre novelas y novelistas), su enfrentamiento al naturalismo literario y otras formas artísticas.

Y termina con unas conclusiones sobre lo hecho y una minuciosa bibliografía al respecto.

Leopoldo Alas, crítico literario de Sergio Beser cumple con los objetivos propuestos. Consegue dar una imagen real y certera de la significación de *Clarín* en el panorama literario español del xix. Hubiéramos querido ver algo más de confrontación, de interpretación, de discusión en algunos puntos, pero reconocemos que el marcado carácter expositivo que este estudio tiene lo impidió. Lo creemos una digna aportación crítica al bosquejo y al desentrañamiento de algunos problemas de la segunda mitad del siglo recién pasado en la Península.

EDUARDO GODOY GALLARDO

Universidad de Chile-University of Utah.

Trenes rigurosamente vigilados, de Bohumil Hrabal. Traducción de Elisabeth Reimann. Santiago, Editora Santiago, 1969. 110 p.

Bohumil Hrabal o el placer de narrar: así podríamos definir a este escritor checoslovaco que inició su carrera literaria casi a los 50 años de edad. Hrabal nació en Brno, capital de Moravia, el 28 de marzo de 1914 (el mismo año en

que nacieron Nicanor Parra y Julio Cortázar), y publicó por primera vez un libro el año 1963. Desde entonces aparece casi cada año un nuevo libro de Hrabal, siempre en medio del interés público y de tumultuosas discusiones. Títulos: *Una Perlita al Fondo* (1963), *Los Exploradores* (1964), *Cursos de Baile para Adultos y Avanzados* (1964), *Trenes Rigurosamente Vigilados* (1965), *El Mundo Automata* (1967) y *Elegías y Leyendas* (1968). Todos estos libros sorprendieron al lector checoslovaco con su lenguaje franco e implacable, que llamaba a las cosas por su nombre hasta en las más recónditas esferas de la intimidad humana, y con un impresionante dominio de la realidad en sus ámbitos más variados.

Lo cual no es tan extraño, sin embargo. Hrabal se doctoró en Derecho por la Universidad Carolina de Praga en 1946, pero antes y después desempeñó muy variados oficios: funcionario de notaría, obrero ferroviario, asistente de tráfico en una estación de ferrocarriles, obrero metalúrgico en Kladno, tramoyista en un teatro de Praga. De todas estas actividades, y del gran oficio de vivir, procede la intensa carga de experiencia que muestran los libros de Bohumil Hrabal.

En todas partes conoció (como nuestros Manuel Rojas o González Vera) muchos tipos singulares, escuchó con placer su lengua peculiar, indagó su filosofía de la vida, y todo este material comenzó de pronto a estructurarse en creación literaria. Resulta admirable y ejemplar la pasión de Hrabal por dejar testimonio de la vida múltiple de los hombres. La *perlita al fondo* de que nos habla el título de su primer libro, es justamente esa vocación creadora, profundamente humana, que cada uno guarda en los pliegues de la intimidad

y en la cual se reconoce en los momentos cruciales, bajo los impulsos del amor o del miedo, de la consolación o la alegría, del dolor o la desesperanza. Hrabal va descubriendo esa *perlita al fondo* en cada día de sus protagonistas, en medio de sus preocupaciones corrientes, y acercándose a ella con arte de sinceridad, con envidia, con una alta comprensión de los valores humanos.

Los libros de Bohumil Hrabal muestran una sorprendente riqueza intelectual y una notable cultura del lenguaje. Conoce la vida en sus facetas múltiples y escoge a aquellos personajes que le sirven para proyectar su humor incontenible y su sentido de lo ridículo, todo ello trasuntando una muy real, tremenda y hasta tierna valoración de la dignidad humana.

Así ocurre con su breve novela *Trenes Rigurosamente Vigilados*, basada en acontecimientos vividos por el autor mismo y que antes habían sido ya incorporados a dos cuentos escritos en 1950 y en 1953, respectivamente. Hace años Hrabal había sido obrero ferroviario y asistente del jefe en una estación cerca de Praga, conociendo allí los detalles de la vida en la línea de ferrocarril y en torno a ella, los incidentes cotidianos en la oficina, la vida privada de los ferroviarios. Estas experiencias de su vida personal le sirvieron para los *Trenes Rigurosamente Vigilados*, historia ambientada en una estación parecida cerca de Praga, por la cual en los últimos días de la guerra —1945— pasan los trenes militares alemanes, los trenes rigurosamente vigilados que transportaban municiones y pertrechos para las tropas nazis en el frente de batalla con los rusos, y que, en sentido contrario, transportaban hacia la retaguardia a los enfermos y a los heridos.

A través de un relato desprovisto de todo carácter épico o altisonante, moviéndose entre acontecimientos banales e insignificantes de la cotidianeidad ferroviaria, casi al margen de la tragedia europea, Hrabal logra sin embargo entregar una original y humanísima dimensión de la guerra. Las tribulaciones del adolescente Miloš Hрма, angustiado por su fracaso sexual ante su amiga Masha y tratando de afirmarse en su ansiosa virilidad; las hazañas del vital asistente Hubiòka, que además de la fascinación que ejerce sobre las mujeres muestra finalmente su decidido y heroico compromiso en la lucha clandestina contra los nazis; la grotesca figura del jefe de estación, servil y ridículo en sus mezquinas ambiciones y en su manía por las palomas; toda una galería de tipos y anécdotas cotidianas constituyen el entretejido de un momento histórico de gran dramatismo, próximo al derrumbe del Tercer Reich.

La cercanía entre el amor y la muerte es la clave más profunda del relato. El ardor sexual y el ardor patriótico, el júbilo de la vida y las acechanzas de la muerte, se conjugan en este relato de Hrabal confiriéndole la densidad y la estatua universal de las obras maestras. Por eso su publicación en Chile es un acierto de la Editora Santiago, doblemente meritorio si se tiene en cuenta que la muy fluida, correcta y gustadora traducción de Elisabeth Reimann fue realizada directamente desde el texto original checo.

HERNÁN LOYOLA

Yawar Fiesta, por José M. Arguedas.
Edit. Universitaria: Cormorán.

El título mismo de esta novela nos advierte que vamos a encontrarnos con un

lenguaje extraño. Esa palabra *yawar* puesta delante, al frente, es un golpe a la orientación del lector.

Afortunadamente así lo han comprendido autor y editores, por lo cual han tenido la buena idea de incluir, antes del relato, dos artículos en los que el autor explica la génesis de su obra.

Nos dice que los personajes principales —porque hay varios otros— de los pueblos grandes en las sierras peruanas —y por consiguiente en su novela— son cinco: el indio, el terrateniente tradicional o nuevo, el áulico servil de las autoridades, el mestizo y el estudiante provinciano que tiene dos residencias: Lima y su pueblo. Las autoridades flotan y cabalgan sobre estos personajes.

Después nos muestra las tensas relaciones entre estos grupos que "luchan, se atraen, se rechazan, y se mezclan entre las más altas montañas y los ríos más hondos; entre la helada y el fuego".

Finalmente nos cuenta la lucha tenaz que durante muchos años hubo de librar para formarse un "estilo en que el milenarismo idioma quechua logra transir el castellano y convertirse en instrumento de expresión". Esto explica el título del libro, compuesto de una palabra de cada idioma —*Yawar Fiesta* significa Fiesta Sangrienta— así como los términos quechuas que abundan en el texto. Los motivos del autor para usar estas palabras son válidos: las palabras de un pueblo incorporan esencias telúricas y matices psicológicos intransferibles a otros idiomas. Pero el tropiezo frecuente con términos cuyo significado no se entiende, hace desear una traducción —aunque sea aproximada— al pie de la página o en vocabulario al final del libro.

Otra advertencia nos hace el autor: "Que este relato podría acaso desencantar a los muy amantes de las grandes

conquistas formales de la novelística moderna". Él se contenta con brindarnos un relato psicológico y descriptivo que constituye una estampa donde se reflejan "las hazañas, el pensamiento, los amores y odios del pueblo andino de ascendencia hispano-india". Porque "no se trata de una búsqueda de la forma en su acepción superficial, sino como problema del espíritu, de la cultura, en estos países en que corrientes extrañas se encuentran y durante siglos no concluyen por fusionar sus direcciones".

En estas explicaciones queda definida la trayectoria literaria de José María Arguedas, desde su primera obra *Agua*, escrita "con el arrebatado de un odio puro, aquél que brota de los amores universales; pasando por *Yawar Fiesta*, escrita "con el corazón limpio"; para culminar en *Los ríos profundos*, donde "este proceso ha concluido".

La tarea de incorporar las gentes de las alturas andinas —especialmente el indio— a las literaturas y a la nacionalidad, es un enorme desafío. Arguedas no ha temido echarlo sobre sus hombros. El motivo no ha sido otro que el amor. El amor es el agente visible o secreto de toda obra grande: "Una bien amada desventura —escribe— hizo que mi niñez y parte de mi adolescencia transcurrieran entre los indios lucanas; ellos son la gente que más amo y comprendo". Sin embargo, el autor no desea que su obra sea considerada simplemente como indigenista o india, por cuanto en ella "el Perú andino aparece con todos sus elementos", siendo el indio solamente uno de los personajes.

En todo caso este personaje desempeña papel importantísimo en las obras de Arguedas. Es así como a lo largo de *Yawar Fiesta* va describiéndonos al indio en sus diversas facetas físicas, si-

cológicas y sociales. Nos muestra sus casas, sus costumbres, sus creencias, sus "miedos míticos" o supersticiones, sus entusiasmos ciegos, sus decisiones pertinentes, su humilde sumisión o su decidida rebeldía; su organización social en *ayllus* o comunidades. Nos da a conocer también los abusos que se cometen en su contra, el menosprecio con que los miran hasta los mestizos que llevan mucha de su sangre. Vemos cómo los despojan de sus tierras y animales; cómo los maltratan y golpean patrones, policías y autoridades; cómo se ven obligados a emigrar para trabajar en las haciendas de la costa, donde mueren atacados por las fiebres, o en la ciudad, donde llevan una vida de exclusión; cómo explotan su ignorancia y su simpleza.

Para nosotros, lectores chilenos, es sorprendente la similitud del drama quechua con el de nuestros mapuches. La similitud radica no sólo en el despojo de que han sido y son víctimas, no sólo en la resistencia que su cultura opone a ser absorbida por la europea, no sólo en la persistencia del idioma y de las costumbres, sino también en cosas más humildes, más humanas. Es así como vemos que los serranos "aspiran con ardor a visitar Lima y sus modernidades", dejando el camino "orillado de cruces que señalan los huesos de los tercianientos"; vemos también que cuando "les pegan no decían nada, pero cualquier noche se iban". Asistimos luego a la migración, tan parecida a la nuestra: "Las universidades, las escuelas de toda clase, los ministerios, las casas comerciales, las fábricas, todas las empresas se llenaron de serranos, y Lima creció en diez años, en veinte años".

Pero igual que aquí, se sintieron aislados dentro de la gran ciudad y en las noches se reunían en los míseros cuar-

tos alquilados para hablar de sus pueblos y cantar —llorando— sus canciones.

N. Z.

El otro árbol de Guernica, de Luis Castresana. (Editorial Prensa Española, Madrid, 1968, 250 páginas).

El tratamiento de la infancia es uno de los motivos recurrentes de la novela española de postguerra, lo que encuentra su razón de ser en el hecho histórico que partió a España dolorosamente en dos bandos fratricidas. Basta mencionar algunos títulos para comprender la relevante importancia que tal motivo adquiere como estructurador de parte de la actual novelística peninsular: *Duelo en el Paraíso* de J. Goytisolo, *Primera Memoria* de A. M. Matute, *El camino* de M. Delibes, *La zancada* de V. Soto, *Perdimos el Paraíso* de R. Fernández de la Reguera, *Crónica del Alba* de R. Sender.

Diferentes formas adquiere la consideración de la infancia por parte del novelista combatiente y del que presenció como espectador pequeño e inocente la Guerra Civil. La evocación, el símbolo y el testimonio se mezclan, a veces, armoniosamente para dejar constancia estética de tal acontecimiento. Constituye una llaga, una herida aún no cicatrizada. Pruebas al canto: el Premio Nacional de Literatura 1967 le correspondió a *El otro árbol de Guernica* del novelista vasco Luis de Castresana; sus protagonistas: un grupo de niños; su ubicación temporal: la Guerra Civil.

Y nos llega precedida de un prólogo en que el autor especifica de una forma clara y concreta —sin vacilaciones— la raíz germinativa del mundo novelesco: "Creo que debo subrayar que esta

es una novela testimonial, un documento real. He añadido algún personaje, he desfigurado nombres y siluetas y he inventado, aquí y allá, alguna escena; pero todos los sucesos y personajes principales son —incluidos algunos episodios que pueden asombrar un tanto al lector— absolutamente verídicos (...). Sé que cuanto aquí relato ha sido vivido y no inventado, y sé por qué lucharon y cómo ganaron su guerra estos vizaínos, estos españolitos de Alseberg... porque yo era uno de ellos" (10).

La trama novelesca se centra en torno a un grupo de niños que son evacuados de Bilbao durante el período bélico. Son destinados a Bélgica. Se nos entrega su vida diaria en la que hay siempre una permanente reminiscencia española. El mismo título de la novela encierra una significación clara: este grupo de niños ha transplantado "su" realidad española, su mundo hispánico a un medio extranjero. Asistimos con ello a desplazamientos de vidas en permanente desarraigo.

Los dos protagonistas alrededor de los cuales gira el argumento novelesco son los hermanos Santiago y Begoña. Ambos aglutinan las experiencias diarias y representan el ángulo que fija y determina la conducta de los demás niños.

Hay sí algunos defectos que es necesario anotar. En general, hay una lamentable carencia de profundidad. La problemática —si hemos de creerle al autor— que se encuentra en el punto de partida novelesco es estremadamente débil. Diríamos que existe una racionalización del nudo dramático. Se soslaya el problema de fondo —o simplemente no está— transformando de esta manera la narración en una novela anecdótica.

Por otra parte hay algo también que llama la atención al lector. Los niños

no piensan y no sienten como tales. Lo que ha hecho el novelista es colocar su configuración mental adulta en niños de diez, doce o catorce años. Y eso, nos parece, no puede ser. Es tan notorio el manejo que Castresana hace de sus personajes que éstos pierden vida y pasan sin dejar nada.

El otro árbol de Guernica se encuentra a gran distancia —en cuanto a calidad, importancia y densidad— de otras novelas que tratan del mismo asunto. Sirve sólo para testificar la presencia temática de un motivo válido en la narrativa peninsular de hoy.

EDUARDO GODOY GALLARDO
Universidad de Chile-University of Utah.

Introducción al Camelo, de Esteban Peicovich, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1967.

"Aquí no se come a gusto del cliente sino a gusto del mar". Esteban Peicovich vio este aviso en un restaurante de Caleta Córdova, provincia de Santa Cruz, Argentina, y le pareció bueno para ser incorporado a su *Introducción al Camelo*. Este curioso libro logra dar algún término y forma a una tarea que he visto realizar, de un modo casual e inorgánico, a escritores y a personas con sentido de la observación, del detalle o del folklore: la tarea de recoger frases, *slogans*, titulares o párrafos de periódicos, leyendas murales, afiches, curiosidades de la guía telefónica o de los libros escolares, muletillas jurídicas o periodísticas, o simples trozos de la conversación callejera.

Esteban Peicovich (argentino, 38 años) declara una intención poética —y no folklórica o turística— al transcribir sus camelos. Un día su padre le señaló a una muchacha diciendo: "es una mu-

chacha saludable: saluda a todo el mundo", y a él le pareció que su padre estaba en ese momento "más cerca de la poesía que yo y muchos de nosotros". Esta y otras experiencias llevaron a Peicovich a la tarea de "descubrir toda aquella poesía no convencional, ese caudal de poesía que nadie sabe que usa y que vive en la más cruda realidad".

Las fuentes son muy variadas. Pueden ser frases tomadas de un comentario a un partido de fútbol: "Hacer el callejón. Abanicar bien el juego. Pelota al claro con circulación al pie. En los ventiladores hubo falta de equilibrio. El túnel concluyó con una perfecta pared". (p. 19). O reflexiones sobre la guía de teléfonos: "Entre mis vecinos de Buenos Aires hay miles de Pérez pero también tres Chaplin. Hay uno que se llama Bueno, hay otro que se llama Casanova y en el medio uno más que firma Malo. Entre mis vecinos de Buenos Aires hay cien Corderos, treinta Novillos y veinte Vacas. Hay treinta Carpinteros y algunos Kennedy, una señora que se llama Guía y un doctor Frankenstein, que es de niños. Entre mis vecinos de Buenos Aires hay un Papa pero también seis Cristos". (p. 31). O un despacho de la United Press desde Talca, Chile, relato minucioso y aterrador del fusilamiento de Cesáreo del Carmen Villa Muñoz, 34 años, asesino del joyero alemán Karl Meier. La clave irónica de este trozo —reproducido textualmente y sin comentarios— está en el título que le puso Peicovich *El Testigo Fiel*. Los títulos de Peicovich suelen situar con aguda precisión los camelos seleccionados, completan o iluminan su dimensión irónica, punzante o explosiva.

Las posibilidades críticas del divertimento de Peicovich muestran su filo en este trozo transcrito desde un folleto propagandístico de la empresa aérea

Panam, 1966: "Saigón es en realidad dos ciudades en una. Tiene una población total de más de 2 millones de habitantes de nacionalidad vietnamita, china y francesa. La ciudad de Saigón tiene mucho que ofrecer a las gentes en cuestión de placeres. Buenos Vinos, coñac y comidas que se sirven en excelentes restaurantes de toda la ciudad. Posee taxis a toda hora. Después de las 22 éstos aumentan sus tarifas en un 50%, duplicándolas desde la medianoche hasta el amanecer. Las boutiques vietnamitas están bien surtidas de plata de Camboya, objetos de laca refinados y bellas cerámicas de Bien-Hoa". (p. 71). Una pieza maestra del humor negro de los publicistas de la civilización occidental, bien coronada por el toque encabezador de Peicovich: "Aimez-vous Vietnam?".

En otros casos la carga intencional no va sólo en el título. En pág. 77, bajo el título: "La Alegría de Vivir", un texto muy breve y familiar: "Todo va mejor". Más abajo, una nota explicativa de Peicovich que por cierto es más de lo que aparenta: "Slogan de una gaseosa que se bebe en el noreste brasileño". De otro tipo es la carga intencional que acompaña a este inhábil poema:

*No toda mirada está cerca
Ninguna aldea es tarde
Un camino es bueno
Todo Conde es oscuro
Ningún conde es ligero
Tampoco toda Iglesia es furiosa*

El obvio título de Peicovich no dice mucho: "Falta Oficio", pero sí la nota explicativa: "Poesía cibernética realizada por el grupo de Stuttgart y un cerebro electrónico".

Destaco un acierto titulado "La Hora de la Verdad". El texto alude a tres

fechas muy diversas: "1800: ¿Mamá qué es un capuchón? ¿Mamá qué es un alquimista? ¿Mamá qué es una bruja?—1920: ¿Mamá qué es un casco? ¿Mamá qué es un químico? ¿Mamá qué es un marxista?— 1967: ¿Mamá qué es un nupalm? ¿Mamá qué es un átomo? ¿Mamá quién sos vos?" Nota explicativa de Peicovich: "Preguntas de niños a lo largo de la historia humana".

Estos camelos de Peicovich se ubican a veces en las proximidades de los *artefactos* de Nicanor Parra. Hace unos meses fui testigo de cómo el antipoeta y Enrique Lihn consideraban, medio en broma, medio en serio, la posibilidad de un libro en común que firmarían en la portada: "Parra y/o Lihn". Recordé el incidente al leer el camelo de Peicovich en pág. 53, cuyo texto brevísimo reza simplemente: "y/o". Lo curioso es el título de Peicovich: *La Antipoesía*.

HERNÁN LOYOLA

Esta oscura desbandada, de Juan Antonio Zunzunegui. (Alianza Editorial, Colección El libro de bolsillo N° 146, Madrid 1968, 277 pág.).

Dos hechos históricos son importantes para comprender el mundo novelesco de *Esta oscura desbandada* de J. A. Zunzunegui: la Guerra Civil Española por un lado, y el ambiente de preguerra y bélico concretamente, que enmarca la segunda guerra mundial, por otro. Y los dos hechos entendidos desde España. Esto es, precisamente, lo que genera el clima espiritual en el que están insertos los personajes. La pregunta: "...¿Qué es uno después de la guerra sino un cesante en tantas y tantas cosas?" (102); formulada individualmente por uno de los entes novelescos adquiere

una significación colectiva y se identifica con la sociedad espacial y temporal en que se sitúa la narración "...Marchamos confusa y atropelladamente; es ésta una oscura desbandada. Nunca ha tenido el mundo más aspecto que ahora de una turbia y oscura desbandada..." (108); "Salvo pequeños rincones, el mundo es una oscura desbandada. Se ha roto la ley moral y no hay más imperio que el de la fuerza y el engaño, y todo es huir y desbandarse unos de otros, porque nadie está seguro con nadie..." (173). El único resquicio por el que se vislumbra una nota de esperanza se cimenta en la solidaridad: "...hay que ayudarse los unos a los otros; sólo así podremos dar alguna belleza y alguna dignidad a esta oscura desbandada..." (108).

Como se podrá apreciar, el clima novelesco es bajo, anormal, artificial, decadente. Hacia el lado que se mire predomina la presencia de una "moral acomodaticia" (93). Por esto mismo, la confrontación entre pasado y presente se concretiza en diversos momentos explicitando la noción de una época preterita que se recuerda con nostalgia y desencanto: "...Ellos le hablaban de una honradez, de una honestidad, de una vocación, de una vida quieta, escogida y fervorosa. Cuando se editaron aquellos libros, aún se creía en los valores del espíritu..." (61).

La trama novelesca toma al matrimonio formado por Roberto y Dolores como elemento central. El ha sido educado en la antigua sociedad española y ha tenido la formación de un señorito: una vida muelle y sin complicaciones. Sus padres —es hijo de un anciano matrimonio— le dejan al morir un fuerte respaldo económico y creen solucionar con ellos todos sus futuros problemas. Sin embargo, el fracaso vital de

Roberto se palpa momento tras momento y convierte a la novela en la historia de un fracaso. Educado bajo normas que nada tienen que hacer en el mundo en que vive, ve como lentamente su vida se desgarga en un rosario de miserias y desgracias. Incapaz de mantener un empleo, abúlico por temperamento, miedoso por formación, contempla el desmoronamiento de su hogar hasta el momento en que su mujer lo abandona por un millonario estraperlista.

Junto a esa pareja se mueven otra serie de personajes, caracterizados todos por esa moral acomodaticia mencionada líneas atrás. Homosexuales, ramerías, lesbianas, tahures, maridos consentidores, adúlteras, farsantes, desgenerados de todo tipo, oportunistas: todos tienen el único propósito de enriquecerse lo antes posible. Y uno de ellos lo establece claramente: "—No tienes más que extender la vista por los centros de diversión: cada día mejor, cada día es más el número de gentes que viven bien sin que tú sepas de qué; cada día es más el número de individuos ociosos... y ése es el verdadero progreso de los pueblos: que se permiten tener cada día más hijos ociosos..." (167).

Esta novela de Zunzunegui, que alcanza ahora la cuarta edición (fue publicada en 1952), no ha perdido vigencia. El enjuiciamiento que hace de la sociedad española de postguerra se sigue manteniendo en la novela española de hoy. Su carácter de *novela social descriptiva* le impide el ahondamiento en la problemática íntima de los personajes los que se desplazan sólo para testificar el carácter de la sociedad en que viven. Es en este sentido donde la novela reseñada adquiere su real significación.

EDUARDO GODOY GALLARDO
Universidad de Chile-University of Utah.



The title 'EL LIBRO CHILENO' is presented in a large, bold, serif font. The word 'EL' is positioned above a horizontal line, with a small illustration of a donkey and a stack of books to its left. The word 'LIBRO' is positioned below the first line, with another stack of books to its left. The word 'CHILENO' is positioned below a second horizontal line, with a stack of books to its left and a simple line drawing of a vase to its right.

EL LIBRO CHILENO

Hispanoamérica del dolor, ensayos, por Jaime Eyzaguirre. Editorial Universitaria. Colección Cormorán. Santiago, 1969.

Este volumen de ensayos de Jaime Eyzaguirre estaba haciéndose imperativo. Para quienes le leyeron y conocieron, faltaba en una edición accesible el "puente" entre su obra de mayor contenido filosófico y documental, y lo que constituyó una de las partes más decisivas de su legado como hombre y maestro: el hablar lleno de pasión y entusiasmo, el vivir la historia en cualquier charla, clase o conversación de sobremesa.

Hispanoamérica del dolor contiene, juntos, hondura y fuego: el análisis lúcido de nuestra realidad y nuestras raíces, y el interés desgarrado —¿habrá que decir comprometido?— por el destino de un continente cuya gesta Eyzaguirre siguiera paso a paso.

Poco antes de su muerte, el autor explicaba lo que sería este libro: "Quiero reunir en él lo que he escrito más en carne viva. Lo que siendo tan ver-

dad como el resto, contiene más directamente el toque personal, lanzado con libertad a las carillas, sin ataduras a la cronología histórica ni a las exigencias metodológicas del género".

En *Fisonomía histórica del Chile*, por ejemplo, o en *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, se siente a Jaime Eyzaguirre avanzar con paso medido. No frío, pero conteniendo cualquier asomo de pasión. Su Hispanoamérica, desde el título, agrega la posición humana, el entusiasmo enfebrecido y la desesperanza, de quien sabía, pero además sentía.

Mezcla de canto épico y amargo reproche, de lamento y llamado, el conjunto de ensayos de este volumen muestra al gran prosista que fue Eyzaguirre —uno de los más limpios y vigorosos de nuestras letras— en una actitud visionaria. De pie sobre el pálido presente de una América arrodillada ante tantos ídolos y sometida a tantos amos, mira al futuro y le pide a la raza, a la buena tradición, que iluminen la marcha hacia adelante.

Algunas de sus palabras vibran con una vigencia y una presencia actual

que son el mejor atributo de la historia dinámica.

"Hemos llegado", afirma, por ejemplo, en *Hispanoamérica del dolor* —el ensayo eje del volumen—, "a la hora más crítica de nuestro destino y está en nuestras manos el definirnos por la existencia o el irremediable desaparacimientto. ¿No es éste, en que los imperialismos extienden sus garras por el globo, el más angustioso y urgente momento de los pueblos hispanoamericanos y la última ocasión que se les brinda del salvar los restos de un patrimonio dilapidado...?".

Otros lo buscan en la improvisación de doctrinas y posiciones "nacionales". Jaime Eyzaguirre persiguió, a través de todos sus escritos, la liberación continental —auténtica, definitiva, inmaleable— a través de una proyección orgánica de lo que constituye nuestro ser.

Su mirar al pasado no fue, pues, deleite de erudito o refocilamiento diletante: fue una búsqueda de la esencia humana de América, una exploración ávida y hábil del camino recorrido para alumbrar la ruta —palabra retieradamente suya— por la cual debería marcharse hacia el hallazgo de la fisonomía continental.

Es posible, y legítimo, no compartir sus conclusiones, o compartirlas sólo en parte. Prescindir de ellas sobre la base de que constituyen meras "investigaciones históricas" es no entender precisamente lo esencial de ellas. Su proyección hacia el futuro. Saber de quiénes somos hijos y cómo nos criamos tiene un claro valor instrumental para llegar a ser de veras quiénes somos.

Ese es el contenido clave de los ensayos que se agrupan en *Hispanoamérica del dolor*.

B.

Alonso de Ovalle: Histórica relación del Reino de Chile (Colección "Escritores de Chile", N° 1), Editorial Universitaria, Santiago, 1969.

El volumen inaugura una colección que estaba resultando cada vez más necesaria. Perdidos en ediciones raras, y convertidos por ello en lujo y placer para unos pocos, algunos de los escritores más importantes —y a menudo también más sabrosos— de la tradición literaria nacional, estaban perdiéndose para el público.

Impreso con esa curiosa, sutil belleza de lo antiguo, el libro de Alonso de Ovalle contiene en sí todo el encanto, toda la ingenua profundidad de esas miradas llenas de maravilla que los primeros cronistas dieron al continente americano.

De su "histórica relación" emerge un Chile en plena gesta, iniciando la búsqueda de su fisonomía en medio de un violento enfrentamiento entre dos culturas y dos idiosincrasias nacionales que iban a fundirse a través de los siglos. Hurgador curioso, observador agudo, el padre Ovalle suma al acopio de información preciosa —y a menudo minuciosa— una extraña y grata sensualidad frente al paisaje aún no desbastado del país en hechura.

La edición actual, preparada con amor y esmero por el Instituto de Literatura Chilena de la Universidad de Chile, representa un trabajo intenso, serio y profundo. Se incorporan aquí las correcciones y variantes, producto del cotejo entre diversos textos y una profusión de notas explicativas y aclaratorias que facilitan la lectura y permiten extraer de ella el máximo provecho documental y estético.

Completan el volumen una "semblanza valorativa del padre Olonso de

Ovalle", el índice "de algunas cosas más notables" que contenía la edición original, otro de locuciones y una amplia bibliografía del escritor.

Con esto se logra el ideal equilibrio en una obra como la reeditada tan felizmente por la Editorial Universitaria: conservando intacta la lozanía primigenia, se entrega, al mismo tiempo, cuanto la filología y la historia son capaces de aportar para hacer más inteligible el grato recorrido por la prosa de Ovalle. Su estilo, casi siempre fresco y vivaz, se remonta por momentos a la altura de un verdadero clásico. Uno de los primeros —en el tiempo y en la calidad— con que cuenta la literatura nacional.

B.

Job-Boj, novela de Jorge Guzmán. Barcelona, Seix Barral, 1968. 281 págs.

1

No sólo es una novela excepcional: *Job-Boj* es la mejor novela chilena desde la publicación de *Hijo de Ladrón* en 1951. Estamos frente a la obra primeriza de un escritor y al mismo tiempo frente a un hecho de gran importancia en la historia de nuestra literatura. Admitamos que la conjunción no es frecuente. Tanto por el nivel de su lenguaje como por la intensidad y riqueza de su significación, *Job-Boj* establece por fin entre nosotros una marca de excelente categoría y al mismo tiempo sitúa definitivamente a Chile en la órbita de la mejor narrativa latinoamericana, lo que por cierto no es poco decir.

Esta novela de Jorge Guzmán emerge con capacidad para responder frente a decisivos apremios de lenguaje y de verdad humana, y por lo tanto merece ser

leída con atención exigente. Pero también puede ser disfrutada como amena lectura veraniega pues Guzmán es un magnífico narrador, un fluido, suelto y sabroso contador de historias que sabe imprimirle rapidez, incitación y variedad a la más banal e insignificante peripecia del protagonista y que sabe movilizar con gracia, eficiencia y levedad la más analítica minucia de una situación.

2

El relato parece, a primera lectura, compuesto por simple trenzado de dos secuencias o series narrativas independientes (las llamaremos aquí serie 1 y serie 2) cuyos episodios van surgiendo en sistemática alternancia hasta completar quince en cada serie. Los capítulos de la serie 1 se identifican con números arábigos, los de la serie 2 con números romanos, y sus respectivas peripecias —narradas en primera persona— transcurren en Bolivia y en EE. UU. (el final de la serie 2 se desplaza a Chile). Se trata en apariencia, digo, de dos historias que nada tienen que ver entre ellas, sin relaciones internas de tiempo, ni de espacio, ni de acción, ni de personajes. Pero no es así. A lo largo de la serie 2 se pueden detectar alusiones a asuntos o personajes de la serie 1: la selva en pág. 22. Blanca en págs. 94 y 179, ciertos soldados de plomo en págs. 93, 99 y 108. Detalles leves y externos, dados como al pasar, pero que permiten confirmar que los relatos 1 y 2 no son extraños entre sí: son dos etapas de una sola historia, etapas distanciadas en el tiempo, siendo anteriores los hechos del relato 1.

Sin embargo, este nivel de conexión interna entre ambos relatos es todavía bastante superficial y no basta para bo-

rrar la impresión ingenua de dos historias independientes y paralelas, simplemente acopladas por un recurso mecánico de trenza o alternancias de capítulos. Lo cual podría no tener mayor importancia, además, puesto que el sistema de trenzar en una novela los episodios de dos o más narraciones independientes no constituye en sí mismo un demérito literario, como bien lo saben los lectores de John Dos Passos. Pero en el caso de *Job-Boj* es precisamente la conjugación unitaria y profunda de las dos historias lo que confiere a la novela su interés, su definitiva importancia.

Hay en *Job-Boj* un estrato profundo de encuentro, de conexión entre las dos series narrativas, un nivel en que ambas avanzan con máximo poderío y dinamismo, nutriéndose recíprocamente, apoyándose dialécticamente hasta lograr un despliegue narrativo de mucho ritmo y eficacia. La novela puede ser disfrutada sin necesidad de sumergirse tanto en ella —mérito que asocio a la variedad de niveles en que puede ser gustada una película de Chaplin o el Quijote—, pero es en su nivel de mayor hondura, por supuesto, donde *Job-Boj* entrega su secreto, su revelación fundamental.

3

La clave para acceder al significado central de *Job-Boj* la encuentro en esta frase de pág. 264: "Ellos me conocieron antes de que yo iniciara *este camino que me ha traído a la desventura y al miedo*". El esquema narrativo de la novela se apoya entonces en la imagen de un camino, es el relato de un proceso. Ahora bien: el título mismo de la novela, *Job-Boj*, sugiere una dimensión de contrapunto, de simetría contrastante, de círculo que se cierra. En el mismo sentido revelan su importancia estas

frases: "al día siguiente, Blanca" (pág. 18) y "mañana, Claudia" (pág. 281), frases con que finalizan —respectivamente— el capítulo *inicial* de la serie 1 y el capítulo *final* de la serie 2 (que son al mismo tiempo los capítulos inicial y final de todo el libro).

Las dos series narrativas que se alternan en la novela corresponden así a dos etapas de un solo camino, a dos momentos de un proceso único que transcurre en la biografía interior del protagonista. La serie 1 es la serie *JOB*, la serie 2 es la serie *BOJ*. La novela se cierra insinuando que la historia recomienza: la frase "mañana, Claudia" de pág. 281 —y que es la frase final de la obra— evidentemente repite la frase de pág. 18: "al día siguiente, Blanca". La historia recomienza, sí, pero recomienza en otro plano, en otro nivel, y la distancia entre ambos niveles es igual al camino de desventura y de miedo que recorre el protagonista en la novela. Porque al final entendemos que el título *Job-Boj* no sugiere un círculo sino una espiral que se cierra volviendo al punto de partida, pero a diferente altura, para reiniciar desde aquí el camino, para recomenzar el proceso. Se parte de la *J* de *JOB* para llegar a la *J* de *BOJ*. Pero la *J* de *JOB* y la *J* de *BOJ* no son idénticas entre sí ni intercambiables: hay entre ellas una *diferencia de calidad* que se explica, también, a través de ese camino recorrido por el protagonista, a través de la experiencia humana que la novela nos entrega en la conjugación integral de sus dos relatos.

Queda por explicar un importante problema. El procedimiento de alternar uno a uno los capítulos de ambas series, ¿es un acierto o un capricho de Guzmán? Si el escritor hubiese preferido como estructura formal para su novela el disponer las dos series en dos

bloques sucesivos, primero toda la serie 1 y después toda la serie 2, el resultado ¿habría sido sustancialmente el mismo?

Para responder a estas interrogantes, nos parece indispensable sobrevolar panorámicamente el camino de la desventura y del miedo.

4

El comienzo del camino (toda la serie 1) tiene como escenario la ciudad de Cochabamba, Bolivia. El protagonista —un chileno buscavida a cargo de una pequeña industria— espera a Blanca que viene desde Chile a pasar unas semanas con él. La tensión de la espera, el disfrute de la estada de Blanca en Cochabamba (aunque ella imprevistamente llega acompañada de su hermana Luisa) y por último la partida de la amante: éste es el eje narrativo de la secuencia 1. Una partida de póker, una gresca de prostíbulo, el lío con el conductor del bus y otros episodios de sociabilidad masculina complementan los capítulos directamente erotizados por la presencia de Blanca y en conjunto diseñan la imagen interior del protagonista, su situación existencial. Es un universitario joven en trance de aventuras, un hombre para quien —en ese instante— los vínculos humanos en general y los contactos con la mujer en especial, tienen sólo un carácter accesorio, intrascendente, efímero y subalterno frente a los verdaderos horizontes de plenitud que lo aguardan, horizontes simbolizados en *la selva* —promisoria de aventuras y riqueza— a la cual proyecta dirigirse después que pasen las lluvias. El capítulo final de la serie 1, en particular la escena de pánico y estruendo que se produce en el cine en que el protagonista se ha refugiado al partir Blanca, sugiere el estallido de

una crisis en su sistema de apreciaciones vitales. Es el comienzo del miedo, del desmoronamiento.

5

La otra secuencia (la serie 2) no tiene un eje argumental, no es propiamente una historia. Se trata de una serie discontinua de tomas breves, relatos que más bien parecen cortos cuentos conclusos y que se nos proponen como momentos de una situación de angustia y de desintegración. El aventurero gozador y autosuficiente de Cochabamba ha devenido acá un aterrorizado contemplador de su pequeña muerte diaria, de su ruina cotidiana, de su incapacidad para detener el avance funesto y corrosivo del tiempo, de su incapacidad para reconocerse en la convivencia humana o en su proipo quehacer. El protagonista es ahora un postgraduado doctorándose o completando estudios en una universidad norteamericana. Ya estuvo en la selva, vivió correrías con amigos, estrujó la aventura y el placer, volvió a sus estudios, se casó con Adriana, y a la vuelta de todo ello se sorprende mortalmente vacío, innecesario, inconsistente, girando sobre sí mismo, solamente empeñado en una parálisis que lo detenga en su existir para la muerte. Todo intento de superar activamente tanta angustia naufragará en océanos de incomunicación con los demás y consigo mismo. Buscará en la mujer, en la aproximación erótica, el medio que le permita instalarse o anclar en la vida, pero la incomunicación se hará presente aquí con mayor agudeza. En el capítulo final, cuando el protagonista ha regresado a Chile, quizás demasiado bruscamente surge el reencuentro con la mujer (Claudia), con los demás seres humanos (Guillermo y la familia de pes-

cadore), con la plenitud natural de la vida (la diáfana y luminosa mañana junto al mar).

Por fin el protagonista ha logrado controlar su parálisis de miedo al aceptarse a sí mismo en su total condición humana y al ascender a una nueva perspectiva de valoraciones. El precio fue un largo descenso a los infiernos.

6

Este recorrido panorámico a lo largo de la novela nos muestra que la serie 1 es una narración en detalle —con la minucia de una secuencia en cámara lenta— de la etapa inicial del camino, en tanto que la serie 2 es un relato a grandes zancadas, una secuencia discontinua que recoge algunos significativos momentos intermedios y el final del camino, de ese camino que concluye para abrir otro con un "y mañana, Claudia".

Así se nos aclara el porqué de la alternancia de los capítulos como estructura formal de *Job-Boj*. Los capítulos de la serie 2, discontinuos, sin ilación argumental precisable, van insertándose en la narración continua de la serie 1 a modo de comentarios en contrapunto, a modo de digresiones contrastantes cuyo sentido intencional sólo queda claro desde una visión global de la novela.

La serie 1 constituye una narración aislable, una continuidad orgánica, una historia; en cambio, los capítulos de la serie 2 no alcanzan a configurar una continuidad vertebrada, no se sostienen como historia aparte y sólo se realizan en dependencia de la serie 1. Por otra parte esta serie 1, leída separadamente, no rebasa los límites de una ágil e intrascendente picaresca, plena de humor, velocidad y livianura, pero incapaz de acceder a ese nivel de interés y de profundidad que le otorga la in-

tercalación contrastante de los capítulos de la otra serie.

7

A mi entender, este enfoque de *Job-Boj* responde a los interrogantes planteados y explica varias cosas. Explica desde luego que la alternancia de los capítulos no es en *Job-Boj* un procedimiento mecánico ni gratuito que sólo busca conferir al relato una fachada de unidad, de estructura o de organicidad, y que por el contrario el excepcional valor de la novela se apoya justamente en un fino trabajo de composición. Es evidente que el esquema de la alternancia o entrecruzamiento de los capítulos favorece a ambas secuencias con un vaivén de amenidad y de fuerza secreta que sin duda se debilitarían en otras condiciones.

Explica también una de las claves del contrapunto narrativo en *Job-Boj*: la omnipresencia de la mujer y del sexo en el destino del hombre, la significación de lo femenino como posibilidad de enraizamiento, de plenitud y de verdad para la vida del varón. No se trata de un erotismo espeso, turbio o subterfugio. El protagonista, encarnando la perspectiva netamente viril del autor, presente y busca en la mujer un anclaje para afincarse en una dimensión de permanencia, para vencer la angustia frente al tiempo devorador y corrosivo, para trascender la precariedad que siempre amenaza al destino del macho, sea éste un aventurero buscavida en Cochabamba o un postulante a grado académico en Iowa. La ansiedad del sexo, entonces, es inseparable en *Job-Boj* de la angustia existencial del varón frente al transcurrir del tiempo. De ahí los semifracasos o frustraciones que el prota-

gonista padece en sus relaciones con Victoria, con Rosalyn o con su propia mujer, pues en ciertos momentos significativos busca en ellas no tanto un objeto de placer como una posibilidad de paralizar el tiempo, de eternizar el minuto.

8

Explica además —ahora en el plano del lenguaje— la exacerbada minucia y la desconcertante morosidad con que el narrador desarrolla, sin perjuicio de la agilidad del ritmo, ciertos pasajes del relato. Así, por ejemplo, los momentos de angustia del protagonista aparecen siempre proyectados sobre un detalladísimo inventario de los objetos y movimientos que integran la circunstancia en narración. Es un rasgo constante del lenguaje de *Job-Boj* este contraste entre la aparente banalidad de la anécdota y la minuciosidad extrema y (perdón) casi proustiana con que ella es contada.

Tal constante del lenguaje de *Job-Boj* aparece —por otra parte— en correlato con una especie de contención o *pudor expresivo*, de gran eficacia en cuanto forma de narrar. Consiste en evitar el relato explícito o directo de la intimidad del protagonista en las situaciones de gran tensión o de alta carga angustiosa, recurriendo en cambio a vías indirectas, oblicuas o soslayadas, casi diría vergonzantes. Guzmán elude con deliberación la búsqueda abierta del impacto emocional prefiriendo en cambio el merodeo y la sugerencia, incluso bajo el riesgo de caer en un cierto grado de oscuridad o de hermetismo. El capítulo iv de la serie 2 —un curioso episodio de doméstica privacidad conyugal— me parece particularmente revelador del procedimiento que estoy subrayando.

9

Desde una perspectiva muy singular, *Job-Boj* se sitúa en el núcleo de un complejo de problemas de vinculación entre los seres humanos, problemas que asedian y angustian a la sociedad contemporánea en proporción directa (y por lo mismo en contradicción) a los avances de la civilización actual. *Job-Boj* pone en evidencia, a través de un destino personal significativamente típico, un orden de conflictividad que en el mundo de hoy alcanza un grado crítico de tensión y que, sin ir más lejos, registra una infinita variedad de manifestaciones en la prensa cotidiana: frustraciones, derrotas, desencuentros, divorcios, escepticismos, vaciedad, soledad, desorientación, incomunicación de los sexos, distorsión y deterioro de las relaciones humanas: las mil y una formas de la angustia y de la ansiedad contemporáneas.

Job-Boj aporta en tal sentido un inesperado y penetrante enfoque crítico respecto de ciertos ámbitos de la sociedad en que vivimos, y al mismo tiempo exige nuestra atención (exigencia no desprovista de humor ni de ternura) hacia importantes problemas en la intimidad del hombre de hoy y hacia sus raíces en la convivencia social. Con lo cual la novela se proyecta a un sólido nivel de universalidad que no contradice sus implicaciones específicamente latinoamericanas o chilenas.

10

Una observación final. Esta novela de Jorge Guzmán a mí me recuerda, y no por casualidad, las cinco primeras tiradas del poema *Alturas de Machu Picchu*, aquéllas en que también Neruda vuelve sus ojos hacia el camino de an-

gustia y desventura que había recorrido. Hay en *Job-Boj* un nivel de calidad tan notable que torna legítima una asociación con esas cinco tiradas insuperables. Perdóneseme, sin embargo, que me atreva a imaginar, irracionalmente por supuesto, un portentoso *Job-Boj* que me hubiese hecho recordar no sólo las cinco tiradas iniciales de *Machu Picchu* sino el poema completo.

HERNÁN LOYOLA

A horcajadas en la Luz. La vida en el Universo, por Arturo Aldunate Phillips (Zig-Zag).

He aquí un libro que responde plenamente al hambre que hay actualmente de conocimientos científicos y especialmente astronómicos. Sin embargo, no es una obra oportunista del autor. Sigue la línea marcada por la magnífica serie de sus obras anteriores: *Al encuentro del Hombre*, *Quinta dimensión*, *Los Robots no tienen a Dios en el Corazón*, *Una flecha en el Aire*.

Arturo Aldunate Phillips viene cumpliendo así una obra dilatada y meritoria de divulgación científica. Realmente causa admiración ver a este ingeniero combinar con gracia ágil cierta dosis de fantasía poética y un sólido apoyo en el conocimiento científico para remontarse hasta los más abstrusos conceptos cosmogónicos y filosóficos, para profundizar en los últimos adelantos y las perspectivas futuras de nuestro mundo, a fin de poner esos conocimientos al alcance de todas las mentes ansiosas de verdad.

A Horcajadas en la Luz es un libro científico que pueden —y deben— leer cuantos se interesan por conocer el estado actual de la ciencia cosmológica en

sus diversos aspectos. No se necesitan mayores conocimientos previos para comprenderlo y aprovecharlo. El autor emplea un lenguaje tan sencillo, expone la materia con tal claridad, que nadie puede tener dificultades en su lectura.

Esta sencillez y claridad —acompañadas siempre de un extraordinario poder de síntesis— son fruto del gran dominio que el autor tiene en la materia, así como de su empeño por ser útil a los lectores de todos los niveles.

Los sentimientos de belleza y armonía que la contemplación del firmamento inspiró a poetas y filósofos de siglos pasados, quedan multiplicados por muchos años-luz leyendo el libro de Aldunate Phillips. Aquí, la poesía es tan arrebatadora como las velocidades cósmicas, y la belleza es tan sobrecogedora como las proporciones y las distancias de las galaxias. Y además, ambas —poesía y ciencia— marchan juntas, dándose un mutuo y vivificante apoyo.

Dicen que para los puros todo es puro. Podría de igual modo afirmarse que para los claros todo es claro. Resulta maravilloso poder comprender, sin mayor esfuerzo y sin gran acopio de antecedentes previos, el nacimiento de los astros, la organización de la materia, el comportamiento de las radiaciones y de los átomos, la aparición de la vida: en una palabra, cabalgar "a horcajadas en la luz", desde lo más recóndito de nuestro microcosmos hasta las lejanías alucinantes de "los lindes del Universo".

Arturo Aldunate no se deja enredar por los conceptos científicos: los corta, los divide, los abre, los ordena y, después, los presenta en forma orgánica y comprensible. Tampoco se enreda con los conceptos filosóficos. Entre la Biblia y Einstein, entre Teilhard de Chardin y Carlos Marx, camina sereno sin bajar

la vista ni volver la cara, tomando de cada uno lo más auténtico y duradero, dejando de lado los despojos que el tiempo se encarga de pulverizar. Ni afirmaciones dogmáticas, ni negaciones obsecadas: un equilibrio constante sobre bases firmes, dejando siempre el camino abierto a nuevas comprobaciones.

A Horcajadas en la Luz hace surgir en el lector —seguramente porque antes embargó al autor— un sentimiento de humildad, de pequeñez, ante las infinitas e incommensurables distancias, magnitudes, potencialidades y realizaciones del cosmos.

Podríamos detenernos en cualquier capítulo de *A Horcajadas en la Luz* y hacer sobre él largos comentarios. Cada capítulo es propicio a la reflexión maravillada: Vida en el Universo, El Mundo del Hombre, La Radioastronomía nueva ventana hacia el Cosmos, El Sistema Solar, etc.; pero es preferible que el lector se dé el placer de recorrer estas páginas que le harán viajes por el cosmos.

Quisiéramos sí, hacer hiscapié en dos puntos marginales: las "Notas" puestas al final de cada capítulo, y las ilustraciones, abundantes y funcionales que acompañan y aclaran el texto.

Las "Notas" constituyen verdaderos concentrados científicos que iluminan con luz suplementaria cualquier oscuridad que hubiera podido quedar en el texto. En otros casos, amplían el alcance de las perspectivas logradas.

En cuanto a las ilustraciones —que incluyen fotos en colores y en blanco y negro, cuadros, esquemas, gráficos, etc.— son de tal calidad que realzan la jerarquía de la edición: otro mérito que se añade a los muchos de *A Horcajadas en la Luz*.

N. Z.

La Quintrala, Portales y algo más, de Joaquín Edwards Bello. Edit. Universitaria: Cormorán.

Chile es país de grandes historiadores; nadie lo duda. Precisamente por grandes, en no pocos casos han construido imágenes muy personales de hechos y de héroes. El público, no pudiendo averiguar por sí mismo, acepta esas imágenes como exactas y definitivas.

Error: la historia escrita es sólo parte mínima de la historia real. La historia escrita necesita enfocar hechos y personajes desde muchos ángulos, si desea ofrecer una imagen que se aproxime siquiera a la realidad. De ahí la conveniencia de que —además de las grandes historias y biografías— se escriban y publiquen estudios e interpretaciones históricas de toda extensión, que permitan iluminar con mayor intensidad y contemplar desde puntos de vista diversos, los detalles de la historia.

Aquí tenemos, por ejemplo, un bosquejo de dos figuras históricas que se parecen muy poco a las que nos habían ofrecido los historiadores: la Quintrala y Portales.

Joaquín Edwards Bello no fue un escritor sometido. Su personalidad rebelde hacía saltar los moldes convencionales y se guiaba por criterios propios. Tampoco es un escritor dogmático: en más de una oportunidad nos advierte él mismo que no aceptemos a ciegas sus opiniones. Lo que no puede negársele, es originalidad. Además, se documentaba con abundancia antes de escribir.

Empieza Joaquín Edwards Bello por discutir el origen del nombre Quintrala. Hasta ahora todos habíamos aceptado que provenía del quintral o muérdago, planta de flores rojas que vive parásita,

especialmente en los álamos. "Esto —dice Edwards Bello— me parece falso. Voy a dar mis razones".

Y las razones son que la Quintrala llevaba sangre de caciques y que seguramente en su familia se hablaba ese idioma: "La familia Lisperguer me hace el efecto de haber sido embrujada por la tierra, en La Ligua... vivían, vestían y pensaban como caciques y cacicas". Quintrala se derivaría, pues, de *Kin* o *Kim*, que sabe, puede o conoce; y de *Tral* o *Tralka*, que domina, maneja o arroja fuego.

De igual modo discute Edwards Bello la belleza de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer o Leisperberger: "Mi parecer me dice que la Quintrala era fea, pequeña y finalmente antipática". Esta afirmación tampoco está hecha en el aire. El autor la apoya en buenas razones prácticas, psicológicas y hasta científicas. Es posible que en este punto haya exagerado un tanto Edwards Bello, ya que reduce a añicos la belleza de doña Catalina. Por llevar mezcla de sangre mapuche, española y alemana, la Quintrala, no tenía motivos para carecer de belleza.

Con igual originalidad enfoca luego el autor el carácter y otros aspectos personales y sociales de la Quintrala, llegando a estudiar intimidades tales como: si doña Catalina usó medias...

En suma, unos pocos rasgos de la discutida figura que deseáramos se prolongaran mucho más.

En el bosquejo que Edwards Bello traza de don Diego Portales, una nota resalta: la influencia ejercida por don Andrés Bello sobre el Ministro chileno. Junto a las pruebas reunidas por el autor mis-

mo, aduce las palabras del escritor Nicolás J. Gómez, quien ha escrito: "A nuestro juicio, la Era Portaliana tuvo su origen en una Eminencia Gris de gran cultura, de egregio criterio, conocedor y forjador de almas, inspirador de ideas y actor de primer orden en los destinos de Chile. Esta Eminencia Gris fue don Andrés Bello; la Era Portaliana debió llamarse la Era de Bello".

De Portales mismo, dos características pone de relieve Edwards Bello: su apoliticismo y su chilenedad amasada con las mejores esencias del hombre común de nuestro país.

Refiriéndose a la muerte de Portales, escribe: "La relajación de la moral es una epidemia que amenaza con hundir a Chile de tiempo en tiempo. Entonces aparecen hombres al estilo de Portales. Después de Portales, Manuel Montt. Estos hombres no son populares en vida. No los quiere nadie. Los destruyen entre todos. A portales lo asesinó todo el mundo por la mano de dos militares borrachos: Florín y Vidaurre".

El "algo más" que promete el título del libro, está constituido por diversos artículos de Joaquín Edwards Bello sobre características personales y políticas del chileno.

En estos artículos se pone de manifiesto la certera observación del autor, junto a un humor algo amargo que confiere sabor pesimista a sus juicios.

Pero la misma circunstancia de componerse todo el libro de artículos breves, hace que se lea con agrado y sin cansancio.

N. Z.

Pablo Neruda *Las Manos del Día*. Buenos Aires, Losada, 1968. 123 p.

1

La partida es débil y hasta engañosa en *Las Manos del Día*, pero este libro de Neruda cobra estatura, intensidad y fuerza de contagio a medida que sus páginas avanzan. Los cinco poemas iniciales instalan en la entrada a un personaje poco convincente, a un "culpable" que se arrepiente de no haber hecho con sus manos una escoba ni una silla, de no haber ocupado sus manos en sembrar trigo ni en hacer adobes, de no haber fabricado tornillos ni herramientas, lanzas ni locomotoras. ¿Qué ocurre? ¿A qué obedece esta diluida autoacusación inicial? ¿Por qué Neruda parece de pronto querer negarle valor o trascendencia a su trabajo poético de tantos años, arriesgando que se le atribuya —y alguien ya se lo atribuyó— el simplismo de querer exaltar unilateralmente, por razones "ideológicas", el trabajo manual en desmedro del intelectual? ¿Cuál es la necesaria explicación de tal actitud?

Al terminar el libro y al examinarlo desde una perspectiva panorámica, advierto que esa imagen del "culpable" se explica como proyección o derivación —una entre otras, y no la más ofortunada— de un sentimiento básico que a lo largo del libro busca configurarse en diferentes grados de nitidez y en diferentes direcciones. Este sentimiento básico es hondamente perturbador para el poeta y le es duro situarlo en primer plano: ya sea por pudor o por error, desplaza inicialmente la atención del lector hacia las dimensiones secundarias o recubre con la débil máscara del "culpable" el verdadero rostro de la intuición fundamental. Sólo en el último

tercio del volumen tira a un lado la máscara inicial, para enfrentar al lector —aunque nunca de un modo totalmente abierto— desde lo más profundo y lacerado de su intimidad. Cuando ha entregado su clave, *Las Manos del Día* se revela como una obra dramáticamente sincera y personal, con un altísimo nivel de maestría nerudiana.

2

En efecto, todo en este libro de Neruda emerge a partir de una dura instancia central, de una angustia insoslayable: es la muerte aproximándose, rondando en las cercanías, amenazando desde alguna distancia —cada día más corta— con la "certidumbre del adiós". El poeta asume sus años vividos y se planta con dignidad frente a su muy humano desasosiego. No es un retorno a la vieja angustia, aquella que corroía sus versos residenciarios: es ahora una objetiva y terrible toma de conciencia, es un apretar los dientes en silencio (como corresponde a tan decidido residente en la tierra, a tan resuelto amante de la vida).

Este sentimiento de la amenaza definitiva aproximándose es, para mí, la clave del libro, el núcleo organizador de su estructura. El poeta no lo confiesa nunca de un modo directo, pero ese sentimiento emerge oblicuamente —recreando con exacta sencillez el viejo motivo— en el poema LVIII:

"No volverán aquellos anchos días / que sostuvieron, al pasar, la dicha // Un rumor de fermentos / como sombrío vino en las bodegas / fue nuestra edad. Adios, / adiós, resbalan / tantos adioses como las palomas / por el cielo, hacia el Sur, hacia el silencio". ("El Pasado").

También emerge de un modo indirecto en el poema LXIV, "El Enfermo

Toma el Sol", cuando el poeta confidencia consigo mismo: *Tú ibas saliendo de tu enfermedad, / de tus suposiciones lacerantes / en cuyo extremo el túnel / sin salida, la oscuridad con su final dictamen / te esperaba: el silencio / del corazón o de otro / visceras amenazada / te hundió en la certidumbre del adiós / y cerraste los ojos, entregado / al dolor, a su viento sucesivo.*

3

Pero la formulación más dramática e intensa del sentimiento de amenaza, aunque transpuesta a otra clave, la encuentro en el excelente poema LXIII, "Invierno". Ciertos matices de tono y todo el contexto del libro permiten afirmar que este poema es menos una descripción del invierno de agosto que la anticipación visionaria de un invierno personal: *Amigo de este invierno, y del de ayer, / o enemigo o guerrero: / frío, / a pleno sol me toca / tu contacto / de arco nevado, de irritada espina. // Con estos dedos, sin embargo, / torpes, vagos / como si se movieran en el agua, / debo desarrollar este día de invierno / y llenarlo de adiós. // Cómo agarrar en el aire el penacho / con estos dedos fríos / de muerto en su cajón, / y con los pies inmóviles / cómo puedo correr detrás del pez / que a nado cruza el cielo / o entrar en el barbecho / recién quemado, con zapatos gruesos / y con la boca abierta? // Oh intemperie del frío, con el seco / vuelo de una perdiz de matorral / y con la pobre escarcha y sus estrellas / despedazadas entre los terrores!*

¡Cuánta carga de preocupación se oculta tras estos versos y con qué enorme dignidad Neruda traspone su angustia a una dimensión de poesía! Naturalmente, no bastaba que tal sentimien-

to de amenaza fuera intenso para que su formulación artística lograra automáticamente un alto nivel de calidad. Pero en este caso estamos otra vez al mejor Neruda, lo sentimos trabajando con maestría en el ámbito de sus íntimas contradicciones, es decir, en el ámbito de una inquietud universal. (Leer también el importante poema XVII: "Cerca de los Cuchillos").

4

De este sentimiento básico frente a la amenaza de la muerte derivan: primero, una melancólica visión de la naturaleza (poema XLIX, "Casa de Mántaras en Punta del Este"); segundo, una apelación múltiple al mundo de amistades y enemistades del poeta (poema XLIII, XLIV, LVI y otros en que se recuerda a Jorge Sanhueza, en que se ironiza a Mapú Mapú, a Pavín Cerdo, a una putipintora ecuatoriana); tercero, una sabiduría impregnada de nostalgia y de tristeza (ver por ejemplo el poema XL, "En Vietnam", o el poema LI, "Esto es Sencillo"); cuarto, una repentina actitud dubitativa del poeta frente a la validez y a la trascendencia de su trabajo literario. Esta última faceta derivativa viene formulada con claridad en el poema XLVI, "El Golpe": *Tinta que me entretienes / gota a gota / y vas guardando el rastro / de mi razón y de mi sinrazón / como una larga cicatriz que apenas / se verá, cuando el cuerpo esté dormido / en el discurso de sus destrucciones. // Tal vez mejor hubiera / volcado en una copa / toda tu esencia, y haberla arrojado / en una sola página, manchándola / con una sola estrella verde / y que sólo esa mancha / hubiera sido todo / lo que escribí a lo largo de mi vida, / sin alfabeto ni interpreta-*

ciones: / un solo golpe oscuro / sin palabras.

La dubitación —subrayo— viene ligada al sentimiento de la amenaza funesta. De aquí procede —casi como un subproducto— la imagen del "culpable" de los poemas iniciales del libro. Así queda claro que la autoacusación del poeta, la de no haber hecho una escoba o una silla con sus manos, se explica en conexión con esa duda angustiosa. No se trata entonces de una simple y literal afirmación (soy culpable), sino de un interrogante crucial en la cada vez más próxima hora de los adioses. Es más bien un modo de preguntar o preguntarse: —¿qué sentido, qué validez, qué trascendencia tuvo lo que hice con mi vida y con mis manos?— ¿por qué, para qué escribí? —¿edifiqué vida realmente?— ¿soy culpable? El dolor de no haber hecho una silla o un reloj, de no haber construido barcos ni maestranzas es, finalmente, una inseguridad de prolongarse en el mundo, un no estar seguro de si bastará su poesía para extender más allá de la muerte su residencia en la tierra: *Yo no encendí un papel amargo. // Yo no fui causa de aquel Buenos Días / que se dieron el trueno con la rosa. // Yo no hice el mundo, no hice los relojes, / y no hice las olas ni tampoco espero / hallar en las espigas mi retrato.* (Poema 11: "Adioses").

En suma: es el dolor de no ser Dios.

5

La preocupación por la amenaza de la muerte se manifiesta, ya lo vimos, como ansiedad y como duda. Pero también se proyecta como aliento, como ímpetu vital irrenunciable, como dignidad creadora sostenida hasta el final: *pido unas manos grandes / que me ayuden*

/ a cambiar el perfil de los planetas' (poema LXVII: "El Regalo"). La zozobra no esteriliza al poeta y resulta estimulante observar su inquietud por la forma: *"Voy a arrugar esta palabra, / voy a torcerla / ... / Quiero que en la palabra / se vea la esperanza, / la sal ferruginosa, / la fuerza desdentada / de la tierra, / la sangre / de los que hablaron y de los que no hablaron. // Quiero ver la sed / adentro de las sílabas: / quiero tocar el fuego / en el sonido: / quiero sentir la oscuridad / del grito. Quiero / palabras ásperas / como piedras vírgenes.* (Poema IX: "Verbo").

6

Ningún libro de Pablo Neruda merece pasar inadvertido, pero *Las Manos del Día* es digno, además, de una atención singular. En lo que me atañe, yo no quiero ni puedo ocultar mi admiración hacia este libro, en el que veo un testimonio de la vital grandeza de un hombre y de un poeta íntegro y en el que veo también una creación de muy buena estirpe nerudiana, incluyendo algunos poemas de rango francamente excepcional. Ni puedo ni quiero ocultar mi admiración hacia un libro que, escrito a partir de las más funestas y lancrantes intuiciones, es capaz de empujarse con orgullo y de dejar vibrando en el aire este grito de afirmación y desafío: *Dale un golpe de fuego, / levántala quemando: / es tu bandera.* (Poema LXVIII: "La Bandera").

Vimos cómo en un poema anterior Neruda había confesado un ánimo sombrío y vacilante al anhelar para toda su obra la consistencia y contundencia de un solo golpe de tinta sobre el papel, de *un solo golpe oscuro sin palabras*, como queriendo concentrar, en un solo núcleo compacto y poderoso, toda la

fuerza, toda la significación y la prestancia de su poesía: lo cual es un modo angustioso de admitir el fracaso irremediable por parte de quien quiso abarcar todo el mundo y toda la vida en sus versos. Pero en el poema LXVIII recién citado, que es el último poema del volumen, Neruda ha renacido una vez más desde el fondo de sus contradicciones y se alienta y se ordena a sí mismo no desmayar en su tarea imposible: *Dale un golpe de fuego a tu guitarra, / levántala quemando: / es tu bandera*. Imposible una rúbrica más clara y confirmatoria de la interpretación que propongo para este libro de Neruda.

HERNÁN LOYOLA

Bibliografía General de la Revista Finis Terrae, de Tomás P. Mac Hale. Santiago de Chile, 1968.

Tenemos a la vista la *Bibliografía General de la Revista Finis Terrae*. Cuarenta y siete páginas perfectamente impresas que permitirán a los investigadores incursionar en la producción intelectual vasta y sustanciosa que la citada revista publicó durante 14 años en forma ininterrumpida. Don Jaime Eyzaguirre, quien fuera nuestro maestro e inolvidable ejemplo, fundó en 1954 la revista *Finis Terrae* órgano del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Católica de Chile, conservando su dirección hasta el N° 53 (1966) siendo reemplazado a partir del N° 54 por Jaime Martínez Williams.

Podemos encontrar en ella 580 artículos de las más variadas materias; 252 notas bibliográficas; 59 documentos católicos; 32 conjuntos de poesía; 21 cuentos; 20 conjuntos de asteriscos; 11 cartas y 3 obras teatrales. Tomás P. Mac Hale nos facilita el camino.

La forma más adecuada de recomen-

dar el estudio de esta prestigiosa revista es citando algunos de sus autores y artículos: "El problema de la vivienda popular" y "Misión de los sindicatos cristianos" escritos por la autorizada pluma del entonces Monseñor J. B. Montini, hoy Paulo VI; luego, S.S. en su carácter de tal escribe uno titulado "Sobre el carácter de la Universidad Católica y las ciencias" y otro acerca de "¿Reforma o demolición de la Iglesia?". Eduardo Frei Montalva publica "Juventud y tradición" y Jorge Hpurton P. firma "Misión de la Universidad y del universitario".

Fue, en efecto, una empresa intelectual con perfiles universitarios y católicos que contó con la reiterada aprobación de la Santa Sede y en la que colaboraron profesores, alumnos e intelectuales de prestigio.

Es por eso que la Sagrada Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede ha entregado el siguiente juicio sobre la publicación de Tomás P. Mac Hale al Nuncio de S.S. en Chile, M. Carlo Martini: "Rogamos a Vuestra Excia. Rvda. quiera hacer llegar a este benemérito componente de la Universidad Católica de Chile nuestro agradecimiento conjuntamente con nuestras felicitaciones por la destacadísima labor que permitirá la ágil consulta de los catorce años de *Finis Terrae*, rica de pensamiento y de noticias interesantes sobre la misión y la actividad de las modernas Universidades católicas".

Por nuestra parte agradecemos al investigador Mac Hale este trabajo que no hace sino confirmar su extrema seriedad y cabal conocimiento al emprender tareas como la que comentamos, ya demostradas en su acabada y completa *Bibliografía general de la Revista Mapocho*, que apreciara a fines de 1966.

NEWILLE BLANC RENARD

Fondo Histórico y Bibliográfico

José Toribio Medina

Ley Nº 10.361, de 28 de junio de 1952

DIRECCIÓN: BIBLIOTECA NACIONAL

OBRAS PUBLICADAS DE JOSE TORIBIO MEDINA

1.—*Una Excurión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá.* 1880-1881.

Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1880 y 1881, respectivamente. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952. Agotado.

2.—*Los Aborígenas de Chile.* Introducción de Carlos Keller. Reimpresión de la edición de 1882. 1952.

Precio: Eº 25.—

3.—*El Capitán de Fragata Arturo Prat, El Vicealmirante Patricio Lynch.*

Estudio y Prólogo de Roberto Hernández. Reimpresión en un volumen de las ediciones de 1879 y 1910, respectivamente. Homenaje de la Armada de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: Eº 12.—

4.—*Cosas de la Colonia. Apuntes para la crónica del siglo XVII en Chile.*

Introducción de Eugenio Pereira Salas. Reimpresión en un volumen de la Primera y Segunda Series, editadas en 1889 y 1910, respectivamente. 1952.

Precio: Eº 25.—

5.—*Ensayo acerca de una Biblioteca Chilena.*

Introducción de Elías Almeyda Arroyo. Reimpresión de la edición especial de 1880. Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: Eº 12.—

6.—*Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile.* Prólogo de Aniceto Almeyda. Reimpresión en un volumen de la edición en dos tomos de 1890. 1952. Precio: Eº 30.—

7.—*Tres Estudios Históricos. I. El Escudo de Armas de la ciudad de Santiago. II - El Acta del Cabildo Abierto de 18 de Septiembre de 1810. III - ¿Quiénes firmaron esa Acta?*

Publicadas en 1910. Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Santiago de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.

Precio: Eº 6.—

8.—*Las Matemáticas en la Universidad de San Felipe.*

Reimpresión de la edición de 1927. Homenaje de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. -1952. Agotado.

9.—*Ensayo Bibliográfico sobre Hernán Cortés.*

Obra póstuma. Introducción de Guillermo Feliú Cruz. 1952. Precio: Eº 25.—

10.—*Cartografía Hispano-Colonial de Chile.*

Reproducción en fototono de la edición de 1925. Homenaje del Ejército de Chile a J. T. Medina en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1953.

Precio: Eº 80.—

11.—*Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento*

y conquista de Chile. Introducción de Jaime Eyzaguirre. *Anotaciones Bibliográficas sobre Pedro de Valdivia*, de Víctor M. Chiappa, puestas al día por Rafael Mery, 1953. Reimpresión ordenada conforme a la de Sevilla de 1929. Precio: Eº 40.—

12.—*Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820).* 2 tomos. Prólogo de Marcel Batillon. Reimpresión de la edición de 1887. Apéndice Documental de Raúl Porras Barrenechea. 1956. Precio: Eº 35.—

13.—*Estudios Bibliográficos sobre Antonio de León Pinelo.* Discurso sobre al importancia, forma y disposición de la Recopilación de Leyes de las Indias Occidentales. Recopilación. Prólogo de Aniceto Almeyda. 1956. Precio: Eº 25.—

14.—*Estudios Cervantinos.* El Disfrutado autor del "Quijote" impreso en Tarragona fue fray Alonso Fernández - Novela de la Tía Fingida - El Lauso de "Galatea" de Cervantes es Escilla - Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Callope" - Cervantes Americanista - Cervantes en Portugal - Cervantes en las letras chilenas - Recopilación Prólogo del Dr. Rodolfo Oros Scheibe. 1958. Precio: Eº 25.—

15.—*Historia de la Imprenta en los antiguos dominios españoles de América y Oceanía.* Dos tomos. Con prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Complemento bibliográfico

de José Zamudio Z. 1958.
Precio: E° 50.—

16.—*Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile. Segunda Serie:*

Tomo I (1558-1572) - Rodrigo de Quiroga - M. Bravo de Saravia. 1956. Tomo II (1573-1580) - M. Bravo de Saravia - Rodrigo de Quiroga. 1957. Tomo III (1577-1589) - Martín Ruiz de Gamboa - Alonso de Sotomayor. 1959.

Tomo IV (1590-1594) - Alonso de Sotomayor - Martín Oñez de Loyola. 1960.

Tomo V (1599-1602) - Pedro de Viccarra - Francisco de Quiñones. 1961. Tomo VI (1661-1603) - Informaciones de méritos y servicios. Precio: E° 25.— c/u.

17.—*Biblioteca Hispanoamericana.*

Reimpresión facsimilar.
Tomo I (1493 - 1600). 1958.
Tomo II (1601-1630). 1959.
Tomo III (1631-1700). 1960.
Tomo IV (1701-1767). 1961.
Tomo V (1701-1810). 1961.
Tomo VI (sin fechas). 1962.
Tomo VII (títulos nuevos y descripciones complementarias). 1962.
Precio: E° 300.— la colección.

18.—*Biblioteca Hispanoamericana.*
Reimpresión facsimilar. 3 vols. (1523-1817).
Precio: E° 140.—

19.—*Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamada de la Patria Vieja (1810-1814).* Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de la edición de 1910. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 30.—

20.—*Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile desde sus orígenes hasta febrero de 1817 y Adiciones y Ampliaciones.* Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Reimpresión facsimilar de las ediciones de 1891 y 1939, respectivamente. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 30.—

21.—*Viajes Relativos a Chile.* Tomo I - J. Lemaire y G. Schuppen - H. Brouwer y E. Herckmans - A. M. Fanelli - M. Brizuela - J. F. de Sobrecasas - S. B. Johnston. Tomo II - J. F. Coffin - R. L.

Vowel - E. H. Appleton - G. F. Mathison. Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 110.—

22.—*Estudios sobre la Independencia de Chile.*

Tomo I - un precursor chileno de la Revolución de la Independencia de América.

Tomo II - Un libro de familia: Los Errázuriz.

Tomo III - El Acta del Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810 - Los que firmaron el Acta del Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810 - D. Manuel Antonio Talavera - Un folleto de propaganda hasta ahora desconocido sobre la Revolución de la Independencia de Chile - Las Medallas de la Revolución de la Independencia - Ensayo de una Bibliografía de las obras de don José Miguel Carrera.

Tomo IV - La Expedición de corso del Comodoro Guillermo Brown en aguas del Pacífico - Biografía del General de Brigada don José Rondizzoni - Para la biografía de don Antonio de Quintanilla - La Crónica de 1810, por don Miguel Luis Amunátegui.

Recopilación y Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 125.—

DE OTROS AUTORES

23.—Armando Donoso. *José Toribio Medina (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 6.—

24.—Sergio Villalobos. *Medina, su vida y sus obras (1852-1930)*. 1952.
Precio: E° 6.—

25.—Carlos Stuardo y Luis E. Olave. *Medina y sus aficiones entomológicas*. 1952.
Precio: E° 6.—

26.—Carlos Stuardo. *Indice de autores y nombres del Ensayo acerca de una Mapoteca Chilena.* Homenaje del Ejército de Chile a su autor en el Centenario de su nacimiento 1852-1952. 1952.
Precio: E° 6.—

27.—Luis Silva Lezaeta. *El Conquistador Francés de Aguirre*. Reimpresión de la edición de 1904. 1953.
Precio: E° 8.—

28.—Ernesto Greve. *El Conquistador de Aguirre. Comentarios y Complementos*. 1953.
Precio: E° 8.—

29.—Juan Luis Espejo. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Dos volúmenes, 1953.
Precio: E° 25.—

30.—Lewis Hanke y Manuel Giménez Fernández. *Bartolomé de las Casas 1474-1566. Bibliografía crítica*. 1954.
Precio: E° 30.—

31.—Humberto Burzio. *Diccionario de la Moneda Hispanoamericana*. Tres volúmenes I y II texto, III láminas. 1956.
Precio: E° 25.—

32.—Guillermo Feliú Cruz. *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I (1796-1886). 1957.
Precio: E° 30.—

33.—Sturgis E. Leavitt. *Revisitas Hispanoamericanas. Índice Bibliográfico 1843-1935*. Prólogo de Guillermo Feliú Cruz. Homenaje al Sesquicentenario de la Independencia Nacional. 1960.
Precio: E° 40.—

34.—Augusto Capdeville. *Arsaqueología de Talca*. Tomo I, texto; II, láminas. Prólogo, recopilación y notas de Grete Mostny. 1964.
Precio: E° 40.—

35.—Gerónimo de Bibar. *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*, escrita en 1558 y publicada por primera vez. Precio: E° 160.—

En preparación

José Toribio Medina. *Estudios sobre la literatura colonial de Chile*. Recopilación.

José Toribio Medina. *Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile*. Tomo VII (1593-1598).

Fondo Andrés Bello

Biblioteca Nacional

OBRAS PUBLICADAS

1.—*Estadística bibliográfica de la literatura chilena 1812-1876*. Por Ramón Briceño. Estudio Preliminar de Guillermo Felíu Cruz. Adiciones y Ampliaciones por Raúl Silva Castro. 3 vols. Tomo I (1812-1859), 546 pp.; Tomo II (1860-1876), 508 pp.; Tomo III (1819-1876), 533 pp. Santiago de Chile, 1965-1966. Precio: E° 180.

2.—*Historia de las fuentes de la bibliografía chilena*. Ensayo Crítico, por Guillermo Felíu Cruz. Introducción a la Estadística Bibliográfica. 3 vols. Tomo I: 384 pp.; Tomo II, 435 pp.; Tomo III, 497 pp. Santiago de Chile, 1966. Precio: E° 180.

3.—*La prensa chilena y la codificación. 1822-1878*. Introducción y Recopilación por

Guillermo Felíu Cruz. Santiago de Chile, 1966. 258 pp. Precio: E° 35.

4.—*Estudios sobre Andrés Bello*. Por José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, y otros. Compilación y prólogo de Guillermo Felíu Cruz. Tomo I, 290 pp. Santiago de Chile, 1966. Precio: E° 95.

En venta en San Isidro 247.
Atención de lunes a viernes
de 18 a 20 horas.

OBRAS EDITADAS POR LA BIBLIOTECA NACIONAL

5.—*Colección anuario de la prensa chilena, años 1917 a 1967*. 18 volúmenes. Precio: E° 20 c/u.

2.—*Colección antiguos periódicos chilenos, 20 volúmenes*. Precio: E° 20 c/u.

3.—*Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia*. Tomos XXXV a XL. 6 volúmenes. Precio: E° 20 c/u.

4.—*Exposición bibliográfica sobre la Guerra del Pacífico*, 1 volumen. Precio: E° 20 c/u.

5.—*Esquema de clasificación*. Precio: E° 10.

6.—*Cartilla elemental de catalogación y clasificación*. N° 1. 1 volumen. Precio: E° 10.

7.—*Cartilla elemental vocabulario bibliotecario*. N° 2. 1 volumen. Precio: 10.

8.—*Centenario de Los miserables*. 1 volumen. Precio E° 5.

9.—*Chile: su futura alimentación*. 1 volumen. Precio: E° 5.

10.—*Correspondencia de Claudio Gay*. 1 volumen. Guillermo Felíu y Carlos Estuardo. Precio: E° 15.

11.—*Estudios críticos de literatura chilena*. 1 volumen. Emilio Váñez. Precio: E° 15.

12.—*Impresos chilenos. 1776-1818*. 2 volúmenes. Precio: E° 120.

13.—*La literatura chilena en Estados Unidos*. 1 volumen. Homero Castillo. Precio: E° 15.

14.—*Sesquicentenario de la Biblioteca Nacional* (Apartado de la revista Maspocho). 1 volumen. Precio: E° 10.

15.—*Museo O'higiniano y de Bellas Artes de Talca* (Manual histórico y descriptivo). 1 volumen. Agotado.

16.—*Catálogo del archivo de Claudio Gay*. Archivo Nacional. 1 volumen. Precio E° 15.

17.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo IV. Manuscritos. 1 volumen. Precio: E° 25.

18.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo V. Libros impresos. I suplemento. 1 vol. Precio: E° 25.

19.—*Catálogo breve de la Biblioteca Americana*. Tomo II. Libros impresos. II suplemento. 1 vol. Precio: E° 25.

20.—*Historia política y parlamentaria de Chile*. 3 volúmenes. Precio: E° 72.

21.—*Bibliografía de las memorias de grado sobre literatura chilena* (1918-1967). Tomás P. Mac Hale. Precio: E° 15.

22.—*Referencias críticas sobre autores chilenos*. I.er semestre 1968. Precio: E° 30.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

*Director de los Servicios y de la
Biblioteca Nacional:*

Prof. ROQUE ESTEBAN SCARPA

Secretario-Abogado de la Dirección:

D. EDUARDO FOXLEY THOMAS

JEFES Y ENCARGADOS DE LOS SERVICIOS:

I

SERVICIOS DEPENDIENTES DE LA DIRECCIÓN

1. VISITACIÓN DE BIBLIOTECAS E IMPRENTAS

Visitador: D. *Ulises Bustamante
Gallardo*
(Dependen de este servicio 624
bibliotecas asistidas por la Vi-
sitación)

2. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELLECTUAL

D. *Eduardo Foxley Thomas*

3. OFICINA DEL PEREPUERTO

Dña. *Julia Pérez Zapata*

4. OFICINA DEL PERSONAL

Dña. *Isabel González*

5. BIBLIOTECAS MÓVILES

D. *Sergio Witto Vidal*

II

BIBLIOTECA NACIONAL

(Fundada el 19 de agosto de
1813)

SERVICIOS DEPENDIENTES

1. SECCIÓN CHILENA

D. *Marcel Cifuentes Arce*

ANEXO: DIARIOS, PERIÓDICOS Y REVISTAS CHILENAS

D. *Mario Medina Acuña*

2. SECCIÓN AMERICANA

D. *Augusto Eyquem Bisot*

ANEXO: SALA AMERICANA

Dña. *Joyce Pye*

3. SECCIÓN FONDO GENERAL

Dña. *Marta Bustot*

ANEXO: SALA EUROPA

Dña. *Blanca White*

4. SECCIÓN CONTROL, CATALOGA- CIÓN Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁ- FICAS

Dña. *Eloira Zolazzi Carniglia*

5. CANJE GENERAL

D. *Gilberto Goncha Rizzo*
(Juencio Valle)

6. SALA DE INFORMACIONES Y CATÁLOGOS

Dña. *Maria Nanjarí Ugalde*

7. BIBLIOTECAS AMERICANAS J. T. MEDINA Y DIEGO BARRIOS ARANA

Conservador: Prof. D. *Guillermo
Pellón Cruz*

8. SEMINARIO ENRIQUE MATTA VIAL

Dña. *María Fonti*

9. MAPOTECA

Dña. *Isabel Serrano*

10. SECCIÓN AUDIOVISUAL

D. *Juan Manuel Camilo Lorca*

ANEXO: TALLER DE REPROGRAFÍA

D. *Rodolfo Bustamante*

11. EXTENSION CULTURAL

Revista Mapocho
Director: *Roque Esteban Scarpa*
Secretario de Redacción: *Guillermo
Blanco*

CONFERENCIAS Y EXPOSICIONES

D. *Armando González R.*

EXTENSION MUSICAL

D. *Ernesto Galliano Mendiburu*

ARCHIVO DE LA PALABRA

Dña. *Marta Glukman*

ARCHIVO DEL ESCRITOR

D. *Diego Ibáñez Langlois*

RELACIONES CULTURALES Y PUBLICACIONES

D. *Carlos Rauld*

CINE-FOROS

D. *Raúl Pérez Ariz*

OFICINA DE REFERENCIAS CRÍTICAS

Dña. *Elena Ruiz-Tagle*

TALLER LITERARIO

D. *Roque Esteban Scarpa*

III.

BIBLIOTECAS DE PROVINCIAS

1. BIBLIOTECA PÚBLICA "SANTIAGO SEVERÍN" DE VALPARAÍSO
 Conservador: D. Guillermo Garnham López

2-3. BIBLIOTECAS PÚBLICAS DE ANCUD Y CASTRO
 Dña. Dorila Bórquez Cavada

4. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 4 DE SANTIAGO
 Conservador: D. Juan Casada Bórquez

(Está integrada por la Sección Lectura a domicilio de la Biblioteca Nacional y la Biblioteca para la Enseñanza Media)

5. BIBLIOTECA DE LA ISLA DE PASCUA
 (en formación)

6. BIBLIOTECA Nº 6 de PUNTA ARENAS
 D. Héctor Hugo Díaz Paredes

7. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 7 DE SANTIAGO
 Dña. Hilda Capetillo

(La constituye la antigua Sección Infantil de la Biblioteca Nacional)

8. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 8 DE LINARES
 Dña. Angela Gidi

9. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 9 DE CASABLANCA
 (en formación)

10. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 10 DE CHILLÁN
 (en formación)

11. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 11 DE BARRANCO
 Dña. Lucía Pincheira Sánchez

12. BIBLIOTECA PÚBLICA Nº 12 DE PTO. WILLIAMS (Navarino)
 (en formación)

13. BIBLIOTECA CIENTÍFICO-JUVENIL DE SANTIAGO
 Dña. Elizabeth Moreno

IV

ARCHIVO NACIONAL

Conservador: D. Juan Eyzaguirre Escobar

V

MUSEOS

1. MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL
 Conservador: Prof. Dra. Grete Moitny Glaser

2. MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES
 Conservador: D. Luis Vargas Rojas

3. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL
 Conservador: D. Carlos Larrain de Castro

4. MUSEO PEDAGÓGICO DE CHILE
 Conservador: D. Luis Morales Gallegos

5. MUSEO BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA
 Conservador: D. Carlos López Labarre

6. MUSEO ARQUEOLÓGICO DE LA SERENA
 Conservador: D. Jorge Iribarren Charlin

7. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE VALPARAÍSO
 Conservador: Dña. Nina Ovalle

8. MUSEO DE LA PATRIA VIEJA DE RANCAGUA
 Conservador: D. Héctor González Valenzuela

9. MUSEO O'HIGGINIANO Y DE BELLAS ARTES DE TALCA
 Conservador: D. Bernardo Mandiola Cruz

10. MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE CONCEPCIÓN
 Conservador: D. Eduardo Brouse Soto

11. MUSEO DE LA FRONTERA DE TEMUCO
 Conservador: D. Eduardo Pino Zapata

12. MUSEO DE LA PATAGONIA
 Conservador: D. Omar Ortíz Troncoso

13. MUSEO DE ARICA
 (en formación)

14. MUSEO DE LA ISLA DE PASCUA
 Conservador: vacante

15. MUSEO DE BELLAS ARTES DE LINARES
 Conservador: D. Pedro Olmos Muñoz